
El BEBÉ del MAFIOSO
YULE TRAVALON

El BEBÉ del MAFIOSO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
Nota del Autor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57

Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo
Epílogo 2
¡Lee también!

Nota del Autor

ATENCIÓN:

Este libro contiene escenas eróticas gráficas y explícitas, incluyendo juegos de rol, situaciones de CNC (Consensual Non-Consent) y dinámicas de poder intensas.

Todas las interacciones son consensuadas dentro del contexto narrativo y están dirigidas a un público adulto que disfruta del romance oscuro y la erotica más cruda.

Si este tipo de contenido no es de tu interés, te recomendamos considerarlo antes de continuar con la lectura.

*

Esta NO es una novela dark, pero la historia tiene como telón de fondo la mafia rusa en Estados Unidos, por lo que algunas escenas pueden resultar incómodas. Hay acción, violencia y peleas, aunque ninguna dirigida contra la protagonista, sino contra sus enemigos.

Y, por supuesto, hay **ESCENAS MUY CALIENTES,** solo aptas para mayores de 18 años.

Esta novela es autoconclusiva y puede leerse de forma independiente, sin necesidad de haber leído ningún otro de mis libros.

Prepárate para una auténtica montaña rusa de emociones.

Entrégate a esta prueba de fe y fuego que vivirá Santo al enamorarse de Bianca, igual que yo me entregué en cada palabra, punto y coma.

Sin duda, una de mis parejas favoritas del *Yuleverso*.

¡Cariño para ti!

Yule.

«Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo: Porque fuerte es como la muerte el amor; Duro como el sepulcro el celo: Sus brasas, brasas de fuego, Fuerte llama.

Las muchas aguas no podrán apagar el amor, Ni lo ahogarán los ríos.»

— *La Biblia,*

Cantar de los Cantares 8:6-7

Prólogo

Santo Zampieri

Basílica de San Pedro, Ciudad del Vaticano.

—Perdóname, padre, porque he pecado.

—Bienvenido al Sacramento de la Reconciliación, hijo mío. Dios siempre nos acoge con su infinita misericordia cuando nos arrepentimos de corazón. Dime, ¿cuáles son tus pecados?

El aroma del incienso flotaba en el aire, y la luz de las velas titilaba reflejada en el mármol pulido, proyectando sombras oscilantes por las paredes adornadas con santos y mausoleos.

Yo estaba sentado en mi estrecho y oscuro compartimento, y la madera crujía suavemente con cada movimiento que hacía para ajustar la postura.

A través de la rejilla, distinguí la silueta difusa del hombre que acababa de entrar.

Parecía alguien normal, salvo por el sombrero fedora y las gafas de sol —lo cual resultaba bastante curioso, considerando que ya era de noche—.

—¿Mis pecados? —Vaciló un instante.

Asentí con la cabeza, como si pudiera verme.

Tenía el rostro inclinado hacia abajo y hablaba con un acento americano que rozaba un italiano casi perfecto.

—He matado a algunos líderes de mi Orden Secreta, conspiré con las familias más poderosas del mundo y he decidido tomar el control definitivo del Gobierno Oculto de los Estados Unidos de América.

Respiraba con calma, como si nada de aquello tuviera importancia. Cada vez que abría la boca, la paz de la basílica desaparecía y un escalofrío me recorría la espina dorsal, como si estuviera en un bosque oscuro, al acecho de una amenaza invisible.

El corazón me latía con fuerza, pero mantuve la compostura.

Volví a mirar por la rejilla, intentando captar más detalles: el pelo rubio con algunas canas, el traje negro hecho a medida de alguien que nadaba en dinero y una sonrisa sarcástica que me hizo pensar de inmediato que sabía quién era ese hombre.

—¿Por qué lo hiciste, hijo mío? —pregunté.

Siempre me hacía gracia llamar «hijo mío» a un hombre que tenía edad de ser mi padre. Años de sacerdocio no me habían quitado el humor ni esa sensación permanente de que la vida era irónica y disonante.

—Por dinero, por poder y por diversión. Ah, y para follar también, claro. Pocas cosas en la vida son tan gratificantes como tirarte a la mujer de uno con tranquilidad, sin vivir bajo amenazas constantes —explicó.

El corazón me dio un vuelco al sentir la adrenalina corriendo por mis venas.

Se hizo un silencio solemne.

Al otro lado de la rejilla, percibí que esperaba una reacción por mi parte. Contuve una sonrisa que pugnaba por salir y respiré hondo.

—¿Y te arrepientes?

El americano soltó una risa baja que hizo que el confesionario pareciera aún más pequeño.

—Padre, ni siquiera soy católico.

Me rasqué la barbilla con curiosidad.

—Entonces... ¿cuál es el propósito de esto, hijo mío? ¿Has venido a presumir?

—He venido a reclutarle.

Entrecerré los ojos y lo observé en la penumbra. Ya estaba claro que no buscaba redención, pero... ¿reclutarme?

—¿Y cómo podría ayudarle un sacerdote en su cruzada, si no es como intermediario del perdón de Dios? —inquirí.

—Santo, Santo, Santo... —sonrió— el hombre que dirige la seguridad del Vaticano. El cura que la *Arcanum Sanguis Agni* envía a resolver los asuntos delicados. El hermano menor que siempre saca de líos a Massimo Zampieri. Y, de vez en cuando, arregla los problemas de otros multimillonarios...

En cuanto demostró que sabía exactamente quién era yo, sentí que un peso se desprendía de mis hombros.

—He conocido curas cantantes, escritores, conferenciantes. Todo tipo de curas, menos uno que tenga casinos ilegales en los sótanos de los hoteles familiares y que, cuando el Vaticano lo requiere, viaja por el mundo para neutralizar cualquier inconveniente.

Junté las manos y crucé las piernas.

—Ya sabes lo que dicen: alguien tiene que hacer el trabajo sucio —incliné la cabeza—. ¿Señor...?

—Evans.

—Evans. ¿Cómo puedo ayudarle y qué gano con ello?

—Me han dicho que todos sus proyectos de casino en Estados Unidos fracasaron y que los hoteles estuvieron a punto de cerrar.

—Sabe usted demasiado, señor Evans.

—Por eso mismo le ofrezco esto: casinos subterráneos donde quiera, en territorio americano. Policía, mafias, gobierno... nadie le molestará. Por el bien de su familia y la obra de Dios, sé que usará el dinero con sabiduría.

Aquello me interesó más de lo que debería.

Mis negocios secundarios ya habían salvado a los Zampieri de la quiebra un par de veces. Y con ese dinero, la Iglesia estaba ampliando su infraestructura tecnológica, así que era como matar dos pájaros de un tiro.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

Normalmente, eso implicaba matar a alguien —o a un grupo entero. A veces, encontrar personas desaparecidas, algo en lo que yo era excepcionalmente bueno. Con mi red de contactos dentro de la Iglesia Católica, era capaz de casi cualquier cosa.

—Encontrar a una heredera de la *Bratva*.

—Suena interesante, señor Evans.

—Y tener un hijo con ella.

El banco de madera de pronto pareció más duro de lo habitual.

Me removí ligeramente y eché una mirada discreta fuera del confesionario, asegurándome de que nadie nos estuviera escuchando.

—No sé si lo ha entendido bien, señor Evans, pero soy un sacerdote.

—Que mata gente.

—Para conocer a Dios, primero hay que morir. Es una lógica sencilla —le guiñé un ojo.

—Imagino que eso tampoco le ha impedido acostarse con mujeres, ¿verdad, Santo?

—Una o dos veces, lo reconozco —respondí, reprimiendo el placer que me provocaban esos recuerdos—. Pero tener un hijo... eso está fuera de toda posibilidad. La Iglesia me excomulgaría. No puedo permitirme perder ni mi poder ni mi influencia.

El señor Evans asintió y guardó silencio durante un minuto.

—*Trece familias controlan el mundo* —dijo.

Y asentí sin vacilar. No estaba hablando con un neófito.

—Curioso que una Iglesia pueda ser considerada «una de esas familias», ¿no le parece?

—Pensándolo bien, señor Evans, no me parece curioso en absoluto.

—Y es completamente comprensible que no quiera perder su posición privilegiada. Después de todo, ¿por qué habría de renunciar a su lugar dentro de la decimotercera familia más poderosa del planeta?

—Buena pregunta, señor Evans. ¿Por qué lo haría?

—*Para servir a la primera familia*.

El silencio que siguió fue asfixiante.

Era una oferta tentadora, pero sonaba demasiado bien para ser verdad.

—Soy consejero de esa familia. Y le he elegido a usted para que sea nuestros ojos y nuestra voz dentro de la sexta familia más poderosa del mundo, que curiosamente es la *Bratva*.

—¿Los rusos? —Fruncí el ceño—. Jamás me aceptarían. Soy italiano.

—La iniciación en la *Bratva* es por sangre. Así que un hijo con una heredera rusa desaparecida hace tiempo lo pondría a usted dentro de la organización. Y siendo nuestra voz y nuestros ojos, contaría con nuestra protección, nuestra bendición para abrir casinos donde le plazca en el mundo... y, por supuesto, nuestra eterna gratitud.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien, señor Evans: ¿usted quiere controlar el gobierno americano y la mafia rusa?

—No sea ingenuo, Santo.

—¿Ah, no es eso lo que quiere?

—Por supuesto que no.

—¿Y qué es lo que quiere, entonces?

—Quiero controlar todo lo que existe.

Capítulo 1
Bianca Sierra

Río de Janeiro, Un año después.

Desde que salí de La Casa de la Divina Providencia, el orfanato católico de Río de Janeiro donde crecí, nada ha salido bien en mi vida.

Crecer sin una familia fue como pasarse la vida entera buscando una pieza perdida de un rompecabezas, sin llegar a entender nunca dónde encajaba.

Las monjas me lanzaron al mundo a los dieciocho años con una mochila al hombro, media docena de promesas de «todo saldrá bien» y una buena dosis de realismo brutal.

Bienvenida a la vida adulta, Bianca. Ahora, apáñatelas como puedas.

Vivir en la *Ciudad Maravillosa* tenía su encanto, claro que sí. La puesta de sol desde la Pedra do Arpoador, la brisa salada de la playa de Copacabana, el samba que sonaba por las calles de Madureira… todo eso me hacía sentir que la vida estaba llena de color.

Y aun así, era como si Río de Janeiro no estuviera hecho para mí.

Después de cuatro años intentando sobrevivir, la sensación que me quedaba era que no importaba cuánto trabajara, cuánto me esforzara o cuánto me entregara: nada parecía suficiente.

Siempre faltaba algo.

Una parte que ni siquiera sabía si algún día llegaría a encontrar.

En el orfanato, era como la hermana mayor de dos niñas —Gabriela y Raíssa—. Ellas eran lo único firme que tenía en la vida, hasta que Gabriela conoció a un multimillonario italiano y se marchó a Milán, y Raíssa abrió una pastelería en Madureira y ahora, cuando no estaba ocupada con su negocio, andaba de romance con un ricachón.

¿Y yo?

Me limité a mantener mi rutina para sobrevivir.

Todos los días eran iguales: despertarse, subirse al autobús abarrotado, llegar al Hotel 6 Continentes de la familia Zampieri y aguantar a huéspedes maleducados, una jefa que parecía odiarme… y luego, la gran recompensa: volver a mi apartamento diminuto y vacío, donde el silencio pesaba más de lo que podía soportar.

Oscilaba entre la rabia durante el día y el hastío por la noche.

Ya me había resignado a la idea de que mi vida no tendría espacio para grandes sueños. De hecho, Marta, la gerente del Hotel 6 Continentes, me lo restregaba en la cara cada vez que podía: que debía estar agradecida de cobrar un sueldo con el que pagar las facturas, poner comida en la mesa y tomar una cerveza barata el fin de semana.

No, no estaba agradecida.

Yo quería más.

Merecía más.

Y no era por envidia de mis hermanas pequeñas. Verlas triunfar fue el combustible que me mantuvo en pie.

Les deseaba lo mejor, más que nadie quería verlas conquistar el mundo y disfrutar de la vida que merecían, aunque eso significara que me dejaran atrás.

Solo me preguntaba, cada día: ¿esto es todo lo que la vida tiene preparado para mí?

—¡Ya va! —grité.

Fruncí el ceño al oír el timbre y salté de la cama. Primero me miré el pijama de algodón que llevaba puesto y me apresuré a abrir la puerta.

—¿Gabriela? —Parpadeé, desconcertada.

Estaba ahí, delante de mí, embarazada, con una maleta en la mano como si fuera su única ancla. Tenía el rostro hinchado, marcado por el llanto.

—¿Qué ha pasado? —La abracé antes de que pudiera responderme.

—Ya no podía quedarme allí… —dijo con la voz rota.

—¿Te ha hecho algo? —Le tomé el rostro con ambas manos para comprobar si estaba herida, pero no vi nada alarmante—. ¿Ha rechazado tu embarazo? ¿Te ha tratado mal?

Negó con la cabeza mientras apretaba los labios y lloraba en silencio.

—Esa familia… es imposible de soportar… su abuela me odia, me humilla constantemente, quiere controlarme, anularme…

—Pasa, entra —le hice espacio para que cruzara.

El piso seguía siendo el de siempre: pequeño, sin muchos muebles, pero acogedor.

Cuando salí del orfanato, vine a vivir con unas chicas mayores; lo único que había aquí eran colchones en el suelo. Cuando Gabriela y Raíssa llegaron, las tres empezamos a comprar muebles poco a poco, para convertir esto en un verdadero hogar. Pero un buen día, las chicas que estaban aquí antes que yo decidieron mudarse a escondidas, en plena madrugada.

Y se lo llevaron todo.

Aun así, seguía siendo nuestro hogar.

Y aunque no tuviera el lujo de una mansión en Milán, era nuestro sitio.

—¿Puedo quedarme unos días, mientras pienso qué hacer?

—¡Por supuesto que puedes quedarte! —dije, sin poder creer que lo preguntara—. En realidad, puedes quedarte el tiempo que necesites, Gabi. Esta también es tu casa. Te lo dije, si algún día necesitabas volver, la puerta estaría abierta. Si tenemos que compartir colchón, lo haremos. Si toca dividir una ración de comida, la partiremos. Soy tu hermana mayor.

Apoyó la cabeza en mi hombro y rompió a llorar aún más.

—Le quiero tanto, Bia...

—Lo sé, lo sé... —le acaricié los hombros—. Y si él también te quiere de verdad, vendrá a buscarte.

—¿Para qué? ¿Para volver a ese infierno donde me maltratan y me humillan?

—¿Él sabe todo eso? —Fruncí una ceja.

—No. —Tragó saliva, conteniendo el llanto—. Se fue a Australia, a resolver asuntos de la familia. Me dejó en la mansión a cargo de todo, pero su abuela no me dio tregua... Y cuando regresó… ya no podía seguir allí. Ese no era mi sitio...

Volvió a llorar, y yo intenté consolarla en silencio.

Me alegraba tener a Gabriela de vuelta en mi vida, pero no así. Cuando Massimo Zampieri se la llevó a Milán, estaba nerviosa, sí, pero también radiante. Y verla ahora tan destrozada me dejaba claro que su lugar ya no era conmigo, sino con el hombre al que amaba, por muy complicada que fuera la familia de él.

Le pedí que se duchara, le preparé un chocolate caliente y le hice la cama para que pudiera descansar cómoda. Me quedé con ella durante toda la noche, mientras me contaba sus aventuras al otro lado del océano.

—Duerme, mi amor, necesitas descansar del viaje y de todo este estrés.

—Gracias por cuidarme —dijo, sujetándome la mano para que no me fuera a mi cuarto—. No sé qué haría sin ti.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo.

Le di un beso en la frente, la arropé, apagué la luz y me fui a mi habitación. Me quedé mirando las paredes blancas, el techo manchado por la humedad, y sentí cómo el corazón se me encogía.

De las tres, yo siempre había sido la protectora, la madre, la que estaba dispuesta a todo. Pero esa noche, por primera vez en la vida, sentí que me faltaba algo. O alguien.

Una sensación extraña me recorrió el cuerpo, me hizo dar vueltas en la cama y no me dejó pegar ojo hasta las dos y media de la madrugada.

Quería que me cuidaran. Quería un refugio. Quería tener un lugar al que volver, alguien que me protegiera, algo que diera sentido a mi vida más allá de levantarme temprano para ser humillada y acostarme tarde, inquieta, preguntándome cómo cambiar mi destino.

Y así, al final, me quedé dormida.

Capítulo 2
Bianca Sierra

El reloj marcaba las 5:30 de la mañana cuando subí al autobús en Madureira rumbo a la estación de metro Vicente de Carvalho.

Los auriculares intentaban amortiguar el ruido del motor y el caos matinal. Tuve que abrirme paso entre empujones para entrar al vagón, hacer transbordo y, una vez que llegué a la estación Siqueira Campos, terminé el trayecto a pie hasta el Hotel 6 Continentes, justo frente a la playa de Copacabana.

Toda esa odisea… para otro glorioso día en mi glamourosa vida de camarera en un hotel de lujo.

Lujo para los clientes, claro.

Porque las cosas que tenía que aguantar en ese sitio...

Al pasar por el vestíbulo, saludé a Clóvis, el portero, que ya llevaba en pie desde las cinco de la mañana. Admiraba a ese hombrecillo simpático, porque siempre tenía una sonrisa lista, aunque el mundo se estuviera derrumbando a nuestro alrededor.

—¡Buenos días, doña Bianca!

—Buenos días, Clóvis.

—¿Preparada para otro día fino fino, señora del lujo? —bromeó.

—Si «fino» significa fregar inodoros de ricachones extranjeros, ¡aquí estoy! —le lancé una mirada resignada.

—No se me achique, hija. En momentos así siempre me pregunto: ¿qué haría Rocío Jurado?

—¿Con una escobilla de váter en la mano? —Abrí los ojos con teatralidad—. No sé, probablemente... ¡cantaría!

—¡Pues eso, canta, hija mía! ¡Canta!

Clóvis era fan de Rocío.

Y en los momentos más surrealistas de la vida, siempre se preguntaba qué haría ella en su lugar.

Yo, por mi parte, era fan de Britney Spears.

Y en los días más duros oscilaba entre raparme la cabeza al cero, agarrar un paraguas y reventar la luna de un coche... o perder los estribos y acabar con antecedentes penales.

Fui al vestuario, me quité la ropa ya sudada y me puse el uniforme azul marino con ese ridículo delantal blanco que me hacía parecer una actriz de bajo presupuesto en una telenovela de romance intenso.

Detestaba ese uniforme, pero odiar era un lujo que no podía permitirme. No con una casa sin muebles y facturas por pagar.

Me miré al espejo para darme el último retoque en el moño mal recogido. Y ahí estaba yo, lista para otro día de trabajo.

A pesar de ser un hotel de lujo, el 6 Continentes tenía una zona más económica, y esa era la que me tocaba a mí. Aunque hablara inglés a la perfección, un poco de francés también, y aunque había pagado de mi bolsillo varios cursos de hostelería, la gerente se empeñaba en humillarme y asignarme las habitaciones más complicadas.

Atravesé el pasillo de la planta estándar, con ese aroma familiar a productos de limpieza mezclado con aire acondicionado viejo que pedía a gritos una revisión.

Mis mañanas eran todas iguales: limpiando habitaciones que los huéspedes dejaban como si hubiese estallado una guerra mundial ahí dentro.

No voy a mentir, una parte de mí se divertía.

Mientras ordenaba y limpiaba, me gustaba imaginar si lo hacían a propósito, para rebajar al personal —preservativos abiertos dentro del minibar, manchas sospechosas en las paredes, restos de comida por el suelo— o si habían tenido que huir de la policía y ni siquiera les dio tiempo de vestirse bien.

En fin, otro día más de «Cenicienta necesita trabajar, porque los viejos con yate no aparecen solos» en el Hotel 6 Continentes.

Puse a *Ivete Sangalo* a todo volumen en los auriculares, porque solo ella tenía el poder de espantar la tristeza, el cansancio y cualquier mal espíritu de una habitación de hotel, y salí moviendo las caderas mientras cantaba en silencio *«Sorte Grande»*.

Empecé a revisar los productos del minibar para ver si faltaba algo o si habían cambiado algo de sitio, cuando sentí una presencia detrás de mí.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, me puse tensa y giré la cabeza con cuidado, espiando por encima del hombro, convencida de que solo sería la cortina moviéndose con la brisa.

Pero al ver que había un hombre enorme sentado en un sillón en la esquina de la habitación, se me aflojaron las piernas y acabé en el suelo.

Y no me cagué encima porque no me pilló con la mierda a punto.

Medía más de dos metros, sus ojos azules casi brillaban, y la cicatriz que le cruzaba buena parte de la cara me dejó helada.

—¡Ay, Satanás! —grité, buscando algo con lo que defenderme —. ¡Qué susto, demonio del demonio! ¡Pensé que la habitación estaba vacía!

Parpadeé, y entonces lo reconocí. Ya había visto esa cara unas cuantas veces. Era Santo, el hermano menor de Massimo Zampieri. Se rió, pero sin emitir sonido, y se pasó un dedo por la barbilla.

Esa cicatriz era imposible de olvidar.

—Perdón, no quería asustarte —dijo, aunque el brillo de sus ojos decía otra cosa—. Solo vine a hacerte una visita.

Su portugués tenía un acento italiano marcadísimo.

Entrecerré los ojos, intentando entender bien lo que decía.

—¿Una visita? —repetí, intentando recuperar el aliento—. Tienes pinta más bien de asesino de peli de terror que de alguien haciendo una visita.

Santo se levantó.

Y de pie parecía aún más grande que sentado.

Dio un paso hacia delante, y no pude evitar notar lo intimidante que era.
Alto, corpulento, con esa cicatriz que le cruzaba el rostro… parecía alguien con quien no querrías cruzarte en un callejón oscuro.

Pero al mismo tiempo, había algo en él que me intrigaba.

Una tensión que no sabía explicar.

Extendió la mano para ayudarme a levantarme del suelo. Preferí ponerme en pie por mi cuenta y dejar un espacio seguro entre nosotros.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —dijo, levantando las manos como si se estuviera rindiendo.

—¿Y quién te ha dicho que yo no quiero hacerte daño a ti? —Agarré la fregona y la apunté con ella.

—¿Con una fregona?

—Cariño, no subestimes lo que una mujer loca puede hacer con una fregona —gruñí.

Él asintió con cautela.

—¿Dónde está Gabriela?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Sentí que las piernas me flaqueaban y di un par de pasos hacia atrás, buscando algo donde apoyarme, pero no encontré nada.

El corazón me dio un vuelco y me faltó el aire por un momento.

—¿Y por qué iba a decírtelo? —repuse, cruzándome de brazos —. ¿Crees que voy a entregar a mi amiga así, en bandeja de plata?

Santo sonrió. No fue exactamente una sonrisa, más bien una exhibición de dientes. Tenía unos colmillos afilados y brillantes, y por el tamaño de esa boca, podía jurar que si me mordía me arrancaba un brazo.

—Porque si no me lo dices, voy a tener que averiguarlo por las malas. Y no creo que quieras eso.

—Vete a la mierda, guapito —solté sin pensar—. Podrás ser muy grandote y dar miedo, pero no pienso decirte nada.

Dio otro paso hacia mí y noté cómo el pulso se me aceleraba.

Estaba a un paso de quedar acorralada entre la cama y él… y no sabía si eso me asustaba o me excitaba.

—Vamos, Bianca —dijo con voz baja y peligrosa—. Sabes dónde está. Solo necesito saber dónde está trabajando. No quiero irrumpir en su casa ni nada parecido.

Lo miré a los ojos, intentando adivinar si decía la verdad.

Había algo en su mirada que me decía que sí. Pero aun así, no pensaba soltarlo tan fácilmente.

—¿Te acuerdas de mi nombre? —entrecerré los ojos, incrédula.

—No eres una persona fácil de olvidar.

Eso hizo que se me encendieran las mejillas de vergüenza. Y aún estaba intentando entender si estábamos flirteando o amenazándonos mutuamente con esas miradas cargadas de tensión.

—¿Y por qué quieres saber de Gabriela? —pregunté, intentando ganar tiempo.

—Porque mi hermano está destrozado sin ella —respondió con tono más serio—. La necesita. Y yo le prometí que la ayudaría a encontrarla. Acabamos de llegar de Italia. Ha sido un viaje largo.

Suspiré, sintiendo una punzada de compasión.

Sabía cuánto amaba Gabriela a Massimo, y lo mucho que él la amaba a ella. Si Santo decía la verdad, tal vez esto podía servir para que se reconciliaran.

—¿Y qué gano yo con esto? —le solté, intentando mantener el control.

Santo volvió a reír, pero esta vez con algo de admiración en la mirada.

—Eres dura de roer, ¿eh? —comentó, negando con la cabeza —. Está bien. ¿Qué quieres a cambio?

—Quiero que dejes de ser tan… aterrador —dije, sin pensar—. Y quizá... una cena. Una cena de verdad. Nada de sándwich ni comida rápida.

Alzó una ceja, visiblemente sorprendido por mi respuesta.

—¿Una cena? —repitió, como si no pudiera creerlo—. ¿Me estás pidiendo una cena a cambio de una información?

—Exactamente —afirmé, intentando sonar más segura de lo que me sentía—. Me llevas a un buen restaurante, y te digo dónde encontrar a Gabriela.

Santo me observó unos segundos, evaluando mi propuesta.

Y entonces volvió a sonreír, esta vez con auténtica diversión.

—¿Después de la cena puedo pedir postre? —Desabrochó la camisa negra, dejando ver su pecho.

—Qué ansioso. —Lo miré de arriba abajo—. No, cielo, aquí no hay barra libre. Si quieres probar bocado, vas a tener que ganártelo.

—Me encantan los desafíos.

—Soy virgen, pero no inexperta.

—¿Virgen? —Me lanzó una mirada de total desaprobación.

—Sí. ¿Algún problema?

—Odio a las vírgenes.

—Pues ese es tu problema, no el mío.

—Mi madre me puso este nombre porque quería que fuera cura. Me metió en el seminario desde muy joven, buenos tiempos… Y me tiré a todas las monjas del colegio de al lado —se detuvo un segundo, nostálgico—. Todas eran vírgenes.

—¡Jesús bendito! —Me santigüé y di un paso atrás—. Eres un blasfemo con patas.

—Y aún no me he quitado la ropa —Santo extendió la mano —. Cena en un buen restaurante a cambio de la información.

—Sin postre. Estoy a dieta.

—Yo no —se acercó con cautela—. Me gusta la carne casi cruda, sangrante, ardiendo por el fuego...

Cuando estuvo a escasos centímetros de mi cuerpo, lo empujé hacia la cama y salí corriendo hacia la puerta.

—Está trabajando en la pastelería de Raíssa, en Madureira, unas tiendas más allá del mercado principal —dije, por fin—. Pero si le haces daño, te juro que te dejo una cicatriz peor que esa por todo el cuerpo.

—¿Lo prometes? —murmuró, mirándome como si fuera a devorarme.

—No me das miedo. —Mantuve la puerta entreabierta, lista para escapar.

—No te preocupes, Bianca. Solo quiero asegurarme de que mi hermano tenga la oportunidad de arreglar las cosas. Es lo que hago por mi familia: limpio la mierda de todos, cueste lo que cueste.

Asentí con la cabeza.

Pero cuando me di cuenta, ya estaba fuera del cuarto, aturdida, caminando lo más rápido posible por el pasillo, lejos de esa habitación y de ese hombre que me había dejado temblando hasta el alma.

Capítulo 3
Bianca Sierra

Un mes después.

Como parte de nuestro acuerdo, Santo reservó una cena en el Oro, uno de los restaurantes más sofisticados del Leblon.

Cuando bajé del coche que había enviado para recogerme, me quedé mirando la fachada y esbocé una sonrisa contenida, pensando que ese era el tipo de sitio al que jamás entraría si dependiera de mi cuenta bancaria.

Las luces tenues y amarillas daban al ambiente un aire íntimo, los muebles, la cubertería y la decoración tenían un estilo refinado y elegante, y todos los camareros y empleados parecían ir mucho mejor vestidos que yo. Todo eso me hizo querer dar media vuelta y desaparecer.

Aun así, la curiosidad por volver a ver a Santo Zampieri me mantuvo firme.

El maître me acompañó a una mesa en una zona reservada mientras cruzaba el restaurante vacío, bajo la mirada de todo el personal. No sé por qué, pero me sentí automáticamente descuidada, aunque hubiese pasado horas arreglándome.

Santo iba todo de negro. Por un instante, pensé que llevaba un vestido. Pero cuando me acerqué y me senté frente a él, giró el rostro y vi la solapa blanca en su cuello.

Fruncí el ceño, confundida.

—Sabía que eras excéntrico, pero no sabía que te gustaba disfrazarte.

Él ladeó la cabeza, evaluándome.

—¿Por qué estás vestido de cura católico? ¿Te infiltraste en alguna misión secreta de la familia Zampieri? —Reí.

Santo esbozó una sonrisa seductora, carismática.

—Te vi con tu uniforme y pensé que sería apropiado enseñarte el mío.

—Espera... ¿de verdad eres cura? —Me quedé paralizada—. Madre mía, y yo aquí vestida de María Magdalena...

Pasé la mano por el vestido corto, intentando al menos cubrirme las rodillas.

—¿No me vas a apedrear, verdad?

—No. ¿Te gustan los palazos?

—Santo... —me contuve para no soltar la carcajada— basta. Dime la verdad.

—Estamos aquí porque quiero contarte toda la verdad —tamborileó los dedos sobre la mesa—. ¿Preparada?

—No lo sé, ya veremos.

Me alisé el pelo, nerviosa y algo inquieta.

Había llegado a pensar que viviría una aventura tórrida con ese hombre, pero ¿era cura de verdad? ¿Cómo iba a quitarme la virginidad siendo sacerdote?

Me observó en silencio durante unos segundos. Mientras tanto, el camarero sirvió vino para los dos y no pude evitar reírme del contraste.

Santo dio un sorbo ligero, y su expresión se suavizó como si estuviera en paz consigo mismo. Casi parecía un Buda moderno, un hombre que había encontrado equilibrio en medio del caos de Río de Janeiro.

Y sin previo aviso, su mirada se volvió más seria.

—Entre nosotros no habrá mentiras, Bianca —me miró directamente a los ojos—. No pienso esconderte nada. Así que quiero que me escuches con atención.

—Soy toda oídos —respondí con una sonrisa divertida, aunque seguía sintiendo que todo aquello era demasiado surrealista.

—Primero, lo del atuendo. No podremos avanzar si no aclaramos eso.

—Me parece justo.

—Sí, soy sacerdote en la iglesia de San Pedro, en la Ciudad del Vaticano. Pero soy un tipo especial de cura.

—¿Uno que se tira a vírgenes?

—También —sonrió con picardía—. Pero uno que haría que la Inquisición y las Cruzadas parecieran un juego de niños —suspiró—. Me ocupo de la seguridad del Vaticano. Y de mi familia, cuando hace falta.

—Hmm...

Bebí un poco de vino. Estaba delicioso.

Y empezó a darme un poco de calor mientras lo miraba. Esos músculos marcados bajo el traje eclesiástico… era pecado puro.

—Mi madre tuvo un aborto espontáneo con su primer hijo. Era monja, conoció a mi padre, se enamoraron y escaparon juntos. Perdieron al primer bebé. Mi abuela, que la odiaba, le llenó la cabeza de culpa, diciéndole que Dios la estaba castigando por abandonar el hábito. Así que mi madre prometió que entregaría a su primogénito a Dios, para que fuera sacerdote.

—Pero Massimo Zampieri es el hermano mayor —intervine, sin comprender del todo.

—Sí. Mi padre le impidió entregar al primer hijo. Pero entonces mi madre enfermó gravemente, casi muere. Luego se quedó embarazada de mí.

—Y te entregó a la Iglesia…

Santo mostró el alzacuellos como si fuese una corona.

—*Touché*.

—De todas las cosas que imaginé que eras... cura no estaba en la lista.

—Oculto bien mi identidad para hacer lo que debe hacerse.

Abrí el menú, más por los nervios que por hambre. Los platos se veían deliciosos, carísimos… y yo estaba famélica.

—Pide lo que quieras, eres mi invitada.

—Ojo, que yo como mucho —bromeé.

—Yo también —alzando una ceja con malicia.

—Santo... —le lancé una mirada de advertencia.

Y él se rió como un chiquillo travieso tramando algo perverso.

Cuando el camarero se retiró, el tema inevitable salió a la luz.

—Gabriela y Massimo ya están bien —dijo, cruzando las manos sobre la mesa—. Mi hermano por fin logró convencerla de volver a Italia. Pronto nacerán los gemelos. Así que no tendré que preocuparme más por ese asunto familiar.

—Me fastidia admitirlo, pero hacen una pareja preciosa, ¿no crees?

—Sí, lo creo.

Santo parecía cargado, como si llevara algo dentro que necesitaba decir antes de explotar. La comida aún no había llegado cuando me miró directamente a los ojos y fue al grano:

—¿Lista para el tema de la noche?

—Dale. Soy fuerte, Santo. Ya he aguantado de todo en esta vida.

El tono de su voz era tan grave que mi espalda se tensó automáticamente, aunque por fuera me mostrara tranquila.

—Hace un año recibí una propuesta para encontrar a la hija perdida de dos personas muy importantes. Una chica que, por una serie de razones que ahora no vienen al caso, fue dejada en un orfanato para salvarla de la muerte y jamás supo la verdad sobre su origen.

—Ajá...

—Fue fácil encontrarte —se humedeció los labios con la lengua, de una forma casi sensual—. Lo difícil fue arreglar las cagadas de mi familia para poder cumplir el trato, porque sabía que, llegado el momento, tendría que dedicarme a ti.

Parpadeé, intentando procesar lo que acababa de decir.

Después solté una risita breve, incrédula, esperando que soltara algo como «es broma, no soy cura ni nada, y solo estoy montando esta historia para llevártela rica y sabroso».

Y lo peor es que una parte de mí estaba encantada con la idea.

—Espera... ¿eso también va en serio?

Asintió.

—Ah, claro, porque soy superespecial y nadie nunca me avisó —solté con sarcasmo—. ¿De verdad crees que voy a tragarme esa historia?

Santo tomó una carpeta de cuero que tenía a su lado y sacó de ella un archivador forrado en piel, que colocó sobre la mesa. Al abrir la primera página, vi una fotografía que me hizo latir el corazón como un tambor desbocado.

En la foto había un hombre y una mujer.

Él era alto, de complexión robusta, con facciones duras y mirada penetrante.

Pero ella... ella me dio un puñetazo en el estómago sin tocarme.
Era idéntica a mí. Mismos ojos, mismo cabello, mismas líneas en el rostro.
Como si estuviera mirando un espejo envejecido.

Sentí la garganta seca y los dedos me temblaban al alcanzar la imagen.

—¿Quién... quiénes son? —susurré.

—Tus padres —respondió Santo.

El mundo giró de repente, y me agarré al borde de la mesa para no desmayarme.

Una avalancha de emociones me inundó: confusión, rabia, tristeza, miedo.
Todo al mismo tiempo.

—Santo, esta es la última vez que te lo pregunto: ¿esto es una broma? —Mi voz sonó más fuerte de lo que quería—. Porque si lo es, te juro por Dios que te mato.

—No. No lo es.

Pasó las páginas del álbum y vi más personas que de algún modo recordaban a ese hombre y a esa mujer: abuelos, tíos, primos... una familia entera que jamás había conocido.

—Ahora viene la parte difícil.

—¿Difícil? —apenas logré pronunciarlo.

—Esa mujer me pidió que te encontrara —dijo, señalando a una señora mayor, de cabello blanco. A pesar de su edad, no parecía frágil ni vencida.

—¿Es mi abuela?

—Sí. Y todo lo que más deseo es llevarte con tu familia. Pero hay una condición.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué condición?

Volvió a buscar en su carpeta, sacó un sobre grande, extrajo de él un documento y lo deslizó hasta mí.

En la parte superior, en letras grandes y en negrita, se leía: *Contrato de Heredera*.

Sentí un vuelco en el estómago.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté, tirando del papel.

—¿Quieres encontrar a tu familia, Bianca?

—¡Claro que sí! Es lo que más deseo en esta vida.

—Y yo quiero que me des un hijo —dijo con una calma tan inalterable que parecía inhumana. Como si nada pudiera sacudir a ese hombre.

Me quedé congelada.

Por un instante, el sonido del restaurante desapareció.

Solo podía oír los latidos frenéticos de mi corazón.

Las manos me temblaban y la vista se me nubló.

—Tú... ¿qué?

—Lee el contrato —pidió—. Todo está ahí. Te voy a dar todo lo que siempre has querido: dinero, libertad, seguridad. Tú y Gabriela perteneceréis a la misma familia, porque vuestros hijos serán Zampieri. Además, tendrás un vínculo con tu familia biológica.

No sabía si quería llorar o gritar. O ambas cosas.

—Eres sacerdote. No puedes casarte —abrí los ojos, horrorizada.

—¿Quién habló de casarse? —rió con frialdad—. Solo te estoy pidiendo un hijo. Sin matrimonio, sin amor, sin conexión más allá de este contrato. Es un trato. Nunca te amaré ni me casaré contigo. Solo eres el medio para lograr mi objetivo.

—¿Tú quién te crees que eres? —me levanté de la mesa, furiosa.

—El hombre que va a cambiar tu vida y te está ofreciendo cosas que jamás imaginaste —respondió, firme, con esa seguridad que me sacaba de quicio—. Tienes mi contacto. Llámame cuando firmes el contrato y tengas el pasaporte listo. Vamos a viajar bastante.

Se levantó, ajustó la sotana y me dejó ahí.

Atónita.

Con un contrato en la mano y el mundo completamente del revés.

Capítulo 4
Bianca Sierra

No tenía ni idea de cómo había logrado llegar a casa aquella noche.

Todo lo que vino después de la cena era un borrón, y mi cabeza no paraba de dar vueltas. Recuerdo haber comido platos deliciosos, bebido hasta perder la noción del espacio, guardado el contrato en el bolso y haberme marchado con dos cosas persiguiéndome: la imagen de mis padres en aquella foto —algo que nunca iba a olvidar— y la voz grave de Santo, junto a esos ojos azules clavados en los míos:

—Quiero que me des un hijo.

Le conté toda la historia al taxista, que se echó a reír y repitió varias veces:

—Estas cosas solo pasan en Río de Janeiro...

—¿Quién se cree que es? —pregunté, indignada, mientras miraba las calles iluminadas a través de la ventanilla—. ¿Porque es cura, de familia multimillonaria y está para mojar pan, ya puede aparecer así, de la nada?

—Tenía que haber tenido más decencia —opinó el desconocido.

—¿Apenas entra en mi vida y ya quiere sentarse en la ventanilla? ¿Nos acabamos de conocer y quiere tener un hijo conmigo? ¿Un cura? ¡Eso es cosa del demonio! Mi vida ya es bastante complicada, señor...

—Desde luego.

—Y ahora quiere que pare un año de mi vida para gestar a un hijo hecho solo para cumplir un contrato y que él consiga lo que

quiere. ¿Y yo? ¿Y mi cuerpo? ¿Y mis sentimientos?

—Pues eso. ¿Al menos te dijo cuánto te iba a pagar? —el taxista me miró por el retrovisor.

Saqué la maldita carpeta del bolso e hice una lectura rápida hasta encontrar una cifra.

—Ciento cincuenta reales. No valgo nada.

—No, hija. Nada.

—Espera, hay más ceros. Está oscuro, voy a encender el móvil —iluminé con la linterna—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis ceros en total. Quince mil... millones de reales...

—Señorita... —el hombre se echó a reír—. Qué útero tan cotizado.

La indignación seguía ahí, sentía la rabia ardiendo en mi garganta, pero de repente, junto con ella, apareció algo aún peor: curiosidad.

Por absurda que fuera aquella propuesta, quince millones de reales eran un incentivo nada despreciable para tener un hijo de Santo.

Y eso sin contar que era un hombre de más de dos metros, ojos azules, cara de perro malo.

¿El brazo? Del tamaño de mi muslo.

—Ese cura toma hostias de creatina y batidos de proteína —murmuré.

—El culturismo está de moda en la Iglesia, ¿eh, hija?

Acabamos riéndonos juntos, aunque no entendí muy bien por qué.

Santo Zampieri era italiano, y aunque hablara portugués, su acento me provocaba cosquillas en algún punto entre mi ombligo y mi clítoris.

Y eso me tenía intranquila.

Golpeé el suelo del coche con el pie, moviéndome de un lado a otro, tratando de encontrar paz y comodidad, pero la verdad era que sentía que nunca más sería la misma después de aquella noche.

Lo peor de todo era el recuerdo de la foto de mis padres.

Mi madre parecía radiante, una mujer valiente, libre. Podía verlo en sus ojos —idénticos a los míos— que era una aventurera de las grandes. Y mi padre...

Mi padre parecía un refugio, un lugar seguro. La forma en que miraba a mi madre haría que cualquier película romántica pareciera una broma.

Estaba escrito en sus ojos que mataría por ella.

Yo quería vivir algo así.

Quería saber más sobre ellos.

Y si Santo decía la verdad sobre que mi abuela lo había enviado a buscarme, entonces probablemente decía la verdad sobre todo lo demás también.

Cuando llegué a casa y vi el precio en el taxímetro, me arrepentí al instante de no haber aceptado el coche que Santo había puesto para llevarme de vuelta. Pero pagué el viaje con gusto, convencida de que sería la última vez que vería a ese hombre.

Entré en casa, lancé el bolso sobre el sofá y me senté a su lado.

Me picaban los dedos. Dudé un instante mientras miraba los papeles algo arrugados, pero no pude resistirme.

Agarré el documento, lo saqué y vi cómo las letras bailaban ante mis ojos.

La botella de vino en la cabeza, junto con varias caipiriñas y tequilas, me tenían mareada, pero también me permitieron captar el tono frío, casi cruel e impersonal de las palabras impresas en aquel contrato.

«CONTRATO DE HEREDERA»

Puse los ojos en blanco.

Hasta el nombre era absurdo.

Pero seguí leyendo, porque algo dentro de mí necesitaba entender de qué demonios se trataba aquello.

CONTRATO DE HEREDERA
CONTRATO DE GESTACIÓN Y HERENCIA

PARTES CONTRATANTES:

CONTRATANTE: Santo Zampieri, de nacionalidad italiana, titular del pasaporte n.º ITN-975312468-FIC, con residencia en la Ciudad del Vaticano, actuando a título personal y como representante de intereses familiares y corporativos.

CONTRATADA: Bianca Sierra, de nacionalidad brasileña, titular del CPF n.º 69696969696-9, con residencia en Río de Janeiro, Brasil.

OBJETO DEL CONTRATO:

El presente contrato tiene como objeto establecer que Bianca Sierra, en adelante denominada **LA CONTRATADA**, cederá a Santo Zampieri, en adelante denominado **EL CONTRATANTE**, el derecho exclusivo sobre su cuerpo durante el período de un año.

Con la finalidad exclusiva de definir los derechos y obligaciones de ambas partes en relación con la gestación y el nacimiento de un heredero, conforme a los siguientes términos:

1. **FINALIDAD:**
   LA CONTRATADA se compromete a concebir, gestar y dar a

luz a un(a) hijo(a) biológico(a) de **EL CONTRATANTE**, con el fin de cumplir objetivos familiares.

2. NATURALEZA DE LA RELACIÓN:

El presente contrato no implica ninguna relación romántica, afectiva ni emocional entre las partes, siendo de carácter estrictamente profesional y legal.

a. **LA CONTRATADA** se someterá a un conjunto de exámenes médicos que certifiquen su fertilidad;

b. Informará sobre sus fechas de ovulación y periodos fértiles;

c. Estará disponible, sin importar la hora o el lugar, durante dicho período, para cumplir con su obligación de concebir al heredero por medios naturales.

CLÁUSULAS Y CONDICIONES:

3. GESTACIÓN Y ASISTENCIA MÉDICA:

a) LA CONTRATADA será atendida por un equipo médico especializado designado por EL CONTRATANTE;

b) Todos los gastos médicos, hospitalarios y de asistencia durante el embarazo y el parto serán cubiertos íntegramente por EL CONTRATANTE;

c) LA CONTRATADA se compromete a seguir las indicaciones médicas prescritas, con el fin de garantizar el bienestar tanto del feto como de ella misma.

4. COMPENSACIÓN ECONÓMICA:

a) Durante la vigencia del contrato, LA CONTRATADA recibirá una cantidad mensual de 100.000 dólares estadounidenses (USD), destinada a su manutención y bienestar;

b) Tras el nacimiento del niño, LA CONTRATADA recibirá un pago único de 15.000.000 de dólares estadounidenses (USD),

siempre y cuando haya cumplido todas las cláusulas contractuales;

c) EL CONTRATANTE garantizará un lugar de residencia adecuado para LA CONTRATADA durante todo el período de gestación, con todos los gastos cubiertos.

5. **DERECHOS Y RESPONSABILIDADES SOBRE EL NIÑO:**

a) La custodia y la responsabilidad legal del niño corresponderán exclusivamente a EL CONTRATANTE tras el nacimiento;

b) LA CONTRATADA renuncia a cualquier derecho legal o custodia sobre el niño después del parto;

c) EL CONTRATANTE se compromete a garantizar todos los derechos y el bienestar del heredero, incluyendo su educación y manutención.

6. **CONFIDENCIALIDAD:**
   a) Ambas partes se comprometen a mantener absoluta confidencialidad sobre los términos del presente contrato y sobre la naturaleza de la relación;

b) Cualquier incumplimiento de esta cláusula implicará sanciones legales y el pago de una multa de 100.000.000 de dólares estadounidenses (USD).

7. **RESCISIÓN:**
   a) Este contrato se considerará automáticamente rescindido una vez que haya nacido el heredero y se hayan cumplido todas las cláusulas aquí previstas;

b) En caso de incumplimiento por cualquiera de las partes, se aplicará una multa de 50.000.000 de dólares estadounidenses (USD), además de otras sanciones legales correspondientes.

8. **DISPOSICIONES GENERALES:**

a) Este contrato se regirá por las leyes brasileñas, y cualquier disputa será resuelta en los tribunales de la Comarca de Río de Janeiro;
b) Las partes declaran haber leído y comprendido todos los términos del presente contrato, asumiendo plenamente las responsabilidades aquí estipuladas.

FIRMAS:

CONTRATANTE: _____
Santo Zampieri

CONTRATADA: _____
Bianca Sierra

TESTIGOS:

FECHA: _____ de _____ de _____

Leí cada palabra, aunque las letras parecían saltar del papel y todo se volvía borroso ante mis ojos.

Para mí estaba claro: Santo quería que yo fuera un vientre de alquiler, con el detalle de que el bebé llevaría mi carga genética.

Yo sería la madre, pero sin ninguno de los lazos emocionales que vienen con eso.

Solté una carcajada desquiciada mientras arrugaba aquellas hojas.

—Ese hombre está completamente loco.

Aunque hubiera rechazado la oferta, algo dentro de mí no paraba de dar vueltas.

Por más que me costara admitirlo, Santo no mentía cuando decía que esto cambiaría mi vida.

El apoyo económico que ofrecía era más dinero del que podría ganar en toda una vida trabajando en ese hotel.

Y el simple hecho de descubrir más sobre mi familia, de entender por fin quién era, de dónde venía, si había otros locos como yo...

Eso era algo que ningún dinero podía comprar.

Aun así, la idea era absurda.

¿Yo, cargando al hijo de un hombre como Santo?

Un hombre tan frío, implacable y controlador que necesitaba redactar un contrato solo para asegurarse de que ningún sentimiento interfiriera en sus negocios.

¿Y lo peor?

¿Renunciar al bebé una vez que naciera?

¿Cómo podía siquiera considerar algo así?

—¡Imbécil! ¡Capullo! ¡Eres cura, pero al cielo no vas! —grité más alto de lo que debería.

—¿Y eso ahora qué ha sido?

Di un brinco al ver a Raíssa aparecer en el pasillo, con un gorro de satén rosa y pijama.

—Nada... solo hablaba sola.

—¿Estás borracha?

—¿¡Borracha yo!? —Me eché a reír—. Aunque para aguantar a ese idiota… igual unas copas no venían mal.

—¿Qué idiota? ¿Con quién saliste? —cruzó los brazos.

—Con nadie, Raíssa. Nadie.

Metí el contrato arrugado dentro del bolso, me lo colgué al hombro y fui tambaleándome hacia la habitación.

¿Cómo sería aceptar?

¿Cómo sería vivir en un lugar seguro, sin preocuparme por el alquiler ni por el próximo turno en el hotel?

¿Cómo sería saber al fin quién era yo de verdad?

Y, sobre todo, ¿cómo sería estar unida a Santo de una forma tan íntima e irrevocable?

En el contrato lo dejaba claro: sería dueño de mi cuerpo.

Durante un año.

¡Dueño!

Sacudí la cabeza, intentando borrar esos pensamientos.

—Esto es una locura. Él está loco. Y yo también, solo por pensarlo.

—¿Quién está loco? ¿De qué estás hablando? ¿En qué piensas? —Raíssa venía detrás de mí.

—Solo hablo sola...

—Ajá.

—Bebí para olvidar mis problemas, pero me acordé de todos otra vez —le expliqué.

Raíssa me quitó los tacones, me ayudó a tumbarme en la cama y me acarició la mano.

—¿Amiga?

—Dime.

—¿Por cuánto dinero te harías mujer de un cura?

—¿Qué?

—¿Cuánto dinero tendrían que darte para quedarte embarazada de un cura?

—Bianca, ¿qué y cuánto has bebido? —abrió los ojos como platos—. ¡Los curas no tienen mujeres, ni embarazan a nadie, son curas!

—¡Exacto! —exclamé, indignada—. ¡Él es un mentiroso!

Me arropó y se quedó mirándome preocupada, pero cuanto más intentaba explicarle, más loca sonaba.

—Bia, duerme, que lo tuyo es sueño. Y aguardiente —sugirió.

Capítulo 5
Bianca Sierra

Lo primero que pensé fue en denunciarlo al Vaticano.

No sé, fue lo que se me pasó por la cabeza nada más abrir los ojos.

—¿Hola? ¿Es el Vaticano? Hay un cura buenorro y descarado que quiere tirarme.

Después me reí de eso y me quedé mirando el techo, pensando en ese hombre enorme encima de mí, aplastándome en la cama, usando mi cuerpo hasta asegurarse de que había dejado un heredero suyo en mi vientre.

Aquello me enfadó profundamente.

Y me excitó.

Cogí el móvil, dispuesta a quedarme unos minutitos más en esa fantasía, cuando vi la hora: 7:55.

Debía haberme despertado a las 4:55. Y haber salido corriendo para coger el autobús a las 5:30. Para llegar al trabajo a las 7:30.

Salté de la cama y corrí al baño.

Abrí la ducha, cogí el cepillo de dientes y en menos de un minuto me di una ducha rápida.

Me apliqué crema hidratante mientras me vestía a toda prisa, no comí nada porque no me daba tiempo y salí a la calle como una loca, con el pelo empapado, buscando un taxi desesperadamente.

Cuando por fin encontré uno libre y subí, terminé de arreglarme dentro del coche. En los minutos que me sobraban, saqué el contrato del bolso y volví a leerlo, a pesar de la resaca.

No sabía exactamente qué buscaba en él.

¿Una confirmación de que todo había sido un sueño?

¿O tal vez algo que hiciera que aquella propuesta pareciera menos absurda?

En cualquier caso, cuanto más leía… más real parecía.

Y eso era lo más aterrador.

Pagué el taxi y bajé con el corazón acelerado, sintiéndome como si estuviera corriendo una maratón.

Una parte de mí pensaba que todo aquello era ridículo.

Pero otra parte se preguntaba: ¿cómo sería mi vida si firmara ese contrato?

¿Tendría, por fin, algo que pudiera llamar mío?

¿Tendría, por primera vez, algún control sobre mi destino?

Al entrar en el Hotel 6 Continentes, fui recibida por Clóvis, como de costumbre.

—Quiero que me des un hijo.

—¿Cómo dice? —Abrí los ojos como platos y agarré el bolso, lista para estamparle en la cabeza.

—He dicho que el día está precioso —el hombre me miró como si estuviera loca.

—Precioso, sí... —Giré bruscamente hacia la playa de Copacabana—. Buenos días, Clóvis.

—¡Buenos días, doña Bianca!

Bajé la cabeza y crucé el vestíbulo de puntillas para que nadie me viera.

En cuanto entré al vestuario, respiré aliviada y fui directa a mi taquilla para cambiarme.

Pero al girarme, me encontré con Marta, la gerente del hotel, sujetando una carpeta contra el pecho como si fuera un cetro.

—Llegas tarde. Eso se descontará de tu sueldo —me soltó.

—Lo sé, doña Marta… tuve un problema con el despertador…

—Creo que tengo que recordarte, Bianca, que este es un hotel de lujo. El servicio debe ser de alto nivel, y el alto nivel empieza por la puntualidad.

Su tono irónico y desdeñoso me hizo arder el estómago vacío.

—No volverá a pasar, lo prometo. Fue un imprevisto...

—Por eso estás destinada a limpiar las peores habitaciones y lidiar con los clientes más cutres. No tienes actitud, ni profesionalidad. Ni siquiera eres digna de llevar ese uniforme. Mejor harías en buscar trabajo en una cadena de comida rápida. Seguro que ahí encuentras gente de tu nivel...

Me miró con tanto desprecio, con tanta frialdad, que me quedé paralizada.

Removí por dentro cada una de esas palabras y tragué mis emociones.

—¿Y qué haces ahí plantada, niña? ¿Además de poco profesional, eres lenta? ¡Vamos! Tienes diez habitaciones que limpiar antes de las diez de la mañana —dijo con tono autoritario.

—Solo hay una hora y media... eso es humanamente imposible.

—Entonces dimite. Entrega tu carta y libéranos de esta profesional de medio pelo que eres. Dios mío... este lugar nunca volvió a ser lo mismo desde que Gabriela se fue... —puso los ojos en blanco y salió con paso rápido.

Tragué saliva.

No era la primera vez que me hablaba así, y sabía perfectamente que disfrutaba viendo lo mucho que necesitaba este trabajo.

Me limpié la lágrima que me ardía en los ojos y rodaba por la mejilla.

Agarré el carrito de limpieza y lo empujé hasta el ascensor de servicio, en silencio.

¿Las habitaciones?

Parecía que una manada de animales salvajes se había instalado en ellas la noche anterior.

Botellas de alcohol esparcidas por el suelo, restos de comida en la cama, toallas empapadas lanzadas por todas partes...

En la tercera habitación, estaba convencida de que había sido Marta quien se había alojado allí solo para humillarme. No podía imaginar qué había ocurrido en ese cuarto, pero parecía que alguien se había colgado del techo y había girado como un ventilador mientras cagaba por todo el baño —paredes, suelo y lavabo. ¿El váter? Limpito, incluso. ¿El resto? Probablemente el Demonio de Tasmania de la diarrea llegó girando y cagando.

Cerré la puerta de aquel infierno y salí al balcón, me senté en una silla y me quedé mirando la playa llena de gente.

¿Y si aceptaba?

Vale. Por muy absurda que fuera la idea de firmar ese contrato, había algo tentador en ella: una oportunidad para escapar de esta vida.

En el peor de los casos, me humillarían durante un año más y después… después viajaría por todo el mundo.

¿Con quince millones de reales? Me iría a Tailandia a vivir en la orilla del mar como una reina. Conocería a mi familia, descubriría si quería tenerlos cerca o no, pero al fin tendría un lugar al que volver.

No tenía un lugar al que volver.

Salí de un orfanato católico dirigido por monjas y, para volver a vivir allí, tendría que hacer un voto de castidad y entregar mi vida a Dios.

¿Pero hacer eso sin haber vivido nada?

Sin haber descubierto si el sexo era todo eso que decían o solo esa cosa prohibida que se susurra en voz baja para sentir que tienes un secreto...

Yo quería vivir. ¡Lo necesitaba! Pero ¿cómo, si la gerente del hotel absorbía toda mi energía y bienestar?

Por otro lado, la idea de gestar a un hijo para luego entregarlo me parecía insoportable. Ni siquiera sabía si quería ser madre, mucho menos de un hijo que nunca sería mío.

—Sé fuerte, deja de posponer esto —murmuré.

Me puse un guante sobre otro, mascarilla para soportar el hedor y agarré una botella de desinfectante. Abrí la puerta del baño y empecé a rociarlo todo, luego usé la escoba para frotar paredes y suelo —no sin antes gritar de asco al ver cómo se esparcía aún más.

¿Qué pensaría mi familia de esto?

¿Me dirían algo como: no te quejes, solo haz tu trabajo, son cosas de la vida? ¿O me dirían: vuelve a casa, no mereces esta humillación, donde comen cuatro, comen cinco, ya nos las apañaremos?

No lo sabía.

No sabía lo que era tener padres, hermanos o alguien que estuviera ahí para mí, incondicionalmente. Y después de ver aquella foto de mis padres y del resto de la familia, no podía dejar de imaginar cómo sería llenar por fin ese vacío.

Cuando por fin terminé mi turno, me dolía la espalda y tenía los nervios de punta, pero lo que más me dolía era la sensación de humillación.

Marta todavía encontró una excusa para criticarme antes de que me fuera, diciendo que la habitación seguía oliendo a mierda.

Obvio, era camarera, no Jesucristo para hacer milagros.

Lo que hacía falta era que hubiera traído a un cura exorcista anoche para expulsar al demonio del cuerpo de quien esparció mierda hasta en el techo. EN. EL. TECHO.

Ah, ni me quedé a escuchar.

Agarré el bolso y me fui a casa, a recuperar la poca cordura que aún me quedaba.

Capítulo 6
Bianca Sierra

En casa, estuve una hora bajo la ducha frotándome la piel con esponja y jabón como si quisiera arrancármela. Solo salí de allí cuando me sentí limpia, plena y digna.

Me puse ropa limpia y cómoda, me tumbé en el sofá y empecé a deslizar sin parar la línea infinita de Instagram, viendo la vida perfecta de todas las personas del mundo.

No sé qué conspiración ocurrió, pero todo el mundo estaba de viaje, graduándose, casándose, en la playa, en una cascada, en Dubái, dentro de un avión o haciendo algo útil que no implicara demoler un baño pútrido y reconstruirlo desde cero.

—Ay, ¿sabes qué? ¡No pienso quedarme encerrada en casa! —me quejé en voz alta—. ¡Si no, me voy a volver loca!

Me calcé unas zapatillas y salí a caminar por las calles de Madureira, sin rumbo fijo.

Entré en el supermercado y compré una botella de agua solo para fingir que tenía algún propósito. Pasé por delante de bares llenos de gente y seguí callejeando sin dirección, hasta llegar a la pastelería de Raíssa.

El local era pequeño y sencillo, pero tenía una energía acogedora y tranquila que me hizo sentir más ligera nada más cruzar la puerta. El olor a bizcocho de maíz y café recién hecho me hizo la boca agua, y de inmediato olvidé el día de mierda que había tenido.

Literalmente.

Raíssa estaba detrás del mostrador, con las manos llenas de harina y una expresión de agobio. Al verme, se le iluminó el rostro con una sonrisa.

—¡Hola! ¡Qué alegría verte! ¿Estás mejor?

—¿Mejor de qué?

—Ayer estabas muy borracha, no decías nada coherente...

—Ah, estoy bien. Con resaca moral, pero ya ni siquiera por la bebida. —Moví la mano en el aire, indicando que no quería hablar más del tema—. ¿Necesitas ayuda?

—Claro. ¡La ayuda siempre es bienvenida! ¡Pasa!

Rodeé el mostrador y observé la pequeña cocina, bien organizada. Los hornos habían sido donados por el orfanato que la familia Zampieri había reformado por completo, y al que había provisto de lo mejor. Las piezas antiguas como mesas, sillas y armarios ahora estaban allí.

Sentí una nostalgia agradable, como si estuviera en casa.

—Ponte esto, para no ensuciarte —Raíssa me colocó un delantal—. Ahora... manos a la masa.

Raíssa montaba nata a mano mientras yo mezclaba la masa de un bizcocho de chocolate y, de vez en cuando, atendía a algún cliente que entraba.

El cansancio se me pasó.

Aunque trabajaba duro y estaba ocupada con las tareas de la pastelería, me sentía renovada y menos ansiosa.

Cuando cerramos a las seis de la tarde, volvimos a casa con un bizcocho cremoso de yuca. Nos sentamos en la cocina y empecé a organizar todo para preparar el café.

—¿Puedo contarte una cosa, Ray?

—¿El horario lo permite?

—No.

Dejé el café al fuego, fui hasta mi bolso, volví con los documentos, ya desgastados de tanto ir de un lado a otro, y se los entregué.

Raíssa los leyó en silencio, con atención, mientras yo le contaba toda la epopeya de aquella cena que me había dejado hecha un lío.

Cuando terminó, lo único que me preguntó fue:

—Santo Zampieri es el hermano de Massimo Zampieri, ¿no? El marido de Gabi.

—Sí.

—¿«Sí»? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

Raíssa cruzó las piernas y parpadeó con cara de inocente, como preguntando qué más quería que dijera.

—¡Ese hombre quiere tener un hijo conmigo por dinero!

—Está un poco loco, la verdad. Creo que todas lo notamos desde la primera vez que lo vimos. ¿Tú qué piensas?

—¿Yo? —Abrí los ojos, sorprendida—. No lo sé. Tú siempre has sido la sensata, la correcta, la racional de las tres. Quiero tu opinión.

—¿Sincera?

—Directa y sin rodeos, amiga. No me prepares, suéltala.

—Anda, tonta.

Entrecerré los ojos y miré a Raíssa como si la hubieran reemplazado por otra persona. No podía creer que la misma mujer que usó todos los argumentos para impedir que Gabriela se fuera a Milán con Massimo ahora me dijera que firmara el contrato así, sin más.

—¿Me odias? —me senté frente a ella.

—No. ¿Sabes qué pasa?

—Ajá...

—Intenté disuadir a Gabi de que no se fuera con ese italiano. Seamos sinceras, fue una locura. Apenas se conocían y ella acabó al otro lado del mundo... se quedó embarazada... se redescubrió...

—Ajá.

—Cuando entró por esa puerta, triste y humillada, pensé que me alegraría. Quise decirle: «te lo dije» y todo eso, pero me di cuenta de que estaba destrozada. Y cuando Massimo vino a buscarla... qué pareja.

—Es verdad.

—Fueron hechos el uno para el otro. Y yo me culparía eternamente solo de pensar que, por mi culpa, ella no habría vivido nada de eso.

—Entendí lo que quieres decir. ¿Pero crees que Santo y yo fuimos hechos el uno para el otro?

—Ay, los dos están un poco chiflados, ¿no? —Raíssa se echó a reír—. A veces pienso que los dos comparten una sola neurona. Así que... ¿qué puede salir mal?

—¿Que me enamore y él me rompa el corazón?

—Más fácil que tú se lo rompas a él. Vamos, Bianca, te conozco. ¿Sufrir por un hombre? ¿Tú?

Asentí con la cabeza, aunque no me sentía tan segura como para admitir que no era tan fuerte como aparentaba.

—¿Y el niño?

—Esa parte me dejó tocada... —Mi amiga volvió a revisar el contrato—. ¿Y si no es negociable? Por lo que contaste, necesita un heredero para conseguir algo, como una herencia. ¿Y si eso de pedir exclusividad en la custodia significa que quiere asegurarse de que tú no puedas quitárselo? ¿Me sigues?

—Hum... tiene sentido.

—Podría reformularlo, no sé, poner algo como: tú vas a criar al niño, se quedará contigo, pero para garantizar lo que él necesita, el niño estará bajo su tutela legal, ¿entiendes? Claro, si es que tú quieres quedarte con la criatura. Eres joven, guapa, vas a poder empezar de nuevo. Empezar de verdad. Son quince millones...

—De reales —completé.

—De dólares —corrigió Raíssa, revisando el documento.

—¿Dólares? —Abrí los ojos como platos—. ¿Cómo?

—Quince millones de dólares —señaló en el contrato—. Noventa millones de reales.

Me dio vueltas la cabeza por un instante.

Era tanto dinero que ni siquiera podía imaginarlo. Tal vez una montaña de billetes o una bóveda profunda y ancha llena de monedas de oro.

—¿Para no tener que volver a limpiar baños de desconocidos todos los días? —Raíssa rió.

—Es un buen dinero, ¿no? Me da para comerme un perrito caliente sentada en la plaza...

Las dos empezamos a reír a carcajadas mientras nos agarrábamos la mano con fuerza.

—Voy a invertir en tu pastelería.

—No hace falta... —se sonrojó.

—Comprar una casa... un coche... si todo sale mal, me hago conductora de Uber.

—¿Uber qué, loca? ¡Son noventa millones de reales! Podrías gastar un millón al año y aún así te alcanzaría para vivir noventa años.

—Un millón al año sí que me lo gasto. —Me quedé pensativa —. Joder, Ray, es muchísimo dinero.

—Y eso que aún no hablamos de lo principal: tu familia. ¿Quiénes son? ¿Dónde viven? ¿A qué se dedican? Madre mía, tengo tantas preguntas...

Respiré hondo y le tomé la mano mientras ordenaba mis pensamientos.

—Pensé que intentarías convencerme de no firmar.

—Puedo intentarlo —Raíssa me miró fijamente a los ojos—. ¿Pero serviría de algo?

Eso me removió por dentro. Fue como una bofetada con guante de seda.

—Con Gabriela no funcionó. ¿Y voy a poder convencerte a ti, que eres un espíritu más libre que ella? No. Lo sé. Pero lo que sí puedo hacer es incluirte en mis oraciones, como hice con Gabi, para que todo salga bien. Para que seas feliz, para que encuentres tu camino...

Mientras hablaba, mis ojos se llenaron de lágrimas y sentí mis labios temblar por la emoción.

—Pero tengo tanto miedo...

—Porque sabes que la vida nunca volverá a ser la misma después de esto —Raíssa sonrió—. Así que haz una cosa: no firmes, no todavía. Pero ve mañana a sacarte el pasaporte. Cuando lo tengas en las manos y sientas que estás lista... firmas y lo llamas. ¿Qué pierdes con sacar el pasaporte?

—Eso... ¿qué pierdo?

—Y si no es para viajar con Santo, seguro que acabarás viajando sola tarde o temprano, así que...

Raíssa se levantó, vino hasta mí y me abrazó con fuerza.

En ese instante sentí una paz que parecía imposible en medio del caos.

—Quiero convencerte de que no firmes, de verdad. Pero la vida te está llamando... y yo vivo con la fe de que la vida guarda cosas buenas para nosotras, así que... no tengas miedo. Y si tienes miedo, hazlo con miedo. Lo quieras o no, la vida siempre sorprende.

—Tienes razón. Gracias por los consejos, Ray.

—Siempre que los necesites, Bia.

En cuanto me soltó y se fue a ducharse, el peso de las dudas volvió. Y entendí que no importaba lo que hiciera, si decidía quedarme y seguir con esa vida angustiante o si me lanzaba a lo desconocido... cualquier camino me cambiaría para siempre.

Y eso me aterraba tanto como me fascinaba.

Capítulo 7
Santo Zampieri

Ciudad del Vaticano, dos semanas después.

El canto gregoriano de los monjes benedictinos resonaba por la Capilla Sixtina mientras yo descendía las escaleras hacia el subsuelo del Vaticano.

Caminé por los estrechos pasillos a la tenue luz de las velas que titilaban en las frías paredes, hasta llegar a la Capilla de San Clemente, oculta bajo tierra.

Nada más llegar, sentí un alivio casi inmediato al ver al obispo Vincenzo Montanari arrodillado ante el altar. Un italiano de cuarenta y cinco años, de complexión alta, rígida e imponente. Llevaba su indumentaria habitual: sotana negra con detalles en violeta y una cruz pectoral.

Permanecí de pie, esperando a que terminara su oración.

—Santo —me llamó, sin girarse.

Me conocía tan profundamente que sabía distinguir el sonido de mis pasos. Y eso me reconfortaba, porque en un mundo y una vida llenos de dudas, era bueno tener un mentor con certezas y firmeza.

—Ven, hijo mío. Recemos.

—Eminencia. —Incliné la cabeza con respeto—. Antes de orar, me gustaría purificar mi corazón y confesar.

Él se levantó con lentitud y se volvió hacia mí, mirándome con esa expresión severa y paternal que solo tienen los padres. Señaló el confesionario en la esquina, pero yo preferí hacerlo allí mismo. No sentía vergüenza, culpa ni temor por lo que iba a compartir, así que

mantendría la tradición de la *Arcanum Sanguis Agni*: decir las verdades de mi corazón mirándole a los ojos.

El obispo Vincenzo, mi mentor y guía espiritual, a quien yo apodaba El Devorador de Fieles del Vaticano, se sentó en el banco de madera.

Me arrodillé frente a él, hice la señal de la cruz y bajé la cabeza, no por reverencia al hombre, sino a lo que representaba.

—Perdóneme, padre, porque he pecado —dije.

—Dios siempre acoge a quienes buscan el arrepentimiento, sin importar el pecado cometido —respondió de inmediato—. Levanta la cabeza y abre tu corazón, hijo mío.

Guardé silencio un momento, organizando mis pensamientos antes de hablar:

—¿Recuerda la propuesta que recibí el año pasado de ese tal Evans?

Asintió en silencio.

—He encontrado a la heredera de la *Bratva*. Y le ofrecí el acuerdo en forma de contrato. Necesito mantenerla bajo mi control absoluto para obtener el cargo de Consejero de la Mafia, y ahora que mi hermano está a salvo y la familia está estable, creo que ha llegado el momento ideal para concluir este plan.

Montanari me observó en silencio durante casi un minuto. Era un hombre que valoraba tanto el silencio como las palabras.

—Eres un sacerdote consagrado. Vives para proteger a la Iglesia y a la *Arcanum Sanguis Agni*. Tu misión con la *Bratva* traerá beneficios para todos nosotros. Entonces, ¿qué es lo que pesa en tu corazón?

Sentí el rostro arder, pero no aparté la mirada.

—La heredera... Bianca. Quiere negociar los términos del contrato.

—¿Negociar? —El hombre soltó una risa—. ¿Está en posición de negociar?

—Necesito que lleve en su vientre un hijo mío para obtener las llaves de esa bóveda, así que, sí, tiene cierto poder sobre mí.

—Ese será el único poder que tendrá sobre ti, si tú lo permites —me advirtió—. Hablamos largamente el año pasado sobre las reglas básicas para mantener la misión en marcha y tu santidad intacta. Dejar embarazada a una mujer no rompe tus votos, pero dejarte dominar por ella, sí.

—Lo entiendo.

Montanari respiró hondo, como si buscara resumir sus ideas, crear un mantra para que lo repitiera hasta grabarlo en mi mente y no olvidar el propósito.

—Ella es el medio para un fin. Es el camino hacia el objetivo. ¿No estás de acuerdo, Santo?

Cerré los ojos por un instante.

Estuve de acuerdo la primera vez que lo escuché y repetí esas palabras tantas veces como pude para convencer a mi cerebro de que eran verdad. Pero cada vez que veía a Bianca... me sentía débil.

—Hay algo en ella que me desafía, Eminencia. Algo que me hace cuestionar mis propias intenciones.

El obispo se inclinó ligeramente hacia delante, quedando a un palmo de mi rostro. Su expresión era imperturbable, rígida, como si quisiera reprenderme. Y su voz, grave y resonante, parecía pelear conmigo. Sin embargo, sus palabras eran siempre amables.

—¿Eso es lo que te preocupa, Santo? ¿Que esa mujer no sea solo parte del plan? ¿Que pueda despertar algo en ti que preferirías mantener dormido?

No respondí. Como siempre, su análisis era impecable.

—Has sido llamado a una vida de sacrificio, pero nunca a ser una máquina —continuó Montanari—. Bianca es humana. Y tú también lo eres. Pero si estás comprometido con este camino, debes entender que las emociones que surjan no pueden guiarte. Debes recordar el propósito.

—El propósito... —murmuré, más para mí mismo que para él.

El obispo cruzó las piernas y contempló la vieja iglesia subterránea con aire reflexivo.

—El contrato que te sugerí redactar fue claro, ¿no es así? Garantizará que las líneas entre vosotros permanezcan claras, firmes, infranqueables.

—Sí.

—Tendrás que acostarte con ella, solo como un acto de necesidad, no de amor. Y eso, hasta que quede embarazada. Después, podrás cortar todos los lazos, pero mantenerla cerca para controlarla. ¿Eso no está claro?

—Más claro, imposible.

—Entonces, ¿dónde están las grietas por las que se cuela tu corazón?

Tragué saliva.

El documento que redacté con su ayuda era claro, impersonal, frío.

Y aun así, al escribirlo, algo dentro de mí vaciló.

La primera vez que vi a Bianca, algo en mí se estremeció. Como un huracán que llega sin aviso y sacude los árboles, primero por las copas, intentando arrancar sus hojas, destrozar sus ramas, y no conforme con devastar lo visible, trata de agitarlas en la raíz, arrancarlas o partirlas en dos.

Esa sensación se apoderaba de mí cada vez que estaba frente a ella.

¿Cómo era posible?

Una mujer de metro sesenta, ojos grandes y expresivos, cabello oscuro y largo... ¿podía provocar eso en mí? Tan bajita, y aún así parecía una bomba de relojería, impredecible y llena de energía.

Y virgen. Dios santo, encima era virgen.

¿Cómo? Con esa aura, esa energía, ese calor que emanaba de ella como si conociera los secretos del mundo y los guardara entre sus labios carnosos y rosados.

—¿Santo?

Su voz me devolvió a la realidad.

Miré mis rodillas doloridas y asentí con sutileza.

—No hay grietas, Eminencia.

Montanari sonrió solemnemente, un gesto raro en su personalidad austera.

—¿Crees que vas a encariñarte con el niño?

—No. Es solo un medio para alcanzar mi objetivo —repetí el mantra.

—¿Y caerás en la tentación de volver a acostarte con esa mujer después de que quede embarazada?

—No. Ella es solo un medio para un fin —pronuncié el mantra en voz alta.

—Tal vez lo que te afecta es tu propia naturaleza, Santo. Controlar el mundo, a las personas que te rodean, es un hábito que dominas como nadie. Pero, ¿controlar el corazón? —Frunció los labios, reprimiendo una sonrisa—. No. El corazón es indomable. Pero recuerda: tu corazón está ocupado con la misión que te fue encomendada. Dios es el único que debe habitar en tu corazón, sin importar lo que hagas. Recuerda tu juramento.

Tenía razón.

Siempre la tenía.

Mi vida, desde muy joven, había sido un juego de control: de mis instintos casi animales, de la Iglesia, de los pecados ajenos... y por lo poco que conocía de Bianca, sabía que ella era distinta.

Ella se escapaba al control. Y eso me ponía... incómodo.

—¿Qué debo hacer?

—Recuerda el propósito. Solo eso.

—Vendré a confesarme siempre que pueda...

—O iré yo a ti, no te preocupes. Lo importante es que seas consciente de tus actos y, lo más importante: que te arrepientas de ellos. Y si en algún momento notas que tus motivos se vuelven personales, que estás actuando por algo más allá del propósito original, retrocede.

—Retroceder —repetí.

Hubo un silencio entre nosotros, pero el canto gregoriano seguía envolviéndonos.

Vincenzo hizo la señal de la cruz frente a mí.

—Ve en paz, hijo mío, sabiendo que la verdadera paz no viene del control, sino de la aceptación.

—Gracias por sus palabras.

—Acepta que tu propósito es uno de los más difíciles, como el de aquellos hombres que tuvieron que quemar brujas o los que fueron a las cruzadas a recuperar Tierra Santa. Todo por el bien mayor.

—Todo por el bien mayor.

Me puse de pie e hice una reverencia al obispo Montanari, que me devolvió el gesto.

Al abrir la puerta de la capilla, el canto gregoriano se intensificó y resonó entre las paredes de piedra por las que pasé.

Mientras subía las escaleras para volver a la Capilla Sixtina, un destello me reveló lo que realmente me molestaba de Bianca: era un espejo que me obligaba a enfrentar partes de mí que prefería mantener enterradas.

Y eso era lo que iba a hacer.

Independientemente de su intento de renegociar el acuerdo.

Capítulo 8
Bianca Sierra

Río de Janeiro, dos semanas después.

Por si acaso, ya había iniciado el trámite del pasaporte.

Las semanas que siguieron parecían un bucle temporal.

Nunca me había dado cuenta de lo aburrida y agotadora que era mi rutina hasta que Santo apareció con una propuesta que ni siquiera había aceptado y ya había puesto mi mundo patas arriba.

Mi vida siguió el ritmo de las humillaciones, habitaciones deplorables y la sensación constante de volver a casa sabiendo que, aunque lograba pagar las cuentas, no me quedaba casi nada para construir un futuro.

Era un miércoles cualquiera, y yo estaba reponiendo los productos del minibar en una suite de lujo cuando Marta abrió la puerta sin siquiera tocar.

—Termina con eso y baja al restaurante —ordenó, dándose media vuelta sin esperar respuesta.

—¿Y quién va a seguir abasteciendo las neveras?

—Tú, cuando regreses. ¡Rápido! ¡Las cosas no funcionan a tu ritmo, niña! —gritó y dio unas palmadas como si yo fuera un perro.

Terminé de organizar todo y salí de la habitación. Llevé conmigo el carrito con bebidas, frutas y aperitivos hasta el restaurante, porque una vez lo había dejado en la zona de empleados y alguien abrió una lata de Coca-Cola, la bebió y me tocó pagarla.

Me detuve frente a un espejo y me arreglé como pude, pasándome las manos por el uniforme para intentar parecer mínimamente presentable.

En cuanto llegué al salón, abarrotado de huéspedes, vi a Santo sentado en una mesa junto a la ventana con vistas preciosas a la playa.

Llevaba una chaqueta negra que parecía hecha a medida. Aunque fuera sacerdote o pareciera un CEO, en realidad era como un pitbull: daba la sensación de que iba a morderme en cualquier momento.

Cuando me vio, se levantó. Un gesto cortés que no parecía encajar con su presencia intimidante, pero Santo siempre era una caja de sorpresas.

—Bianca —dijo, como si mi nombre fuera una oración recién recitada—. Gracias por venir.

—No es que tuviera mucha opción, padre —respondí, dejé el carrito lleno frente a la mesa y me senté frente a él—. ¿Hoy no llevas tus vestiduras habituales?

—¿Te excita la sotana?

—Graciosito.

Contuve la risa y lo miré como si fuera a arrastrarlo yo misma al infierno, rociarlo con gasolina, encender un fósforo y ver cómo ardía mientras bebía un batido.

Santo se inclinó ligeramente hacia adelante, con los dedos entrelazados sobre la mesa.

—Quiero cerrar este asunto entre nosotros. Has tenido tiempo para pensar en el contrato, ¿qué te ha parecido?

—Bonito, pero tengo algunas observaciones.

—Sí, estoy aquí para escuchar tus condiciones.

Crucé los brazos, sintiendo el corazón latir con fuerza.

Había algo en su tono que esta vez sonaba diferente, menos imperativo y más... humano.

Pero no podía olvidar con quién estaba tratando.

—Vale —carraspeé—, si acepto esto, necesito ciertas garantías.

Asintió, animándome a continuar.

—Primero, quiero contacto limitado durante el embarazo. Que me dejes en paz, sin aparecer de sorpresa ni controlar cada paso que doy.

Santo arqueó una ceja, pero no me interrumpió.

—Segundo, quiero un fondo económico asegurado para el futuro de ese niño. Algo que no dependa de ti, en caso de que un día decidas que no quieres ser padre.

Su rostro se endureció ligeramente, pero siguió en silencio.

—Tercero —dije, levantando tres dedos—, quiero decidir dónde voy a vivir durante ese tiempo. Nada de encerrarme en un sitio lujoso pero aislado del mundo.

Hubo un instante de silencio.

Santo me observó como si estuviera decodificando cada palabra antes de responder.

—Tal vez. Sí. No.

—Qué hombre tan práctico... —suspiré, viendo que ni se molestaría en darme explicaciones.

—Tal vez: contacto limitado, no necesitamos convivir, pero quiero que estés conmigo cuando tratemos con tu familia. Necesito que confíen en mí. Sí: el niño tendrá un fondo. En realidad, todos los casinos que operan bajo los hoteles 6 Continentes repartidos por el mundo estarán a su nombre. No: vivirás donde yo diga, por tu propia seguridad.

Iba a discutir, pero me interrumpió:

—El contrato existe por un motivo simple y único: no puedes cambiar de opinión a mitad de camino. Necesito garantías. Tú estarás con tu familia, yo seré un desconocido. Necesito protegerme legalmente y asegurarme de que no me traicionarás.

—¡Yo nunca haría eso! —protesté, ofendida.

Claro que lo haría.

—Conozco la naturaleza humana. Llevo más de diez años escuchando confesiones. No estoy diciendo que seas una mentirosa traicionera, pero las personas cambian con las circunstancias.

—Justo —suspiré—. Tiene sentido. Raíssa me dijo algo parecido.

—Entonces firma el acuerdo.

—¿Y si me encariño con el niño, Santo? ¿Y si no puedo... seguir con mi vida? ¿Irme con mis noventa millones de reales?

—El contrato no está hecho para quitarte al niño, Bianca. Está hecho para que tú no me lo quites a mí —rió—. Porque él es mi garantía de tener sangre rusa. Tú ya la tienes.

—¿Rusa? —abrí los ojos—. ¿Soy hija de rusos?

Me lanzó una mirada analítica y se levantó.

—Ven conmigo.

Agarré el carrito con los víveres y lo seguí.

—Déjalo ahí.

—¿Y si me lo cobran?

—Compro este hotel y lo pongo a tu nombre, muchacha. Deja de preocuparte por tonterías —rezongó.

Solté el carrito con la mayor felicidad del mundo y corrí para alcanzarlo.

—¿Puedes poner eso en el contrato? Que me vas a dar el hotel. Tengo muchas ganas de vengarme de una zorra.

Santo me miró con una sonrisa descarada.

Bajamos al teatro del hotel, atravesamos los bastidores y seguimos por una escalera de caracol hasta quedar frente a un callejón sin salida, de hormigón y con humedad en las paredes.

—¿Vas a follarme aquí?

Él puso los ojos en blanco, dio una patada en una esquina del muro y lo empujó. El bloque de cemento se movió como si fuera liviano como una pluma, y en lugar de humedad y paredes mal terminadas, lo que vi fue un salón de juegos lleno de máquinas y personas.

—¿Esto ha estado aquí abajo todo este tiempo? —abrí los ojos de par en par.

—Este lugar salvó a mi familia de la bancarrota dos veces —explicó Santo—. Tengo casinos por toda Europa y América Latina, pero no en Rusia, China, Japón ni Estados Unidos.

—Hum...

—Con este heredero, podré establecerlos donde quiera en EE. UU. Y quizá, si tu familia llega a aceptarme, en Rusia también.

—¿Son políticos?

—Ellos controlan a los políticos. Tu familia tiene muchos negocios, pero básicamente trafican armas y drogas.

Sentí el cuerpo tensarse y un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Así que mi madre, con esa carita de pilla, viene de una familia de traficantes de armas y drogas? —contuve la respiración.

—Ella iba a dirigir todo eso en Estados Unidos, pero algo salió mal y tuvo que huir con tu padre —explicó él.

Pasamos entre mesas de póker, máquinas tragamonedas modernas prohibidas por la legislación brasileña y todo un sistema tecnológico que gestionaba apuestas en línea.

—¿Eres el dueño de todos estos casinos online?

Santo se rió y se sentó conmigo en una mesa apartada.

—Todo esto estaba a nombre de mi madre —comentó—. Pero murió hace un año. Lo transferí a alguien de confianza. Cuando nuestro hijo o hija nazca, todo esto pasará a su nombre.

Miré a mi alrededor, hipnotizada por las luces de neón, las máquinas que hacían sonidos de monedas y la gente emocionada,

apostando más y más dinero.

—El contrato es para protegerme. Soy sacerdote, legalmente no puedo tener nada de esto. Pero tampoco puedo renunciar a ello. Mi abuela estaba saboteando los negocios familiares y yo los salvé de la ruina. Necesito a ese hijo. Tener a la *Bratva* de mi lado no solo expandirá mis negocios, también potenciará los suyos.

Asentí.

—El contrato dice que el hijo será mío, porque conozco a los rusos. Y sé que cuando conozcas a tu familia, pueden intentar convencerte de abandonarme. Y no lo harás.

—¿Un contrato te protegería de criminales?

Santo entrecerró los ojos y se rió.

—¿Crees que intento protegerme de los criminales? —se divertía—. Este mundo es un poco más complejo, Bianca. Estamos cruzando el umbral entre lo que es declarado, legal y permitido, y un mundo secreto, donde las leyes son otras.

—¿Y cómo es ese mundo?

—Un mundo peligroso y sin retorno. Pero puedo decirte que exterminé a una familia rusa entera por romper un acuerdo y no sufrí ninguna consecuencia. Tu familia es peligrosa y cruel, pero yo soy católico. El diablo que ustedes temen fue inventado por personas como yo por una sola razón.

—¿Cuál?

—Para que temieran a la oscuridad más que a cualquier otra cosa. Este contrato es mi garantía de que, si algo sale mal y ponen precio a mi cabeza... —Santo rió— no seré castigado. Pero eso solo ocurrirá si intentas engañarme.

—Yo no haría eso.

—Entonces firma. —Sacó una pluma del interior de su chaqueta y me la tendió—. Dame tu cuerpo como propiedad mía durante un año. Son trescientos sesenta y cinco días. El hijo será mío. Y yo seré Consejero de tu familia.

Contuvo la respiración al verme sostener la pluma.

—Pero si intentas engañarme y quitarme lo que es mío, te juro por Dios que haré que el diablo y el Apocalipsis parezcan juegos de niños.

Le devolví la pluma.

—Estoy de acuerdo. Pero primero, vas a añadir al contrato lo que te pedí.

Santo se divirtió al ser desafiado.

Se levantó y me llevó hasta la oficina del lugar, sacó un pendrive del bolsillo de su chaqueta, añadió los puntos que había solicitado, imprimió el documento y lo firmó.

Luego extendió la pluma hacia mí.

—Si hago esto, quiero que sigas siendo completamente honesto conmigo. Sin secretos, sin manipulaciones. Quiero saber todo sobre ti y por qué necesitas realmente a ese heredero.

Por un momento, pareció sorprendido.

Pero entonces, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Por supuesto. Soy un sacerdote católico, Bianca. Yo no miento.

—No mientes, pero estás deseando follarme, ¿verdad? —entrecerré los ojos—. ¿Qué clase de sacerdotes católicos son esos...?

Él siguió moviendo la pluma, y yo la tomé con firmeza.

—¿Traficantes de armas y drogas, dijiste? —lo miré con seriedad.

—Sí.

—Con razón tienes miedo. —Firme con mis iniciales.

—No, Bianca —Santo tomó el documento firmado y lo examinó con frialdad—. No tengo miedo. Tengo un motivo para empezar una guerra si intentan quitarme lo que ahora me pertenece.

Capítulo 9
Bianca Sierra

Sentí mi cuerpo tensarse al escuchar que pertenecía a aquel hombre.

No es que fuera algo malo, después de todo, no entendía nada de lo que estaba pasando, pero mi cuerpo sin duda aprobaba esa idea. La forma en que me ardía la piel y me erizaba solo de oírlo era prueba suficiente.

Quería mantenerme firme y con humor frente a todo aquello, llevar las bromas como solía hacer, pero algo en la mirada de Santo me impedía pensar con claridad.

Fue como si mi cerebro hubiera sido metido en una licuadora y triturado a máxima potencia, dejándome confusa y sin saber qué hacer.

Respiré hondo, permitiendo que el delicioso aroma de Santo lo invadiera todo dentro de mí, y cerré los ojos un instante, apoyándome en la mesa en busca de estabilidad, de cualquier tipo de apoyo.

Si hubiera dependido de mí, habría mantenido los ojos cerrados más tiempo, pero una risa suave de Santo me obligó a volver a mirarlo, encontrándome con una sonrisa pícara y una mirada lasciva para la que no estaba preparada, no así, sin previo aviso.

—¿Qué pasa, Bianca?

Santo se levantó, clavándome sus ojos con una seguridad intimidante.

—¿Te ha afectado la idea de pertenecerme?

Su arrogancia me irritó profundamente, pero, por desgracia, esa irritación no fue suficiente para contener la excitación que sentí al mismo tiempo. Solo me quedó el frágil intento de mantenerme altiva para que no se diera por vencido, aunque, en el fondo, sabía que no podría ganar ese juego de palabras.

—No te pertenezco.

Alcé la nariz con falsa seguridad, intentando no mostrar lo intimidada que me sentía con su acercamiento.

Y se equivocaba quien pensara que esa intimidación era algo malo; en realidad, me hacía dudar de cuánto tiempo podría mantener las piernas cerradas.

—Según este contrato que acabas de firmar, eres mía durante los próximos 365 días, un año entero.

Su mano rodeó mi cuerpo, obligándome a apretar los muslos para contener la oleada de excitación que recorrió mis piernas.

La verdad era que ya estaba mojada, y él ni siquiera había hecho nada para provocarlo.

—¿Te gusta la idea de pertenecerme? —susurró en mi oído—. ¿De que te use como a mí me plazca? ¿De ser mi juguetito hasta que quedes embarazada?

Abrí la palma de la mano, la apoyé en su rostro y lo empujé.

—Puede que haya firmado el contrato, pero para que te pertenezca de verdad, tendrás que ganártelo. Y hasta ahora, no has hecho nada, Santo.

Mantuve la compostura, deseando en secreto que toda esa furia ardiente que brillaba en sus hermosos ojos se apoderara de su cuerpo, para sentir de una vez todo el potencial de aquel hombre.

—Hasta empiezo a dudar de si de verdad te acostabas con tantas monjas como dices y...

No pude terminar mi provocación. Ni siquiera recordaba cómo iba a acabar la frase, porque, de pronto, Santo me agarró con fuerza

por la nuca y, sin más, atacó mi cuello, haciéndome estremecer al sentir su lengua caliente saboreando mi piel.

—No, Bianca. Ahora me perteneces, y nada de lo que digas cambiará eso.

La sensibilidad de la zona me dejó aturdida. Ni siquiera tuve fuerzas para hacerme la difícil; al contrario, ofrecí más mi cuello, deseando más de aquel placer.

Su lengua se alternaba con sus labios, chupando mi piel, centrándose en un punto justo debajo de la oreja que arrancó de mí un gemido quebrado e inesperado.

En ese momento, me agarré instintivamente a sus fuertes brazos, buscando algo que me impidiera flotar, completamente abrumada por todas las sensaciones que me invadían.

—Mira tú, apenas he empezado y ya estás así...

Santo rió con malicia contra mi cuello, deslizando sus labios hacia el escote de mi uniforme tras desabrochar un par de botones, como si disfrutara de mis reacciones.

—Solo puedo pensar en todo lo que aún puedo hacerte sentir.

Sin respuesta posible, volví a apoyar las manos en la mesa mientras lo observaba desabrochar más mi ropa, lo suficiente para dejar mi pecho al descubierto.

Mi sujetador, que convenientemente se abría por delante, fue desabrochado con una agilidad pasmosa por Santo, y solo pude sentirme agradecida de que la tela ya no oprimiera mis pechos, tan sensibles ahora, haciéndome consciente de que, en realidad, necesitaba deshacerme de toda la ropa que cubría mi cuerpo. Todo me apretaba, todo me ahogaba.

La forma en que Santo devoraba con la mirada mis pechos me dio un breve adelanto de lo que sería cuando su boca estuviera allí. Y por mucho que supiera que sería intenso, nada en el mundo me preparó para lo que fue sentir sus labios ardientes y su lengua húmeda devorándome, alternando entre uno y otro, entre chupadas

y mordiscos suaves, mientras sus manos apretaban el pecho que no tenía ocupado. El placer nuevo y abrumador me hizo retorcerme, invadiendo cada parte de mí.

Era una sensación completamente desconocida, que me dejó inquieta.

Empecé a moverme sobre la mesa sin control, sin saber si mirarlo o cerrar los ojos y gemir para liberar el calor que hervía dentro de mí.

A Santo no le importó si estaba dejando marcas en mi piel o si destrozaba mi capacidad de pensar cuando chupó mis pezones y frotó su lengua justo en la punta.

O mejor dicho, sí le importaba, porque eso era exactamente lo que quería: arruinarme por completo, sin darme la más mínima oportunidad de recapacitar sobre lo que estábamos haciendo.

Nunca se me había pasado por la cabeza que perdería mi virginidad en una oficina subterránea del hotel donde trabajaba, y mucho menos que sería con un mafioso vestido de cura. Y, sin embargo, no podía imaginarme en ningún otro lugar, en ningún otro momento, porque mi cuerpo le suplicaba a Santo y no había forma de silenciarlo.

De pronto, me levantó en sus brazos y me sentó sobre la mesa. Mentalmente, se lo agradecí, porque mis piernas parecían a punto de fallar en cualquier momento.

En realidad, todo mi cuerpo estaba al borde del colapso, un colapso que necesitaba sufrir para no volverse loco de deseo.

Santo, directo y sin perder tiempo, subió la falda de mi vestido, y solo me di cuenta de que temblaba cuando me vi intentando ayudarlo, desesperada por tener menos tela cubriendo mi piel.

No perdió un segundo en agarrar el borde de mis bragas y tirar de ellas hacia abajo, deslizándolas por mis piernas y dejándome aturdida al ver con mis propios ojos lo empapada que estaba la tela.

Esperaba alguna provocación, alguna burla, algún comentario picante… algo típico de él, sobre todo después de que yo hubiera empezado todo aquello provocándolo. Pero al ver la forma en que Santo se quedó hipnotizado, mirando mi coño completamente encharcado, entendí que no era la única que se estaba entregando por completo.

Podía haber estado con tantas monjas como quisiera, pero en ese momento, su excitación era solo por mí, por mi cuerpo. Era obvio en cómo me miraba.

El cura se arrodilló, sujetando mi muslo derecho con sus manos fuertes mientras dejaba besos en la parte interna, acercándose poco a poco a mi entrepierna, trazando un camino de fuego que hacía que mi coño doliera de necesidad.

Me contraje sin control, realmente dolorida por no tener nada que me llenara, tan desesperada que agarré con fuerza mi vestido para intentar aliviar la locura que me causaba la falta de contacto directo.

Nunca en mi vida había sentido una necesidad tan grande de ser penetrada. Incluso había subestimado antes lo que sería, pensando que era una tontería y que nunca lo necesitaría.

Pero si mi coño reaccionaba así solo ante la posibilidad de ser tocado como merecía, ni siquiera podía imaginar cómo sería cuando, por fin, tuviera la polla de Santo dentro de mí.

Su lengua, sedienta y decidida, se deslizó por mi entrepierna como si solo estuviera probando, aumentando mi agonía a un nivel inhumano.

Quería insultarlo.

Maldecirlo, mandarlo al infierno por torturarme así.

Pero no pude articular la primera palabra porque, cuando menos lo esperaba, sentí un lametón certero justo entre mis labios, un lametón que subió hasta mi clítoris y acabó conmigo por completo.

El shock del placer fue tan grande que ni siquiera pude gemir.

Miré a Santo con los ojos desorbitados, paralizada, sin saber si huir de tanto placer o suplicarle de una vez por todas.

La confusión me dominó, sobre todo al ver que él también me miraba con una expresión impactada, como si algo no estuviera bien.

—Se nota que es tu primera vez —Sus ojos brillaron con malicia.

Apretó su pulgar contra mi clítoris y casi salto del susto.

—Prometo ser gentil… al principio —Aumentó el ritmo de aquel masaje que me hizo perder el control de mis piernas—. Pero después seré violento y voraz, hasta dejarte sin sensibilidad… y tú misma pedirás más.

Intenté recuperar el sentido para preguntarle qué demonios pasaba conmigo.

Pero me arrebató por completo al hundir su rostro entre mis piernas y chuparme con tanta avidez que mi cuerpo quiso bailar, aunque no hubiera música ni ritmo.

Si algo andaba mal en mí, no lo sabía ni me importaba, porque cuando aquel hombre alternó succiones con lengüetazos en mi clítoris y mi entrada, el mundo que conocía se desmoronó. Nada importaba excepto aquella boca diestra dándome placer.

No sabía si agarrarle la nuca, tirarle del pelo o simplemente frotarme contra su boca.

Opté por un poco de todo mientras gemía por él sin un ápice de vergüenza.

Si alguien podía oírnos, me daba igual. Solo importaba esa lengua que estaba destrozando mi cordura.

El orgasmo que comenzó a construirse dentro de mí con aquel sexo oral me dejó hecha pedazos. Nunca me había sentido tan sensible en toda mi vida.

Mi respiración no tenía ritmo, mi corazón parecía a punto de explotar o salírseme por la boca. Pero solo pude mirar a Santo devorándome, castigando mi clítoris con succiones y lamidas finales.

Y por mucho que me chupara, parecía incapaz de saciar su hambre.

No sé cómo esa imagen no bastó para hacerme venir, pero el orgasmo llegó cuando, sin aviso, Santo deslizó dos dedos dentro de mí.

Apreté sus dedos y una vena en mi muslo interno me hizo temblar al sentirme por fin llena.

—Así… ahora quiero sentir cómo me aprietas.

Me quedé absorta y asustada al contraerme automáticamente alrededor de sus dedos mientras mi torso caía sobre la mesa, aliviada por el delicioso orgasmo pero nada preparada para sentirme vacía tan pronto.

—Mira qué lista eres, aprendes rápido —provocó.

Sin darme tiempo a asimilarlo, sacó sus dedos y se los lamió con calma mientras se abría la bragueta.

Quería ver su polla, pero no tenía fuerzas ni para incorporarme.

De hecho, apenas podía mantener los ojos abiertos, demasiado consciente de mi corazón palpitando entre mis piernas.

Maldita sea.

Había perdido por completo el control de mi cuerpo.

Jadeé cuando Santo ajustó mis caderas al borde de la mesa y se colocó entre mis piernas.

Apoyó mis muslos sobre sus hombros y frotó la cabeza de su verga por todo mi coño empapado, haciéndome estremecer de sensibilidad.

En ese momento, el orgasmo que había tenido me pareció insignificante.

Lo necesitaba demasiado.

Estaba hambrienta, y solo él podía saciarme.

Todo mi cuerpo se contrajo cuando su glande hinchada se deslizó dentro de mí, pero lo peor fue sentir la extensión de su polla invadiéndome. Como si hubiera metido un brazo entero.

Era tan grande y gruesa que mi boca se abrió, pero no salió ni un gemido, ni un sonido, ni aire.

—No, Santo, es demasiado grande —gimoteé cuando mi cerebro volvió a funcionar.

Acarició mi muslo y empezó a retirarse, una sensación desesperante que me hizo tirar de él.

—Yo soy el experto aquí. ¿Por qué no me dejas hacer mi trabajo? —gruñó.

Casi tuve otro orgasmo al verlo hablarme así, bruto e irritado.

Arqueé las caderas y abrí bien las piernas. Apreté los ojos al sentir su polla hundirse dentro de mí, incendiando de nuevo cada parte de mi cuerpo.

Como había prometido, entró despacio y con cuidado, pero con un miembro de ese tamaño, podía ser el hombre más tierno del mundo y no cambiaría el hecho de que sentía que me desgarraba.

Dolía, claro que dolía. No necesitaba mirar para saber que la polla de Santo no tenía nada que ver con sus dedos, y mi coño virgen no estaba acostumbrado a algo tan grande y grueso dentro de mí.

Aun así, ese dolor no me hacía querer parar. Al contrario, parecía intensificar el placer, y de pronto sentí un alivio por estar finalmente llena.

No era fácil procesar tantas sensaciones a la vez, pero llegó un momento en el que tenerlo dentro ya no era suficiente.

El verdadero placer llegó cuando dio la primera embestida.

De repente, fue como encender un interruptor e llenar la habitación de luz.

Cada parte de mí vibró, se entumeció y se erizó al mismo tiempo.

Y a pesar del dolor, me quedé sedienta de más.

Me obligué, como pude, a mirar a Santo para captar sus expresiones mientras me follaba, impactada tanto por sus movimientos como por el hambre en sus ojos, lo que lo hacía todo aún más placentero.

Cada vez que se retiraba para después devorarme con otra embestida, sentía mi corazón acelerarse hasta creer que iba a explotar.

Y esa sensación de alerta en mi cuerpo dejaba claro que no duraría mucho más.

Santo apretó mis pechos mientras seguía empujándose dentro de mí, y en un momento empezó a pellizcar mis pezones, lo cual borró por completo mi capacidad de pensar.

Lo quería. Quería más. Quería que siguiera follándome incluso después del orgasmo, sin importarle si mi cuerpo aguantaría.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Al notar que me corría, Santo abrazó mis piernas —apoyadas en sus hombros— e intensificó sus movimientos, follándome tan fuerte que casi grité de placer mientras chorreaba.

Vi que estaba muy cerca de correrse cuando su polla se hinchó aún más dentro de mí y sus embestidas se volvieron erráticas. Me agarró de las caderas y levantó mi culo, dejándome completamente consciente de que quería venir dentro.

Embistió con tanta fuerza que, cuando sentí su líquido caliente y espeso inundándome, estuve segura de que podría correrme otra vez solo por esa sensación.

Mi cuerpo quedó flácido y erizado mientras él seguía empujando con fuerza, hasta que su polla salió, dejando mi coño

goteando.

—Vamos a la ducha. Quiero follarte en otro sitio ahora. —Me dio una palmada en el culo.

—¿Lo haremos otra vez hoy? —Abrí los ojos como platos y salté de la mesa.

—Unas cuantas veces —asintió—. Quizá ya te quedes embarazada hoy mismo y no tengamos que repetirlo nunca más.

Me sujetó la barbilla suavemente con el pulgar y el índice.

—O tendremos que intentarlo muchas, muchas veces hasta que te quedes embarazada de mí.

Todo lo que hicimos, todo lo que él me hizo esa noche, fue demasiado delicioso, adictivo. Y aunque mi cuerpo estaba un poco cansado, estaba absolutamente segura de que podríamos seguir follando el resto de la noche sin problema.

No quería admitirlo, pero necesitaba más.

Y por la forma en que Santo me miraba, creía que él pensaba lo mismo.

Capítulo 10
Bianca Sierra

Cuando la luz de la mañana invadió la suite *penthouse*, la más lujosa y exclusiva del Hotel 6 Continentes, entrecerré los ojos y me froté la cara con el dorso de la mano, intentando esconderme de la claridad.

—Cierra las cortinas, Santo, por favor —pedí.

Él no respondió.

En lugar de su voz sexy y ronca, escuché un «ejem» femenino.

Di un salto en la cama y me cubrí con las sábanas de algodón egipcio. Me alisé el cabello y vi a Marta, la gerente del hotel, mirándome con una mezcla de emociones: parecía profundamente irritada por mi presencia y, al mismo tiempo, incómoda.

Quise disculparme. Aún estaba adormilada y buscaba las palabras para que perdonara mi retraso… o peor, por haberme encontrado en la cama más cara del lugar.

Entonces recordé la noche anterior, cuando Santo y yo lo hicimos en su despacho del sótano, en el pasillo mientras entrábamos en esta habitación, en la ducha bajo el agua caliente, en el balcón con la luna llena de fondo, y en la cama.

Estaba agotada. Y llena de energía.

Me giré en la cama con sentimientos encontrados sobre todo lo que había pasado, buscando algún rastro de otra presencia en la habitación.

—¿Dónde está él? —pregunté.

—El señor Zampieri —respondió con una formalidad y respeto que solo dirigía a los clientes más importantes del hotel— se marchó

temprano. Partió rumbo a Roma, tenía asuntos importantísimos que atender.

No podía creer que ya se hubiera ido. Ni siquiera se había despedido.

Todavía sentía la presión de sus dedos en mi piel, el calor de su cuerpo frotándose contra el mío y esa mirada que intentó ocultar mientras se hundía dentro de mí con tanta intensidad que me hizo sentir partes de mi cuerpo que ni sabía que existían.

El contrato era claro: aquello solo formaba parte del acuerdo. Algo práctico. Sin emociones ni implicaciones románticas.

Pero ¿cómo se puede tratar algo tan íntimo con tanta frialdad?

Lo entendí. Fue solo sexo. Solo para tener un bebé. Repetí eso en mi cabeza como si esas palabras pudieran borrar el hecho de que, anoche, dejé atrás algo que había llevado como escudo toda mi vida.

Mi virginidad.

Algo que muchos romantizan, pero que para mí siempre fue una mezcla de curiosidad y miedo. Y un gran pecado, porque crecí en un orfanato católico donde las monjas se encargaron de infundir todo tipo de temores en nosotras.

Me pasé la mano por la cara, intentando aplacar el rubor que subía por mis mejillas.

Mis hormonas eran un caos.

Todo en mí latía, como si cada parte de mi cuerpo estuviera más despierta, más alerta, más viva.

No era solo físico.

Era emocional.

Me sentía vulnerable, expuesta, como si una parte de mí se hubiera abierto al mundo y ya no supiera cómo cerrar esa puerta.

Pero, al parecer, Santo no compartía esa confusión.

Su mensaje era claro: estaba cumpliendo su parte del trato. Y yo debía hacer lo mismo.

Aunque solo pensar en eso me revolvía el estómago.

—El señor Zampieri dejó algunas instrucciones para usted —dijo Marta.

—¿Señora? —puse cara de asombro.

Solo faltaba que me llamara peste, inútil o desgraciada. No lo hacía solo porque podría denunciarla por acoso. Por lo demás, siempre me trataba como la escoria del hotel.

—Sí, señora Bianca —pronunció con énfasis.

—Ah... —entendí al instante.

Y se me escapó una sonrisa enorme.

El desgraciado se había ido, sí. Me había quitado la virginidad, pero me había dejado algo de dignidad. Eso me gustaba.

—Puede quedarse en la suite *penthouse* el tiempo que desee. A partir de hoy, es suya.

—Pero esta habitación cuesta casi quince mil reales la noche, Marta... —dije, horrorizada.

Ella asintió.

—Un chofer privado estará a su disposición desde ahora, así como el jet del señor Zampieri, en cuanto tenga listo su pasaporte. —Guardó silencio un momento, como si repasara mentalmente el resto de las instrucciones—. Su tarjeta de crédito y débito, donde recibirá los pagos mensuales, ya está preparada. El banco la entregó esta mañana.

Me froté los ojos y miré el móvil.

—Son las ocho de la mañana...

—Servicio premium para los mejores clientes —dijo, entregándome la tarjeta black en una bandeja.

Aquello solo podía ser un sueño.

¿La mujer que siempre me humilló ahora era mi empleada?

Tomé la tarjeta y aprecié cada detalle. Ese pequeño objeto parecía valer más que todo lo que había tenido hasta entonces.

—¿Puedo ayudarle en algo más, señora Bianca?

—Sí, Marta. En realidad, sí puedes. —Bostecé.

Cerré el puño y levanté solo el dedo índice, indicándole que esperara a que terminara de desperezarme.

—Quiero que me traigas el desayuno en un carrito, ¿sí?

—Como desee, señora Bianca.

—Y que prepares la jacuzzi exterior con sales de baño aromáticos. Quiero desayunar mirando al mar. ¿Sería posible?

—Ahora mismo, señora Bianca.

Parpadeé, incrédula.

Había perdido la virginidad y ganado poderes mágicos.

Si lo hubiera sabido antes, habría firmado ese contrato mucho antes.

—¿Puedo ayudarla en algo más, señora Bianca? —preguntó con una actitud sumisa y obediente.

—Sí, Marta. Cuando haya una habitación infestada de mierda, no seré yo quien la limpie por mis traumas. Quiero que la limpies tú. Y tú sola.

La mujer tragó saliva. Sus ojos ardieron y pude ver su deseo de matarme, por lo que empecé a dudar si era buena idea dejarle que me trajera la comida.

—Sí, señora Bianca.

—Ahora puedes irte. Y, Marta...

—¿Sí, señora Bianca?

—Soy la mujer de Santo ahora. Si intentas pasarte de lista conmigo... él se encargará.

Se le fue el color del rostro y salió huyendo de la habitación como si hubiera visto al mismísimo demonio.

Tres meses después.

Me divertí tanto en el tiempo que siguió que me habría aburrido si me limitara a disfrutar de la buena vida que Santo me había garantizado.

Dejó una larga lista de cosas que debía hacer: exámenes para comprobar mi fertilidad, comprar ropa tanto para el frío como para el calor, y mejorar mi inglés con una profesora particular.

En el tiempo libre, ayudaba a Raíssa en la pastelería.

Básicamente reformé el local, ya que ella no aceptó que le comprara un establecimiento en Madureira.

Cuando los primeros cien mil dólares cayeron en mi cuenta, al día siguiente de que Santo se marchara, me encontré con más de seiscientos mil reales disponibles sin saber exactamente cómo gastarlos.

Y no importaba cuánta ropa comprara, en tres meses tenía casi dos millones de reales en la cuenta.

El pasaporte tardó en salir; la burocracia me dejó agotada. Pero cuando por fin llegó el día y recibí el mensaje de que el documento estaba listo, me quedé paralizada, sin saber cómo reaccionar.

Por fin descubriría toda la verdad sobre mí y mi historia, conocería varias partes del mundo y sería madre —aún no estaba embarazada, y una parte de mí daba gracias a Dios por eso, ya que significaba que Santo y yo tendríamos que... acostarnos otra vez.

No era buena ocultando lo que sentía. Y yo quería. Mucho.

Sin embargo, no sabía cómo reaccionaría si él me trataba con frialdad.

Antes de marcharme, fui a visitar a Raíssa en su nueva pastelería, con paredes decoradas, un mostrador y vitrinas que destacaban sus productos, estanterías por todas partes repletas de paquetes de café, dulces y réplicas de los batidos que ahora vendía allí.

Nada más llegar, las dos nuevas empleadas del local me recibieron con una sonrisa enorme.

—¿Dónde está la dueña? —pregunté.

—En la trastienda, decorando los *cupcakes*.

—Cuidad bien de ella y del local, ¿vale? Me voy de viaje, pero volveré pronto —avisé mientras entraba.

Raíssa dio pequeños saltitos al verme y se lanzó a mis brazos.

—¡Hola! Cuánto tiempo, ¿eh? ¡Desaparecida!

—Anda, que solo han sido cinco días... —sonreí, nerviosa.

—Sí. ¿Y no vas a contarme por qué?

—Bueno... justo por eso he venido. Para explicarme...

La abracé con fuerza, sintiendo el calor de su energía positiva. Era lo más parecido a una familia que tenía, y la idea de dejarla atrás me apretaba el pecho.

—Tengo algo que contarte...

—Dime, mujer de Dios, ¡que me estás poniendo nerviosa!

—Mi pasaporte ya está listo. Me voy en unos días.

Los ojos de Raíssa se abrieron de par en par, y me tomó la mano con una mezcla de alegría y tristeza en la mirada.

—Así que es verdad. Te vas a Italia.

Asentí, con un nudo en la garganta.

—Primero a Rusia, luego a Italia. Y desde allí... solo Dios sabe.

—¿Sabes cuándo volverás?

—No. Pero tú deberías ir a visitar a Gabi en Milán. Tuvo a los gemelos... nos necesita a las dos allí. Somos su familia.

—Pero la pastelería... —Raíssa suspiró, tratando de explicarse —. Las cosas están empezando a salir bien, he conseguido alquilar un local nuevo, contraté a dos empleadas... gracias a tu préstamo, esto está despegando.

—No fue un préstamo, Raíssa. Te lo di de corazón.

—¡Préstamo! —insistió, ofendida—. Voy a devolverte hasta el último centavo.

Quién lo diría... tres meses atrás estábamos matándonos para pagar las cuentas, y ahora todo iba viento en popa.

Y aunque yo ya no estuviera, Raíssa seguiría creciendo, porque sus dulces eran maravillosos y ella, incansable.

—Voy a echarte tanto de menos... Eres como una hermana pequeña para mí, Ray —la abracé—. Prométeme que visitarás a Gabi. O a mí. No sé si podré moverme del sitio donde esté cuando me quede embarazada...

Ella sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo haré, te lo prometo. Pero primero tengo que cuidar de este lugar, ¿vale?

—Y lo harás de maravilla, lo sé —le acaricié el pelo—. ¡Pórtate bien!

—Siempre seremos hermanas, no importa la distancia. Siempre seremos familia.

La apreté entre mis brazos como si quisiera protegerla del mundo. Gabriela y Raíssa eran los mayores tesoros que la vida me había regalado. Y así me sentía: afortunada.

—Siempre.

Capítulo 11
Bianca Sierra

Era mi primer viaje en la vida.

Y estaba sola en un avión de lujo, rodeada de todo lo mejor para disfrutar, pero lo único que quería era acurrucarme mientras observaba cómo Brasil quedaba atrás.

No sabía muy bien por qué estaba tan ansiosa.

A pesar de haberme tomado dos pastillas de Dramin, no conseguí cerrar los ojos en todo el vuelo. Al principio, mi mente se quedó en blanco, pero luego empecé a imaginar todos los escenarios caóticos que podrían ocurrirme.

Pasé casi todo el trayecto mirando por la ventana el cielo y el mar azul, deseando la paz y la tranquilidad que veía en la naturaleza —por dentro, todo en mí era un caos, un torbellino, un huracán, un terremoto que quería destruir hasta la última estructura.

Como por arte de magia, en el momento en que el piloto anunció que ya estábamos en territorio italiano, me vino de golpe el recuerdo del instante en que Santo me quitó la virginidad.

Confieso que esperaba frialdad e impersonalidad; al fin y al cabo, todo formaba parte del acuerdo, era solo para dejar un heredero dentro de mí.

Aun así, yo estaba deshecha.

Santo tenía esa extraña capacidad de desestabilizarme con una simple mirada, y cuando su cuerpo se unió al mío, me sentí... dependiente de él. Entregada. Como si el mundo no hubiera conocido el color hasta ese momento.

Y eso era una estupidez. Al fin y al cabo, solo repetiríamos ese acto hasta que yo quedara embarazada. Pero había un fuego

dentro de mí que lo llamaba.

Así fue como empecé a cuestionar mi propia cordura y a distraerme con mis propios pensamientos, tratando de autodiagnosticarme sin tener ni idea de qué tornillo me faltaba.

El aterrizaje fue suave y me trataron como a una reina.

Me sentía en paz al respirar el aire templado y perfumado de Roma... hasta que lo vi.

Santo estaba recostado contra un espacioso BMW negro, vestido con la tradicional sotana negra, el pelo corto peinado en un elegante tupé, la barba bien perfilada. Su mirada se encontró con la mía y, por un instante, olvidé cómo se respiraba.

Avanzó hacia mí con ese aire de que todo debía apartarse de su camino, o él pasaría por encima.

Tomó mi mano y apretó mis dedos con delicadeza. Sus ojos azules recorrieron mi rostro, analizándome. Aquello me desarmó y me hizo sentir como una adolescente boba esperando al chico que le gusta a la salida del colegio —cosa que siempre quise vivir, pero que las monjas del orfanato jamás permitieron.

Cuando respiró, parecía perfumar el aire con su olor a macho.

—Bienvenida a Roma, Bianca —dijo en portugués, con su marcado acento italiano.

—Gracias. Me encanta el clima.

—¿Tuviste un buen viaje?

—Sí.

—¿Sentiste que te trataron como mereces?

Puse los ojos en blanco como si acabara de tener un orgasmo.

—Sí. Gracias por lo que hiciste con Marta. No sabes lo vengada que me sentí.

—Claro que lo sé —respondió con una sonrisa ladeada, indicándome el camino hacia el coche—. ¿Vamos?

El conductor, un cura con cara de bebé y cuerpo de superhéroe de Marvel, apareció como de la nada, tomó mi equipaje y lo guardó en el maletero. Después, me abrió la puerta trasera del vehículo.

Antes de entrar, sentí la mano de Santo posarse suavemente en mi espalda, guiándome con un gesto que parecía casual, pero que me provocó un escalofrío de pies a cabeza.

—¿Qué le están poniendo a las hostias en el Vaticano, esteroides?

—Me lo tomaré como un cumplido. Educo bien a mis chicos.

—¿Tus chicos?

—Mis pupilos.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Así que estás entrenando mini-Santos?

Minimizó el comentario con una sonrisa contenida y miró por la ventanilla cerrada las calles de Roma, que lograron distraerme por un momento.

Me quedé así, dividida entre observar monumentos históricos y lanzarle miradas furtivas, intentando memorizar cada detalle de su cuerpo: las manos grandes, el pecho marcado bajo la sotana, su nariz grande y afilada.

Cada vez que Santo se giraba hacia mí, disimulaba como podía.

Intenté concentrarme en cualquier otra cosa, pero era imposible.

El calor de su perfume, la forma en que su mano descansaba sobre la rodilla... todo en él me descolocaba.

—¿Vamos a Milán ahora? —pregunté, tratando de romper el silencio y, al mismo tiempo, calmar los latidos acelerados de mi corazón.

Desvió la mirada de la ventana y me observó.

Por un instante, creí que iba a sonreír, pero su expresión permaneció neutra.

—Cambio de planes —respondió.

Se estiró hasta el asiento del copiloto, tomó un paquete y me lo entregó.

Fruncí el ceño y lo abrí.

Dentro había un hábito completo de monja: la túnica, el velo, un crucifijo de madera y demás accesorios de la indumentaria.

—¿Qué es esto?

—Tu nueva identidad, por ahora —respondió con naturalidad —. Para mantenerte protegida y cerca, te llevaré al Vaticano. Pero para eso, tendrás que llevar esta ropa.

Parpadeé, sin saber si estaba bromeando.

Sin embargo, la expresión seria en su rostro dejaba claro que no lo estaba.

—Santo, ¡odio a las monjas!

El cura al volante se persignó y empezó a mover los labios en una oración fervorosa.

—No es que quiera que se mueran, pero... crecí en un orfanato de monjas, ¡dieciocho años aguantando a esas pesadas! Solo con tocar esto ya me empieza la urticaria... esto no va a funcionar.

—Sí, sí funcionará —afirmó él, inclinándose ligeramente hacia mí.

Contuve la respiración al sentir nuestros narices tocarse, al mismo tiempo que mis pechos se volvían más pesados.

—Será por poco tiempo, te lo prometo. Mañana entenderás el motivo de todo esto y te librarás del hábito. Pero por ahora, necesito que lo lleves, por tu seguridad.

—¿Es algún tipo de fetiche? —entrecerré los ojos—. En serio, necesito saberlo.

El joven cura empezó a rezar en voz más alta.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban en el retrovisor, me observaba como si yo fuera el mismísimo demonio.

—No es ningún fetiche, Bianca. Ponte el hábito, es para protegerte.

—¿No crees que estaría protegida en Milán, en casa de tu familia?

—Sí, lo estarás. Pero mañana.

Su mano sobre la mía y esa mirada de control absoluto me hicieron tragar cualquier argumento.

—¿Quieres que me cambie aquí mismo?

—Si es posible.

—¿Y el «rezador compulsivo» no va a tener un infarto?

Bastó que lo mirara por el retrovisor e hiciera el mínimo gesto de quitarme la ropa para que el chico girara el espejo con tanta fuerza que casi lo arranca.

—Sé rápida —sugirió Santo.

Me quité la ropa de viaje y me puse el hábito con cierta dificultad, porque el coche parecía a punto de estrellarse en cualquier momento. Me cubrí el cabello con el velo, me calcé los zapatos sencillos y colgué la cruz de madera al pecho.

El resto del trayecto fue silencioso.

Cuando llegamos al Vaticano, pasamos por seguridad: bajamos las ventanillas y Santo entregó un documento.

Los hombres miraron la foto, luego me miraron a mí varias veces, y devolvieron el documento. Santo me lo pasó.

—Guárdalo. A partir de ahora, eres la hermana Bianca de la orden de San Benito, de Río de Janeiro.

—¿Dónde me voy a quedar?

—En el monasterio Mater Ecclesiae —explicó justo cuando el coche se detuvo.

Era una construcción de piedra de tres pisos. Parecía sencilla, pero a la luz de la luna, rodeada de árboles y jardines, tenía su encanto.

El cura cogió mi bolso y se adelantó a paso rápido, como si huyera de mí. Santo se quedó a mi lado.

Pasamos junto a algunos monjes, frailes y sacerdotes que nos saludaban con la mirada. Yo simplemente entré en el papel, levanté la mano y dije:

—La paz del Señor.

Santo me agarró la mano y la bajó.

—Aquí no decimos eso. Una mirada o una sonrisa es suficiente. Sé discreta.

—Discreta —asentí.

Me mostró una habitación sencilla, limpia y ordenada. Tenía una cama individual, un armario de madera de la época de mi bisabuela y un mueble que servía como tocador, escritorio y mesa.

Cuando me vi en el espejo vestida de monja, empecé a reír como una loca poseída.

El pobre cura musculoso salió corriendo como si acabara de presenciar una aparición demoníaca y Santo me fulminó con la mirada.

Ajusté el velo sobre mi cabeza y di una vuelta sobre mí misma. Santo me observaba en silencio.

—¿Qué le pasa a tu hijito? —lo provoqué.

—Le tiene miedo a las mujeres.

Me quedé paralizada un segundo, intentando entender cómo un hombre de metro ochenta, con hombros tan anchos como una puerta, podía tenerle miedo a... una mujer.

—Pobrecito —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Ya ves. Aún no conoce las mejores cosas de la vida —suspiró—. Hay un comedor en la planta baja, pero pedí a la hermana Agnes que te trajera la cena. Cuanto menos te vean, mejor.

—Por mi seguridad.

—Por tu seguridad —asintió.

—Pero dime la verdad. Eres cura, no puedes mentir, ¿cierto?

Asintió en silencio.

—¿Estoy buena?

Santo parpadeó como preguntándose si de verdad debía responder.

—¿Te acostarías conmigo? —di una vuelta sobre mí misma.

—Tengo que acostarme contigo —respondió, mirando directamente mi trasero—. Independientemente de la ropa. Es el orden natural de las cosas si queremos un bebé.

—Pero ¿estoy buena? Yo creo que me veo guapa. Nada que ver con la monja esa que parecía una vieja amargada...

—Sí, estás guapísima. *Sei una bella donna*[1].

—Ahora en mi idioma. —Me llevé la mano en forma de concha a la oreja para escuchar mejor.

— *Sembra un'opera d'arte dipinta da un artista rinascimentale nel pieno del suo delirio di piacere*[2].

—Ay, qué bien, ¿eh? Me encantó. Lo entendí todo. —Puse los ojos en blanco, molesta—. Podrías al menos decirlo en inglés.

Santo me dejó sin forças cuando su mano tocó mi barbilla; sus dedos se cerraron con cuidado y me atrajo hacia él.

Respiró hondo contra mi rostro y sus labios se movieron rozando los míos, dejándome completamente sedienta.

—Algunas cosas solo son bellas cuando se dicen en italiano.

—Voy a reconocerlo... fue muy bello, sí —dije, temblando de pies a cabeza.

— *Voglio dire cose del genere quando ti scoperò di nuovo*[3].

—Lo entendí todo, lo hiciste genial.

—¿Capiche?

—Esa me la sé. *Capiche* significa «¿entendiste?» o «¿comprendiste?», ¿no?

Santo asintió, admirado.

—Había un huésped italiano en el hotel que siempre decía un montón de tonterías en su idioma, y luego soltaba un *capiche?*

—¿Y cómo se responde a *capiche*? —Se giró hacia mí.

—¿*Sì, capisco*?! —respondí, algo insegura cuando las palabras salieron de mi boca.

Él se acercó, parando tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo. Me empujó suavemente hasta que mi espalda tocó el espejo, bajó el rostro hasta que nuestras narices volvieron a rozarse.

Su mano acarició levemente mi rostro y todo mi cuerpo reaccionó, como si cada nervio se pusiera en alerta.

Sus labios estaban allí, tan cerca y tentadores, tan rosados y carnosos que deseé robarle un beso, solo para saber a qué sabían o qué se sentía.

—Buena niña. —Acarició mi cuello—. Tan inteligente.

Quise ignorar el cosquilleo en el estómago que provocaba su cercanía, la forma en que mi corazón parecía correr una maratón cada vez que me hablaba. Pero era difícil. Santo tenía una presencia que sacudía mis raíces, mi base… hacía que mis pies fallaran.

— *Buonanotte, principessa russa*[4].

Él rozó suavemente la punta de su nariz con la mía, y eso me debilitó aún más. Fui perdendo el aliento hasta que todo mi cuerpo se estremeció mientras lo veía alejarse.

—Buenas noches, Santo.

Suspiré y me giré hacia el cuarto. Caminé en círculos durante un minuto y luego corrí hacia la ventana. Aquel lugar podía tener todos los defectos del mundo, pero la vista era divina.

—Ese hombre todavía va a hacer que pierda la cabeza. —Me apoyé en la ventana mientras lo observaba salir del monasterio, allá abajo.

Capítulo 12
Bianca Sierra

La cama era dura, pero la sensación de agotamiento por el viaje y el desorden del cambio de horario me derrumbaron. Dormí como si estuviera en una suite de lujo del Hotel 6 Continentes y desperté con el canto de los pájaros y la luz colándose por la ventana.

Me levanté y fui directo al pequeño baño de la habitación, hice mi higiene personal y una ducha caliente me preparó para el inicio de ese día.

Me puse el hábito que Santo me había dado y pasé algunos minutos hipnotizada frente al espejo, riéndome de la loca idea de vestirme como una monja. Si la hermana Danka me viera así, soltaría una carcajada estruendosa.

Ajusté el velo para esconder mi cabello, sintiéndome una gran farsante por tener que ocultar mi verdadera identidad en ese lugar.

A las siete en punto, dejaron mi desayuno en la puerta. Disfruté de aquella comida y solo salí de la habitación a las ocho, cuando sonaron las campanas y vi a varios miembros de la Iglesia abajo reuniéndose, probablemente para algún tipo de ceremonia u oración.

—¡Dios mío! —grité al escuchar golpes fuertes en la puerta—. ¿Quién es?

—Soy yo —respondió Santo—. Puedes salir, vamos a caminar un poco.

Salí de la habitación y me encontré con Santo, que parecía contener la risa al verme vestida de esa manera.

—Te juro por Dios, si te ríes, te doy un puñetazo.

—No tomes el nombre del Señor en vano, hermana Bianca. —Guiñó un ojo.

—Quien tiene que seguir las reglas eres tú, que eres cura de verdad. Yo no. —Encogí los hombros.

Recorrimos los pasillos silenciosos; el aroma a incienso mezclado con la naturaleza y el frescor de los árboles le daba al lugar un aire místico, como si estuviéramos en una realidad paralela.

—¿Es idea mía o el tiempo aquí pasa diferente? —pregunté.

—¿Lo notaste? —Me miró de reojo, admirado.

—Sí, es como si… no sé, las leyes de la física no funcionaran correctamente. —Me froté los brazos al sentir un escalofrío.

—¿Pero eso se debe al lugar o a cuando estás conmigo? —me provocó.

Le di una patada en la espinilla y resoplé:

—¡Tu problema es que te crees demasiado!

El jardín frente al monasterio estaba vacío, salvo por una monja mayor que estaba allí con otras dos señoras sentadas en un banco, disfrutando del paisaje.

—Hemos llegado. No tenemos mucho tiempo —dijo Santo en inglés cuando nos detuvimos entre las tres mujeres.

Mi corazón se aceleró en el instante en que una de ellas se levantó. Era alta y robusta. Su cabello, de un rubio grisáceo, era corto, y sus ojos castaños, grandes y expresivos. Y, al igual que Santo, tenía una presencia dominante.

—Bianca. —Santo se volvió hacia mí—. Quiero que conozcas a algunas personas que han venido desde Rusia para verte.

A la primera mujer, la más alta, la reconocí al instante.

Era la mujer de la foto que Santo me había mostrado, mi abuela.

Mi respiración se detuvo y sentí una presión en el paladar, un nudo en la garganta; de inmediato mis ojos ardieron y, al verla

acercarse, contuve el llanto.

Llevaba un abrigo elegante, de lana oscura, con un broche dorado en forma de calavera prendido al pecho.

Me abrazó como un oso que aprieta a su presa, luego sujetó mis hombros y me apartó un poco para mirarme profundamente a los ojos.

Sonrió, y ese pequeño gesto hizo que algo dentro de mí se rompiera.

—Te pareces a Zoya. —Asintió con aprobación—. Tienes sus ojos, sus cejas, su semblante de guerrera. —Tocó con el dedo índice mi frente.

No sabía qué decir.

Y al menor intento de hablar, mis labios temblaron y el llanto silencioso comenzó a rodar por mi rostro.

—Soy tu abuela, niña. Tu madre salió de dentro de mí —dijo con un inglés marcado, con un acento inconfundiblemente ruso.

—Lo sé. —La abracé de nuevo.

Me envolvió con sus brazos y, de algún modo, me sentí segura, acogida, como si las partes de mí que estaban perdidas se iluminaran de repente.

—No puedo creer que esto sea real...

—Es real. Estoy aquí.

Me sostuvo el rostro con ambas manos, con los ojos brillando.

—Tu familia está aquí, niña mía.

Las otras dos mujeres se acercaron.

Una de ellas era más baja, con el rostro macilento, demarcado y severo. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño firme en la parte superior de la cabeza, y me examinó como si fuera una general. Su vestido tenía cortes rectos y llevaba una chaqueta azul marino encima, lo que le daba un aire muy serio.

—Definitivamente tiene los rasgos de Markus —dijo, tocando mi barbilla—. La misma marca de nacimiento de su padre. —Acarició la pequeña peca que tenía en el rostro.

Inmediatamente noté que ella tenía la misma marca.

—Mírala, tan bonita y tan fuerte —asintió, como un general elogiando a sus tropas—. Nuestra sangre, Yekaterina. —Miró a la mujer más alta.

—Nuestra sangre, Lyudmila —coincidió Yekaterina.

Las dos se dieron la mano, como si sellaran la paz.

No lo entendí del todo al principio, pero me dejé llevar por el ambiente de reencuentro, que era realmente bonito.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, niña?

—Crecí en un orfanato de monjas en Río de Janeiro, llamado La Casa de la Divina Providencia —expliqué.

—Lo dije, habían huido a Brasil —suspiró Lyudmila—. La última pista de nuestros hijos.

—Vamos a encontrarlos —aseguró Yekaterina—. Hemos encontrado a nuestra nieta perdida. El lazo que nos une.

—El lazo que nos une —repitió Lyudmila—. Hija de Markus Durov y Zoya Zagovora.

Escuchar el nombre de mis padres me hizo temblar.

Sentí un nudo en el pecho, pero antes de que pudiera responder, la tercera mujer dio un paso al frente. Llevaba el hábito de una monja, pero había algo feroz en su presencia. Sus ojos eran claros y atentos, y su rostro, aunque marcado por el tiempo, parecía joven y sabio.

—Y yo soy Wilhermina Zagovora —dijo con una sonrisa expansiva—. A partir de ahora estaremos juntas, querida. Yo me encargaré de instruirte en todo lo que necesitas saber.

—Solo para sacarme la duda… ¿usted es monja de verdad?

—Dios me libre, ni siquiera tengo religión.

Las tres mujeres rieron, Lyudmila de forma más contenida, las otras dos de manera escandalosa.

Mi abuela materna, Yekaterina, puso una mano en mi hombro y me condujo hasta el banco para sentarnos. Santo se mantuvo de pie junto a Wilhermina, observándonos.

—¿Ya estás embarazada? —preguntó mi abuela.

—No… todavía no.

—Solo debes ir a Estados Unidos cuando ya lo estés —dijo, moviendo la cabeza con lentitud—. No van a aceptar tu autoridad, Santo, hasta que el bebé haya nacido. Un feto dentro del vientre no es prueba de sangre del padre.

—¿Estados Unidos? —Parpadeé, confundida—. ¿No son rusas?

—Sí.

—La mafia rusa está repartida por todo el mundo, querida —explicó Wilhermina, tomando la palabra—. Dos de nuestras células más fuertes están allá. Fueron enviadas para dominar el territorio, pero… desde entonces, no han hecho más que pelearse entre ellas. —Movió la cabeza con desaprobación.

—¿No sabes la historia? —interrogó mi abuela paterna—. ¿Nadie te la ha contado?

—Acaba de llegar, Luda, mira los ojos de esta niña. Ni siquiera sabe quiénes somos, solo conoce nuestros nombres.

—Bien, entonces es momento de explicarle. Solo así entenderá la historia de sus padres —dijo Lyudmila con sequedad.

—¿No quieres primero abrazar a tu nieta? ¿Preguntarle algo sobre ella? ¿Saber quién es?

—No tenemos tiempo, Willie. Sabes que nos siguieron. Y aunque estemos en un territorio neutral, nunca es un territorio seguro. Así que vayamos directo al grano.

Santo me miró con una mezcla de pena y advertencia que me preocupó.

Me removí en el banco, que se sentía demasiado frío, demasiado duro, incómodo hasta el punto de desear estar de pie. Mi ansiedad estaba al límite.

Mi abuela Yekaterina me sonrió con dulzura y acarició mi hombro.

—Todo comenzó en Rusia, niña mía. Y fue más o menos así…

Capítulo 13
Bianca Sierra

Fue como un golpe en la cabeza.

Desde niña me había acostumbrado a la idea de que estaba sola en el mundo y que jamás encontraría a mi familia.

Ahora estaba rodeada por mis dos abuelas, la paterna y la materna.

Y aunque el tema era serio y esclarecedor sobre mis orígenes, lo único que podía hacer era fijarme en sus ojos, tan parecidos a los míos, en las arrugas de sus frentes y mejillas, en el tono firme y al mismo tiempo cariñoso que ambas compartían.

—A diferencia de otras familias que nacen ricas, la nuestra era bastante común —explicó Yekaterina—. Nuestros padres eran obreros, soldados, médicos y comerciantes que intentaban sobrevivir a los cambios de la Madre Rusia en los años 80. Ya existían diversas facciones antes, pero todo cambió de verdad en 1986 con Chernóbil.

—¿La central que explotó? —Abrí los ojos de par en par.

—El pueblo dejó de creer en el régimen comunista —añadió Lyudmila—. Y el miedo se unió al hambre y a la miseria que vivíamos. Las facciones entendieron que no podrían sobrevivir por separado.

Ambas asintieron con la cabeza.

—Fue entonces cuando creamos el Sindicato, la Hermandad, que muchos conocen como la *Bratva* —Yekaterina sonrió, como si aquello fuese un recuerdo poderoso y feliz.

Santo se apoyó en la pared del monasterio y echó un vistazo alrededor. Al ver que no venía nadie, fijó los ojos en mí.

Pero cuando yo le devolvía la mirada, él apartaba la suya.

—Antes de eso, las familias luchaban entre sí. Hasta que comprendimos que había un enemigo común: los tiranos. Entonces forjamos lazos de sangre para protegernos y proteger a los nuestros.

—La *Bratva* robaba a los ricos y al gobierno para alimentar a los pobres y a los nuestros —suspiró Yekaterina—. El Sindicato puso fin a las guerras entre cinco familias y se convirtió en un pacto de apoyo y ayuda mutua.

—Con el fin de la Unión Soviética y dominando ya todo el territorio de la Madre Rusia, las cinco matriarcas decidieron que era hora de conquistar el mundo: enviamos a nuestros hijos al Reino Unido, Francia, España, países de África, Australia, Canadá y Estados Unidos —puso énfasis en este último—, pero algo no salió como esperábamos.

—La Hermandad conquistó muchas cosas, dominó el tráfico de armas, de drogas y formó a los mejores hackers del mundo. Pero en América, cuando casé a mi hija mayor con el hijo mediano de Lyudmila… no sabemos, algo ocurrió —Yekaterina bajó la mirada.

Contuve la respiración y tragué saliva, intentando asimilar toda aquella información.

Ni en mis pensamientos más delirantes habría imaginado que era descendiente de miembros de la mafia rusa.

Sabía muy poco sobre ello.

Y lo poco que sabía no era nada bueno: los rusos siempre eran retratados como violentos, destructivos y peligrosos.

Enseguida entendí partes de mí que siempre había intentado ignorar.

—Preparé a tu madre, Zoya, para liderar la operación en Estados Unidos cuando murió mi marido —la voz de Yekaterina se quebró por un instante—. Nosotros, los Zagovory, tenemos las mejores armas. Los Durov, hijos de Lyudmila, tienen los mejores hombres. Era la unión perfecta para dominar toda la región sur de Estados Unidos.

—Zoya fue nombrada *Pakhan* en América para cumplir nuestro objetivo —Lyudmila suspiró con respeto—. Meses después, ella y mi hijo huyeron y nunca más se supo de ellos. Hasta hace poco, cuando nos enviaron una carta diciendo que habían dejado una hija en Río de Janeiro.

—¿Entonces siguen vivos? —Mis ojos brillaron.

—Pero están incomunicados y no se les puede rastrear, querida —aclaró Wilhermina, carraspeando—. Todavía temen algo que… no logramos comprender.

—El hecho es que eso generó desconfianza entre las familias. Los Zagovory y los Durov han estado luchando por el control del territorio. Y no debería ser así, somos una hermandad, un sindicato, somos una Bratva —gruñó Yekaterina—. Ya no teníamos esperanza, tantos han muerto… pero ahora te encontramos a ti.

—¿A mí? —Me llevé la mano al pecho.

—Eres el eslabón perdido —la voz de Santo me hizo estremecer.

Se me erizó la piel de los pies a la cabeza al oírlo. Cuando intenté mirarlo, volvió el rostro hacia otro lado.

—Nuestra sangre corre por tus venas —Lyudmila me tomó de la mano izquierda.

Y mi otra abuela tomó la derecha.

—Perteneces a ambas familias —dijo, como si depositara todo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

—¿Entonces no me están enviando a conocer a mi familia… me están enviando a la guerra?

—Una guerra innecesaria, que rompió los lazos internacionales de la *Bratva* en América y que tú vas a reconstruir —respondió Lyudmila como si fuera mi general dándome una orden.

—Los Durov te escucharán porque llevas la sangre de Markus. Y los Zagovory te escucharán porque naciste del vientre de Zoya. Y

al unir de nuevo a las dos familias, recuperaremos el principio de la Bratva: una hermandad.

Mantuve mis ojos clavados en Santo, casi rogando que me mirara y me diera algo de seguridad.

¿Además de quedarme embarazada, tenía que pacificar a dos familias rusas?

No quería echar un jarro de agua fría sobre las intenciones de las abuelas, pero… ¿cuáles eran las probabilidades de que eso funcionara?

—¿Una sola mujer puede hacer eso?

Yekaterina sonrió, casi con orgullo.

—Fueron las mujeres quienes fundaron la *Bratva*, porque mientras nuestros padres y maridos salían a ganarse la vida, nosotras nos quedábamos en casa alimentando a la familia y protegiéndonos unas a otras. *Bratva* es familia. Y toda familia nace dentro de una mujer. —Apoyó la mano sobre mi vientre.

—Aún no estoy embarazada…

—Entonces necesitas estarlo, pronto. Las tensiones en América no paran de crecer y tenemos que intervenir antes de que no quede ningún Durov ni ningún Zagovory con vida para contarlo.

Sentí una presión en el pecho.

El peso de la responsabilidad cayó sobre mis hombros de tal manera que ya no podía mantenerme erguida.

—Tus padres te escondieron de todos porque querían protegerte. Pero hace un año revelaron dónde te habían dejado. Y tu familia te necesita.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies.

¿Por qué nunca imaginé algo así? Siempre supuse que me habían abandonado, dejada atrás como una carga, un estorbo, pero en realidad… lo hicieron para protegerme.

¿Pero de qué?

—¿Creéis que es seguro lanzarme allí, sin conocer a nadie, para unir a dos familias que se odian?

—No es seguro, por eso iré contigo —respondió Santo con ese aire de superioridad que, de alguna forma, me irritaba tanto como me tranquilizaba—. Y para asegurarme de que tendré voz y podré resolver los problemas de esta familia, necesito que estés embarazada de mí. No puedo morir y renacer ruso, pero puedo dar vida a un pequeño ruso-italiano.

Asentí con cautela.

—¿Algunas piezas han encajado en tu cabeza ahora? —preguntó Santo.

—Varias.

—Te dije que no habría mentiras entre nosotros, Bianca.

—Lo sé. Me alegra oír la verdad, pero también estoy atónita. No sé ni qué decir…

Hubo un intercambio de miradas entre las tres mujeres, y Santo dio un paso al frente, acercándose a mí.

—No tengas miedo, cuidaré de ti. Te protegeré, garantizaré tu bienestar, acabaré con cualquier amenaza para que nuestro bebé nazca en un lugar seguro.

Seguía sintiendo que el suelo se desvanecía y que necesitaba apoyarme en algo para no caer.

No sabía qué era peor: volver a Río de Janeiro con la culpa de que toda mi familia en Estados Unidos se mataría en una guerra interna, o ir allí para intentar pacificar la situación.

—Llévate esto contigo, es el símbolo de que te reconocemos.

Yekaterina se levantó, se quitó el broche del pecho y lo colocó en el mío. Lyudmila hizo lo mismo y puso el suyo en mis manos.

—Tenemos que regresar a la Madre Rusia, tenemos nuestros propios asuntos que resolver. Wilhermina y Santo estarán aquí para ayudarte, no tengas miedo. Confiamos en ti.

Se marcharon a toda prisa por los jardines, sin siquiera despedirse.

Contuve el llanto todo lo que pude, pero la garganta me ardía y mi cuerpo empezó a encogerse ante la situación.

Era demasiada información para procesar, y algo en mi interior sabía que ya no había vuelta atrás. Por primera vez, quise fingir que no tenía familia y huir lo más lejos posible para vivir en paz.

¿Justo ahora que iba a hacerme rica?

La vida siempre encontraba una forma de reírse de mí.

Capítulo 14
Bianca Sierra

Cuando mis abuelas se marcharon, sentí un vacío extraño dentro de mí.

Me quedé de pie, inmóvil, frente a la zona verde del Vaticano, observando el camino por donde se habían ido, como si en cualquier momento pudieran regresar, decir que todo había sido una broma familiar y envolverme en sus brazos una vez más.

Como eso no ocurrió, me sentí perdida.

Tenía la cabeza pesada, la mente saturada y el cuerpo agotado. Y, por más que descubrir la historia y las verdades de mi familia hubiera hecho que muchas cosas encajaran, me sentía más perdida que nunca.

Cuando me di cuenta, tenía las manos temblorosas y los ojos ardían, pero me negué a dejar que las lágrimas cayeran.

—Creo que ahora tiene sentido por qué necesitaba que te vistieras de monja… —dijo él.

Giré el rostro hacia él, estaba lista para decir algo, pero de repente no pude contener más el llanto.

Me quedé paralizada, llorando en voz alta como una niña que sabe que algo duele, pero no tiene capacidad para decir dónde, qué, cómo.

—Quiero irme a casa. —Reuní todas mis fuerzas para decirlo —. Llévame a casa, por favor. Tengo miedo.

Santo rodeó mi cuerpo con sus manos y me atrajo hacia él.

Lo abracé y escondí el rostro en su sotana, entre su abdomen y su pecho. Él apartó mi pelo, acarició con suavidad mi cuello, lo que

me hizo sollozar y liberar todo lo que llevaba atascado en la garganta.

Después de todo aquello, lo único que quería era gritar.

Quería correr. Quería huir.

Lo único que tuve, sin embargo, fue el cariño de Santo, que me dio exactamente lo que necesitaba.

—Bianca —susurró, rozando mis mejillas con los labios y haciendo que mi piel vibrara—. Sé que parece que el mundo se desmorona. Sientes que has perdido el suelo, que nada tiene sentido, que el mundo va a tragarte. Pero no vas a pasar por esto sola.

Acarició mi rostro con ternura y levantó mi barbilla para poder verme bien. Seguía con los ojos cerrados, pero por un segundo los entreabrí y vi sus ojos intensos, concentrados en mí.

—Puedo llevarte a casa, pero sabes mejor que yo que ese apartamento en Río de Janeiro no es tu hogar. Tu lugar es conmigo. Deja de huir de quien eres y de tu destino. No voy a dejar que te pierdas, igual que no permitiré que te ocurra nada malo.

Santo pasó el pulgar por mi mejilla, limpiando las lágrimas que insistían en correr por mi rostro.

Su toque no era frío, ni forzado, ni indiferente. Era… presente, como si viera a través de mí, como si sintiera mi dolor y compartiera, aunque solo por un instante, la opresión que era demasiado pesada para guardarla en el pecho.

Era como si supiera exactamente lo que yo necesitaba.

—Todo va a estar bien —murmuró junto a mi oído.

¿Cuántas veces había sido yo el apoyo de Gabriela y Raíssa? ¿Cuántas veces fingí ser fuerte para no preocuparlas? ¿Cuántas veces tuve que esconderme para llorar y no molestar a nadie?

—Puedes llorar, te doy dos minutos —dijo con una voz dulce y al mismo tiempo autoritaria—. Después vas a secarte esas lágrimas,

levantar la cabeza y enfrentar la situación. Eres fuerte. Puedes hacerlo.

El beso que me dio en la frente me dejó la piel de gallina.

Sentir, por primera vez en la vida, que alguien tenía el control y que ese alguien era un hombre alfa, controlador y de algún modo consciente de mis necesidades, hizo que el peso se fuera deslizando de mis hombros… hasta no quedar nada.

Pero no fueron sus palabras las que me fortalecieron.

Santo deslizó las manos por mis brazos, acariciando suavemente y haciendo movimientos que parecían limpiarme, de arriba abajo.

Mi respiración comenzó a calmarse y me aparté un poco para secarme los ojos nublados, pero él fue más rápido. Sacó un pañuelo y lo pasó con delicadeza por alrededor de mis ojos, sopló suavemente para asegurarse de que estuvieran secos y esbozó una sonrisa que hacía que ese hombretón pareciera un adolescente.

Apoyé de nuevo la cabeza en su cuerpo y él dejó que sus dedos se hundieran entre mis mechones de pelo, haciendo movimientos circulares que, en menos de un minuto, me libraron de un terrible dolor de cabeza.

De alguna forma, su toque parecía mágico, como si intentara reunir los pedazos rotos de mí misma.

—Sé que es mucho para asimilar —me abrazó contra su cuerpo—. Pero estaré a tu lado. Yo me encargaré de todo, ese es mi trabajo. El tuyo es mantenerte fuerte para tener a nuestro hijo, nada más.

Aquellas palabras me dieron una fuerza inesperada.

Quería creer en él, más que nada, pero aún no había pasado nada y yo ya estaba agotada.

La simple idea de verme envuelta en una guerra de facciones ya era razón suficiente para no poder dormir tranquila por las noches.

Cuando me aparté, Santo tomó mi mano y me guio hasta un banco. Se sentó a mi lado, pero no soltó mi mano. En lugar de eso, empezó a masajear suavemente mis dedos.

—Tienes que prometerme que no vas a estresarte, por tu bien y por el bien de nuestro hijo —pidió, mirando nuestras manos en lugar de mirarme a los ojos—. Pronto tendrás una familia y todo el miedo y la incertidumbre quedarán atrás.

Se me cerró la garganta de nuevo, pero esta vez no era tristeza.

Había algo más. Una sensación de seguridad que jamás había sentido en la vida.

Miré a Santo, vi la sombra de la cicatriz que cruzaba su rostro, pero también sus ojos azules intensos, llenos de vida y certeza.

—Lo prometo.

Él simplemente asintió.

Siguió deslizando el pulgar por la palma de mi mano con movimientos lentos. Su toque tenía algo casi hipnótico, era relajante y, al mismo tempo, sensual.

Cerré los ojos por un momento, intentando ignorar el cosquilleo en el estómago que se intensificaba cada vez que hacía algo tan delicado.

No te enamores, me repetí a mí misma.

Es solo un contrato, él solo busca beneficiarse, insistió una voz dentro de mí.

Pero había algo que no podía negar: Santo no solo era enigmático y terriblemente atractivo, también tenía esos momentos de ternura inesperada que desarmaban cualquier defensa que intentara levantar.

Desde que habíamos hecho el amor por primera vez, notaba que él me evitaba y apenas me miraba a los ojos. Pero cuando lo hacía… podía sentir el calor que transmitía.

Era tan intenso, tan lleno de deseo, que… me dejaba sin aliento.

— *Vorrei baciare le tue lacrime per strapparti via il dolore, ma so che non sarebbe abbastanza, quindi prometto di uccidere tutta la tua famiglia se dovessero farti del male*[5].

—¿Qué significa eso? —Fruncí el ceño.

—Que una mujer tan guapa no debería llorar. Ni preocuparse por las pequeñeces de la vida.

—Qué bonito —sonreí con timidez—. Cuando hablas en italiano… es tan encantador.

— *La prossima volta che ti starò scopando, ti prenderò con così tanta forza che capirai la mia lingua*[6].

—Guau, es realmente bonito.

—Significa que voy a enseñarte italiano en tu tiempo libre.

—Quiero —asentí—. ¿Nuestro hijo va a aprender portugués o italiano?

Santo sonrió levemente, una sonrisa que casi se escapó de sus labios.

—Italiano, portugués, ruso e inglés, probablemente.

Apenas terminó de responder, noté que un hombre venía hacia nosotros.

Llevaba una túnica roja, llamativa y ondeante. Aunque aparentaba unos sesenta años, caminaba erguido y con ese aire de quien disfruta ser notado. Sus cejas finas y el rostro terso no encajaban con su expresión severa e incluso irónica.

Me aparté de Santo antes de que llegara hasta nosotros.

El hombre me ignoró por completo y se dirigió a él.

—Santo —lo saludó con un acento y una entonación distintos, que yo nunca había escuchado antes.

—Cardenal Ambrosi —respondió Santo. El idioma recordaba vagamente al italiano, pero era muy distinto de cómo hablaba conmigo.

Hice lo mejor que pude por fingir naturalidad, pero el corazón me latía con fuerza. Había algo en ese hombre que despertaba una señal de alerta.

Ajusté el velo de monja y me alejé en silencio, intentando permanecer invisible ante la conversación de los dos, hasta que Wilhermina me sujetó del hombro y me indicó que debíamos volver al monasterio.

—Vamos a organizar tus cosas para que puedas irte —dijo con suavidad.

Eché un vistazo por encima del hombro y observé a los dos hombres conversando.

—¿Santo vendrá conmigo?

—No te preocupes, no se va a separar de ti —intentó tranquilizarme la mujer.

Antes de cruzar la puerta del monasterio, observé al cardenal que gesticulaba de forma muy expresiva y bastante enfadada. Tenía una postura autoritaria, pero desprendía algo sombrío.

Fui al dormitorio todavía anestesiada por todo lo que había escuchado esa mañana. Seguía sintiéndome incierta respecto a mi propio futuro, así que, para mantener la calma, me aferré a las palabras de Santo.

Eso tranquilizó mi corazón… al menos hasta que cayó la tarde.

Capítulo 15
Santo Zampieri

Pocas cosas en la vida eran capaces de desarmarme.

La vulnerabilidad en los ojos de Bianca, su llanto y sus palabras que, en esencia, eran un grito de auxilio, estaban entre ellas.

Sus sollozos dejaron de ser suaves y se volvieron más intensos. Cuando se entregó al pánico total y escondió el rostro contra mi abdomen, sentí cómo el ácido me quemaba el estómago.

Reconocí en ella un dolor que solo quien ha pasado por la brutalidad de la vida podría identificar, y aunque mi razón me decía que debía dejarla enfrentar sola esos sentimientos, mis instintos gritaban que debía protegerla, abrazarla, impedir que siguiera llorando.

No pude evitar que mis dedos se deslizaran por su pelo, que mi otra mano la envolviera contra mi cuerpo, ni que me inclinara para calmarla.

Era extraño.

A lo largo de mi vida había enfrentado situaciones peligrosas, momentos de tensión que exigían decisiones rápidas y frías. Pero eso —su contacto, la vulnerabilidad que me mostraba— parecía más difícil de manejar que cualquier otra cosa que hubiera vivido.

Tuve que repetirme en silencio, 33 veces: *Bianca es solo parte de un plan dentro de una misión.*

Pero en mis brazos, era real.

Y cada emoción que ella me permitía ver me arrastraba más hacia ella.

Hablé casi de forma automática; tuve que desconectar el cerebro para no dejarme contaminar por aquella explosión de sentimientos. Pero, de algún modo, como todo lo que escondemos del consciente, lo que dije era verdad.

—Eres más fuerte de lo que crees, Bianca —mantuve la voz firme—. Y no importa lo imposible que parezca todo ahora… Estoy aquí. Y vas a superar esto.

Ella no respondió, pero su cuerpo se relajó ligeramente contra el mío.

Sujeté sus brazos, acariciándolos con suavidad, sintiendo cómo la tensión iba desapareciendo poco a poco. Mi toque fue más un reflejo que un gesto pensado.

No era algo que haría por cualquiera. Pero con Bianca, parecía inevitable.

Finalmente se apartó lo suficiente como para que pudiera ver su rostro.

Sus ojos estaban enrojecidos, asustados, pero aún así, llevaban esa intensidad que siempre me congelaba el estómago. Quise decir algo más, sin embargo, antes de que pudiera pensar en las palabras, noté que alguien se acercaba.

El cardenal Ambrosi Salerno pertenecía a la Alta Curia de la Iglesia. Era el presidente del Tribunal Apostólico y una de las máximas autoridades del Opus Dei. Representaba a la perfección lo que algunos llamarían un auténtico incordio.

Dondequiera que iba, no pasaba desapercibido.

En lugar de vestir los hábitos tradicionales de su cargo —una sotana negra con ribetes y fajín rojo—, llevaba una sotana roja con una capa del mismo color que ondeaba al viento y llamaba aún más la atención que su personalidad extravagante.

Cuando estuvo frente a mí, empezó a hablar en latín. Lo llamaba «la lengua antigua».

—¡Santo!

—Cardenal Ambrosi —me enderecé al instante.

Cuando se plantó delante de mí, me ofreció la mano para que la besara y observó a Bianca con una mezcla de curiosidad y cierto desprecio.

Bianca se apartó con rapidez, se ajustó el velo en la cabeza y permaneció allí al lado, como si esperara a que terminara mi encuentro inesperado con el cardenal para que pudiéramos seguir hablando. Pero, por lo que conocía de ese hombre, iba a tenerme ocupado el resto del día.

—¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre miró una vez más a las dos falsas monjas y negó con la cabeza, como si intentara recordar el motivo por el que había venido a buscarme.

—No es muy común ver a un sacerdote mantener contacto físico con una monja, ¿verdad? —me examinó de pies a cabeza.

—Está muy frágil.

—Consolar a las mujeres no soluciona nada. Son débiles por naturaleza y esa es su misión, como la serpiente en el paraíso: debilitar a los hombres, arrebatarles su masculinidad y su fuerza. Harías bien en evitarlas. No queremos perder al sacerdote más valiente a causa de las artimañas demoníacas, ¿verdad?

—Eso no ocurriría ni en sueños, cardenal.

—Bien. Muy bien escuchar eso, muchacho —me sostuvo del hombro.

Y puso aquella expresión pensativa de quien ha olvidado por completo por qué tenía tanta prisa en reunirse conmigo.

En lugar de decir algo, clavó los ojos en Bianca con cierto asco y desprecio.

—Son tan estúpidas que apenas comprenden lo que hablamos. No son mejores que animales de carga. Lo que está ocurriendo con la Santa Madre Iglesia en las últimas décadas es un crimen… primero dejamos de usar la lengua antigua como oficial… y

ahora estas mujeres andan por los jardines lloriqueando en lugar de cumplir con sus funciones…

—Informaré de todo al obispo Décio, él es el responsable de ellas.

—Haces bien. Siempre tan eficaz —asintió con la cabeza—. Ah, claro, ya me acordé.

—Dígame, cardenal.

Sacó un pequeño cuaderno de entre sus vestiduras y empezó a leer los protocolos de seguridad del Vaticano, como si yo no los supiera de memoria.

Lo escuché con atención, respondiendo de forma breve y directa, mientras intentaba ignorar las miradas ocasionales que lanzaba hacia Bianca, quien seguía ausente, intentando parecer invisible.

Finalmente cerró el cuaderno y cruzó los brazos, mirándome con esa expresión que parecía atravesarte el alma.

—Algunos visitantes esta mañana lograron llegar a una de las zonas privadas del Vaticano. Las cámaras de seguridad no captaron todos los detalles, pero estoy seguro de que el jefe de seguridad de este país actuará con eficacia, ¿verdad?

—Sin ninguna duda. Activaré el protocolo de rastreo y me encargaré personalmente.

—Como no te encontré, pedí que evacuaran a los visitantes de las zonas comunes y que se cerraran las puertas. Nadie entra ni sale del Vaticano hasta que encontremos a los intrusos, o lo que puedan haber escondido o sustraído. La biblioteca subterránea ya está siendo inspeccionada.

—¿Es realmente necesario, cardenal Ambrosi? Sin ánimo de cuestionar su autoridad ni su eficaz método de prevención… ¿pero esto no llamará la atención de los fieles y generará desconfianza?

El hombre me llevó a un lado, puso la mano sobre mi hombro y empezó a susurrar con ese tono paranoico tan característico:

—¿Sabes qué es peor que llamar la atención de los fieles, Zampieri? Los intrusos.

—Los intrusos.

—Tengo fuentes muy confiables que me informaron esta semana de que La Colmena está intentando infiltrar agentes suyos en el Vaticano.

—¿De verdad? —Abrí los ojos, incrédulo—. Eso es imposible. Tenemos la situación controlada. Y el Tribunal Apostólico ha hecho un excelente trabajo en la última década para apartar, expulsar o neutralizar a los miembros infiltrados dentro de la Santa Iglesia.

Tras asentir, engreído por el elogio, volvió a su aire conspirativo.

—Es como en los tiempos de la caza de brujas, padre Zampieri. Siempre hay otra bruja escondida.

Asentí con la cabeza.

—Revise, por favor, las cámaras de seguridad, guíe a sus hombres de la Guardia Suiza en el rastreo y no permita que nadie entre o salga del Vaticano hasta que encontremos a los intrusos. Puede llevar una semana, un mes, un año si es necesario. Los encontraremos.

—Doy mi palabra de que así será. Los encontraremos.

—Entonces vamos —arqueó una ceja, indicando que debía hacerlo de inmediato.

—Por supuesto, cardenal Ambrosi.

Me giré y noté que Bianca y Wilhermina ya no estaban en el jardín.

Acompañé al cardenal hasta la Basílica de San Pedro, mirando de vez en cuando hacia atrás en busca de Bianca, pero no había ni rastro de ella.

Capítulo 16
Santo Zampieri

En cuanto cayó la noche y logré librarme del cardenal Ambrosi, fui al Monasterio Mater Ecclesiae para encontrarme con Bianca.

Apenas llamé tres veces a la puerta, ella la abrió, tirando de su maleta de mano, lista para salir del dormitorio. Puse una mano en su hombro y la guié de vuelta a la habitación, cerré la puerta detrás de mí y entrelacé las manos a la espalda.

—Cambio de planes.

—¿Qué? ¿Cómo así? —frunció el ceño—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, pero no viene mucho al caso. Lo importante ahora es que nadie entra ni sale de la Ciudad del Vaticano hasta nuevo aviso. Así que tendrás que quedarte aquí uno o dos días más.

Bianca hizo un puchero infantil.

Por más que fuera gracioso, en el fondo la admiraba por no ocultar jamás sus emociones ni sus pensamientos. En ese momento, por ejemplo, podía leer su mente: me estaba insultando mentalmente con todos los tacos que conocía.

—Ven, siéntate —señalé la cama.

Ella permaneció de pie.

Arrastré la silla delante de la mesa, me senté, crucé las piernas, alisé mi sotana y acomodé el crucifijo en mi pecho.

—Siéntate, vamos a hablar.

—No, estoy cómoda así —cruzó los brazos y empezó a golpear el suelo con el pie derecho.

—De acuerdo —me froté el entrecejo—. ¿Podemos hablar de lo de esta mañana?

—¿De la parte en la que no me contaste que mis abuelas vendrían o de cuando hablaban en esa lengua imposible?

—El latín no es tan imposible —humedecí los labios—. Y es bastante útil cuando se está exorcizando o expulsando a un demonio.

—¿Tú ya lo has hecho? —abrió mucho los ojos, interesada.

—¿Con latín? No. ¿Con una Taurus de 9 milímetros? Algunas veces.

Bianca soltó una carcajada deliciosa. Sus hombros bajaron y su expresión de enfado se suavizó. Se sentó en la cama, frente a mí, aunque aún con los brazos cruzados.

—Hablemos de cuando lloraste.

—¿No puedo expresar mis sentimientos? ¡Eso no estaba en el contrato!

—Claro que puedes. De hecho, me gusta cómo eres honesta con lo que sientes. Tienes esa belleza natural y rara hoy en día: no finges para agradar.

Ella torció la boca y apartó la mirada.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Solo quiero saber si estás mejor.

Eso la desarmó.

Parecía que esperaba un interrogatorio militar, pero todo lo que yo tenía para ofrecerle a Bianca era comprensión.

Ella era la futura madre de mi hijo y tenía que entender que siempre estaría a su lado.

—Tuve un ataque de pánico, nada más. Conocí a mis abuelas, y en menos de media hora se fueron, dejándome una bomba en las manos —se encogió de hombros—. Soy hija de una *Pakhan*, lo que

sea que eso signifique. Una mujer criada para traficar armas. ¿Y mi padre? Entrenado para traficar drogas. ¿Te parece un buen destino?

—Hay peores.

Bianca hizo otra mueca y volvió a apartar la mirada. Emitió un ruido molesto con los labios que, aunque irritante, resultaba divertido.

—Qué genio —la provoqué.

—No te rías de mi desgracia. No sabes lo que es estar en mi piel.

—No, no lo sé —toqué el crucifijo—. Después de todo, me arrancaron de los brazos de mi madre y de mi familia con ocho años para meterme en el seminario y convertirme en sacerdote, en contra de mi voluntad.

Bianca pareció olvidar el día horrible, el enfado repentino por no poder marcharse, incluso su propio malestar. Se inclinó sobre las rodillas y me miró, expectante.

—¿Cómo fue?

—Horrible. Intenté escaparme cuatro veces —me enderecé y la miré—. Al ver que no podía huir de mi destino, decidí que al menos me divertiría con él. Me acosté con todas las monjas, ¿ya te lo conté?

—Ya.

—En la quinta, me hicieron esto —señalé la cicatriz.

Nunca tuve problemas con la marca que cruzaba el lado derecho de mi rostro. Pero siempre que Bianca me miraba, una parte de mí se estremecía. No por vergüenza, sino por inquietud.

—¿Me contarás algún día la historia de esa cicatriz?

—Tuve que ganármela para entrar en una sociedad secreta de la Iglesia.

—¿La Iglesia católica tiene sociedades secretas?

—Se la conoce más por haber intentado eliminar a todas, ¿no? —reí—. Así era como se deshacían de la competencia en tiempos antiguos… —suspiré y bajé la mirada—. Y hoy también. La Alta Curia del Vaticano quiere exterminar todos los grupos secretos dentro de la Iglesia. Pero eso no viene al caso.

—La cicatriz —insistió, señalándola para dejar claro que quería saber.

—La conseguí cuando intenté escapar por última vez. Fue mi iniciación, el precio que pagué por el conocimiento y las inmunidades que tengo. No soy un simple sacerdote —me pasé la mano por la sotana—. Soy miembro de la Alta Curia de la Iglesia.

—¿Todos tienen cicatriz?

—Todos han perdido una parte de sí mismos. Todos tuvieron que sacrificar lo más preciado para entrar.

Como Bianca guardaba silencio, como si se preguntara qué había sacrificado yo, se lo dije de una vez:

—Mi belleza. Me convertí en este monstruo raro que jamás podría ser deseado ni amado. Era un joven muy guapo, eso decían las monjas. Todas querían una noche conmigo. Y yo, claro… quería una noche con todas ellas.

—Algunas mujeres pueden encontrar guapos a los monstruos —susurró Bianca.

—No una en su sano juicio.

—¿Y tú eres el tipo de hombre que desea a una mujer en su sano juicio? —me devolvió la provocación.

Y ese era el motivo por el que ella resultaba tan fascinante.

Le gustaba acorralarme en este jueguecito de gato y ratón.

Lo cual estaba bien, siempre que recordara que el gato era yo, y que al final, me la comería de cualquier forma, sin importar sus artimañas para intentar ganarme.

—Tienes razón —reconoció—. Tal vez seas la persona más cercana a comprender mi situación. También te metieron en un

mundo extraño contra tu voluntad…

—Exacto.

—¿Tu madre no se sintió culpable?

Se me encogió el corazón.

Recordarla era doloroso. Después de todo, era mi persona favorita en el mundo. Me comprendía con una sola mirada, y era lo más parecido que había tenido a una experiencia humana con respecto a Dios.

—Todos los días. Venía aquí una o dos veces por semana, asistía a las misas que yo oficiaba, se confesaba conmigo… Cuando murió, el año pasado, pensé en abandonar el Vaticano. Pero… todos los recuerdos que tengo de ella están aquí. Y todo lo que queda de ella está conectado a mi fe.

Bianca apoyó las manos sobre sus muslos y parpadeó, sin saber qué decir. Parecía tan torpe que me sentí mal por ella.

—Me llamaba todos los días para rezar el «Padre Nuestro» juntos. Y al final, me pedía que la perdonara por haber permitido que mi padre me encerrara aquí. Pero yo nunca la culpé. En realidad, la Iglesia fue como un entrenamiento militar: aquí aprendí el honor, los valores y la paz.

—Eres un hombre fascinante.

Sentí un leve ardor en el rostro, hasta quedarme paralizado, y después me llevé los dedos a la mejilla. La sensación era como la de un derrame… solo que más leve.

—Relájate, solo te has puesto rojo.

—No, yo no me sonrojo —la corregí—. Debe de ser… el estrés del trabajo.

—Ajá, estrés —Bianca se divirtió—. ¿No te elogian mucho, señor cura militar? ¿O solo te pones así cuando chicas guapas te dicen cosas bonitas?

—¿Chicas guapas? —Reí.

—Yo no soy guapa.

— *Così bella quanto il cielo dopo una tempesta*[7].

—No entendí nada, solo el «bella», o sea, que soy guapa. Gracias.

—De nada.

—Sobre tu fe… ¿puedo preguntarte algo bastante personal? —Bianca apretó los labios.

—Dispara.

—¿Cómo haces para conciliar tu fe con lo que tienes que hacer? —arqueó la ceja, dando a entender que se refería a «poner un hijo dentro de ella»—. ¿No te da crisis de conciencia?

—Solo si no fueses tan buena.

El rostro de Bianca se puso rojo, como si alguien le hubiera dado una bofetada.

—Todos somos pecadores, Bianca. Lo importante es arrepentirse.

—¿Entonces vas a follarme y arrepentirte justo después?

—Las veces que haga falta.

Nos quedamos mirándonos en silencio.

Era la ocasión perfecta para besarnos, pero eso no estaba en el contrato. Y yo estaba oxidado. La última vez que había besado a una mujer fue a los quince años.

Mis deseos eran todos animales, no sentimentales.

Me satisfacía follando, sin sentimientos, sin vínculos ni gestos emocionales. Pero en ese instante, mis dedos hormigueaban con ganas de tomarla por la nuca; se me hacía la boca agua solo de imaginar a qué sabría.

Sin embargo, era un deseo que pasaría pronto.

—¿Algún problema para ti?

—No, mientras no me folles pidiendo perdón.

—¿Y qué quieres que diga mientras te follo? —entrecerré los ojos.

Bianca apartó la mirada. Estaba preciosa cuando se sonrojaba.

—No hace falta que digas nada, solo mírame. Me gustan tus ojos.

—¿La cicatriz no te asusta?

—No. Creo que soy del tipo de mujer que solo ve belleza en los monstruos. Y, de todos los monstruos que he visto en mi vida, tú eres uno de los más bellos.

—¿Estás en tus días fértiles? —pregunté.

—No.

—Sería terrible hacerlo sin nuestro propósito, ¿no? —negué con la cabeza—. Un pecado a cambio de nada.

—Es verdad —Bianca se quitó el velo de monja y dejó que su cabello oscuro cayera suavemente sobre sus hombros—. Pero siempre puedes arrepentirte después.

Cada parte de mí se tensó, recordándome que no tenía sentido acostarme con esa mujer si no era para concebir un hijo. Sin embargo, otra parte hormigueó y me obligó a ponerme de pie, a dar unos pasos hasta ella, tocar su cabello y enredarlo entre mis dedos, como si fuera una rienda.

—Deberías sentirte culpable por tentar a un cura en suelo sagrado —gruñí.

—Entonces castígame, padre —dijo, con esos ojos almendrados y brillantes.

Capítulo 17
Santo Zampieri

Era obvio que Bianca sabía lo que me provocaba.

Solo eso podía explicar cómo sus provocaciones eran capaces de voltear mi mundo del revés, poniendo en duda todas mis convicciones, aquellas que había construido con años de entrega y dedicación.

Enrollé su pelo entre mis dedos y sentí cómo hervía como un volcán.

La tiré hacia mí con fuerza calculada y sonreí satisfecho al oír el gemido quebrado que escapó de sus labios.

Bianca sabía que me volvía loco.

Y yo también sabía que tenía el mismo poder sobre ella.

Al reflexionar, no hacía falta pensar mucho para entender que esta combinación no era nada saludable para ninguno de los dos, especialmente para mí.

Por desgracia, ser consciente de ello tampoco era suficiente para impedirme sucumbir, sabiendo que necesitaría mucha fe para recomponerme del deseo que mi corazón guardaba por lo que quería hacerle.

—Ya que tanto quieres ser castigada... —comencé a decir, obligándola a arrodillarse ante mí.

Esta decisión no fue impulsiva; de hecho, estaba muy bien planeada, porque necesitaba mantener la boca de Bianca ocupada para no caer en la tentación de besarla.

—Voy a empezar tu castigo callando esa boca insolente.

Mantuve su pelo bien sujeto entre mis dedos mientras, con la otra mano, levantaba la sotana y me desabrochaba los pantalones,

todo con la destreza que solo una excitación latente podía inspirar.

Sus ojos atentos permanecieron fijos en mí, esperando mis movimientos con un hambre desconcertante.

Y no era nada saludable que demostrara tanto deseo.

Eso me debilitaba, me hacía más dependiente de poseerla por completo, de hacerla mía de todas las formas posibles.

Tuve la esperanza de que, con el tiempo, el deseo disminuiría, de que recuperaría el autocontrol. Pero en el momento en que sentí los labios poderosos de Bianca alrededor de mi polla, supe que estaba perdido.

Me destruyó como nadie jamás lo había logrado.

Cerré los ojos cuando su lengua comenzó a frotarse contra el glande hinchado, probándome con hambre, con ganas de memorizar mi sabor, algo que estaba más que dispuesto a permitir.

Aunque no era muy experta en el sexo oral, Bianca se esforzó, dándome lo mejor de sí y siendo lo mejor que podía recibir.

A pesar de que mi polla era grande, no escatimó esfuerzos para intentar tragársela entera, metiendo en su boca todo lo que podía, chupándome con devoción, tanta que hizo que mis piernas temblaran.

—¿Estás satisfecha con tu comportamiento pecaminoso?

—No.

Agarré la base de mi polla y se la golpeé suavemente contra la cara como castigo.

Bianca jadeó con tanta avidez que sus ojos se oscurecieron, llenos de deseo y lujuria.

Mirarla en esas circunstancias no era lo mejor, al menos no para mi cordura, pero abrí los ojos sin pensar, necesitando ver lo que me estaba haciendo, impactado por cómo el deseo brillaba en su mirada al observarme.

—Necesito corregirte antes de que termines destruyéndome.

Era evidente que Bianca disfrutaba de lo que me hacía.

Agarró mi polla con ambas manos y la chupó con tanta devoción que me dejó alucinado.

Y eso fue suficiente para darme cuenta de que, si continuábamos así, acabaría corriéndome vergonzosamente rápido en su boca.

Lo cual sería un desperdicio.

Cada gota debía estar dentro de ella.

Consciente de ello, no lo pensé cuando la aparté de mi polla, tirando de su pelo para ponerla de pie y girándola de espaldas para no dejarme llevar por las ganas de besar sus labios, sobre todo porque estaban tan rojos e hinchados por mi polla. La empujé contra la pared.

Dios, cómo deseaba besarla, arruinar aún más sus labios con los míos, saborearla hasta dejarle sin aliento. Pero sabía que, en el momento en que lo hiciera, todo estaría perdido para mí.

El camino del pecado no tiene vuelta atrás.

Y yo resistía como podía ante mi tentación.

Así que, aferrándome al poco juicio que me quedaba, le levanté la falda para exponer su culo ante mí, sin pensarlo dos veces antes de darle una palmada resonante en esa carne tan suave.

El eco del impacto de mi mano en aquella piel perfecta me dejó completamente electrizado, sobre todo al acompañarse del gemido sorprendido de Bianca.

Quería ser castigada, pues bien, eso es lo que tendría.

—¿Te arrepientes de tentar a un hombre de Dios en suelo sagrado, Bianca? —pregunté con la voz ronca, cargada de deseo y sin reflexionar ni un segundo sobre si aquello era pecado o no.

Tendría que confesarme y arrepentirme, pero eso lo pensaré cuando llegue el momento.

Si iba a pecar, al menos que el pecado valiera la pena.

—No, padre.

La muy descarada tuvo el valor de responderme, lo que resultó en otra bofetada como castigo.

Sus nalgas se contrajeron ante el golpe, para después empinarse de nuevo hacia mí, como pidiendo más.

—¿Y por qué no?

Cometí la estupidez de preguntar, mientras apretaba con toda la mano la zona enrojecida solo para escucharla gemir otra vez.

—Porque pecar con usted es demasiado bueno.

Ese, sin duda, fue mi límite ante sus provocaciones. Quise gritarle al sentir cómo me palpitaba la polla, resultaba indignante cómo mi cuerpo suplicaba por aquella mujer.

La última palmada, previa a arrancarle las bragas con mis propias manos, no tuvo ni pizca de piedad. Pero aun así, Bianca no mostró disgusto; al contrario, parecía disfrutar del castigo más de lo que mi conciencia podía soportar.

Con las manos abiertas contra la pared, Bianca intentó mirar atrás para ver qué pretendía hacer, con una mezcla de curiosidad y deseo, jadeante y sedienta de mí tanto como yo lo estaba de ella.

Necesitaba más acceso a ese cuerpo maravilloso.

Disfrutar de todo lo que me pertenecía en nuestro momento de pecado.

Y fue pensando en eso que le quité por completo la ropa, sin querer nada que cubriera tanta perdición. Era fácil pecar cuando se trataba de Bianca, porque nada se comparaba a lo increíble que era esa mujer.

La ira no era lo que esperaba sentir.

A pesar de lo dura que tenía la polla, ese sentimiento brotó dentro de mí al darme cuenta de que, en más de 30 años de vida, una década de ministerio y tantas tentaciones resistidas, era débil por ella.

Deslicé mis dedos entre sus piernas y acaricié su coño obscenamente empapado, furioso por no poder odiar lo bien que me hacía sentir. Bianca tenía razón.

Pecar con ella era demasiado bueno.

El sonido de mis dedos mojados estimulándola resonó en la habitación, y me importaba un bledo. Me encantaba cómo todo sabía mejor acompañado de sus gemidos.

Quería ser fuerte y seguir así, limitarme a meterle mi polla hasta que todo acabara sin más cargas sobre mis hombros. Pero entonces recordé sus palabras, que solo quería que la mirara, y me vi no solo incapaz de resistir los pecados de la carne, sino también de negarle un deseo a Bianca.

Porque cuando cansé de prolongar mi tortura y decidí hundirme dentro de ella, supe que necesitaba hacerlo con esos ojos perfectos fijos en mí. Necesitaba que viera cuánto disfrutaba follándola.

Así que, sin previo aviso, retiré mis dedos de Bianca y la giré hacia mí, consciente de que su expresión arruinada por el placer era más hermosa que cualquier pintura en los muros o techos del Vaticano.

Me quité la sotana para tener menos obstáculos y la levanté en mis brazos, demasiado ansioso por clavar mi polla en ese coño tan delicioso.

Bianca deseaba lo mismo. Si sus ojos angustiados no lo hubieran dejado claro, la expresión de satisfacción que cruzó su rostro cuando al fin encajé el glande en su entrada y deslicé dentro lo confirmó. Sobre todo por la fuerza con la que se contrajo automáticamente, deseando más de mí dentro de sí, destruyéndome con tanta necesidad reflejada en su cara.

No era nada saludable que Bianca se pusiera aún más irresistible con mi polla dentro de ella, moviéndose con esa ansia de quien no aguanta más sin ser saciada. Y, bueno, al diablo con el

pecado ahora, jamás dejaría a una mujer tan ardiente sufriendo de deseo.

Mi mujer.

Mía por derecho, por contrato y, al parecer, por propia voluntad.

Mis embestidas comenzaron casi de inmediato, con sus piernas apretándome contra su cuerpo en busca de estabilidad, aunque yo sabía que la estabilidad era algo imposible para nosotros dos.

Vi de cerca cómo luchaba por mantenerme la mirada, batallando contra sus propios párpados que parecían demasiado pesados por el placer.

Gemía con cada embestida, prueba clara de lo mucho que esto la estaba saturando.

Sus dedos se clavaban en mi nuca con un desespero evidente por agarrarse a algo, pero lo único que compartíamos era puro deseo: crudo, directo y tan intenso que podría derrocar reyes o, en este caso, sacerdotes, sin siquiera darnos tiempo para arrepentirnos.

Mi cuerpo chocaba contra el suyo como si fuera su movimiento natural. Mi polla palpitaba dentro de ella y la lujuria entre nosotos me desvió por completo del camino.

Bianca seguía gimiendo, y con cada nueva contracción de su coño, yo sentía cómo me acercaba a mi límite.

No pude resistir llevarme uno de sus pechos a la boca sin romper el ritmo de mis embestidas, saboreando esa carne suave como si fuera un manjar. Por la forma aún más desesperada en que empezó a apretarme y moverse contra mí, estaba claro que su climax estaba cerca. Y el mío también.

Volví a mirarla y esta vez dejé que nuestras frentes se tocaran. Sus manos sostuvieron mi rostro mientras sus gemidos casi se declamaban contra mis labios, una advertencia tanto del peligro de nuestra proximidad como del orgasmo que ninguno podía evitar.

Sabía que Bianca intentaba avisarme. Todo su cuerpo me lo gritaba, y yo redoblé mis movimientos para que su placer fuera irreparable.

Apretó nuestras narices al correrse alrededor de mi polla.

Esa imagen, por sí sola, habría sido suficiente para dejarme hecho polvo. Pero sentir en la parte más sensible de mi cuerpo lo intensamente que ella gozaba, mientras contemplaba de cerca su expresión completamente arruinada, fue lo que me llevó al borde.

Me corrí tan fuerte dentro de ella que mi visión se nubló. Lo único en lo que podía pensar era en mantenernos en pie.

Su respiración agitada chocaba con la mía, tan cerca que nuestros labios casi se rozaban. Y así permanecimos un tiempo indefinido, que decía mucho sobre nuestra necesidad mutua.

—Esto estuvo muy mal, padre —murmuró mientras acariciaba mi pelo.

—¿Te arrepientes? —Me retó con la mirada.

—Me arrepiento.

Bianca rió y pasó la yema de su índice por mis labios.

—Entonces tendré que ser más persuasiva. Hacerlo tantas veces hasta que no quede arrepentimiento —bromeó.

—Mi fe no es tan débil —gruñí.

Capítulo 18
Santo Zampieri

La capilla subterránea de San Clemente permitía algo raro en el Vaticano: el silencio absoluto, tan opresivo que podía oír mis pecados y debilidades gritando mientras caminaba.

Después de la noche anterior con Bianca, algo en mí había cambiado.

No era arrepentimiento, sino una incomodidad casi visceral.

Una parte de mí no quería estar allí, de rodillas, listo para volcar mi pecado en el oído atento de Vincenzo.

Otra parte sabía que no tenía elección.

El obispo se sentó frente a mí y me miró con una profunda humanidad, lo que siempre me hacía sentir pequeño, como un niño.

Me arrodillé ante él e incliné la cabeza, intentando controlar la agitación que me latía dentro.

—Perdóneme, Eminencia, porque he pecado.

Él me observó en silencio, esperando que continuara.

—La noche pasada… fui débil. Cedí a los deseos de la carne y me entregué al pecado con Bianca.

Vincenzo permaneció inmóvil, pero sus ojos brillaron con algo entre desaprobación y una satisfacción contenida. Cruzó las manos sobre el regazo, dejando que el silencio prolongado aumentara mi ansiedad.

—Está bien, hijo mío, todo forma parte del plan. ¿Aún no está embarazada?

—No, Eminencia. Y… anoche no hubo intención de eso. No está en su período fértil. Fue pura… lujuria y debilidad.

Su postura cambió.

Vincenzo respiró hondo y me reprendió por un segundo con la mirada autoritaria, para luego suavizarse con las palabras.

—¿Y cómo justificarías tu debilidad, hijo mío?

—No hay justificación, Eminencia. Fue un momento de descuido. Una debilidad de la que me arrepiento profundamente.

Las palabras salieron de mi boca como si las dictara otra persona.

Una mentira cuidadosamente construida.

No podía admitir, ni ante él ni ante mí mismo, que no me arrepentía en absoluto de haberme hundido tan dentro de Bianca, como si quisiera quedarme pegado a ella, incrustado, como si pudiéramos ser uno solo.

No. Ni siquiera podía permitirme pensar en eso.

Aquello tenía que seguir siendo algo físico, impersonal y con un propósito —todo lo que la noche anterior no había sido.

El obispo se levantó, algo inédito en todos mis años de confesión. Caminó por el lugar mientras su estola púrpura rozaba el suelo, produciendo un sonido ínfimo, pero que amplificaba mi culpa.

—Desde joven, siempre fuiste uno de los hombres más notables de la Santa Iglesia. No hubo misión que te asignaran que no cumplieras con éxito, con honra, al punto de que por tu conducta, posees privilegios, acceso y más influencia que muchos obispos o cardenales dentro del Vaticano.

—Sí, Eminencia.

—¿Quieres decir que una mujer te hizo flaquear, padre Zampieri?

Tragué saliva como si fuese lava.

Aquello dolía más al oírlo que al admitirlo.

—Sí, Eminencia.

—La debilidad no es un lujo que un hombre como tú pueda permitirse, padre Zampieri. Bianca no está aquí para darte placer. Es un instrumento de nuestra misión. Un medio para un fin, nada más. Lo sabes.

Asentí con la cabeza baja.

—Me repetí ese mantra, pero seguí siendo débil.

—Debes descubrir cuál es el detonante que te hace flaquear antes de que ocurra —su voz se volvió más cortante—. Y si el mantra ya no funciona… quizá sea hora de recurrir a medidas más drásticas.

Lo miré, inquieto.

—Autoflagelación —respiró hondo al pronunciar esa palabra —. Un recordatorio físico de tu devoción y de tu misión. La carne que cede, debe ser castigada, Santo.

Un nudo se formó en mi garganta, pero no discutí.

Nunca, en todos mis años dentro de la Santa Iglesia, había necesitado eso para corregirme. En esta ciudad-país era conocido como el padre general: toda misión que me encomendaban, la cumplía sin fallos, sin errores, sin flaquear.

¿Cómo una mujer bajita, temperamental y más joven que yo podía tener tanto poder sobre mí? ¿Cómo era capaz de hacerme débil?

—Además —continuó—, deberás celebrar una misa en la Capilla Paulina. El tema será «Resistencia al Mal y Fe Inquebrantable». Quiero que escojas los pasajes de las Escrituras que más hablen a tu corazón. Recuerda: el maestro también aprende al enseñar. Espero que así logres fortalecer tu espíritu.

—La Capilla Paulina está reservada solo para miembros de alto rango de la Iglesia, Eminencia —respondí.

—Y tú formas parte de ella. No lo olvides. Perteneces a la Alta Curia y tal vez oficiar una misa ante tus pares te recuerde que no eres solo un joven, sino Santo Zampieri, el hombre que controla la

seguridad de este país —suspiró—. Además, tus habilidades administrativas siempre son impecables, pero sigues siendo un sacerdote. No está de más recordarlo predicando y alimentando el alma de nuestros hermanos.

Volvió a sentarse, pero su expresión no se suavizó.

—Autoflagelación mientras recitas el «Padre Nuestro» y el «Ave María» cincuenta veces, o hasta que te sangren las espaldas, para recordar el sacrificio del Cordero de Dios que quitó el pecado del mundo.

—Así se hará.

Me observó un instante más, como si buscara cualquier rastro de duda en mi rostro.

—Puedes levantarte, hijo mío, tu confesión ha terminado.

En cuanto me puse de pie, señaló el espacio libre en el banco a su lado, donde me senté de inmediato.

—¿Y qué hay del cierre del Vaticano? ¿Qué dicen los funcionarios?

—Que el cardenal Ambrosi está cada vez más paranoico —respondí, recuperando parte de mi compostura—. Cerró las puertas por los rusos que entraron a proteger a las líderes de la *Bratva*. Pero eso nos dio la oportunidad de actuar sin llamar la atención, ¿cierto?

Vincenzo asintió lentamente, con una sonrisa casi imperceptible en los labios.

—Cierto. La misión fue un éxito. Kamikaze consiguió los documentos que necesitábamos del Tribunal Apostólico y de su despacho en la Biblioteca Subterránea.

Mi curiosidad se despertó, pero mantuve el rostro neutral.

—¿Y qué descubrimos?

—Ambrosi está elaborando un mapa de los cardenales que votarán en el próximo cónclave. Está escarbando en los secretos más oscuros de cada uno para asegurarse los votos necesarios para ser papa —Vincenzo hizo una pausa, cruzando los brazos—. Es el

nombre más fuerte del ala conservadora de la Iglesia. Si llega al papado, tendrá el poder de moldear la Iglesia durante décadas. Y acabar definitivamente con las Sociedades Secretas que aún sobreviven por un hilo.

—¿Cree que puede interferir en nuestro plan con la *Bratva*?

—Por ahora, no. Pero vigilancia. Yo vigilo cada uno de sus movimientos. Y tú también debes hacerlo. Ambrosi no confía en nadie y está buscando las debilidades de todos nosotros. Hará lo posible por controlar o eliminar a cualquiera que represente una amenaza.

Asentí, procesando la gravedad de la situación.

—Tendré cuidado, Eminencia.

—Perfecto. Ahora ve. Prepárate para la misa y para tu penitencia. Y recuerda, Zampieri: Ella es solo un instrumento. Cualquier cosa más allá de eso, es un error.

Estaba a punto de salir de la capilla cuando miré hacia atrás.

—Es su mirada. Es tan dulce, tan gentil e indefensa… como si me necesitara. Es así como pierdo el control. Soy capaz de cumplir cualquier deseo suyo, me someto por completo a su voluntad, hasta el punto de hacer todo lo que ella quiera.

—Entonces no mantengas contacto visual.

—Eso haré. Gracias.

Al salir de la capilla, sentí que solo estaría en paz si cumplía con mi penitencia.

Caminé por la noche fría, recorriendo las calles empedradas mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

Bianca es solo un medio para un fin, repetí tantas veces que quedé ciego, caminé con el rostro serio, sin saludar a nadie, casi de forma robótica hasta llegar a mis aposentos.

Lo que había pasado entre nosotros, sin embargo, no fue solo físico. Yo estaba cediendo, estaba dejando que los vacíos de mi pasado se llenaran con el placer que ella me ofrecía...

«Bianca es solo un medio para un fin».

«Bianca es solo un medio para un fin».

«Bianca es solo un medio para un fin».

«BIANCA. ES. SOLO. UN. MEDIO. PARA. UN. FIN».

Cuando volví en mí, con un retazo de conciencia regresando, estaba desnudo frente a la pared blanca de mi habitación, sosteniendo el látigo de siete correas, cada una con tres nudos gruesos.

Extendí el brazo, lo lancé al aire y lo jalé con todas mis fuerzas.

En ese momento, mi cuerpo se contrajo. Mi voz interior desapareció, los ojos me ardieron y rechiné los dientes mientras el aire caliente salía de mi boca.

Había sido tan placentero explotar dentro de ella y seguir follándola mientras la miraba a los ojos, que cualquier orden parecía inútil ante el fuego que ella me provocaba.

—¡Aaaaaaah! —grité al azotar mi espalda con aún más fuerza para expulsar esos pensamientos mundanos.

Incluso con los dientes apretados, murmuré mientras mi carne era flagelada.

—Bianca es solo un medio para un fin. Bianca es solo un medio para un fin. Bianca es... —me incliné hacia el suelo, sintiendo el sudor goteando sobre la madera— un medio para un fin.

Necesitaba ser fuerte y resistir.

Por la misión que debía cumplir, por mi propia fe y por mi propio orgullo.

Una mujer no podía ser más fuerte que mi fuerza de voluntad.

Capítulo 19
Santo Zampieri

El tiempo en el Vaticano tenía una forma curiosa de pasar.

Los días, entrelazados en una rutina casi inmutable, parecían eternos, al punto de repetirse una y otra vez y, en un abrir y cerrar de ojos, ya había pasado una semana.

Bianca, para mi sorpresa, se adaptó al ambiente del monasterio con una facilidad que no esperaba.

Aunque su presencia, en cierto modo, desentonaba con la rigidez y la solemnidad de la Ciudad del Vaticano, parecía encontrar maneras de integrarse.

El primer día quiso marcharse lo antes posible. Ahora, parecía haber nacido en aquel lugar.

Al principio, mantenía distancia con las monjas y los monjes que se cruzaban en su camino, evitando cualquier contacto que pudiera levantar sospechas. Pero con el paso de los días, su curiosidad ganó la partida.

Empezó a observar el ritmo del lugar, a hacer preguntas sobre las oraciones y los rituales, e incluso a unirse a las hermanas en las lecturas bíblicas matutinas.

Para los demás, no era más que una novicia callada y reservada.

Para mí, sin embargo, Bianca era cualquier cosa menos silenciosa.

Siempre que estábamos a solas, se encargaba de llenar el espacio con preguntas, provocaciones o incluso con ese silencio ruidoso que solo ella sabía crear.

Intenté limitar nuestro contacto por dos motivos. Primero, para no llamar la atención del cardenal Ambrosi, que solo reabrió las puertas al público seis días después, cuando le mostré a los rusos de la *Bratva* y probé que ninguno de ellos había entrado en las zonas privadas. Le pregunté entonces si había algún otro motivo de seguridad —algún documento secreto, tal vez—, pero dio el asunto por cerrado.

Segundo, porque Bianca no estaba en su período fértil y nuestra cercanía más allá de la misión era peligrosa.

Pero ese día, tenía un objetivo claro al buscarla.

Estaba en la biblioteca del monasterio. Era un lugar de paredes altas, cubiertas de estanterías que parecían tocar el techo, repletas de libros que acumulaban siglos de sabiduría.

Bianca estaba sentada en una de las mesas cerca de la ventana. Un rayo de sol iluminaba parte de su rostro mientras hojeaba un libro de tapa desgastada.

Me acerqué en silencio, con un álbum de cuero en las manos.

Cuando me vio, cerró el libro y sonrió con ese aire desafiante tan suyo.

—¡Mira quién ha decidido aparecer!

—Te he traído algo —puse el álbum sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Una actualización de nuestro objetivo principal —me senté frente a ella—. He investigado más sobre tus parientes en Estados Unidos. Fotos, nombres, conexiones... Pensé que sería útil tenerlo todo organizado.

Bianca abrió el álbum con cuidado, como si se tratara de algo sagrado.

Pasó las páginas lentamente, sus ojos fijos en cada imagen, cada nombre. Vi cómo sus labios se movían en silencio mientras leía, como si intentara memorizar cada detalle: *«Boris Durov», «Svetlana Durov», «Peter Durov»...*

—Impresionante —levantó los ojos hacia mí y, por un instante, sentí ese peso familiar en el pecho. Sus ojos siempre tenían una forma de desarmarme, como si vieran algo que yo no quería mostrar—. ¿Hiciste esto por mí?

—Lo hice por nuestra misión —respondí con tono neutral.

Cerró el álbum y apoyó el mentón sobre las manos, observándome con esa mirada curiosa e insistente.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Solo pensé que sería útil «conocer» a tus parientes antes de viajar.

—¿Siempre contestas así? Tan... directo. Por no decir «seco».

—¿Cuál es el problema, Bianca?

—¿El problema? No lo sé. Quizá tú puedas decírmelo. Al fin y al cabo, me estás evitando…

—Estoy ocupado trabajando —hice un gesto para que bajara la voz.

—¡No me pidas que baje la voz! —golpeó la mesa con la mano.

Le tomé la mano por encima de la mesa y la apreté suavemente.

—Me ocupo de la seguridad de este lugar, doy formación a algunos sacerdotes, además de la parte administrativa, y tengo mis deberes eclesiásticos. No estás en tu período fértil, así que no hay razón para que estemos juntos.

Pareció calmarse, pero vi en sus ojos que aún dudaba de mí.

Dejé de mirarla, abrí el álbum y empecé a pasar páginas, señalando los parecidos entre ella y sus primos.

—¿Serán tan explosivos como tú?

—Son rusos, obviamente lo son —respondió, molesta.

Entrecerró los ojos, como si supiera que estaba ocultando algo, pero no quisiera confrontarme directamente.

El silencio que siguió fue incómodo. Mientras ella volvía a mirar el álbum, aproveché para vigilar los alrededores, pero las monjas parecían demasiado ocupadas para prestar atención a nosotros.

—Evitas el contacto visual directo conmigo —dijo ella mientras pasaba las páginas con calma—. Has pasado por mi lado varias veces estos días y ni siquiera notaste mi presencia.

Parpadeé, sorprendido.

—Claro que sí la noté. Y sí que te miro.

—No, no me miras —sonrió, pero su voz no tenía ironía—. Siempre que intento mirarte, apartas la mirada.

Solté una leve risa, más para ocultar mi incomodidad que por diversión real.

—Quizá porque tus ojos son demasiado intensos.

—O quizá porque estás intentando ocultar algo.

Respiré hondo y enderecé la espalda.

—No tengo nada que ocultar.

—¿No? —inclinó la cabeza, como si me desafiara—. Entonces mírame. ¿No puedes, ves?

Levanté la vista despacio y me encontré con sus ojos.

Por un instante, quedé atrapado en aquella mirada, como si todo el entorno hubiera desaparecido.

Era más difícil de lo que imaginaba.

No era solo su belleza, aunque Bianca era sin duda una criatura hermosa que llamaba la atención solo con existir. Pero sus ojos llevaban una inocencia, una pureza, una suavidad… que yo deseaba corromper.

¿Y cómo no recordar sus expresiones de dolor y placer?

Sus labios entreabiertos, suplicando un beso. Su pupila dilatada, deseando respirar más que cualquier otra cosa mientras me

hundía en su cuerpo... y había otras cosas, más misteriosas, cosas que ni siquiera la fe podía explicar.

Todo eso me arrastraba hacia ella.

Sin embargo, debía mantenerme lejos.

Sentí cómo se aceleraba mi corazón y, como un reflejo, aparté la mirada.

—¿Lo ves? —Bianca golpeó la mesa con la mano—. Has huido otra vez.

—No estoy huyendo, Bianca.

Le tomé la mano de nuevo y entrelazamos los dedos. Mi mano era más grande y la cubría con facilidad, pero a pesar del contacto, ella se movía con tal intensidad que casi se escapaba.

—Estoy preservando.

—¿Y yo qué soy? ¿Una especie en peligro de extinción que necesita ser preservada?

—Preservando nuestro contrato. Todo esto es por el contrato y por el objetivo. Solo tengo que poner un hijo en tu vientre, nada más. Y está tardando más de lo que esperaba...

—Quizá deberías hacerte unos análisis —rió—. O follarme más veces. Todos los días, ¿quién sabe?

—Solo durante tu ventana fértil —advertí.

—Hombre de poca fe. ¿No crees en los milagros?

Después de decir eso, soltó una carcajada, pero yo seguí serio.

Ella no lo sabía, pero estaba poniendo a prueba mi fe desde el día en que nos conocimos.

—No es así como ocurren los milagros —solté su mano—. Pero sí, me haré unos análisis por si acaso. Ahora tengo que volver al trabajo. Si necesitas más información, avísame.

Me levanté y me alejé con pasos lentos.

—¿Siempre huyes así?

—No huyo. No soy ese tipo de hombre —dije.

Mientras huía.

Salí de la biblioteca con una tensión casi insoportable en el pecho.

Recorrí los pasillos del monasterio intentando ignorar el calor que subía por mi cuerpo. No era solo deseo, era algo más profundo, algo que no sabía nombrar, pero que me perturbaba.

Mientras caminaba, empecé a repetir mentalmente el mantra que me había enseñado Vincenzo: Ella es solo un medio para un fin. Un medio para un fin. Un medio para un fin.

Pero por más que intentara convencerme, no podía ignorar cuánto se estaba apoderando Bianca de mí.

Ahora, además de tener control sobre mi cuerpo, se estaba infiltrando en mi mente. Ya no me reconocía.

Siempre había sido capaz de todo: ¿disparar a alguien? Fácil. ¿Esconder los huesos en los sótanos del Vaticano? Solo un miércoles cualquiera de mi semana. ¿Resistirme a esa mujer?

Intenté encontrar todas las fuerzas racionales y animales dentro de mí, pero fracasé.

Y cada fallo merecía su castigo.

Llegué a mi habitación y cerré la puerta tras de mí.

Me quité la sotana y me incliné contra la madera fría, respirando hondo para intentar calmar mi corazón acelerado.

Sin embargo, su imagen, sus ojos clavados en los míos, se apoderaban de mí como una enfermedad que llega sin avisar y deja al huésped postrado.

—Señor, ayúdame a cargar con este peso —susurré casi sin voz—. Ayúdame a resistir la tentación. —Mi mano alcanzó el látigo—. Y a ser fuerte contra aquello que más desea mi corazón.

Me quedé allí un tiempo, en silencio, buscando fuerza en mi fe.

Cuando Dios no respondió, azoté mi espalda y tragué mis gritos.

Disciplíname, Señor, para mantenerme fiel a tu obra.

Disciplíname, Señor, para cumplir mi misión.

Disciplíname, Señor, para ser digno de tu amor.

Capítulo 20
Santo Zampieri

Ese fin de semana, la Capilla Paulina estaba llena.

Era uno de los lugares más imponentes del Vaticano y reservado, la mayor parte del tiempo, para los cardenales y el propio Papa, cuando daban sus sermones.

Estar allí, bajo la vigilancia de las estatuas de los apóstoles y rodeado por los frescos de artistas renacentistas, me hizo volver a la adolescencia, cuando fui iniciado en la *Arcanum Sanguis Agni* y recibí mis primeras misiones.

El peso de la responsabilidad cayó sobre mí, junto con la certeza de que, desde el cielo, mi madre y Dios estaban observando todo lo que hacía.

Me situé frente al altar y recibí la ayuda de Kamikaze para ajustar la sotana. Mientras tanto, miré a los sacerdotes, monjas, monjes y algunos miembros de la Alta Curia que se habían reunido para escucharme.

Al ver a mi mentor sentado en el banco de la primera fila, me repetí que mis palabras serían una demostración de mi fe, una prueba de mi disciplina y una reafirmación de mi autocontrol ante los votos que había pronunciado.

Resistir a Bianca era como eliminar a un espía de la Iglesia, proteger mi país o cazar herejes por el mundo y neutralizarlos antes de que lo destruyeran todo. Es decir, era algo que debía hacerse, independientemente de mis deseos.

Yo no tenía deseos.

Había renunciado a ellos el día que fui ordenado.

—Hermanos y hermanas en Cristo, es un honor estar ante vosotros y los guardianes de la Santa Iglesia para hablar sobre la resistencia al mal y a las debilidades que habitan en nuestros corazones —dije con tono solemne.

Cuando levanté los ojos hacia la congregación, buscando un punto neutro en el que fijar la mirada, mi atención fue capturada, inevitablemente, por Bianca.

Estaba sentada justo en el centro, entre dos monjas ancianas que mantenían las manos juntas en ferviente oración.

Era como si no hubiera bancos delante ni detrás de ella, ni otras beatas, monjes o incluso obispos con sus ojos curiosos clavados en mí.

Solo veía sus ojos.

Intenté apartar la mirada.

Primero al crucifijo imponente sobre el altar, después al fresco de *La conversión de Saulo*, que era la prueba irrefutable de que, cuando Dios quiere, es capaz de transformar incluso a los incrédulos y perseguidores para llevar a cabo su obra.

Pero por más que lo intentara, mis ojos eran arrastrados de nuevo hacia ella, como un imán.

Respiré hondo, ajustando el tono mientras comenzaba la homilía.

—En su primera carta a los Corintios, capítulo 10, versículo 13, el apóstol Pablo escribió: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común al hombre. Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de lo que podéis resistir; sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportarla».

Sentí la garganta seca al darme cuenta de que mi tentación me miraba como un león, y no desde la sombra, sino sentada allí, serena, resplandeciente, observándome como si quisiera ser vista.

—El apóstol sabía que vivir sin tentaciones era una ilusión. Nuestro cuerpo es tentado, no solo porque es débil y pecador, sino como prueba de la autoridad divina. El desafío es atravesar la tentación aferrándose a las armas que el Creador nos ha concedido: la oración, la confesión que despierta la conciencia, y el arrepentimiento, que abre las puertas del cielo.

Mi mente vagaba mientras pronunciaba las palabras.

Cuando las escribí, estaban llenas de toda la pasión y devoción que aún tengo por aquello en lo que creo. Porque sí, creo.

Aunque soy un hombre débil y muchas veces transgresor, sé que este es mi papel en el Orden Divino de las cosas.

Arreglar los problemas de mi familia y de los demás es mi misión.

Entonces, ¿por qué no soy capaz de arreglarme a mí mismo? ¿De resistirme a Bianca, de ignorarla, de ser indiferente a su encanto y su seducción?

Sentía que las palabras salían vacías, por más fervor que intentara poner en ellas. Durante la última semana, había luchado constantemente entre el control que predicaba y en el que creía, y el deseo que crecía en mí, más fuerte que yo.

Quería devorarla y, consciente de que no me saciaría, quería rendirme a ella una vez más.

Mi corazón fallaba al latir solo con imaginar el olor de su cabello mientras su cuerpo temblaba bajo el mío. Mis dedos hormigueaban solo al pensar en tocar sus pezones tensos, su piel erizada, su cuerpo frágil y delicado rompiéndose mientras descargaba con violencia mi deseo solo para acallar al monstruo que vive en mi pecho.

Y mi boca… salivaba. Y no necesitaba evocar nada concreto, solo mirar sus ojos.

—Al final, nuestra lucha, como fue la lucha de nuestro Señor, no es solo contra mercaderes, falsos profetas, instituciones o

gobiernos, ni siquiera entre las alas enfrentadas de la Santa Iglesia que intentan planificar el futuro sin saber cómo conciliar el presente. La lucha ocurre aquí —coloqué la mano sobre el pecho— y aquí —señalé con el dedo la cabeza.

El obispo Montanari asintió con aprobación.

—Y es en esa lucha donde encontramos el verdadero significado de nuestra fe. La fe son las obras que dejamos para nosotros mismos y como ejemplo para los más jóvenes. Y resistir al mal no es solo nuestra vocación o nuestro deber. Es la prueba de que dominamos nuestros instintos más primitivos para poder trascender a la gloria y merecer el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo.

Ella no apartó la mirada.

Al contrario, había algo inquietante en esa conexión silenciosa entre nosotros, como si supiera exactamente lo que yo estaba sintiendo.

Mientras hablaba, mi mente regresaba a las palabras de Vincenzo: «Ella es solo un medio para un fin».

Repetí ese mantra mentalmente, casi como una oración personal, pero fue inútil. Cada palabra que pronunciaba parecía contradecir lo que mi corazón y mi carne deseaban.

—El mal nos ofrece placer momentáneo, pero su recompensa es la destrucción del alma. Por eso, en su epístola a los Romanos 12:12, el apóstol Pablo dijo: «Alégrense en la esperanza, sean pacientes en la tribulación, perseveren en la oración». Estas son las llaves para resistir al mal y vencerlo.

Concluí la homilía sintiéndome como un impostor.

Las palabras eran ciertas, pero la práctica era un campo de batalla en el que ya había sido derrotado más veces de las que me atrevía a admitir.

Cuando terminé, conduje el resto de la misa con una rigidez que ocultaba cada deseo y cada debilidad de mi corazón.

Para eso existía la liturgia: para silenciar las dudas y seguir el paso a paso seguro de la función eclesiástica.

Al terminar la misa, los miembros de la congregación comenzaron a levantarse, formando pequeños grupos que murmuraban entre ellos.

Algunos sacerdotes y monjas se acercaron para felicitarme.

—Inspirador, padre Zampieri. —Uno de los sacerdotes más ancianos estrechó mi mano con firmeza—. Sus palabras son un recordatorio necesario en estos tiempos que intentan naturalizar la debilidad.

—Gracias, padre Giuliano. —Incliné la cabeza en señal de respeto.

—Entonces, además de funcionario administrativo del mes, ¿también eres un gran predicador? —Kamikaze se acercó a mí y me estrechó la mano.

—La adulación precede a la caída —lo reprendí, porque lo veía como a un hijo—. Pero gracias.

—Ha sido increíble. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Encuentra a Bianca y llévala de vuelta al monasterio.

Kamilo Kaztens se puso pálido, como si hubiera visto un fantasma. El simple hecho de mencionar un nombre femenino ya lo ponía nervioso, pero Bianca en particular ejercía ese efecto.

—Sé fuerte. Es como con las pesas —dije, apretándole el bíceps—. Hay que levantar el hierro más pesado para crecer. Sé fuerte, la única forma de dejar de temer a las mujeres es... enfrentándolas.

Negó con la cabeza, como si fuera incapaz de moverse.

—¡Vamos! —Lo empujé.

Organicé todo para que los asistentes salieran de la Capilla Paulina. Necesitaba cerrarla y dejar aquel lugar intacto tras el honor que me habían concedido al celebrar la misa.

La multitud salió en peregrinación hacia los patios del Vaticano y comenzó a dispersarse fuera. Cerré las puertas y me giré rápidamente, quitándome parte de la indumentaria.

Bianca, que se había escondido en algún rincón, empezó a caminar hacia mí. Volví al altar, ignorándola.

Mi respiración se acortó.

—Hablas tan bien en público —dijo detrás de mí.

Me detuve, cerrando los ojos un momento antes de girarme.

Estaba a pocos pasos de mí.

—Has hecho un gran trabajo, de verdad, ha sido inspirador —dijo admirada—. Todavía dudaba de si eras un verdadero sacerdote o no…

—Gracias, Bianca —respondí, manteniendo la postura—. Sí, soy un sacerdote de verdad.

—¿Y de verdad crees en todo eso?

—Sí, de verdad. Mi fe es la única certeza que tengo. Ahora, si me lo permites, necesito ocuparme de otros asuntos…

Di un paso para marcharme, pero ella fue más rápida, bloqueando mi camino con un movimiento casi casual.

—Quiero confesarme.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—¿Qué?

—Tu sermón me ha tocado el corazón. Y quiero confesarme.

—Puedo recomendarte a alguien, por supuesto. Hay un obispo formidable, miembro de la Alta Curia, el mejor oyente y consejero que he tenido jamás.

—Quiero confesarme contigo.

—Bianca, eso no es apropiado —tragué saliva.

—¿Por qué no? ¿No eres sacerdote de verdad? ¿No están obligados los sacerdotes a escuchar la confesión de quien lo pide? ¿Vas a dejar que mi alma siga cargada y que la culpa me consuma?

Sonrió, sabiendo que me había ganado.

Lista y astuta, esa chica se merecía un buen azote en el trasero.

—No se trata de ser sacerdote o no. Se trata de mantener los límites claros.

—Límites. Entiendo. Tal vez un obispo, al escuchar todo lo que me has hecho, pueda aconsejarme mejor…

Abrí los ojos de par en par y me acerqué a ella, sujetándole el brazo con cierta fuerza.

—No me amenaces. Este juego es peligroso.

—No te estoy amenazando. Soy tuya, ¿recuerdas? Por un año. Te pertenezco. No haría nada para perjudicarte, sería como romper el contrato.

Su tono era sincero, y eso me desarmó más que cualquier provocación podría haber hecho.

Respiré hondo, sintiendo el peso de la decisión.

—Está bien, pero tiene que ser rápido. —Señalé uno de los confesionarios al lado del altar—. Podemos usar ese.

Asintió, y caminamos juntos hasta allí.

Cada paso duró una eternidad.

Cuando nos acomodamos, separados solo por la rejilla de madera, intenté reunir mi compostura.

—Puedes empezar, Bianca.

—Perdóname, padre, porque he pecado.

Su voz era suave, pero cargada de una sinceridad que me dejó sin aliento.

—Bienvenida al Sacramento de la Reconciliación, hija mía. Dios siempre nos acoge con su infinita misericordia cuando nos arrepentimos de corazón. Dime, ¿cuáles son tus pecados?

—Hace mucho que no me confieso, pero creo que nunca tuve un pecado que realmente quisiera confesar. Hasta ahora.

Hubo una pausa.

El silencio entre nosotros era casi ensordecedor.

—Mi pecado, Santo, es que no puedo dejar de pensar en usted.

Mi cuerpo se tensó.

—Bianca... —empecé, pero ella continuó:

—Me confunde. A veces parece tan lejano, tan intocable. Y otras veces siento que todo lo que dice y hace está dirigido solo a mí.

—Y nada de eso es pecado. Podemos terminar aquí.

—Me despierto en mitad de la noche, empapada como si tuviera fiebre, pensando en usted. Deseando que me ame con tanta fuerza que pierda el sentido... y entonces me toco... tan hambrienta y desesperada que ni tres ni cuatro dedos bastan, porque no me llenan como lo hace usted.

Mis ojos ardían de deseo. Tuve que darme una bofetada fuerte para mantenerme firme.

—Solo soy capaz de alcanzar el orgasmo si pienso en usted besándome, como cuando se mete bajo mi vestido. Lamiéndome, chupándome con tanta ansia que no le importa ensuciarse y beber cada gota que sale de mí... ¿Eso es pecado, Santo?

—Sí. —Cerré el puño y lo estampé contra mi propia nariz.

Ni siquiera eso hizo que mi erección desapareciera.

Ella siguió, con la voz más baja ahora:

—A veces me despierto y pienso en usted entrando en mi cuarto en silencio, sin despertarme, y de pronto... tapándome la

boca, inmovilizándome y follándome como un animal, sin mi permiso. Sé que suena perturbador, pero me pongo tan húmeda... Quiero ser un objeto entre sus manos, sentir que usted es mi dueño, que puede hacer conmigo lo que quiera. ¿Eso también es pecado?

Cerré los ojos, respirando hondo, sintiendo la sangre correr por mi rostro.

Ella es solo un medio para un fin.

Un medio para un fin.

Solo un medio para un fin.

Un medio para...

—Se está tocando ahora mismo, ¿verdad?

—Sí. ¿Eso también es pecado, Santo?

El mal me venció. En mi propia casa. Donde yo debía sentirme como un rey.

Pero de algún modo, Bianca tenía ese talento: hacerme sentir como un simple esclavo de su placer.

—¿Qué castigo merezco por ser una chica tan mala?

—Quítate la ropa —ordené.

—Ya estoy desnuda desde que entré, Santo.

Capítulo 21
Santo Zampieri

Todo lo que resonaba en mi mente era que Bianca ya estaba desnuda.

Justo a mi lado, dentro del confesionario, en una de las capillas más importantes del Vaticano. Parecía empeñada en tachar de la lista todos los pecados y actitudes que yo, un sacerdote centrado y fuerte, jamás debería permitir.

Podría sonar hipócrita, pero una cosa era acostarme con monjas ocasionalmente solo por la necesidad física de correrme, y otra muy distinta era verme al borde de flaquear en mi fe para sucumbir, una vez más, al deseo, con el agravante de hacerlo en suelo sagrado.

Pero la verdad era que, en ese preciso instante, arrastrado por un desespero visceral que parecía capaz de dejarme ciego, salí de mi espacio en el confesionario para acercarme a donde estaba Bianca.

Cuando abrí la puerta de aquel cubículo, que era casi del tamaño de un baño de avión, la pillé allí, con las piernas abiertas y los dedos empapados de excitación mientras se masturbaba con fervor.

Bianca no era más que un medio para un fin, solo que ese fin era el mío.

—Padre, por favor… —rogó.

Tuvo la indecencia de gemir mientras se hundía los dedos en el coño y me miraba con los ojos ardiendo de deseo.

—Necesito que me cuides.

—Pecadora —gruñí, masajeando las cuentas del rosario en mi bolsillo.

—Castígame, púname —lloriqueó.

Era la viva representación del demonio en carne y hueso, la prueba de que el mal existía y estaba dispuesto a tentar la fe del más devoto.

El problema era que, a estas alturas, mi falta de resistencia hacia Bianca superaba cualquier devoción.

Sabía que, después de calmar un poco este deseo, solo tendría que arrepentirme. Pero al meterme en el confesionario con ella, agradecido de que fuera un poco más espacioso de lo habitual, me di cuenta de que, con cada día que pasaba, el arrepentimiento se hacía más difícil.

Me había convertido en el peor tipo de cristiano.

Aquel que disfruta y se entrega al pecado sin un ápice de remordimiento.

Quería ponerla de rodillas como castigo, para que Bianca callara su obscenidad con mi polla, pero al ver su coño expuesto y brillante, empapado, me rendí.

Fui yo el pecador que se arrodilló, listo para hundirme aún más en aquella perdición.

Desparramé besos por los muslos suaves de Bianca, deseando devorar cada centímetro de ella sin reservas. Aquella mujer era irresistible en cada parte de su cuerpo.

Besarla avivaba el fuego dentro de mí, que me consumiría por completo cuando al fin alcanzara su coño. Y así fue, en el momento en que extendí la lengua para absorber cada gota de su excitación, chupándola con devoción absoluta.

Creo que nunca, en toda mi vida, había sentido tanto placer al chupar a una mujer.

Su sabor tenía el poder de perturbarme, de engancharme, y eso, sumado a sus gemidos entregados y necesitados, lo hacía aún

mejor.

Arruinarla.

Eso era lo que quería.

Quería arruinarla tanto como ella me había destruido a mí, dejarla aturdida y dependiente de mí, igual que yo, al parecer, lo era de ella. Débil como para ceder y corromper un espacio sagrado como aquel.

Ni siquiera podía preocuparme por los riesgos, por el escándalo que supondría que nos pillaran. Todo en lo que podía concentrarme era en tener más de ella en mi boca, chupar su clítoris hasta verlo hinchado y lamer su coño entero de forma descontrolada, porque estaba hambriento.

Bianca estaba tan mojada que no pude resistirme a usar su propia lubricación para deslizar mis dedos medio y anular hasta su culo, jugando con el borde y recibiendo, al instante, un gemido casi desesperado, demostrándome lo sensible que era allí.

Dios, todo se volvía aún mejor.

Mirando los ojos suplicantes de Bianca en la escasa luz que entraba por la rejilla, bajé lentamente mi lengua hasta su culo, sintiendo los espasmos de su cuerpo en la punta de la lengua apenas al comenzar a rodear la entrada con suavidad. Apoyé mi pulgar sobre su clítoris y lo masajeé mientras dedicaba toda mi atención a mi nuevo descubrimiento.

Bianca intentó arquear las caderas para seguir mis movimientos, exigiendo más para calmar su cuerpo sediento.

Y no iba a ser yo quien le negara ese placer.

Empecé a presionar mi lengua contra su entrada, intentando abrir camino.

Al darme cuenta de que solo con la lengua no sería suficiente, embadurné mis dedos con más de su lubricación y comencé a penetrarla con uno, yendo despacio para darle tiempo a acostumbrarse a la invasión.

Aunque sabía que debía ser cuidadoso para no lastimarla, Bianca parecía estar lejos de preocuparse por mi delicadeza, moviéndose de inmediato sobre mi dedo como si lo hubiera estado necesitando desesperadamente.

Era una locura, porque con cada movimiento sentía cómo mi sentido común se escurría por el desagüe. Y, bueno, si ella lo quería bruto, así lo tendría.

El dolor, al parecer, la excitaba más de lo que mi mente podía procesar.

—¿Quieres castigarte con mis dedos?

Antes de que pudiera responder, introduje un segundo dentro de ella.

Ella jadeó con ansia y se estiró en el confesionario, gimiendo como si la estuvieran torturando.

—Quiero castigarme con tu polla…

Mi respuesta fue arrancar el rosario de mi bolsillo y azotarle las nalgas.

—Tu lenguaje es impropio.

—¿Vas a castigarme, padre? —Se rió—. Tengo un lugar perfecto para esas bolitas del rosario…

Me miró con aún más lujuria cuando la azoté una segunda y tercera vez. Nada de eso suavizó su tono, que parecía capaz de incendiar el país entero.

—Te gusta jugar con mi cordura —gruñí.

—Más de lo que te imaginas.

Con movimientos más bruscos de mis dedos, abriendo su culo tanto con ellos como con mi lengua, sentí que ya no podía contener mi propio deseo.

Si al final iba a arder en el infierno, al menos me aseguraría de hacerlo sin remordimientos.

—Así… —gimió Bianca.

Se retorció sobre mis dedos y mi lengua como la encarnación del mal, haciendo que mi polla ardiera dentro de mis hábitos.

Apretaba sus pechos con fuerza mientras mantenía las piernas abiertas, totalmente a mi merced, recibiendo lo que tanto había deseado.

—Dime, padre, ¿qué pecado será mayor? ¿Comerte mi culo o mi coño aquí, en este confesionario?

Me irritaba que el control estuviera completamente en sus manos, una prueba clara de que Bianca obtendría todo lo que quisiera de mí.

De mi parte, solo podía asegurarme de que el resultado fuera arrebatador e inolvidable, tanto para ella como para mí.

—No importa —respondí al apartar mi boca y mis dedos de ella, levantándome para liberar mi polla de los hábitos—. No importa, porque, por si acaso, me comeré los dos.

No le di tiempo a asimilar mis palabras. El fuego y el deseo parecían a punto de consumirme, así que me masturbé un poco antes de inclinarme sobre Bianca y hundir mi polla de golpe en su coño.

Ella gimió y jadeó hasta quedarse sin aire, debilitándose en mis brazos y casi desmayándose. Antes de que pudiera decir nada, murmuré en su oído:

—¿No querías esto? Ahora aguanta en silencio.

La embestí con tanta fuerza que el confesionario tembló.

Lo necesitaba tanto que me sorprendió toda la resistencia que había tenido hasta llegar ahí.

Empecé a follarla con una velocidad violenta que la dejó sin voz. Simplemente volvió el rostro hacia mí, mezclando deseo y desesperación, y cada vez que parecía pedirme que parara, la empujaba con más fuerza para que recibiera su penitencia.

Unos segundos después, Bianca me agarró con sus muslos para evitar que mi cuerpo se alejara demasiado del suyo,

moviéndose sobre mi polla con cada nueva embestida, sin el más mínimo pudor, sin ocultar lo mucho que disfrutaba siendo follada.

—Para, Santo, me duele —lloriqueó.

Sus labios temblaron, suplicando piedad.

Pero en sus ojos veía que quería mucho más. Necesitaba sentir que yo tenía el control y que me satisfaría a mi manera, animal y sin límites.

—Desataste a mi demonio, nena. Ahora aguanta. —La embestí con tanta fuerza que sentí sus piernas temblar y sus ojos girar de placer.

—Santo, me estás haciendo daño, por favor, no me trates así —imploró, frunciendo el ceño.

La agarré del pelo y clavé mis ojos en los suyos, hipnóticos, mientras seguía follándola sin pausa. Mis labios se acercaron a los suyos, sedientos de su sabor. Sentí el aliento caliente de su desesperación y placer, pero resistí la tentación de besarla.

Sus jugos corrían entre mis movimientos, dejándola tan empapada que incluso me sorprendió.

Por puro instinto, llevé mi pulgar a su clítoris, estimulándolo tan rápido como mis embestidas.

—Santo, para, por favor… —Parpadeó con una mirada diabólica y seductora.

—Cállate. Eres mía ahora. Me perteneces. No tienes voluntad. Tu cuerpo solo existe para darme placer.

Seguí presionando y masajeando su clítoris con tanta rapidez y eficacia que, de pronto, todo su cuerpo tembló de placer, llegando incluso a tener espasmos involuntarios, regalándome un espectacular squirt que dejó completamente empapado el banco donde Bianca estaba casi tumbada.

Verla reaccionar de manera tan sumisa, tan entregada a mis actos, despertó dentro de mí a un Santo que ni siquiera sabía que existía.

Un Santo hambriento, ansioso y necesitado de más, de todo lo que Bianca pudiera ofrecer. Quería devorarla, perderme en cada centímetro de su cuerpo, follarla hasta dejarla exhausta. Y con ese pensamiento, junto a su mirada cargada de deseo, saqué mi polla de su coño, la obligué a ponerse de rodillas en el banco, le sujeté los brazos detrás de la espalda con una sola mano y presioné la cabeza de mi verga contra su culo, usando sus propios fluidos para lubricar el camino.

No era una entrada fácil, considerando que hasta entonces solo dos dedos habían preparado el terreno. Pero su mirada, obstinada y desafiante, me dejó claro que no quería que me detuviera. Así que insistí, siguiendo con los dedos en su clítoris —que aún le provocaba espasmos— mientras buscaba abrirme paso en esa nueva región.

Ya no había vuelta atrás: el infierno me esperaba. Pero, definitivamente, esta condena valía la pena.

—Parece que vas a partirme en dos —intentó liberarse de mi mano.

Así que la sujeté con más fuerza.

—Cállate y relájate. Solo dolerá hasta que te acostumbres. Y después… me pedirás que vaya más fuerte. —Besé su nuca.

Tuve que entrar lentamente, como si estuviera abriéndole camino.

Sus contracciones eran tan intensas que parecía que seguía squirtando, pero poco a poco avancé hasta llegar a su límite.

—Ahora sí duele de verdad —gimió, arqueó la espalda y guardó silencio, lidiando con la mezcla de sensaciones.

—Y te encanta.

—Apuesta a que sí —respondió.

Sus expresiones fluctuaban entre el dolor y el placer, ambas tan hermosas que se complementaban. Y yo quería más, quería que siempre mostrara esa reacción cuando se tratara de mí.

Con eso en mente, volví a torturar su clítoris, sin importarme si estaba demasiado sensible.

Bianca apoyó el cuerpo contra la pared del confesionario. Solté sus manos para que se aferrara a la madera, arañándola con todas sus fuerzas mientras mi polla se retiraba a medias para después devorarla con intensidad.

Empecé a embestirla con un ritmo lento, y eso parecía una deliciosa tortura para ella.

Bianca intentó moverse sobre mi polla, pero perdió todas sus fuerzas ante mis empujones. Y, por increíble que pareciera, estaba aún más deliciosa así, completamente vulnerable ante mí.

Su culo me apretaba de una forma adictiva, la excitación llegó a doler, y nunca antes el sexo anal había sido tan placentero como aquel.

Nuestros cuerpos parecían complementarse. Cada embestida arrancaba de ella gemidos voraces y deliciosos, dándome energía para acelerar el ritmo, buscando más de ese placer.

No duraría mucho. Ella me apretaba con tanta fuerza que mi polla quería explotar dentro de ella, y yo estaba loco por llenarla con mi semen. Y, a juzgar por las expresiones de Bianca, ella estaba en la misma situación.

En un momento dado, dejó de moverse y se aferró a la pared del confesionario, con una sonrisa de satisfacción mientras sentía su cuerpo ser devorado.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me he corrido —murmuró, sin fuerzas.

—Pues haz que llegue una última —ordené.

Solo necesité ver cómo se retorcía de placer y su cuerpo se relajaba para vaciar todo mi semen dentro de ella, agarrándola de las caderas con ambas manos para mantenerla pegada a mí, cerrando los ojos mientras sentía cómo todo mi deseo se derramaba en su interior.

Bianca aún temblaba, intentando recuperar el aliento, y yo me tomé mi tiempo para volver en sí y retirarme con cuidado de dentro de ella, dejando su cadera sobre el banco mientras también jadeaba.

No sabía qué esperar a continuación.

Esperé que el remordimiento me noqueara, como al pecador que era, pero no sucedió.

De hecho, la risa de Bianca me sacó de esos pensamientos, porque lo último que esperaba era que se echara a reír, aunque le faltara el aire.

Abrí los ojos, buscando en su rostro alguna explicación, pero solo vi a alguien entregada a su propia satisfacción, completamente relajada y en paz con lo ocurrido.

—Te has corrido en el sitio equivocado.

—¿Qué? —parpadeé.

—Deberías haberte corrido en mi coño. —Cruzó las piernas y miró el estado del confesionario, que probablemente era más antiguo que la historia de nuestras familias.

—Eres mía —agarré su barbilla—. Me corro donde me dé la gana en ti.

Bianca me miró con picardía y mordió su labio inferior.

—Pediría más, pero no siento mis piernas. Esto ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Parecía tan feliz que me desconcertó, al mismo tiempo que despertó en mi pecho el deseo de verla así cuantas veces fuera posible.

Podría haberle respondido de mil formas, pero lo único que fui capaz de hacer fue arrodillarme ante ella, atraerla hacia mí y besarla, muy consciente de que ese gesto lo hacía todo mucho más íntimo de lo debido.

Su boca era incluso más adictiva, y sus manos sujetando mi rostro para que no me apartara solo aumentaron mi necesidad de

tenerla conmigo todo el tiempo.

Estaba perdido. Lo sabía.

Y aún así, me enfrenté al silencio.

A la completa ausencia de arrepentimiento.

Capítulo 22
Bianca Sierra

Esta escena ocurre cuando Bianca llegó al Vaticano.

—La guerra de los hombres y la guerra de las mujeres son distintas.

Wilhermina se sentó frente a mi mesa en la biblioteca del Monasterio Mater Ecclesiae y me miró tan profundamente que parecía hacerme una radiografía del alma.

Era como si pudiera ver con claridad que estaba aterrada, fuera de lugar, y con una sensación de claustrofobia que pocas veces había experimentado en la vida.

Debía admitirlo: me sentía perdida.

Estar encerrada en aquel lugar, después de hablar con mis abuelas y sin conocer a nadie más que a Santo, que ahora me evitaba, era desesperante.

—Eres una mujer rusa. —Su mano, marcada por el tiempo, se posó sobre la mía—. Tu madre debería haberte enseñado esto, pero en su ausencia... aquí estoy yo.

Su sonrisa calmó mi corazón.

Y me aferré con fuerza a esas palabras como si fueran mi chaleco salvavidas en medio del naufragio.

—La vida es una guerra, niña. Y Dios, que dio a cada animal un don para protegerse y sobrevivir, también lo hizo con hombres y mujeres.

Fue en ese momento que entendí por qué Wilhermina había sido enviada conmigo.

Ella era el lazo que unía mis raíces con mi misión.

—Los hombres dominan con la fuerza bruta. Pelean, imponen, aplastan. El pene está afuera. Son exhibicionistas, orgullosos, y si no pueden tener algo... lo destruyen. Esa es su naturaleza.

Sonrió. Una sonrisa fría que parecía cargar con siglos de sabiduría.

Secretos pasados de abuela a madre y de madre a hija.

—Nosotras, las mujeres, dominamos con sutilezas. Usamos aquello que los hombres desprecian por considerarlo debilidad: palabras, gestos, miradas. La vagina y los secretos de la mujer están dentro, no fuera.

—¿Entonces cree que debo ser... manipuladora?

Fruncí el ceño, incómoda con la idea.

—No, querida. Eso no es manipulación. Es inteligencia. En la guerra contra los hombres, debes jugar tu juego, no el de ellos. Si intentas luchar con sus armas, perderás. Los hombres aprenden desde niños a dominar con fuerza. A nosotras nos enseñan a ser fuertes de otro modo.

Se inclinó hacia delante, con los ojos brillando de intensidad.

—Mira a Santo, por ejemplo. Llevo años observándolo, para asegurarme de que es apto para esta misión. Es fuerte, disciplinado, explosivo... pero sigue siendo humano.

—Dudo que un hombre como él tenga puntos débiles...

—Los hombres como él creen que pueden controlarlo todo, incluso a sí mismos. Pero nosotras sabemos que el control absoluto es una ilusión. El secreto está en hacerles creer que mandan, mientras tú mueves los hilos de verdad.

Mis ojos chispearon con esa idea.

—Los hombres de la *Bratva* creen que tienen el control, querida. Salen de casa, golpean a sus enemigos, hacen barbaridades que harían sonrojar al mismísimo Dios. Pero cuando regresan a casa...

Wilhermina abrió la palma de la mano.

—Ellos se alimentan aquí. La mujer rusa es la fuente de la familia, de la unión y del control. Una mujer rusa no necesita levantar una espada ni una pistola. Tiene la mirada. Tiene el perfume. Tiene esa forma de hacer que un hombre se sienta como un niño descubriendo la vida.

Se me erizó la piel al oír aquello.

—Lo único que quieren los hombres es novedad. —Hizo un gesto como si abriera una *matrioska* y sacara otra de dentro, y luego otra, y otra más—. Y tu papel es hacerle sentir que está descubriendo un mundo nuevo.

—¿Y cómo se hace eso?

—Sé vulnerable, pero nunca débil. Sé firme, pero jamás agresiva. Muéstrale que eres un puerto seguro, pero también un misterio que tendría que vivir mil vidas para comprender... y aun así, jamás lograría entender del todo.

Wilhermina hizo una pausa, observándome como si quisiera asegurarse de que entendía cada palabra.

—La guerra de las mujeres no se gana con fuerza, sino con paciencia. Los hombres están obsesionados con las batallas, pero nosotras somos las dueñas de los campos donde esas batallas se libran.

Esas palabras quedaron grabadas en mi mente.

—Troya cayó por una mujer. Adán renunció a la perfección y a su cercanía con Dios por culpa de Eva. Los hombres saben que, sin las mujeres, la vida no es más que un desierto, un vacío absoluto de la existencia.

Apretó mi mano con firmeza, mirándome con intensidad.

—Salieron de dentro de ellas. Y toda su vida no es más que una búsqueda desesperada por volver allí. Para sentirse nutridos, protegidos, dueños de un mundo que perdieron al salir del útero, al ser expulsados del paraíso. Y toda su obsesión es regresar al Edén prometido. Porque solo en las mujeres sus guerras, su sed de poder

y su necesidad de dominio cobran sentido. Solo cuando aman a una mujer el desierto de su existencia encuentra el paraíso perdido.

Inspiré profundamente al darme cuenta de que llevaba rato conteniendo el aliento.

Ni siquiera había parpadeado.

—No, no vas a manipularlo. —Wilhermina sonrió como un dinosaurio observando a un pajarito enjaulado—. Vas a obligarlo a jugar tu juego, no el suyo. Cuando los hombres reparten las cartas, siempre ganan. Tu objetivo es hacerle creer que tiene el control... mientras, en realidad, sigue tus instrucciones.

Desde aquella conversación, empecé a ver a Santo con otros ojos.

No como a un oponente, ni como a alguien que me había arrebatado el falso confort de mi «hogar», sino como a un hombre que luchaba contra sí mismo y que, como buen cristiano, ansiaba regresar al Jardín del Edén.

Wilhermina tenía razón.

Él necesitaba creer que tenía el control, mientras yo, poco a poco, conducía nuestra danza hacia donde yo quería.

Yo sería Eva, el fruto, la serpiente, cada árbol, cada río y cada vida que fluía por aquel paraíso.

Y empecé con una mirada.

Una simple mirada que lo desestabilizó como un terremoto capaz de romper todo lo que parecía firme en la tierra. O como un huracán que arrasa y lo pone todo patas arriba.

*

Cinco meses después, cuando el BMW negro se detuvo frente a la mansión de los Zampieri en Milán, sentí un escalofrío recorrerme todo el cuerpo.

Cuando el vehículo entró en la propiedad, bajé las ventanillas y observé aquel lugar exuberante, con un jardín extenso, vivo y lleno de flores, una mansión de tres plantas rodeada de naturaleza, lujo y esculturas renacentistas.

La puerta principal se abrió y, antes de que la ama de llaves dijera nada, Gabriela apareció corriendo desde detrás de ella y vino hacia mí, me abrazó con tanta fuerza que casi me levantó del suelo.

—¡Bianca! —Me envolvió en un abrazo como si jamás fuera a soltarme—. ¡Has venido! ¡No me lo puedo creer!

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas por la emoción.

—¿Por qué tardaste tanto? ¡Raíssa dijo que saliste de Brasil hace cinco meses!

—Tuve algunos contratiempos…

Me pasó un brazo por los hombros y me guió por el salón, que tenía más de cien metros cuadrados, con muebles modernos que daban la impresión de estar en una galería de arte.

—Estás diferente —dijo entornando los ojos para observarme de cerca.

—¿Diferente cómo? —Reprimí una sonrisa, apretando los labios.

—No sé... yo...

No se había dado cuenta antes porque la emoción del reencuentro la había sobrepasado. Pero en cuanto bajó la vista hacia mi cuerpo, pudo ver claramente mi barriga abultada.

—¡NO!

—Eh... ¿sorpresa?

—¿Estás embarazada? —Gabriela me sujetó la cara, desesperada y feliz—. ¿Estás bien? ¿Quién es el padre? ¿Te ha rechazado? ¿Estás huyendo? ¿Cómo lo has ocultado tanto tiempo?

—Calma... —Le sujeté los hombros—. Te lo voy a contar todo.

—Primero, obviamente, ¿quién es el padre?

—Santo Zampieri.

Gabriela parpadeó varias veces.

Y cuando su cerebro no pareció procesar la información correctamente, parpadeó aún más.

—Santo es cura —dijo, alzando una ceja.

—Lo sé. Estábamos en el Vaticano hasta ayer. Al principio iba a ser solo por una o dos semanas, pero... me gustó el sitio. Pude conocerle mejor, verle trabajar… empezar el día con oración y terminarlo con… —acaricié mi barriga— ya sabes.

—¿Y cómo escondiste esa barrigota?

—Al principio fue fácil, no la tenía —reí—. Luego empezó a notarse, así que usaba ropa más ancha, evitaba salir mucho en público... hasta que llegó el momento de seguir con nuestro propósito.

—¿Qué propósito?

—Ay, Gabi… tengo tanto que contarte.

—Pero… ¿Santo? —Gabriela rió—. Nunca… no. ¿Cómo conseguiste conocerle? Ese hombre es un misterio andante, ni Massimo, que es su hermano, parece saber quién es en realidad.

—Yo también tengo mis misterios —le guiñé un ojo—. Ella es Wilhermina.

Señalé con la cabeza a la mujer que me acompañaba.

—Un placer, Wilhermina, bienvenida a mi casa.

—El placer es mío, querida.

—Es de mi familia por sangre, mi tía abuela.

—¿De verdad? —Gabi se puso eufórica—. ¿Has encontrado a tu familia?

—A mis abuelas, sí. A mis padres no. Están vivos, pero… por ahí andan.

Antes de que pudiéramos seguir con la conversación, la ama de llaves trajo el cochecito con los gemelos, hijos de Gabriela y Massimo.

—¡Dios mío! ¡Son tan pequeños! —dije emocionada, arrodillándome para verlos mejor.

Gabriela sonrió con orgullo evidente en el rostro.

—Este es Lorenzo, y esta es Catarina.

Me quedé hipnotizada, observando sus rostros delicados, los puñitos cerrados, los movimientos suaves e inocentes. Toqué con cuidado la mano de Lorenzo, que agarró mi dedo con una fuerza sorprendente.

—Son preciosos, Gabi. Perfectos.

—Gracias —dijo, visiblemente emocionada—. ¿Quieres cogerlos?

—¿Puedo?

—Claro, eres su tía —dijo con orgullo—. Y pronto tendrás el tuyo, así que es bueno que practiques…

Gabriela sacó a Lorenzo del cochecito con todo el cuidado del mundo y lo colocó en mis brazos. Me ayudó a ajustar las manos para sujetarlo mejor.

Al principio me quedé paralizada por el miedo, nunca había estado tan cerca de un bebé. Y pensar que pronto tendría uno propio al que cuidar me daba vértigo.

—¿Y si no se me da bien esto de los bebés? —pregunté, asustada.

—Yo también me lo preguntaba… tranquila, cuando nazcan, de alguna forma misteriosa, sabrás qué hacer.

—La vida es hermosa porque está llena de misterios —sonrió Wilhermina.

—Has encontrado a tus abuelas, estás embarazada de Santo, has estado en el Vaticano… —Gabi suspiró—. Creo que tienes que

ponerme al día con tu vida, ¿eh? Parece que en estos cinco meses has vivido de todo.

—Amiga, mi vida se puso patas arriba.

—Lo imagino.

—Fue aterrador, desesperante, desgarrador… ni siquiera sé cómo sigo viva.

—Entonces… ¿estás pasando por un momento difícil?

—¡Qué va, me lo estoy pasando genial! ¡Nunca me he divertido tanto en toda mi vida!

Capítulo 23
Bianca Sierra

Gabriela y yo salimos al jardín de la mansión con los bebés.

Los empleados extendieron mantas sobre el césped verde y fresco, y sirvieron champán sin alcohol, embutidos y galletas finas.

Aquello era la visión del paraíso: los jardines tenían una belleza que parecía sacada de un cuento de hadas. Los árboles bien podados, las esculturas color crema, las flores de mil colores y el aroma refrescante nos transportaban a un mundo paralelo, muy diferente del que existía más allá de esos muros: tráfico ruidoso, polución y prisas.

Lorenzo y Catarina empezaron a gatear por el césped, intentando agarrar cualquier cosita que encontraran, como piedrecillas.

Giovanni Zampieri, hijo del primer matrimonio de Massimo que lo dejó viudo, era un hermano mayor entregado. Vigilaba a los pequeños como si fuera uno de los guardias de seguridad de la mansión e impedía que se hicieran daño o se metieran objetos en la boca.

Gabriela y yo nos sentamos sobre la manta, comimos y bebimos como dos señoras de alta sociedad.

—Así que este es Giovanni —observé al niño—. No parece tan enclenque y enfermizo como me dijiste...

—No, porque ahora yo cuido de él. Está fuerte, sano, guapo. Y parece más feliz que nunca con sus hermanos...

Gabriela sonrió, orgullosa.

Y eso llenó mi corazón de ternura.

—¿Y tú, te gusta vivir aquí? ¿Te sientes en casa? —le pregunté.

—Al principio echaba de menos la comida de Río de Janeiro, así que Massimo contrató a un chef carioca que ahora cocina para mí. Y sí, al principio me sentía un poco fuera de lugar... ¿te conté que la abuela de Massimo me hizo pasar un mal rato?

—Una víbora.

—Con el tiempo entendí que, donde esté Massimo, yo me sentiré en casa. Estar cerca de él me hace sentir completa, ¿sabes?

—Lo sé.

Suspiré y miré el césped por un instante.

—¿Qué pasa? —me miró, inclinándose un poco.

—Todo esto que estoy viviendo es muy nuevo para mí.

—Imagino que sí. Siempre cuidaste de Raíssa y de mí desde el orfanato. Nunca tuviste novio, ni dejaste que ningún hombre se te acercara, como si quisieras protegernos del mundo. Y ahora...

—Ahora tengo a Santo.

Gabriela frunció el ceño al principio, pero luego su expresión se suavizó.

—Es bastante controlador, ¿verdad? ¿Te cuida bien?

—A eso me refiero. —Suspiré, sintiendo que iba a llorar—. Nadie había cuidado nunca de mí. Era como si solo valiera por ser la responsable, la que resolvía todo. Y... esto está siendo tan distinto. Él no solo cuida de mí, él...

No tenía palabras para explicarlo.

Crecí pensando que ya no existían hombres como los de antes, pero Santo definitivamente era uno de ellos: su palabra tenía peso, era increíblemente controlador y atento conmigo.

—¿Por qué eso te preocupa? —Gabriela puso su mano sobre la mía.

—Siento que dependo de él.

—Económicamente, sí. Pero por poco tiempo, ¿no? ¿Cuánto falta para que termine el contrato?

—Dependo de él. —Cerré la mano contra mi pecho—. Como si cada parte de mi cuerpo lo necesitara. Gabi, yo nunca he sido una mujer necesitada.

—Eso es verdad.

—Solo pienso en él. Quiero estar a su lado. En el Vaticano... hacíamos el amor todos los días...

—Chica con suerte. —Brindó conmigo.

—Hasta que se dio cuenta de que yo estaba embarazada. No es que haya dejado de buscarme, me veía todos los días y seguía siendo cariñoso, pero... yo lo necesito. Estoy que ardo. Mis hormonas me están volviendo loca. Ya no necesitamos seguir haciéndolo. —Sonreí con tristeza—. Ya estoy embarazada. El contrato era para que llevara a sus hijos, así que, ¿por qué tendríamos que seguir?

Gabriela arqueó una ceja, con una sonrisa discreta en los labios.

—Porque tú quieres.

—Quiero —confesé en un susurro—. Y eso me asusta. Nunca quise depender de nadie, y mucho menos de él. Es como si fuera el único capaz de hacerme sentir segura y completamente perdida al mismo tiempo.

Gabriela rió suavemente, ladeando la cabeza para observarme con una mezcla de diversión y comprensión en la mirada.

—Parece que no estás tan perdida como crees.

—¿Cómo así?

—Sabes perfectamente lo que sientes. Solo que no quieres admitirlo.

Aparté la mirada, sintiéndome un poco avergonzada.

—¿Va a venir para estar contigo? —preguntó ella.

—Sí. Está arreglando unas cosas del trabajo y luego vendrá. Iremos juntos a Miami.

Fuimos interrumpidas por la llegada de Wilhermina, que se sentó en una silla cómoda y cerró los ojos mientras dejaba que el sol de la tarde le acariciara el rostro.

—¿Y después?

—Después... él resolverá lo de Miami, yo tendré a mi bebé y... no sé. Tendré dinero suficiente para empezar de nuevo. Antes me preguntaba cómo podría vivir lejos de mi bebé, pero ahora me pregunto cómo podré vivir lejos de Santo.

—Qué bonito verte enamorada...

—¡No estoy enamorada! —protesté—. Solo...

—Deja de negarlo, amiga. Está bien. Él parece un hombre muy interesante y tú eres una mujer increíble: valiente, decidida, hecha para todo. Estoy segura de que Santo no encontraría a alguien mejor.

—Mi competencia no son las mujeres, boba, es Dios.

—Dios no puede hacerle rebotar el rabo —dijo Wilhermina, una señora de más de setenta años, como quien saluda al entrar en una panadería.

Gabriela y yo nos quedamos paralizadas.

Y luego rompimos en carcajadas.

—Tu competencia no son las creencias de su fe, sino los esquemas mentales que él mismo se ha impuesto. Tú no eres una prueba de su fe, eres su renovación.

Esa mujer era realmente sabia.

Solo con su mirada o con la manera de decir las cosas, se notaba que había vivido mucho.

Y yo me sentía afortunada de tenerla conmigo.

—Vais a un lugar donde solo se tendrán el uno al otro. Tenéis que confiar y entregaros para que funcione, si no, cualquier mentira

o juego puede hacer que tambaleéis y empecéis a dudar de lo que sentís el uno por el otro —explicó Wilhermina.

Gabi asintió de inmediato.

—En Estados Unidos, tu familia está dividida. Recuerda: toda familia necesita un puerto seguro. Cuando no lo tiene, tú debes ser ese puerto. El pilar que sostiene la casa. La fuerza que une incluso a quienes se odian bajo un mismo techo. Pero no lo lograrás peleando con él en el terreno que él, como hombre, domina. No necesitas fuerza, ni poder, ni dominio. Mucho menos competir. Tienes sangre rusa, y las rusas no compiten. Las rusas toman lo que les pertenece por derecho. Y ese hombre es tuyo por derecho.

—Si ella lo ha dicho, queda dicho. —Gabi me ofreció otra copa para brindar.

Capítulo 24
Santo Zampieri

Salir del Vaticano por un tiempo no fue una tarea sencilla.

Tuve que designar a alguien de absoluta confianza para ocupar mi lugar y que respondiera directamente a mí durante mi ausencia.

Con la ayuda del obispo Vincenzo, encontramos a un buen hombre: Thomaz Ferraro, un fervoroso español que pertenecía a la *Arcanum Sanguis Agni*. Se comprometió a mantenerme informado en tiempo real y a confundir a cualquiera que intentara encontrarme o rastrear mi paradero.

Antes de partir, Vincenzo me llamó a la capilla subterránea.

Después de mi confesión, nos sentamos en un banco para conversar.

—Lleva a Kamikaze contigo.

—¿No cree que sería mejor dejarlo aquí vigilando a Ferraro?

—No. Será más útil a tu lado, como tus ojos y oídos. También te servirá para recordarte tu misión. Es tu alumno, tienes que ser un ejemplo para él.

—¿Ya eligió la iglesia en la que «estaremos ocupados» si alguien nos busca?

—Hablé con algunos obispos de la orden y les pareció conveniente mantenerte cerca de Miami, pero no tan cerca como para que te reconozcan.

—Entiendo.

—He elegido la iglesia del Sagrado Corazón, en Tampa. Está a una hora en avión de Miami, así que, si algún curioso como el

cardenal Ambrosi decide buscarte o espiarte, tendrás tiempo de preparar todo, y los hermanos de esa iglesia estarán en alerta para ayudarte.

—Gracias, Eminencia.

—Cumple con tus obligaciones religiosas. ¡No olvides ni por un momento que eres sacerdote! —me advirtió.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Ve y cumple tu misión. —Me abrazó por los hombros—. Espero buenos resultados de ti, Zampieri. ¡Por el bien mayor!

—¡Por el bien mayor!

*

Regresar a Milán siempre me ponía inquieto.

La ciudad donde nací era un lugar hermoso, vibrante y lleno de traumas. Cada vez que pasaba por allí, era para reencontrarme con Massimo, mi hermano mayor, y seguir mi camino.

Y fue con ese objetivo que llegué a su mansión.

Ni siquiera saqué las maletas del coche. Dejé a Kamikaze al volante, listo para partir en cualquier momento.

Entré en la mansión en busca de Bianca, pero fui interceptado por Gabriela, que llevaba a Lorenzo en brazos.

Se plantó delante de mí y, cuando intenté seguir adelante, volvió a bloquear el paso con esa sonrisa encantadora y su buen humor característico.

—¡Santo!

—Gabriela, más guapa que nunca.

Besé su mejilla y recibí un abrazo tan fuerte que más parecía un intento de homicidio, con la forma en que aplastó mi nuca.

—Mentiroso —dijo divertida.

—No puedo mentir, ya sabes, soy un buen sacerdote católico. —Acaricié la frente de Lorenzo, que se enderezó con orgullo en los brazos de su madre.

—¿Qué te trae por Milán?

—Negocios.

—¿Y esos «negocios» tienen nombre? ¿Barriguita? ¿Una personalidad expansiva?

Entrecerró los ojos, como si me hubiera sorprendido en algo que yo no intentaba esconder, solo mantener discreto.

Sabía que nada pasaba desapercibido a los ojos de la familia, y había dejado a Bianca allí por un propósito claro.

—Sí, he venido a buscar a Bianca.

—¿Y a dónde piensas llevarte a mi hermana?

—A Estados Unidos, a Miami. Pero estoy seguro de que ya te lo ha dicho.

—Sí —Gabriela señaló el sofá, como si quisiera negociar—. ¿Y quién dio su aprobación?

—Tengo un contrato firmado por ella. Y Bianca viene por voluntad propia.

—Ya veo... ¿Quieres sostener a tu sobrino? Te adora —dijo, colocándomelo directamente en brazos.

Sujeté su nuca con la mano y lo acuné mientras lo observaba. Sin duda, era un Zampieri. Grande para su edad y con una expresión de paz que mis hermanos y yo nunca tuvimos oportunidad de experimentar en nuestra infancia.

—Ahora soy la señora Zampieri, la jefa de esta familia —explicó Gabriela.

—Lo sé, y no quiero recordarte que estás en esa posición gracias a mí.

—No hace falta, te estoy profundamente agradecida y nunca lo olvidaré. Eres el mejor tío que mis hijos podrían tener. Los bautizaste y eres su padrino. Somos familia, familia, familia.

—Lo somos. —Sonreí.

Gabriela y yo cruzamos una mirada como la que se dan dos asesinos antes de disparar.

Suspiró, y yo acomodé a Lorenzo en mis brazos.

—Santo, Bianca fue durante más de veinte años la única familia que tuve. ¿Sabes lo que eso significa?

—Lo sé.

—Ella me cuidó, me protegió, me alimentó cuando yo solo quería encerrarme en el cuarto del orfanato, deprimida. Es fuerte, luchadora, feroz, más de lo que yo jamás soñé ser. Pero ahora está embarazada, y te necesita.

Dudé por un momento.

Gabriela era una de las pocas personas capaces de hacerme sentir una responsabilidad que no podía ignorar.

Cuando quedó embarazada de mi hermano y me pidió ayuda para resolver ciertos asuntos, estuve a su lado sin dudarlo.

—Cuidaré de ella, Gabriela. Lo prometo.

Ella ladeó la cabeza, como si me evaluara, antes de volver a hablar.

—Está yendo a un lugar desconocido donde tú serás su único puerto seguro. Si me llama llorando, desesperada o arrepentida, Santo… te juro por Dios…

—Estará con la familia —respondí con firmeza.

Gabriela negó suavemente con la cabeza, los ojos brillantes.

—Santo, va a encontrar parientes en Estados Unidos. Pero su familia… eres tú.

Tragué saliva con esas palabras.

—Tú eres el padre del hijo que lleva dentro. Esos desconocidos no importan. No la dejes sola ni por un segundo. Quédate a su lado. Protégela como si fuera lo más valioso del mundo. Bianca no está acostumbrada a mostrarse vulnerable.

—Lo sé.

—Y ahora está embarazada. Más vulnerable que nunca. Y está embarazada de ti, lo que te convierte en la única familia real que tiene.

Sus palabras me golpearon directo en el estómago.

La idea de ser la familia de alguien siempre me pareció abstracta, algo distante, reservado a otros.

Crecí oyendo, una y otra vez, que nunca tendría una familia, más allá de aquellos que compartían conmigo el sacerdocio. Me lo repitieron como un mantra: que jamás dejaría descendencia. Y que Gabriela me lo recordara me dejó hipnotizado.

—Estoy de acuerdo.

—Perfecto. —Sonrió de nuevo, aunque pronto recuperó el tono serio—. Estás en mi casa. No vas a llegar con prisas y marcharte enseguida. Vas a coger a tus sobrinos en brazos, vas a ayudar a cambiarles el pañal, para que practiques antes de que nazca tu hijo. Vas a sentarte y cenar con nosotros. Y luego, vas a llevar a Bianca a hacerse una ecografía. Vas a ver a tu bebé en una pantalla y vas a entender lo que está en juego. Y solo después de eso, te irás a Miami.

Asentí, sabiendo que discutir con ella sería inútil.

—No quería incomodar. Sé que recibes muchas visitas familiares, así que pensaba quedarme el menor tiempo posible.

—Recibo visitas de muchos parientes. —Apretó mi mano—. Pero tú eres familia, Santo. Eres hermano de mi marido. Me salvaste la vida. Y serás el padre de mi sobrino. Cuando vengas a mi casa, quiero que disfrutes, que te sientas cómodo, sin prisas. Te

queremos, Massimo y yo. No tienes que correr. Solo aprovecha el momento.

—Gracias. Entonces me quedaré unos días. Quiero pasar tiempo con vosotros.

—Sabes que te quiero, Santo. Y todos aquí te quieren. Siempre serás una parte importante de esta familia.

Guardé silencio, permitiéndole seguir.

—Confío mi vida en tus manos. Eres el único, después de Massimo, Giovanni y yo, que tiene permiso para coger a mis hijos en brazos. Pero si haces daño a Bianca… —Soltó una pequeña sonrisa, igual a la que daría una asesina antes de ejecutar a su próxima víctima—, te mataré.

Me impresionó ver ese otro lado de ella.

Gabriela siempre fue conocida por su ternura. Verla amenazante me recordó a mí mismo.

Y en ese momento, sentí que era más familia que nunca.

—No voy a hacerle daño, Gabriela. Nunca. Lo que Bianca y yo tenemos es importante, para los dos. Y cuidaré de ella con el mismo cuidado que solo he reservado para una cosa en mi vida: Dios.

Por fin me soltó, con una expresión satisfecha.

—Es un placer tenerte en casa. ¿Harás tú la oración antes de la cena?

—Lo haré.

—Gracias. Que Dios te bendiga.

Capítulo 25
Bianca Sierra

La mansión de Massimo Zampieri tenía muchos rincones encantadores: los jardines frontales, el lago y el bosque de la parte trasera, la sala de juegos... pero desde que llegué, mi lugar favorito se había convertido en la biblioteca.

Era un sitio tranquilo y acogedor, con las paredes forradas de estanterías altas y un laberinto de ellas en medio del salón, repletas de libros nuevos y antiguos. Aquello daba la sensación de estar en una cueva, en plena paz, lejos de la mirada de los empleados de la casa.

Siempre quise cultivar el hábito de la lectura, pero mi rutina en Río de Janeiro era tan agitada que, como mucho, me permitía escuchar un audiolibro.

En el Vaticano, llegué a leer uno por semana.

Santo solía esconder un romance picante entre los pliegues de su sotana, lo dejaba sobre mi cama mientras yo estaba fuera, y cuando volvía a la habitación, me sumergía en aquellas historias tórridas de amor: viudos solitarios, duques en sus castillos, multimillonarios fríos y calculadores en sus rascacielos...

No había ninguno con un sacerdote.

Así que tenía que dejar volar la imaginación.

Para mi absoluta felicidad, encontré un ejemplar de «El crimen del padre Amaro» en aquel lugar y estaba repartiendo mi atención entre la pasión prohibida de Amaro y Amélia y la luz dorada del atardecer que entraba por los ventanales altos, acariciando mi rostro cada vez que bajaba el libro ante mis ojos.

Estaba tan absorta en una escena en particular del padre Amaro, que me hizo hervir el bajo vientre, que al suspirar y girar el rostro, di un respingo en la silla y llevé la mano al pecho, donde el corazón latía desbocado, al ver que Santo estaba apoyado en una estantería, observándome.

—¡Mil infiernos! —grité—. ¿Por qué me haces esto?

Bajó el rostro con esa sonrisa discreta que siempre parecía esconder secretos que nunca compartiría conmigo.

—Me gusta tu expresión.

—¿De absoluto susto y pavor?

—Cuando estás concentrada en tu pequeño mundo. —Cogió el libro de la mesa, leyó el título y me lanzó una mirada inquisitiva—. También me gustan todas las expresiones que haces, incluso cuando estás asustada.

Le saqué la lengua y me dejé caer en la silla, resoplando con rabia.

—¿Concentrada? Últimamente no consigo concentrarme en nada.

Él rodeó la mesa, apoyó sus manos grandes en mis hombros y empezó a masajear lentamente. Mi cuerpo recibió ese gesto con una oleada de electricidad que me encendió por dentro.

—Eso es porque estás tensa. —Presionó los pulgares sobre mi espalda—. ¿Es por el viaje?

Negué con la cabeza, tomé el libro de tapa dura y lo abrí por la página que estaba leyendo, tentada de retomar, aunque un poco avergonzada por si leía algún fragmento sin querer.

—¿Tensa? ¿Yo?

Santo terminó el masaje, rodeó la mesa, arrastró una silla y se sentó frente a mí.

—¿Todavía crees que puedes engañarme?

Cerré el libro de golpe.

—No es solo el viaje, es mi familia, salir del Vaticano, el embarazo. Es... todo. Estoy a punto de explotar.

—Explota en mí, principessa rusa. Sabes que puedo resistirlo.

Se inclinó, levantó mis piernas y las colocó sobre su regazo. Comenzó a masajearme los pies mientras me miraba fijamente.

—Mis hormonas están descontroladas, Santo. No creo que sea buena compañía ahora mismo.

—¿Y qué más?

—Estoy confundida, ansiosa, no sé qué esperar...

Después de un breve silencio, inclinó la cabeza sin apartar la mirada.

—¿No te doy seguridad?

—Sí, claro que sí.

—¿No sientes que, estando conmigo, tienes a alguien que se ocupa de ti? ¿De tus problemas?

Inspiré hondo, dudando.

Me costaba poner en palabras lo que sentía. Me daba hasta vergüenza, incluso cierta humillación, compartir pensamientos que parecían tan tontos y mundanos.

—Tengo miedo de cómo van a ser las cosas entre nosotros —confesé por fin—. Ahora que estoy embarazada, todo cambia.

—¿Cómo así?

—Quiero decir... ya no me necesitas para nada, Santo. Cumplí con el acuerdo del contrato, ahora solo tienes que esperar a que nazca el bebé. Y yo...

Las palabras murieron en mi garganta.

Me daba vergüenza admitir lo que realmente me atormentaba, pero él esperó, paciente como siempre.

—¿Y tú...?

—Y yo no sé si tú todavía... me deseas.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Sentí cómo se me encendía el rostro, pero no pude mirarlo.

Santo guardó silencio, contemplativo.

Esa era una de las cosas que más admiraba —y también me sacaba de quicio— en él: esa expresión como si el mundo pudiera desmoronarse a su alrededor y él seguiría en su estado budista, imperturbable.

Entonces arrastró la silla hacia atrás y vino hacia mí.

Levanté la vista, confundida, cuando se colocó frente a mi cuerpo.

Se agachó a mi lado hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Mírame.

Su mano cálida descansó sobre mi muslo y lo apretó con una firmeza que me hizo sentir una punzada en el vientre bajo.

A regañadientes, levanté la mirada.

Y como siempre ocurría cuando lo miraba de cerca, tuve esa extraña sensación de que el mundo entero se oscurecía a nuestro alrededor hasta desaparecer, y solo sus ojos azules se convertían en el centro de mi atención. La cicatriz en su rostro, sus cejas espesas, sus labios carnosos moviéndose casi en cámara lenta...

—Desafías mi fe, ¿lo sabías?

—¿Qué significa eso?

Su mano recorrió lentamente mi vientre, luego subió entre mis pechos hasta alcanzar mi cuello. Me acarició de forma suave, genuina, dejándome completamente hipnotizada.

—Desde aquel día en el confesionario, siento que liberaste un monstruo dentro de mí.

—¿Cómo así?

—Fue la primera vez en toda mi vida que quise pecar.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Estaba tan cerca de mí que cada palabra suya vibraba por dentro.

—¿Nunca habías pecado antes? —reí.

—No, no lo entiendes —me tomó de la silla y yo fui, obediente. Santo me alzó, me sentó sobre la mesa y se colocó entre mis piernas.

Sus manos fueron directas a mi cuello, luego rodearon mi nuca, enredando sus dedos en mi pelo mientras su rostro se acercaba al mío.

—Mi carne siempre fue débil y yo cedía al pecado y me castigaba por ello —dijo con un deje de satisfacción—. Pero tú me hiciste querer pecar, y eso es diferente. Mi carne no fue débil, yo deseé. Quise el pecado fundido en mis venas. Quise que cada parte de ti me perteneciera.

—Entonces déjame ver si entendí... ¿soy la serpiente o la manzana?

Santo rozó su labio inferior con el mío, iniciando un beso que me dejó sin aliento.

Sus manos descendieron por mi espalda hasta alcanzar el broche del sujetador, que desabrochó con facilidad.

Colocó las manos frente a mi cuerpo, metió los dedos en las copas y comenzó a pellizcarme los pezones mientras su lengua entraba en mi boca, serpenteando con suavidad, haciéndome saborear su dulzura hasta dejarme completamente anestesiada.

—Fuiste la serpiente, el fruto, Eva, el jardín, cada pequeño detalle perdido del paraíso —rió—. Y también Dios, en su forma más perversa y cruel, al hacerme caer en la tentación e imaginar que no habría consecuencias.

—¿Consecuencias? —Abrí los ojos de par en par, sin saber si era por el placer o por el peso de esa palabra.

—Preocúpate por tus dudas ahora, porque pronto no voy a darte paz, Bianca —rió—. No sé qué crees que vas a hacer en Estados Unidos, pero vas a vivir para darme placer. Te voy a follar donde sea, a cualquier hora que me dé la gana, sin importar la situación.

Entrecerré los labios para soltar un gemido, sentí mis pechos hinchados y la braga empapada.

—Tu preocupación no será si te deseo, será si puedes descansar, cosa que no voy a permitirte. Me perteneces por un año, nunca lo olvides. Y voy a aprovechar cada día, cada segundo al que tengo derecho.

Mi respiración se volvió entrecortada y la vista me comenzó a fallar.

—Estar lejos de mí unos días te desentrenó.

—Tienes que follarme —dije sin aliento—. Ahora.

Pasé la mano por el bulto de su pantalón, que ya estaba duro y listo para mí. Pero Santo la sujetó por encima y me detuvo.

—No vamos a hacerlo aquí. Ahora que estamos lejos del Vaticano, quiero disfrutarte como corresponde. Quiero oírte gritar mi nombre, gemir tan alto que te quedes ronca y sin voz, cabalgar tan fuerte este rabo que vivir sin mí no tenga sentido —presionó su pulgar contra mis labios—. Aquí vamos a comportarnos, estamos en familia. En el avión, será otra historia.

Estaba tan excitada que sentí la presión en la cabeza y un ligero mareo.

—Eres importante para mí de una forma en que nadie lo ha sido nunca —acarició mi rostro—. Tienes una parte de mí dentro. Algo mío creciendo y viviendo en ti. Eso es lo único que importa. Así que cuando te preguntes si aún te deseo, incluso embarazada... —rió—. Recuerda que no solo eres mi objeto de deseo, eres mi obsesión. No tienes idea de las locuras que haría por ti.

Había tanta intensidad en su mirada, tanta verdad, que me fue imposible no creerle.

—Ahora pórtate bien, ¿sí?

—Sí.

—Prometo recompensarte por cada segundo de espera.

—Lo sé que lo harás —le guiñé un ojo.

—Por cierto, Gabriela sugirió que hiciéramos una ecografía para seguir el desarrollo del bebé.

Asentí en silencio.

—Perfecto.

Cuando por fin se alejó, tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Ahora creo que ya puedes volver a tu libro con menos distracciones.

Solté una risita suave, negando con la cabeza.

Intenté recomponerme, me volví a poner el sujetador y volví al libro mientras lo veía salir de la biblioteca, pero ya no pude concentrarme en una sola palabra.

Capítulo 26
Bianca Sierra

A la mañana siguiente fuimos a una clínica de confianza de la familia Zampieri, la misma donde Gabriela había dado a luz a los gemelos.

Tenía la mano helada. En algún momento, Santo notó mi inquietud y me tomó la mano, entrelazó nuestros dedos y comenzó a apretarlos suavemente.

—Tranquila. No es nada grave.

—Es que estoy muy nerviosa. Me dan miedo los médicos... y los hospitales...

—No tienes que tener miedo de nada, estoy contigo.

En teoría, yo sabía lo que era una ecografía y cómo funcionaba.

Definitivamente no era algo aterrador, pero me sentía en pánico con cada nuevo paso de este embarazo; todo me dejaba en estado de alerta.

Era como si el mundo estuviera a punto de cambiar otra vez, y yo no sabía si estaba lista para asimilar que realmente estaba embarazada.

Mi tripa se mantuvo discreta durante bastante tiempo, pero al llegar al límite de los cinco meses y medio, parecía que iba a duplicar su tamaño.

Al entrar en la sala, la doctora nos saludó con calidez y nos indicó dónde sentarnos. Mantuvo una sonrisa acogedora durante toda la consulta. Era como si supiera que yo estaba a punto de colapsar.

El ambiente era limpio y tranquilo, con paredes en tonos pastel y una iluminación suave que supuestamente debía calmarme, pero con cada segundo que pasaba, me sentía más desesperada.

Era como si todos a mi alrededor me estuvieran ocultando algo.

—¿Estás bien? —preguntó la doctora en inglés.

Me bloqueé. Estuve a punto de responder en el poco italiano que aprendí durante mi estancia en el Vaticano, y luego lo mezclé con un portugués medio analfabeto.

—Se pone ansiosa cuando no tiene el control —respondió Santo—. Pero está bien.

—¿Primera vez embarazada?

—Ajam.

—Lo reconozco en la mirada. Tranquila, vamos a ver cómo estás.

Primero me hizo una revisión rápida, midió mi presión, escuchó los latidos de mi corazón y esbozó una sonrisa contenida.

—Hacéis una pareja preciosa.

—Gracias.

Sentí las mejillas arderme de vergüenza sin saber muy bien por qué.

—¿Vamos a mirar? Túmbate aquí, por favor.

Santo me ayudó, porque parecía que había olvidado cómo se caminaba.

Me tumbé en la camilla y un escalofrío me recorrió la espalda al levantarme la camiseta y sentir el gel frío extenderse por mi barriga, pero esa sensación quedó eclipsada por la ansiedad con la que miraba fijamente la pantalla.

—Vamos a echar un vistazo a tu bebé, Bianca. —Ajustó el transductor sobre mi piel.

El silencio que siguió pareció eterno.

Mantuve la vista fija en la pantalla, pero no lograba ver nada. Todo me parecía una gran mancha gris oscura, mientras mi corazón amenazaba con salirse por la boca.

Entonces, un sonido suave y rítmico llenó la sala.

—Ese es el corazón, ¿lo oyes? —La doctora sonrió, señalando la pantalla.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Está bien? ¿Él o ella? Es lo único que quiero saber.

—Tamaño adecuado. Para estar de cinco o seis meses parece un poco menos desarrollado, pero...

—¿Pero...? —casi grité.

—Tranquila —Santo me apretó la mano.

—Ah, ya entiendo.

—¿Entiendes qué?

—¿Lista para saber el sexo del bebé o prefieres que sea una sorpresa para el futuro baby shower?

—¡La única sorpresa que vas a tener es mi mano en tu cara, tía idiota! —grité en portugués—. Santo, le voy a pegar un tiro, me está poniendo de los nervios.

—Estás un poco alterada —murmuró él, aguantándose la risa.

—¡Alterada me voy a poner si sigue creyéndose Velma de Scooby-Doo! ¿Esto qué es ahora, una búsqueda del tesoro?

Mi corazón se detuvo por un instante al ver la silueta perfecta de ese pequeño ser que se formaba dentro de mí. Pude distinguir con claridad su naricita, los pies doblados, las dos manitas en la carita.

—Es una niña.

Qué curioso. Entendía perfectamente lo que decía, pero en ese momento, estaba tan nerviosa que hablaba una mezcla de italiano, portugués y la lengua de algún demonio, seguro.

—¿U-una ni-ni-niña?

Ella señaló la pantalla.

—Mira qué bonita es.

Sentí un vuelco en el estómago.

El mundo pareció detenerse.

Verla en esa pantalla lo hacía todo aún más real.

Era como si algunas fichas solo estuvieran cayendo ahora.

¿Cómo podía yo, alguien que apenas sabía cuidarse a sí misma y que firmaba contratos con hombres deliciosamente peligrosos, ser madre de una niña?

Santo arrastró una silla, se sentó y se quedó mirando la pantalla como si hubiera visto un fantasma. En ese momento, olvidé mi propio pánico y empecé a preocuparme por él.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que... de repente todo se puso negro. La vista se nubló.

—Ya, imagina si fueras tú la que la estuviera cargando. —Le di un manotazo en el hombro—. Yo me altero y tú te quedas ahí, duro como una roca.

—Vale. Respira —sugirió.

—Estoy respirando —respondí, con la voz apagada y falta de aire—. De verdad que sí.

Lo miré. Mis ojos debían de estar bien abiertos por el puro pánico. Él, en cambio, parecía ahora tranquilo, casi sonriente.

—¡Tú necesitabas un heredero! —exclamé, como si él no me hubiera oído—. ¡Deja de sonreír! ¿Por qué pareces feliz de una forma tan aterradoramente sospechosa?

—No lo sé. Estoy eufórico.

—¿Y si la mafia rusa en Estados Unidos no acepta niñas?

—Que se vayan al infierno. Yo voy a ser padre de una niña —dijo con todo el orgullo del mundo.

—¿Y cómo vamos a cuidar de un bebé en medio del caos?

—Con niñeras y lo que haga falta. —Me miró a los ojos, y su tono dejaba claro que no lo decía solo para tranquilizarme.

Tenía esa postura firme, casi militar, cuando hablaba con seriedad.

—Voy a cuidar de ti, Bianca. En Miami o donde sea que estemos, estaré a tu lado. No pasaré ni un solo día lejos de ti ni de ella.

Hubo algo en la certeza de esas palabras que hizo que el pánico disminuyera.

La forma en que me miró, como si yo fuera la única persona en el mundo, me hizo creerle.

—¿Lo prometes?

Él inclinó la cabeza, acercándose.

—Lo prometo. Voy a ocuparme de todas tus necesidades, Bianca. No os va a faltar nada, ni a ti ni a nuestra hija.

Nuestra hija.

Esas palabras resonaron dentro de mí, haciendo que todo mi cuerpo se quedara entumecido y a la vez eléctrico.

La doctora seguía examinando a la bebé, señalando cada detalle, pero yo apenas podía concentrarme.

Seguía oyendo los latidos del corazón, los movimientos suaves, la forma en que esa pequeña criaturita parecía estar conspirando contra mí.

—Está sana, aunque parece un poco retrasada en el desarrollo. Vamos a seguir con el control, cambiar la alimentación y suplementar si hace falta —dijo la doctora—. Y nada de estrés ni de enfados, puede perjudicar al bebé.

—¿Cómo no voy a estresarme o enfadarme, doctora? Soy brasileña. Y vivo en el planeta Tierra.

—Yo me encargo de eso —dijo Santo a la doctora.

—¿Y cómo va a ser el seguimiento si voy a estar al otro lado del mundo? —pregunté.

La doctora parpadeó, intentando entender lo que había dicho. Santo tradujo y ella respondió enseguida:

—No hay problema. Mi equipo y yo iremos a donde estés, siempre que lo necesites.

La vida de los ricos era, sin duda, un universo paralelo.

—¿Va a nacer en Milán, como los hijos de Massimo y Gabriela? —le preguntó ella a Santo.

—No, tiene que nacer en Estados Unidos.

—Perfecto. Organizaré mi agenda para el momento del parto. Vamos a contemplar varios escenarios: el ideal sería completar todo el embarazo, pero si se adelanta… puede pasar. Y lo repito: no puede pasar por grandes situaciones de estrés, Santo. El riesgo de un parto prematuro es alto y peligroso.

—Entendido. Yo me ocuparé de todo.

Terminaron de hablar como si estuvieran negociando una mercancía, y yo seguí atenta a la conversación, sin saber qué decir.

Creo que hasta se me había olvidado cómo hablar los idiomas que conocía.

Salimos del consultorio y yo seguía completamente en shock.

—Conozco esa expresión —dijo Santo, de buen humor—. No hay por qué preocuparse. No estás sola.

—Lo sé, pero... ¿cómo va a crecer esta niña en medio de la mafia rusa? Parece un desafío. ¡Una niña! Las niñas sufren tanto, Santo.

—Va a crecer cerca de su madre, eso es lo único que importa. El entorno será solo un detalle. Estaremos ahí para hacer frente a

todo y tendremos ayuda.

Cada vez que decía «estaremos», aquello se volvía aterradoramente real.

No.

Jamás podría coger el dinero y marcharme a construir una vida sabiendo que una parte de mí estaría en otro lugar. Aquello despertó algo en mí, casi animal, que me hizo pensar que mataría a Santo si hiciera falta para estar cerca de mi hija.

—¿Prometes que no va a pasar nada malo?

—Siempre pasan cosas malas, Bianca. —Me miró con seriedad —. Así que prometo que vamos a enfrentarlo todo, pase lo que pase.

—Vale. Creo que puedo vivir con eso.

—Perfecto. Ahora tienes que prepararte para el viaje.

Capítulo 27
Bianca Sierra

Nos quedamos algunos días más en Milán, disfrutando como si estuviéramos de vacaciones.

Santo ya me lo había advertido, y yo lo sabía bien: aunque en Estados Unidos tendríamos momentos tranquilos y agradables, básicamente estaríamos allí «por trabajo».

Pasé gran parte del tiempo con Gabriela, aprendiendo muchísimo de su manera de gestionar no solo la casa, sino toda la familia Zampieri. En ausencia de la abuela de Massimo y Santo, que había sido la cabeza del clan, Gabriela ocupó su lugar.

Pero en lugar de ser una tirana, ignorante y manipuladora como la anciana, Gabriela le había dado a la familia algo que le faltaba: amor, dulzura y atención.

La mansión estaba llena todos los días; los parientes acudían a ella en busca de orientación y consejos, aunque muchos eran bastante mayores que ella.

El día del viaje, terminé de hacer las maletas y bajé al jardín para esperar a que todo estuviera listo antes de partir.

Cuando llegué a la parte delantera de la mansión, me detuve en seco.

Massimo estaba con gafas de sol, sentado en una tumbona tomando el sol, mientras Santo estaba en un sillón cómodo, bajo la sombra de un árbol.

Lorenzo y Catarina, los hijos de Massimo y Gabriela, estaban acurrucados en los brazos de Santo: el pequeño balbuceaba expresiones ininteligibles y la otra dormía plácidamente mientras su tío la mecía.

Estaba tan relajado, tan natural, que parecía haber nacido para ese papel.

¿Cómo podía un hombre tan corpulento, que apenas expresaba emoción alguna, ser tan atento y delicado con unos bebés?

Lorenzo intentaba agarrar el crucifijo colgado del cuello de Santo, mientras Catarina sujetaba con fuerza su ropa, como si no quisiera dejarlo marchar.

Me apoyé en una columna, escondida, sin querer interrumpir ese momento, y me quedé observando. Había algo mágico en esa escena.

Las únicas veces que había visto a Santo bajar el ritmo era cuando estábamos juntos. Verlo desde esa otra perspectiva me provocó un calor repentino y una emoción que no supe de dónde venía.

Mi mente empezó a divagar.

Era inevitable.

Intenté imaginar a ese hombre, que ahora parecía tan cómodo con sus sobrinos, sosteniendo a nuestra bebé.

Lo visualizaba con ella en brazos.

Podía verlo meciéndola para dormir, paciente y cariñoso incluso si no dejaba de llorar.

Ese pensamiento encendió algo dentro de mí, pero también me recorrió un escalofrío. No era solo la idea de Santo como padre; era el hecho de que, por más que intentara resistirme, se estaba convirtiendo en algo mucho más de lo que yo esperaba.

Era protector, gentil de una forma que no mostraba al mundo, y sorprendentemente cuidadoso.

Me pregunté si nuestra hija tendría sus ojos, ese tono penetrante y lleno de una intensidad violenta. O quizá heredaría su sonrisa rara, esa que surgía en los momentos en que parecía olvidarse de todas las presiones que cargaba.

Una oleada de emoción me invadió de repente, una mezcla de miedo y esperanza.

Había algo abrumador en la idea de que nuestra bebé pudiera crecer con un padre como él. Alguien que parecía inquebrantable, pero que aún tenía espacio para la ternura.

Me acerqué poco a poco hasta poder escuchar su conversación.

—¿Por qué eres tan terco? —regañó Massimo—. Tenemos un hotel estupendo en Miami, podéis quedaros en la suite presidencial todo el tiempo que queráis.

—No quiero ver a mi hija crecer en un hotel, aunque sea de lujo —replicó Santo—. Mi familia merece tener un hogar, un sitio que sea solo suyo, seguro y con espacio para crecer.

—Bueno, viéndolo así, tiene sentido que tengan un jardín, zonas verdes y naturaleza para jugar —reflexionó Massimo.

—Nosotros crecimos en un lugar así. ¿Por qué mis hijos no deberían?

—Tienes razón. Déjame, al menos, comprar la mansión como regalo.

—No, ya he alquilado la casa. Si nos gusta, la compraré...

La conversación se interrumpió en cuanto Santo se dio cuenta de que yo estaba presente.

—Wilhermina ya está lista, Kamikaze terminó de cargar las maletas en el coche. ¿Cuándo estará listo el avión?

—Cuando tú digas —sonrió Massimo.

—Muchas gracias por recibirme, señor Zampieri. He pasado un tiempo muy agradable aquí y volver a ver a Gabi me ha recargado las energías...

—Ven siempre que quieras o necesites. El avión es de la familia y siempre estará disponible para vosotros —Massimo hizo un leve gesto con la cabeza.

Giovanni vino corriendo y tiró de mi vestido para llamar mi atención.

—¿Ya os vais? —preguntó, jadeando.

Me agaché a su altura, sintiendo que el nudo en la garganta se apretaba.

—Sí, tengo que ir a ver a mi familia. Pero te prometo que nos veremos otra vez. Entonces conocerás a tu prima. —Acaricié mi barriga.

—Mamá dice que será una niña.

Me parecía enternecedor que llamara a Gabriela «mamá».

Sonreí y acaricié su pelo.

—Sí, estamos ampliando la familia, ¿verdad?

—¡Cuantos más, mejor! —dijo, entusiasmado.

—Cuida de Lorenzo y Catarina. Me encantó conocerte.

—A mí también.

Cuando Gabriela se acercó, sentí que la emoción me ganaba por dentro.

Siempre he sido pésima para las despedidas. Mi método para quitar la tirita era arrancarla de golpe, que duela rápido y se acabe.

Me abrazó con lentitud y resopló.

—No llores. No hagamos el ridículo delante de estos dos —protesté.

—Lo sé —rió—. ¡Te voy a echar tanto de menos!

—Solo tienes que venir a visitarme a Miami. Yo también volveré, pero solo después del parto. Viajar ya es un horror, y estando embarazada... Uff, ni te cuento.

Santo se levantó y le devolvió los bebés a su madre.

Catarina se despertó y empezó a llorar; claramente prefería los brazos de su tío.

Besé a mis pequeños sobrinos y los observé en silencio durante un largo instante, intentando grabar sus caritas en mi memoria: las mejillas enormes, los ojos color mar, esa forma adorable y torpe en que se movían.

Gabriela tenía los ojos brillantes, pero seguía sonriendo.

—Sobre todo, prométeme que vas a cuidar de ti, Bianca —pidió.

—Lo haré. Sé cuidarme, sé apañármelas.

—Claro que sí. Y estás en buenas manos —Gabriela me guiñó un ojo con dulzura.

Miró a Santo, y su sonrisa se volvió seria.

—Y tú, Santo. Cuídala. De verdad. Ella es muy fuerte, pero va a estar en un sitio nuevo y pasando por muchos cambios...

—No tienes que preocuparte, Gabriela. Estará segura.

Ella ladeó la cabeza, evaluándolo como solía hacer con todos.

—Eso espero. Pero por si acaso, que sepas que si no lo está... —Gabriela sonrió dulcemente—. iré a por ti.

Santo rió por lo bajo y se despidió de los pequeños y luego de su cuñada.

—Estás invitada a nuestra casa siempre que quieras venir.

—Y lo haré.

Massimo vino justo después. Su abrazo fue firme, como el de un hermano mayor que sabe que no debe mostrar demasiado, pero aún así quiere transmitirlo todo.

—Cuídate, Bianca. Y no dejes que Santo se meta en demasiados líos.

—Eso no puedo prometerlo —bromeé, arrancándole una sonrisa—. Es un imán para los problemas.

—Lo sé. Manténlo a raya.

—Cuenta con ello.

Cuando por fin subimos al coche, con Wilhermina y Kamikaze acompañándonos, sentí el corazón pesado.

Miré hacia atrás mientras la mansión desaparecía a lo lejos.

Gabriela nos saludaba desde la verja, con Giovanni a su lado, y los bebés en el carrito, mirándonos con curiosidad, como si intentaran entender a dónde íbamos.

Sabía que aquello no era un adiós definitivo, pero la despedida igual dolía.



El viaje a Miami fue silencioso al principio.

Santo estaba a mi lado, Wilhermina más adelante, absorta en un libro antiguo, completamente sumergida en la lectura, y Kamikaze dormía.

Durante un rato, me quedé mirando por la ventana del avión, observando el mundo pasar bajo nosotros. Sin embargo, mi mente estaba lejos, perdida en pensamientos sobre lo que estaba por venir.

—¿Te sientes bien? —Santo me sacó del ensimismamiento.

—Sí, la verdad es que me siento genial. —Me giré hacia él—. Pensé que tendría que ir dopada, pero el viaje está siendo bastante agradable. Solo estas medias de compresión que me hacen sentir un poco... apretada.

—Hum.

Observé su rostro. Decidí no pensarlo demasiado y compartir algo con él. El hecho de que tuviéramos una relación tan transparente me daba la confianza para preguntar lo que quisiera. Al menos, así me sentía.

—Antes, en casa de Massimo, escuché parte de la conversación que tuvisteis.

—Ajam.

—Y dijiste... «mi familia», refiriéndote al bebé. ¿Yo también estaba incluida en eso?

—Por supuesto que estás incluida.

—Eso no venía en el documento que firmé. —Entrecerré los ojos con fingida sospecha.

—¿Vas a demandarme por incumplimiento de contrato?

Acabamos riéndonos, y sentí cómo mis mejillas se encendían.

—¿Qué cambió, Santo? Me imagino que sigue siendo una gran misión, tú siempre lo dejaste claro. Pero todo parece diferente a como empezó.

—¿Y eso te molesta?

—Me encanta —confesé—. Tampoco esperaba que nos fuésemos a conectar así... pero escucharte decir «mi familia», no sé, me removió por dentro.

—No le des demasiadas vueltas.

—Es que no puedo evitar pensarlo, ¿sabes? Me asusta, y al mismo tiempo, parece lo correcto.

—Confía en mí.

—Confío. Solo me pregunto si tendré que ser como Gabriela para nuestra familia, ¿sabes? El pilar, el centro, el apoyo de todos. Y... además ser madre. Y... tu mujer. Y...

—Estás pensando demasiado —dijo con diversión.

—Lo sé.

—Vamos a la sala de cine. Tengo algo mejor en lo que puedas pensar.

La mirada lasciva que me lanzó hizo que todos mis pensamientos desaparecieran como por arte de magia, y lo vi quitarse el cinturón de seguridad, levantarse y caminar delante de mí hacia la espaciosa sala que estaba justo a la izquierda.

Me levanté, como si nadie pudiera notarlo, y lo seguí.

Lo odiaba por tener siempre la respuesta adecuada, incluso en los momentos en que toda mi lógica desaparecía: necesitaba dejar de pensar en todo aquello.

Y la mejor solución era ocupar mi mente con otra cosa.

Capítulo 28
Bianca Sierra

Aún me parecía bastante absurda la cantidad de cosas y privilegios que algunas personas tenían simplemente por ser ricas.

Es decir, tener una sala de cine en un avión privado no era precisamente algo cotidiano que uno viera por ahí. Y aunque, en ese momento, esa fuera mi realidad, no sabía muy bien cómo fingir que me resultaba normal.

Santo, en cambio, parecía completamente cómodo.

Lo cual era de esperar, pues para él no era ninguna novedad. Actuaba con una naturalidad poderosa que siempre lo hacía atractivo.

No sabía qué significaría eso, pero observarlo simplemente existir, con toda su seguridad habitual, avivaba mucho mi deseo por él.

Por un momento, mientras lo veía elegir la película, pensé que quizás había malinterpretado las intenciones implícitas en nuestra conversación anterior. Porque yo creía estar allí para follar, no para literalmente ver una película. Y eso casi me avergonzó. Solo «casi» porque estaba embarazada, con las hormonas a flor de piel y cargada de un deseo latente por aquel hombre.

Eso había escapado de mi control hacía mucho tiempo.

—¿De verdad vas a poner algo para ver? —pregunté, algo incrédula, mientras me acomodaba en uno de los amplios y cómodos sillones de la sala, sin pudor alguno en devorarlo con la mirada.

—Claro, es una sala de cine —respondió Santo, como si fuera obvio—. ¿Por qué lo dudas?

—Es que pensé que me habías traído aquí para comerme.

Ya ni me importaba si era pecado imaginarlo desnudo. Mi lista de pecados era demasiado larga para preocuparme por uno más. Daría demasiado trabajo.

—También. —Se volvió hacia mí tras, aparentemente, encontrar la película perfecta para el momento (película que, por cierto, no tenía el menor interés en saber cuál era)—. La gracia de follar en el cine es tener una película de fondo.

Negué con la cabeza, incrédula ante aquella afirmación, al mismo tiempo que lo veía acercarse y abría las piernas con naturalidad para que se colocara entre ellas.

Debería haberle dado una respuesta ingeniosa, pero mi mente ya estaba demasiado lejos como para importarme.

Santo se inclinó para reclinar el sillón —apretando un botón lateral que yo ni sabía que existía—, tumbándome sin previo aviso y arrancándome un jadeo por la sorpresa. Y luego, dejándome sin aliento al verlo tan decidido y hermoso frente a mí.

Las luces de la sala se apagaron justo cuando la película comenzó, y me importó aún menos que antes lo que pasaba en la pantalla.

Porque mi atención estaba completamente puesta en el hombre maravilloso que prácticamente se posaba sobre mí y me devoraba con sus ojos hipnóticos.

No opuse la menor resistencia cuando Santo comenzó a acariciar mi cuerpo.

Con sus toques adictivos —más que suficientes para incendiarme por completo—, fue quitándome con calma cada prenda, saboreando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto, sin disimular lo mucho que me admiraba en el proceso.

Pensé que mi mayor alivio llegaría cuando me librara de esas horribles medias de compresión. Pero cuando Santo terminó de quitarme las bragas e ignoró por completo esas prendas, un quejido escapó de mi boca, casi indignada.

—¿Y las medias? —Levanté las manos para evitar que se inclinara a besarme.

—No voy a ponerte en riesgo —respondió sin dudar, dejándome débil cuando esquivó la débil barrera de mis manos y comenzó a besar mi cuello.

—Pero esto no es nada sensual —me quejé, aunque mucho más débilmente, con su boca saboreando tan bien mi piel. Gemí bajito cuando una de sus manos grandes empezó a acariciar mi barriga.

—No hay nada más sensual en este mundo que tú, exactamente como estás ahora —susurró Santo mientras arrastraba sus labios hasta mi rostro, alcanzando por fin mi boca—. Estás jodidamente buena, Bianca. Y aún más llevando a mi bebé.

No necesité escuchar más para rendirme por completo. Dejé que dominara mi boca con su beso mientras lo atraía hacia mí, amando sentir un poco de su peso sobre mi cuerpo —solo un poco, porque seguía siendo cuidadoso con mi vientre—.

El calor que me invadió con ese simple contacto fue más que suficiente para despertar en mí la necesidad latente de ser saciada por Santo. Casi como si mi cuerpo sufriera abstinencia de él, necesitándolo dentro de mí más que el aire.

Si dependiera de mí, todo sería rápido e intenso, un fuego visceral para calmar este deseo de una vez. Pero ese no parecía ser el plan de Santo. No cuando su boca comenzó a descender lentamente por mi cuerpo, besando y chupando mi piel con una lentitud que me volvía loca.

Quería acelerarlo, exigir que me tomara de una vez y terminara con esta tortura. Pero la intensidad de su mirada me dejó débil y a su merced, gimiendo ante cada nuevo beso y marca que dejaba en mi piel, sintiéndome absurdamente sensible cuando su objetivo se convirtió en mi pezón derecho.

El embarazo sin duda había alterado mi cuerpo, pero era inexplicable cómo me dejaba sin control solo por la forma en que su

lengua lo rozaba y sus dientes lo mordisqueaban. Apreté su nuca buscando algo de dominio sobre mi cuerpo, pero no funcionó.

No sabía si huir o rendirme al placer. Estuve a punto de pedirle que parara, porque aquel estímulo parecía demasiado.

Pero no hizo falta. Era como si leyera mi mente.

Segundos después, su boca se dirigió al otro pezón, repitiendo la misma tortuosa excitación que me desequilibraba por completo.

Por absurdo que sonara, sentía que podía correrme solo con su boca castigando mis pezones, confundida por cómo el dolor y el placer se mezclaban tan intensamente.

Mis gemidos solo no se escuchaban en todo el avión gracias al ruido de la película que «veíamos». Y ni siquiera me importaba si traspasaban esa barrera, consciente de que estaba más mojada que nunca solo por lo que Santo me hacía sentir.

Mis ojos se llenaron de lágrimas entre el placer y la ansiedad cuando mis pechos quedaron libres de su ataque y su boca comenzó a besar mi vientre con una delicadeza que contrastaba con lo anterior.

De rodillas, entre mis piernas, se dedicó a adorar cada centímetro de piel que alcanzaba, dejándome mareada sin saber si era el placer o su ternura lo que me emocionaba hasta casi llorar.

Creo que solo evité el llanto porque su boca, abruptamente, dejó la delicadeza y se volvió lasciva al descender aún más. Contuve la respiración: sabía muy bien cuál era su nuevo destino.

Santo mantuvo sus ojos clavados en los míos mientras avanzaba y tuvo que sujetar mis muslos con firmeza cuando su lengua finalmente probó mi clítoris hinchado de deseo. Así contuvo los temblores que invadieron mi cuerpo ante la oleada de placer que provocó su acto.

Solté su nuca buscando refugio en el acolchado suave del sillón, sin saber dónde agarrarme mientras sentía su lengua

explorarme.

Santo era increíble lamiéndome, y el embarazo parecía potenciar aún más cada sensación. Una combinación letal que me hacía arquearme contra su boca, desesperada por sentir que me devoraba por completo.

Mi orgasmo estaba ridículamente cerca. Ni siquiera si quisiera podría luchar contra él. Y eso se confirmó cuando, consciente exactamente de cómo destrozarme, Santo chupó mi clítoris con hambre al mismo tiempo que deslizaba dos dedos dentro de mí, rozando directamente mi punto G y sacándome de la órbita terrestre.

Me contraje alrededor de sus dedos mientras gemía su nombre y apretaba mis pechos sin darme cuenta, temblando con los espasmos de placer mientras seguía siendo devorada por su boca.

Supe que no había tenido suficiente en el instante en que se detuvo y se puso de pie, mirándome como si fuera su banquete favorito.

No necesité decir nada para que continuara. Abrió su pantalón, liberando su polla majestuosamente dura, mientras yo seguía masajeando mis pechos, necesitada de una atención firme e inmediata.

Santo se tumbó a mi lado en el amplio sillón y me giró de costado, haciéndome gemir al levantar mi pierna para encajarse detrás de mí.

Apoyó los labios en mi nuca para susurrar contra mi piel erizada y frotó el glande por todo mi coño, haciéndome sentir con cruel claridad el vacío que su ausencia provocaba.

—De lado, para que sientas mi polla bien dentro de ti. —Su voz arrastrada me obligó a cerrar los ojos con fuerza y abrir la boca cuando, poco a poco, su cabeza empezó a abrirse paso en mi interior—. Te lo voy a meter ahora porque sé que, por más que te chupe o te folle con los dedos, solo te saciarás cuando sientas mi leche bien adentro.

Si el deseo por su tacto no fuera suficiente, sus palabras lo fueron. Y me sentí profundamente agradecida cuando, por fin, se hundió dentro de mí, permitiéndome saborear el peso de su polla gruesa llenándome a la perfección.

Me ajusté alrededor de él, moviendo las caderas para demostrarle mi acuerdo, y recibí, como respuesta, embestidas firmes que me arrancaron el aire de los pulmones, dejándome aturdida de placer.

La sensación era adictiva. Cuanto más me empujaba, más lo deseaba, más anhelaba sentir su cabeza golpeando lo más hondo de mi interior, trayendo de nuevo esa mezcla de dolor y éxtasis de ser tan bien follada.

Él sabía exactamente qué hacer, conocía el ritmo perfecto para volverme loca y lo ejecutaba con maestría, manteniendo mi muslo levantado mientras se hundía cada vez más rápido y con más fuerza dentro de mí. Los obscenos sonidos de nuestro encuentro ahogaban incluso la película, tan empapada como estaba.

Ya no sentía que pudiera controlar mi cuerpo. En realidad, dudaba haberlo controlado alguna vez. Me dejaba llevar por el placer más crudo y tentador, necesitando cada una de sus embestidas.

El orgasmo era inevitable. Mi cuerpo reaccionaba como si solo existiera para esto: para derretirme en su polla y dejarlo tomar todo de mí.

Llevé una mano hacia atrás para agarrarlo por la nuca y usé la otra para apoyarme en el sillón, empujando con más precisión contra él. No me importaba lo pecaminosos que pudieran parecer mis movimientos.

Mis nalgas ardían al chocar contra su pelvis, aunque en verdad lo que quería era que no hubiera ni un milímetro de separación entre nosotros, por más deliciosos que fueran los impactos.

Necesitaba sentir aquella polla dura poseyéndome más que nada en el mundo. Mientras ofrecía mi cuello y hombro para que los

devorara a su antojo, solo podía moverme más rápido, siguiendo el ritmo frenético que él imponía.

Por cómo temblaba y me agarraba con posesión, supe que él tampoco estaba lejos del límite. Notaba su polla palpitar dentro de mí, anunciando su climax. Y solo la idea de sentir su semen llenándome fue suficiente para hacerme caer por completo, gimiendo su nombre mientras lo apretaba dentro de mí, llegando al orgasmo con un placer delirante.

Aunque exhausta, mis caderas siguieron moviéndose contra él. Una sonrisa extasiada apareció en mis labios al sentir por fin su semen caliente dentro de mí, moviéndome más despacio para saborear el delicioso desastre que habíamos creado juntos.

El sexo con Santo siempre era enloquecedor, y con el embarazo, todo se intensificaba. Pero no me importaba. Nada me importaba, la verdad.

Si pudiera tenerlo así cada vez que lo deseara, sería más que feliz la mayor parte del tiempo.

Capítulo 29
Santo Zampieri

Bianca y yo dormimos durante el resto del viaje.

Cuando despertamos, el avión ya se preparaba para aterrizar.

Miami tenía un clima distinto al de Milán. Pasamos de una temperatura más templada y seca a un día caluroso y húmedo. La brisa del mar suavizaba un poco el calor, y era como un equilibrio entre la ciudad donde nací y la ciudad en la que Bianca había nacido y vivido.

No perdimos tiempo y fuimos directamente a nuestra casa.

Bianca seguía adormilada por el viaje, pero se espabiló en cuanto el coche se detuvo frente a la propiedad.

—¿Ansiosa por conocer tu nuevo hogar? —Le tomé la mano para ayudarla a bajar del vehículo—. Bienvenida.

Ella se frotó los ojos con la mano libre y se quedó mirando el lugar con atención.

La mansión, de paredes blancas y detalles en piedra natural, tenía grandes ventanales espejados y rectangulares que cubrían buena parte de la fachada. Rodeada de palmeras que se mecían con la brisa y alcanzaban el tercer piso, tenía un jardín delantero que recordaba a la casa de Massimo y Gabriela en Milán. Pero en la parte trasera, en lugar de un bosque, había una vista privilegiada al mar.

Bianca caminó por el sendero de piedra flanqueado por canteros con flores tropicales hasta quedar frente a una fuente que duplicaba su tamaño y emitía un suave sonido de agua corriente.

—¡Qué lugar tan bonito!

—¿Te imaginas a nuestra hija corriendo por aquí?

Ella asintió levemente con la cabeza.

—Ven, aún hay más —le tendí la mano.

Kamikaze cerró el portón de hierro tras nosotros y empezó a coordinar con el personal dónde debía ir cada maleta.

Bianca y yo rodeamos la casa y le mostré la parte trasera: un embarcadero en forma de Y, con una lancha y dos motos de agua.

—¿Tenemos playa privada? —Corrió a mirar.

—Con arena de Brasil —señalé—. La pedí especialmente. La de aquí es una porquería, dura e incómoda.

Bianca me miró con esos ojos de cachorro que siempre me desarmaban. Al principio intenté evitar su mirada, enfocándome en el horizonte. Pero ya había renunciado a resistirme. Era mejor disfrutar de su belleza y de esos ojos magnéticos por un instante, que vivir con la culpa de no haberlos apreciado lo suficiente.

—¿Crees que podrías sentirte en casa?

Su respuesta fue un abrazo apretado. Y yo lo correspondí, acariciando sus curvas y aspirando el perfume de su cuello.

—Vamos a vivir momentos increíbles aquí. Espero que te guste. Quiero comprar el lugar.

—¿Tú preparaste todo esto? ¿Cómo encontraste tiempo?

—Yo siempre soluciono los problemas de la familia. Este necesitaba resolverse con estilo, ¿no te parece?

Entramos en la mansión por la parte trasera y nos topamos con una cocina de treinta metros cuadrados, súper moderna, con una isla central rodeada de cuatro taburetes altos, electrodomésticos de última generación y armarios que cubrían las paredes hasta el techo.

En toda la casa, el suelo era de mármol blanco con detalles dorados. El techo alto nos hacía sentir diminutos ante la inmensidad de la construcción, y una escalera helicoidal de tono oscuro conectaba con los pisos superiores.

—Quiero que te diviertas explorando el lugar —la animé—. Pero antes de eso, necesito presentarte a alguien.

Bianca frunció el ceño, curiosa, mientras nos dirigíamos hacia la entrada de la casa. Nos encontramos con una mujer alta, de postura erguida, cabello negro recogido en una coleta y con una presencia aún más rígida que la mía.

—Bianca, ella es Yohanna Cavalieri. Es la jefa de seguridad de esta propiedad y tu guardaespaldas personal. Tu sombra. Te seguirá a donde vayas, acostúmbrate a tenerla cerca.

—¿Seguridad? —Bianca abrió los ojos sorprendida.

—Sí. Y no es negociable.

Yohanna hizo un leve gesto con la cabeza y se acercó.

—Bienvenidos. Es un placer conocerla, Bianca. Mi prioridad es garantizar su bienestar, así que finja que no estoy. Mi equipo y yo trabajamos no solo dentro de la propiedad, sino también en toda la ciudad de Miami.

Bianca dudó un momento, pero al final asintió.

—Gracias, Yohanna.

Podía ver que todavía estaba procesando todas las novedades.

Y yo le daría todo el tiempo necesario para que se acostumbrara a esta nueva vida.

—Tengo que salir ahora.

—¿Salir? ¿Ya? —Bianca me agarró del brazo—. Acabamos de llegar.

—Es importante. Tengo que resolver algo. Quédate y descansa. Yohanna y Wilhermina cuidarán de ti. Estaré de vuelta antes de la medianoche, ¿vale?

—¿Te espero despierta?

—Si haces eso, sabes que no me dejas más opción que ponerte a dormir yo mismo —reí y le besé la frente—. Cuida bien de ella, es lo más valioso que hay en este lugar —dije, mirando a Yohanna.

—Con mi vida, Zampieri.

—Perfecto.

Bianca soltó mi brazo, aunque noté un leve gesto de incomodidad en su rostro.

Odiaba dejarla así.

Pero el deber me llamaba.

Capítulo 30
Santo Zampieri

Conduje hasta una iglesia sencilla en el centro de Miami.

La Iglesia de San Judas Tadeo era una estructura modesta pero bien cuidada, con sus puertas abiertas a la comunidad. Allí me encontré con el padre Weller, un hombre de mediana edad con rostro amable y manos callosas, señales de alguien que trabajaba tanto con el alma como con el cuerpo.

—Bienvenido, padre Zampieri.

—Padre Weller —le estreché la mano—. Él es el padre Kamilo.

Kamikaze se comportó con respeto y humildad, como hacía con cualquier hombre mayor.

—Tal como le informé anteriormente, hemos venido a su hermoso estado de Florida con una misión secreta del Vaticano, por lo tanto, no puedo dar muchos detalles.

—No es necesario, padre Zampieri. Me siento honrado de poder servir.

—Y nosotros estamos honrados de ayudar a su comunidad —le puse una mano en el hombro—. Cuénteme un poco sobre este lugar.

—La iglesia es un espacio fundamental aquí: no solo alimenta el alma de los fieles, también congrega, genera un sentido de pertenencia y difunde los valores de Nuestro Señor.

Kamikaze se persignó.

—La mayoría de nuestros feligreses son latinos. Los estadounidenses suelen ser protestantes, así que los que vienen aquí son de familias mexicanas, brasileñas, colombianas, venezolanas...

—Entiendo.

Me condujo a una sala en la parte trasera de la iglesia.

El lugar no era majestuoso como las iglesias del Vaticano, pero tenía calidez. Las paredes estaban decoradas con fotos de eventos comunitarios. Sentados en bancos improvisados, doce niños de distintas edades nos esperaban, todos con ropa gastada y miradas desconfiadas.

—Estos son algunos de los niños que asisten a nuestra parroquia. Muchos viven en la calle en condiciones precarias. Estos no tienen padres.

Los observé, viendo algo familiar en sus ojos.

Era la misma mirada que había visto tantas veces en niños abandonados, perdidos en un mundo que parecía haber renunciado a ellos.

—Hola, pequeños —me agaché para estar a su altura y hablé con voz suave mientras los miraba.

Me observaban con cautela.

—Seguro os preguntáis quién soy y por qué estoy aquí —dibujé una sonrisa leve.

—¿Por qué tiene esa marca en la cara? —preguntó el mayor.

Los más pequeños rieron, pero cuando los miré, se quedaron callados y asustados.

Fruncí los labios y respiré hondo, intentando mantener la voz serena.

—Un hombre malo me hizo esto —pasé el dedo índice por la cicatriz—. Desde entonces, cazo hombres malos para que no puedan hacerle daño a nadie. ¿Conocéis hombres malos?

Fue casi unánime: desde los más pequeños, de unos seis años, hasta los mayores, de trece, todos asintieron.

—¿Y os han hecho cosas malas?

El «sí» se notó en sus miradas.

—¿Y les tenéis miedo?

El más chiquito, con el dedo sucio en la boca, negó con la cabeza.

—Bien. Yo soy el padre Zampieri. Y he venido a ayudaros.

Una niña, tal vez la única, con la cabeza rapada, cruzó los brazos.

—¿Ayudarnos cómo?

—¿Tenéis dónde dormir?

Ella no respondió, pero los demás indicaron que no.

—¿Y qué coméis?

—Lo que los adultos dejan...

—A partir de ahora, vais a tener un hogar.

Vi cómo les brillaban los ojitos y eso me conmovió. Ya había hecho esto muchas veces, y aun así, siempre sentía como si fuera la primera.

—Cada uno de vosotros tendrá una cama, juguetes, clases con buenos profesores. Salud, seguridad... Ningún hombre malo os pondrá un dedo encima. Porque si lo hace, haré que lo pague.

Sus ojos se entrecerraron.

Sí, parecía un monstruo sacado de debajo de la cama. Pero no eran esos niños quienes debían tenerme miedo.

—¿Y qué quiere a cambio, tío?

—Quiero que seáis mis ojos y oídos por todo Miami.

El silencio cayó sobre el grupo.

—Mirad a vuestro alrededor y traedme información. Esta ciudad es enorme, llena de personas, lugares y secretos. Yo necesito saber todo lo que ocurre. Dondequiera que estéis, prestad atención a lo que veáis.

Todos los niños asintieron.

Parecía un trato justo.

—Si conocéis o encontráis a otros niños de otras ciudades de Florida, avisadme. Yo me encargaré de conseguir más casas, más comida, más camas, más profesores, salud y seguridad para todos. Solo tenéis que jugar por ahí sin que os noten, y al final del día, contarme todo.

Asintieron de nuevo y parecieron aliviados.

Me incorporé, tomé de manos de Kamikaze una carpeta de aspecto institucional y saqué de ella un mapa de la ciudad de Miami que coloqué sobre la mesa.

Los niños se reunieron para observar.

—¿Lo veis? Esta es la playa. Aquí está el centro comercial, la iglesia, la plaza...

Les mostré cada elemento del mapa para que entendieran dónde se encontraba cada lugar. Y cuando me pareció que lo habían asimilado, hice una pausa para el almuerzo.

El tiempo que duró mi explicación fue suficiente para que llegaran las fiambreras. Y cuando vieron comida de verdad, los niños se pusieron eufóricos.

Comieron con una voracidad que partía el alma.

La niña mayor parecía cuidar de los demás; repartió pedazos de su carne para que los otros pudieran comer. Al principio se la notaba desconfiada, pero el hambre terminó ganando.

Media hora después, cuando ya habían descansado y yo había repasado todo el mapa, les entregué a cada uno un sobre. Dentro había fotos tamaño carné de todos los familiares de Bianca, tanto por parte paterna como materna.

—¿Conocéis a estas personas?

Algunos guardaron silencio, otros negaron con la cabeza.

—Son estas personas las que quiero encontrar —esparcí las fotos sobre la mesa—. Todo lo que tenéis que hacer es recorrer la ciudad y marcar en el mapa los lugares donde las veáis. Es un juego sencillo, ¿verdad?

Los niños intercambiaron miradas: algunos dudosos, otros intrigados.

—¿Por qué deberíamos confiar en usted? —preguntó la niña, rascándose la nariz.

Me acerqué a ella. Mi tono era firme, pero no hostil.

—Porque ya os han olvidado demasiadas veces. A mí también me olvidaron. Y conozco ese dolor. Hoy, cuando termine el día, volved aquí antes de las nueve de la noche. Aunque no hayáis marcado nada en el mapa, os llevaré a vuestro nuevo hogar, donde tendréis todo lo que os he prometido.

Se miraron entre ellos.

—Pero atención. La casa cambiará de lugar con frecuencia, para que los hombres malos nunca puedan encontrarnos. Así que esta iglesia será siempre nuestro punto de encuentro. Incluso si pasan semanas sin encontrar a esas personas o sin querer decir nada, tendréis igualmente lo que os he prometido. Así sabréis que podéis confiar en mí.

Ella me estudió por un momento y finalmente asintió.

—Está bien. Vamos a ayudar.

Los más pequeños asintieron de inmediato.

—Perfecto —sonreí levemente—. Si necesitáis cualquier cosa, el padre Weller lo escuchará todo y me lo comunicará. Entregadle el mapa cada noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El padre Weller y Kamikaze recogieron las fiambreras vacías y comenzaron a tomar medidas a los niños para la ropa nueva que iba a comprar.

En la calle, necesitaban estar camuflados, pero en su nuevo hogar, quería que tuvieran la comodidad y la tranquilidad de sentirse como niños normales.

—Admirable su labor, padre Zampieri. ¿En cuántos países dijo que ya ha hecho esto?

—En más de treinta. Y en al menos doscientas setenta ciudades —respondí.

—Es reconfortante saber que el Vaticano usa sus recursos para cuidar de los niños.

Lo que el padre Weller no sabía era que ese dinero era mío y provenía de mis negocios particulares.

En un mundo donde todos están distraídos, los mejores ojos siempre son los de un niño. Y no solo eso: eran aliados que nunca olvidaban un acto de bondad. Podían llegar a lugares a los que un hombre como yo jamás podría acceder. Además, contaban con una red de chismes más eficaz que cualquier red social.

—Kamikaze vendrá aquí cada noche para recoger el mapa y dejar uno nuevo —le expliqué al padre Weller—. Hasta que logremos identificar a todos los que buscamos. Le pido total discreción y silencio. El Vaticano lo recompensará al final de la misión con un monto adecuado para mantener viva y próspera su comunidad.

—¡Alabado sea Dios y Nuestro Señor Jesucristo! —Unió las manos en oración.

—¡Alabado sea! —Le puse una mano en el hombro—. Contamos con su apoyo, padre. Es fundamental para esta misión.

—Seré útil, padre Zampieri. Tiene todo mi apoyo y el de mi comunidad.

—Gracias.

Kamikaze y yo salimos de la iglesia y fuimos a recorrer la ciudad, para conocer aquello que hasta ahora solo habíamos visto en Google Maps.

—¿Confía en ese padre?

—Parece ansioso por probar su valor ante la comunidad, así que lo controlaremos a través de eso —lo miré.

—Perfecto. ¿Y los niños?

—Los niños nunca decepcionan. Son capaces de encontrar hasta objetos perdidos.

—¿No cree que los rusos ya los hayan reclutado?

Tuve que reír.

—No, Kamikaze. Cuanto más poderosos son los hombres, más ignoran a los que sienten que están por debajo de ellos. Por eso la Iglesia ha construido y mantiene un imperio: tiene como aliados a los que más necesitan. Un mafioso ruso millonario jamás prestaría atención a eso.

—No los subestime.

—No los subestimo —sonreí—. Los he estudiado. Es distinto.

Pasamos algunas horas en la calle, pero no encontramos señal alguna de aquellos a quienes buscábamos.

Entonces, conduje de vuelta a casa, ansioso por ver a Bianca y asegurarme de que, incluso en medio de todo este caos, ella estuviera bien.

Porque, por más importante que fuera la misión… ella era el centro de todo ahora.

Capítulo 31
Santo Zampieri

Llegué a casa cerca de la medianoche.

Miami era una ciudad fascinante que parecía no dormir nunca: sus playas seguían llenas de vida, los locales de espectáculos estaban abarrotados y en cada rincón parecía haber algo interesante ocurriendo… pero nada de eso era lo que yo buscaba.

Cuando se abrió el portón de hierro, vi a cuatro guardias armados en el trayecto: dos detrás de los muros y otros dos posicionados estratégicamente para disparar desde lejos.

Apenas bajé del coche, vi una silueta en la penumbra del balcón de la suite de lujo.

Bianca tenía el pelo suelto, bailando con la brisa nocturna, apoyada sobre la barandilla mientras me observaba acercarme a la propiedad.

Llevaba un vestido ligero de seda, casi etéreo, y parecía tan fuera de lugar allí como un ángel en un campo de batalla.

Por un instante, simplemente la observé.

Incluso en silencio y sin mostrar su rostro con nitidez, tenía una manera de hacer que todo a su alrededor se rindiera ante su presencia.

—Buen trabajo hoy. Descansa bien —me despedí de Kamikaze.

—Gracias. Voy a revisar cómo están las cosas antes de dormir. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Subí las escaleras y fui hacia mi habitación —que estaba justo al lado de la de Bianca. La puerta de la suya estaba completamente

abierta, como una invitación silenciosa a entrar.

Caminé en silencio hasta poder verla desde otro ángulo, aún apoyada en la barandilla, mirando la ciudad resplandeciente a lo lejos.

—¿Por fin en casa?

Giró el rostro con cierta gracia, y cuando nuestras miradas se encontraron, sentí un calor reconfortante.

—Aquí estoy.

—¿Cómo fue?

—Productivo. He empezado los preparativos para encontrar a tu familia. Solo comenzaré a actuar cuando tenga todas las ubicaciones: dónde viven, a dónde van, dónde se esconden y cometen sus pecados. Me llevará un mes, como mucho.

—Hum… —Encogió los hombros.

—¿Quieres decirme algo? —Me acerqué a ella.

Puse la palma de la mano en su cintura y, con la otra, deslicé los dedos por su brazo hasta entrelazar nuestras manos.

—¿Habitaciones separadas? —preguntó.

—Estamos acostumbrados a eso, ¿no?

—En el Vaticano, sí. En casa de tu hermano fue algo rápido y provisional. Pero… ¿aquí?

—No quiero molestarte.

—¿Molestarme? —rió—. ¿Qué parte de tu presencia me molestaría exactamente?

—A veces tendré que salir en plena noche —expliqué mientras me quitaba el traje negro y desabrochaba la camisa—. A veces volveré muy tarde. Duermo ligero, me despierto varias veces solo para comprobar que todo esté bien.

—Perfecto. Quiero estar al tanto de todo también.

—Bianca…

—A menos que no quieras dormir conmigo en la misma cama, no consigo encontrar una justificación razonable. —Se apartó, se volvió hacia mí y me miró con esos ojos enormes—. ¿No quieres dormir conmigo? ¿Es eso?

—No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? ¿De mi paz mental? —rió—. ¿Crees que podré estar en paz sin saber durante toda la noche si volviste entero o si algún trozo de ti quedó por el camino?

—Vale. Dormiré aquí solo esta noche. Estás en un sitio nuevo y estás tensa.

—Solo esta noche —aceptó, con una mirada que decía claramente que jamás volvería a tener una habitación separada.

Busqué su mano mientras ella permanecía esquiva.

Cuando por fin la tomé, durante un instante, eso fue suficiente.

Era como si no hiciera falta decir nada más.

—¿Y tu día? ¿Cómo fue?

Comencé a desnudarme para darme una ducha. Ella no cambió su expresión ni se escandalizó por mi desnudez; simplemente dividió su mirada entre mis ojos y otras partes de mi cuerpo.

—Estaba acostumbrada a limpiar cuartos de huéspedes desordenados, pero… ¿ser una «niña bien»?

—¿Qué es eso? ¿«Niña bien»?

—Ah, no sé… una mujer con mucho dinero y sin trabajo ni obligaciones, que pasa el día entero sin hacer nada.

—Entiendo.

—O sea, habría sido un aburrimiento si no hubiera encontrado nada que hacer. Por suerte, encontré. Conocí a los empleados de la casa, todos muy educados. La cocinera, en especial, encantadora. Es cubana.

—Qué bien.

—Me enseñó a preparar un plato típico de su tierra. No creo que lo vuelva a hacer, pero fue interesante.

—Lo parece.

—Yohanna es una mujer muy amable detrás de esa armadura de general. Me enseñó todas las cámaras dentro y alrededor de la casa, me explicó más o menos el esquema de seguridad… ¿sabías que hay más de veinte hombres protegiendo la propiedad?

—Protegiéndote a ti —aclaré—. La propiedad no vale nada, solo unos cincuenta millones de dólares. Tú eres insustituible, por tanto, de valor incalculable.

—¿De verdad? —Rió.

Me empujó hacia la cama.

Cuando me senté, apoyó una rodilla en el colchón, me sujetó por los hombros y se impulsó para sentarse sobre mí.

—¿Y con tu hija dentro de mí? ¿Cómo queda ese valor?

—Jodidamente igual al PIB de este país, sin duda.

Le apreté el trasero y empecé a deslizar los labios sobre su vestido.

—Sigue.

—Wilhermina me ha estado enseñando ruso, dos horas al día. ¿Te lo había contado?

—Ajam.

Bianca no llevaba sujetador, y el vestido parecía volverse transparente al verla de cerca. Podía distinguir sus pezones. Comencé a pellizcarlos y a tirar suavemente de ellos, atento a las expresiones de su rostro.

—¿Qué más?

—Conocí la mansión. Además de tres plantas, tiene dos subterráneas. Es una locura.

—Es por tu seguridad total.

—Lo sé. ¿Y tu día, Santo, cómo fue?

—Solo reclutamiento para mapear Miami. Salí yo mismo a conocer la ciudad…

Justo cuando estaba a punto de desgarrar el vestido y morderle los pechos, Bianca me puso la mano abierta sobre la cara, me empujó para que me tumbara en la cama y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Pasaste todo el día fuera, dejándome sola, solo para eso? —Se sentó en la butaca del rincón—. Santo, ¿qué estás planeando? Por favor, no me trates como a una niña.

Suspiré, sintiendo cómo el cansancio del día me alcanzaba.

Sabía que no iba a retroceder.

Me levanté de la cama, me quité el bóxer y fui directo a la ducha.

—Ya te lo dije, estoy creando una red de información para localizar a tu familia.

Bianca bajó la tapa del váter, se sentó y me miró con atención.

—¿Y qué más? Siempre escondes la parte más importante, Santo.

—Algunas negociaciones de armas, personal, refuerzos si hacen falta. Llevo mucho tiempo siendo cura, he escuchado muchas confesiones, conozco el corazón de las personas. Y algo me dice que tu familia…

Interrumpí la frase antes de terminarla.

Ella guardó silencio por un momento, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Cuando al fin habló, su voz era baja, casi vacilante:

—¿Mi familia…?

—No va a colaborar. Tu padre, hijo mediano de una familia que trafica drogas. Tu madre, hija mayor de una familia que trafica armas. Se casan y en menos de un mes tienen que huir. ¿Huir de qué? ¿De quién? ¿Qué clase de familia es esa?

—Tienes razón.

El tema quedó cerrado, hasta que ella volvió con otra pregunta, esta vez relacionada con mi trabajo.

—¿Y esas negociaciones tuyas… implican muertes?

Mi mirada se encontró con la suya, y por un instante, el silencio entre nosotros parecía más denso que el aire.

—No vamos a hablar de mi trabajo.

—Puedo soportarlo, no soy tan frágil como crees. A ti te gusta decir la verdad y a mí me gusta saber en qué me estoy metiendo, así que…

—Depende —respondí al fin, sin apartar la vista.

—¿Depende de qué? —insistió, su voz ahora más firme.

Dejé que el agua fría cayera sobre mi cuerpo mientras la observaba. Esperé a que toda la espuma se escurriera, luego apoyé ambos brazos contra el cristal de la mampara, flexioné los músculos y la miré con seriedad.

—Depende de si intentan quitarte de mi lado.

Hubo un momento en que todo pareció detenerse.

El aire entre nosotros se volvió eléctrico —y yo estaba bajo el agua—, cargado de algo que era al mismo tiempo oscuro, innegablemente real e íntimo.

Sus ojos se abrieron ligeramente, pero no parecía haber miedo en ellos.

Era más bien sorpresa.

—Santo…

La forma en que dijo mi nombre hizo que algo dentro de mí temblara.

Era como si en él llevara todo lo que yo era… y todo lo que podía llegar a ser.

—No me importa que sean la mafia rusa. Ni que tengan quinientos hombres y yo sea solo uno. Quemo toda Rusia, mato a cada uno de ellos, pero no van a quitarte de mí. Tú me perteneces, Bianca.

La vi estremecerse.

Como cuando tenía frío, o sufría un leve ataque de pánico, o estaba en medio de un orgasmo devastador.

¿Qué era? Prefería no saberlo.

—Nadie va a apartarte de mí.

Ella no respondió de inmediato, pero cuando lo hizo, su voz venía cargada de emoción.

—A veces me das miedo.

—Y yo también me doy miedo —admití, porque era verdad—. Siempre estuve ligado a Dios y a mi fe, pero desde el momento en que supe que estabas embarazada de mí… que llevabas un hijo mío… soy capaz de convertirme en un monstruo mucho peor que los de sus pesadillas.

Bianca se inclinó ligeramente, como si pudiera sentir el peso de mis palabras. Se puso de pie, acomodó su vestido y me miró en silencio.

—¿Tienes miedo?

—No. Ya te dije que algunas mujeres prefieren a los monstruos. Y yo soy una de ellas —me guiñó el ojo—, pero…

—Pero…

—Puedes cometer las atrocidades que quieras, matar a toda mi familia y prender fuego a Rusia, a Florida, a toda América.

—Ajam.

—Si vuelves a casa oliendo a otra mujer, te mato.

—No lo has entendido, *principessa rusa* —no pude evitar reírme.

—¿Qué no he entendido? —me miró con enfado.

Y eso me puso duro.

—Tú me perteneces. Y yo te pertenezco a ti.

—Y a Dios —me recordó—. No soy celosa con él, ¿vale?

—Qué mujer más generosa y amable —asentí.

—Pero si miras, piensas o sueñas con otra mujer, seré yo quien mate a toda mi familia, prenda fuego a Rusia y te haga picadillo. Y aún haré un estofado, solo para tener el placer de tenerte dentro de mí una última vez.

—¿Ya te han dicho que estás un poco loca? —esbocé una sonrisa de lado.

—Sí, yo misma, con catorce años, mientras le cortaba el pelo a una chica que le hacía *bullying* a Gabriela —cruzó los brazos—. Ya sabes cómo es. Era pobre, no tenía psicóloga, así que me autodiagnostiqué: loca.

—A ti te gustan los monstruos. A mí me gustan las locas.

—Te gusto yo —dejó claro—. Para tu propio bien.

Y salió caminando con ese andar que me arrastraba, rumbo al dormitorio.

Capítulo 32
Santo Zampieri

Tardé una semana entera en localizar a los miembros más importantes de la familia de Bianca.

Durante los tres primeros días, los niños seguían desconfiando y no entregaron ninguna información, aunque sí disfrutaron de los beneficios. El cuarto día, empezaron a decir dónde habían visto a los Durov y a los Zagovor por la ciudad.

Con esa información y el apoyo de ellos, colocándolos estratégicamente donde habíamos encontrado a los demás, logré localizar a toda la familia.

Después de eso, necesité dos semanas y media más para mapear a cada uno: a dónde iban, qué hacían, con quién se reunían.

Había una razón por la cual la *Bratva* internacional no había encontrado a sus ovejas descarriadas: se habían mezclado con mexicanos, brasileños y caribeños —aunque los trataran como inferiores y los usaran como carne de cañón, es decir, para las tareas más peligrosas.

Los Durov y los Zagovor vivían y se movían como sombras, camuflados en extremos opuestos de aquella ciudad.

En líneas generales, Miami y todo el sur de Florida, con sus playas incluidas, estaban dominados por los Zagovor, que traficaban armas a través de sus barcos que cruzaban los océanos y regresaban con mercancía.

El norte de Miami marcaba la frontera controlada por los Durov, que tenían influencia sobre toda la zona oeste de Florida.

Cuando terminé esa fase del trabajo, sabía dónde estaban todos, pero eso no significaba que fuera fácil acercarse.

El siguiente paso era tratar con los *Sovetnik*[8] de cada lado; eran el equivalente a los *Consigliere* de la mafia italiana, con la que yo estaba más familiarizado, pero en la *Bratva*, los cargos eran menos centralizados.

Aun así, los *Sovetnik* eran figuras respetadas, vistas como guardianes de las familias, estrategas que custodiaban toda la información importante: desde movimientos bancarios hasta linajes y registros de iniciación en la mafia rusa.

Empecé por los Durov.

Eran conocidos por tener más hombres en acción y dominar las noches y fiestas de toda Florida.

Conduje hasta un almacén abandonado a las afueras de la ciudad, un lugar que parecía escogido a propósito por su discreción.

Kamikaze se quedó en el coche, monitoreando el perímetro mientras yo entraba solo.

Los hombres de Durov me recibieron con desconfianza.

Dos matones armados me bloquearon el paso antes incluso de que pudiera dar dos pasos.

—¿Qué quieres aquí? —gruñó uno de ellos, con la mano sobre la funda de su arma—. No vendemos alcohol a personas, solo a discotecas y clubes.

Mantuve una postura relajada, pero mi mente estaba alerta, calculando todos los escenarios posibles.

—Vengo a hablar con vuestro *Sovetnik*.

Eso pareció descolocarlos.

Los hombres, que eran más grandes que yo, se quedaron paralizados y se miraron entre sí, preguntándose cómo un italiano de nariz aguileña y una cicatriz que le cruzaba la cara sabía algo así.

—No sabemos de qué estás hablando.

—He sido enviado por la *Bratva* Internacional. —Mostré el anillo en mi dedo corazón.

Lo miraron, admirados y con cierto temor.

Uno salió corriendo hacia una habitación del fondo. El otro me sostuvo la mirada con frialdad.

—Espera aquí.

—Qué amable, gracias.

Escuché gritos, y luego el regreso del otro matón.

—No está disponible, ni siquiera para la *Bratva* Internacional —cruzó los brazos, como si pensara impedirme el paso.

—Querrá oír esto —insistí.

Pero ambos se rieron, como si mi presencia les pareciera un chiste particularmente bueno.

—Escucha, cura, no nos interesa lo que quieras. Vete antes de que tengas problemas.

Suspiré, saqué del bolsillo una tarjeta negra con un número grabado en dorado y una cruz encima. Sin decir nada, se la tendí al segundo hombre y lo miré directamente a los ojos.

—Entrégasela. Dile que la hija de Markus Durov y Zoya Zagovora ha sido reconocida por la *Bratva* Internacional y quiere reunirse con la familia. Y que me han encargado a mí ser el nuevo *Sovetnik* de su clan.

—¿Tú? ¿Un cura italiano? —Rieron.

—Escucha, chaval —me rasqué la nuca—. No te rías mientras me miras la cara —señalé la cicatriz— o te evangelizo a hostias.

Parpadeó, como si no hubiera entendido.

—¿Eso es una amenaza?

—Voy a partirte la cara de tal forma que verás a Jesús antes de que se te salte un ojo. Así que borra esa sonrisa y entrega la tarjeta.

Uno sacó el arma. El otro se me vino encima.

Rápidamente salté por encima de la mesa hacia el que me apuntaba, girándole el arma hacia su compañero. El disparo le dio en el cuello, y el hombre cayó como un saco de patatas.

Al matón que quedaba, le di un codazo en la nariz. Soltó el arma. Arranqué el crucifijo afilado de mi cuello y lo clavé en su mano, contra la mesa de madera sucia.

Escuché su grito mientras me agachaba para quedar a la altura de sus ojos, asegurándome de que viera bien mi rostro.

—Da. La. Puta. De. Mi. Tarjeta. A. Tu. Jefe. Cabrón. O. Te. Anticipo. El. Día. Del. Juicio. Final —le dije despacio, mirándolo a los ojos, solo para asegurarme de que lo había entendido.

Y cuando vi la confirmación, arranqué el crucifijo de su mano, dejé la tarjeta sobre el agujero que había dejado y me marché descargando su arma, tirando las balas una a una por el suelo y dejando el arma en la puerta.

—¿Qué tal fue? —preguntó Kamikaze.

—Es muy difícil ser cristiano en los tiempos modernos —suspiré—. Conduce.

—Sí, señor.



El siguiente encuentro fue con los Zagovor.

A diferencia de los Durov, eran menos formales, más abiertos al diálogo, pero eso no significaba que fueran menos peligrosos.

Su Sovetnik, un hombre llamado Nikita, aceptó reunirse conmigo en un restaurante ruso discreto en el centro de la ciudad.

El lugar era pequeño, pero bien decorado, y había en el aire un aroma reconfortante a *pirozhki*[9] y sopa caliente.

Nikita era un hombre de mediana edad, robusto, con la mirada de un carnicero cuando le pides que te quite la grasa de la carne. Estaba sentado en una mesa del fondo, rodeado por dos hombres que, claramente, no estaban allí para comer.

—Padre Zampieri —saludó, haciendo un gesto para que me sentara—. He oído que usted es bueno haciendo preguntas. Vamos a ver si también es bueno dando respuestas.

Me senté, manteniendo la calma a pesar de la tensión.

—Se rumorea, en voz baja, que disparó a un Durov. ¿Es cierto?

—Su compañero no sabía apuntar bien, un lamentable accidente laboral. Espero que el Ministerio de Trabajo resuelva esta triste e infeliz circunstancia.

—Aquí siempre bebemos vodka cuando un Durov o uno de sus hombres muere. —Preparó el vaso.

—Qué maravilla. Bebamos, entonces.

—Padre Zampieri...

El hombre entrecerró los ojos. Parecía más despierto y animado tras beber. Confieso que sentí el alcohol explotar en mis venas, pero no lo dejé ver.

—¿Sí?

—Se rumorea...

—Rumores, cotilleos, susurros... vaya directo al grano. —Crucé las piernas.

—Que está usted acompañado de la heredera de Markus Durov y Zoya Zagovora. —Acarició su barriga prominente—. Sí, hemos oído algo sobre una muchacha que estuvo escondida en Brasil, último lugar donde buscamos a los dos. ¿Se ha hecho prueba de ADN?

—Sí, señor. Y cuando la vea, no tendrá dudas del parentesco.

—¿La *Bratva* Internacional la ha reconocido?

—Se reunió personalmente con Yekaterina Zagovora. —Al mencionar ese nombre, el hombre incluso se enderezó—. Y con Lyudmila Durova. Recibió ambos broches, de las dos jefas de familia. Y yo recibí este precioso anillo —se lo mostré— que no vale más que uno de diamantes, pero creo que transmite un mensaje.

Examinó la pieza: una calavera en el centro, flanqueada por dos águilas. La calavera llevaba una corona con cruz y, debajo, florecían cinco rosas, en representación de las cinco familias de la *Bratva*.

Gruñó algo a sus hombres en ruso. No entendí ni una palabra.

Después se volvió hacia mí:

—¿Y qué piensa hacer con ese anillo, padre Zampieri?

—No lo sé, quizá convencerles de que colaboren.

Nikita rió, un sonido breve y sin humor.

—¿Colaborar? ¿Usted cree que somos qué? ¿Vecinos amigables?

—Creo que son pragmáticos. Y el pragmatismo exige cooperación cuando es del interés de ambas partes.

Cogió un vaso de vodka y lo giró lentamente en la mano antes de responder:

—La verdad, Zampieri, es que estamos desconectados de la *Bratva* Internacional. Aquí esto es algo más local. Los rusos allá fuera viven otra realidad. Aquí, las cosas son diferentes. Las alianzas no son las mismas, los desafíos son otros. Y esa muchacha, descendiente de ambas familias... no significa nada.

—Entiendo. Dígame, señor Nikita, ¿alguna vez le han dado por el culo?

—¿Qué?

—Con arena. Arena de esa gruesa, de estas playas de mierda de Miami, justo en la rayita. Luego, meterle una polla del tamaño de un caballo, hasta que sienta que le roza el intestino. Dígame, ¿alguna vez le han dado por el culo?

El hombre miró a sus lados, encaró a sus hombres, luego parpadeó, desconcertado.

—No.

—Perfecto. Que esté usted pagando esta cena no significa que yo vaya a follarle el culo, señor Nikita.

—Eso espero. —Parpadeó, aún aturdido.

—La *Bratva* Internacional me envió a esta preciosa tierra de arena áspera para recordarles de dónde vienen, que fue con su dinero que ustedes se establecieron aquí y que tienen planes más grandes para ambas familias. Necesitamos que los Zagovor y los Durov, juntos...

—Espere —me interrumpió—. Nuestras familias jamás trabajarán juntas. Antes preferimos matarnos que sentarnos en la misma mesa.

—Señor Nikita, no sé si estoy dando una impresión equivocada, pero no tienen elección.

—Sí que la tenemos. Estamos en nuestra tierra. Armados hasta los dientes. Con nuestros hombres.

—Por el bien de la virginidad anal de su familia, escúcheme. —Junté las manos frente al rostro, como si fuese a rezar—. Estoy intentando resolver esto de forma pacífica. Pero si tengo que disparar, haré una breve oración antes, mataré a todos ustedes y seguiré con mi vida.

Se echó a reír.

—¿Usted? ¿Un cura?

—No se ría mientras me mira a la cara.

Dejó de reír al instante. Parecía estar bien informado sobre las consecuencias.

Murmuró unas palabras en ruso y sus hombres parecieron ponerse en alerta, así que hice una señal discreta que solo Kamikaze y yo entenderíamos.

Se hizo un silencio denso antes de que respondiera:

—Escuche, padre Zampieri, no tenemos interés en nada de esto. Como acto de buena fe por haber matado a un Durov, y que Dios lo bendiga...

—Nunca use el nombre de Dios en vano delante de mí —lo advertí, con una mirada más dura que la que él había lanzado cuando se rió.

Se removió en la silla de nuevo, como si estuviera sentado sobre un montón de clavos.

—Lo dejaremos ir... regresar... a su tierra —carraspeó— y dejarnos en paz.

—Tan solo lleve mi mensaje a su jefe, el hijo de Yekaterina Zagovora. Lo demás, él lo decidirá.

—Yo soy el Sovetnik. —Se golpeó el pecho—. Yo lo asesoro. Y le digo claramente que no habrá unión entre las familias, no cooperaremos con los Durov y no queremos líos con un sacerdote católico, somos temerosos de Dios y respetuosos con la sagrada religión.

—Que Dios lo bendiga. Ahora váyase a tomar por culo —dije con calma.

Me estudió durante un largo momento antes de hacer una señal a uno de los hombres a su lado.

Este sacó algo del bolsillo: un sobre, repleto de dinero.

—¿Qué es esto?

—Dinero. Para que lo coja y se largue.

—Señor Nikita, ¿tengo cara de puta?

El hombre carraspeó e intentó levantarse.

Saqué el crucifijo de mi cuello y lo clavé en su mano, fijándola a la mesa de madera. Me incliné hacia delante hasta que nuestras narices casi se tocaron, para hablar de hombre a hombre.

—¡Conteste!

Abrió los ojos como platos, paralizado.

Sus hombres se levantaron para intervenir, pero Kamikaze les apuntó con una pistola al cuello a cada uno. Soltaron sus armas y se volvieron a sentar.

—¿Tengo cara de puta?

—No.

—¿Está teniendo sueños eróticos conmigo?

—No.

—¿Se me imagina en cuatro mientras hablamos?

—No.

—Entonces, ¿por qué quiere joderme?

Apretó los labios.

—¿Eh? —grité—. ¿Alguna vez se ha follado a un sacerdote católico?

—No...

—Entonces, ¿qué le hace pensar que, al ver al primer sacerdote católico italiano guapo de su vida, puede joderle?

—No lo sé... usted...

—Tiene tres días para avisar al jefe de su familia de lo que acabo de decirle. Quiero una respuesta. —Dejé mi tarjeta sobre el agujero sangrante de su mano cuando arranqué el crucifijo—. Hasta la mañana del lunes. El fin de semana tengo misa, estoy ocupado. No me interrumpa o, lo juro por Dios, presenciará una recreación bíblica que haría temblar hasta al más loco de los suyos.

Me colgué el crucifijo ensangrentado al cuello, me levanté y recogí las armas de los dos idiotas.

Hice lo de siempre: saqué las balas una por una, las lancé a la acera y tiré las piezas en mitad de la calle, luego subí al coche.

Kamikaze se sentó al volante, tan frustrado como yo.

Vimos a los hombres, aún en shock, levantarse y correr hacia el interior del restaurante. Me daba igual si pedían refuerzos o algo por el estilo, el coche era blindado y yo tenía suficiente armamento como para reducir ese sitio a polvo.

—¿Y ahora?

—Ahora reza, hijo. Pide a Dios que interceda o tendré que actuar.

Kamikaze asintió, el ceño fruncido.

—Necesitamos un sacerdote ruso o que hable ruso —comenté —. Solo podemos confiar en los nuestros.

—Conseguiré uno. Dame una semana, dos como mucho.

—Solo hay que enviar la documentación al obispo Montanari para que la firme. Él mueve los hilos en el Vaticano y nadie sospechará.

—Misteriosos son los designios de Dios. —Cerró los ojos e hizo una breve oración.

—Misterioso va a ser cómo esta arena áspera de playa desaparece en menos de una semana.

Capítulo 33
Santo Zampieri

El *Matrioska* era un club en Opa-Locka, prácticamente en la frontera entre el territorio de los Durov y los Zagovor.

El espectáculo empezaba ya desde fuera: parecía una miniatura de un castillo ruso, con cúpulas exuberantes y coloridas coronando las torres. Por dentro, era un auténtico pandemónium: luces de neón parpadeando sin cesar sobre paredes de piedra blanca, el estruendo de la música electrónica explotando junto con cuerpos bailando como locos por todas partes.

Era Sodoma y Gomorra.

Y yo era uno de los ángeles que venía a advertir que todo aquello pronto se convertiría en sal.

Bianca parecía pertenecer a ese lugar de un modo en el que yo jamás podría.

Ese era uno de sus talentos: era sociable, divertida y le encantaba una buena fiesta, como si fuera su hábitat natural.

—Ve a divertirte un poco, yo tengo que ocuparme de mis asuntos.

—¿Estás seguro de que no quieres bailar? —me tiró de la mano.

—Después. —Asentí con la cabeza—. Kamikaze, vigílala desde una distancia prudente.

—Vale.

Me quedé atrás, centrado en el verdadero motivo por el que estábamos allí: encontrar al Sovetnik de la familia Durov.

El Matrioska no era solo una discoteca trepidante, era un símbolo de poder y una demostración de que el narcotráfico podía

camuflarse en cualquier sitio si había dinero de por medio.

Eché un vistazo panorámico al local, observé el escenario elevado donde el DJ parecía completamente ido mientras pulsaba botones, el palco repleto de mesas exclusivas en los pisos superiores, y entonces la vi: una zona pequeña, casi imperceptible, rodeada de hombres que parecían más armarios empotrados que seres humanos.

—Ojalá esto se resuelva hoy, estoy hasta las narices —murmuré.

La gente saltaba y bailaba a mi alrededor mientras yo avanzaba lentamente hacia mi objetivo.

Al subir las escaleras, vi a Bianca bailando, suelta y despreocupada. Escaneé el entorno, buscando un rostro que coincidiera con la foto que llevaba en mi mapa mental.

Tardé unos minutos en dar con él, hasta que lo vi salir de una oficina y comenzar a descender entre la multitud.

La música me martilleaba el cerebro, pero me obligué a mantener el foco.

Era un hombre algo más joven que Nikita, con cuerpo atlético y un traje impecable. Se detuvo a mitad de camino, rodeado de cuatro guardaespaldas, hablando con una mujer que llevaba solo un biquini.

Respiré hondo y caminé hacia él.

Sus hombres ya me habían detectado antes de que me acercara, y sus miradas dejaban claro que mi presencia no era bienvenida.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó uno de los guardias, bloqueándome el paso.

—Estoy aquí para hablar con él.

El guardaespaldas no se movió. Crucé los brazos, sin apartar la mirada.

—Dile que Santo Zampieri quiere hablar con él. Lo entenderá.

El hombre dudó, pero finalmente se giró para susurrarle algo al oído del Sovetnik. Él me miró con cierto desprecio que no lograba entender, siendo yo una persona de rostro afable y modales civilizados.

Me autorizaron a acercarme, pero los guardias seguían pegados a mí, listos para intervenir.

—¿Fuiste tú el que entró en mi almacén? —Se quitó el puro de la boca y me señaló.

—Fui yo. ¿Recibiste mi recado?

—No estamos interesados. Yo soy el Sovetnik de esta familia, no habrá otro. Prescindimos de tu ayuda.

—No vine a ayudar, vine a poner orden en la casa. —Me acerqué lo suficiente como para clavarle el crucifijo en el cuello, pero Dios me contuvo la mano—. Estoy con la hija de Markus.

—Ella será bienvenida en la familia si reniega de los Zagovor. Tú no.

—Está embarazada. De mí. Así que pertenezco a esta familia. Iniciación de sangre.

El hombre me miró con desprecio, como quien pierde un juego con reglas claras y aún así se niega a aceptar la derrota.

—No te reconocemos como uno de los nuestros, italiano.

—La *Bratva* Internacional sí. Y estoy aquí para representarlos como nuevo Sovetnik de ambas familias, unidas, para que cumplan sus votos. —Llené el pecho para proclamar su lema sagrado—. «Somos una hermandad, un sindicato, somos una *Bratva*». Parece que al ruso se le ha olvidado.

Alzó una ceja, como si estuviera más entretenido que interesado.

—Nuestra contraoferta es clara: la hija de nuestro hermano es bienvenida. Tú, si quieres ser su perrito, también. Pero no aceptaremos consejos, ni de la *Bratva* Internacional ni de un italiano.

—Mis consejos son buenos.

—A la mierda tú y tus consejos. Estás tratando con un ruso.

Asentí sin dudar.

—Tienes hasta el lunes por la mañana para darme una respuesta. Creo que ya tienes mi tarjeta. No me llames el fin de semana, estaré ocupado en misa. Me irrita que me interrumpan.

Su sonrisa se ensanchó, pero era una mueca vacía, cargada de desprecio.

—No te metas en los asuntos de mi familia, italiano, o el lunes por la noche dormirás con los ojos abiertos.

Sonreí con sinceridad.

Como un adulto que escucha amenazas de un niño y, aunque sabe que el crío es capaz de cosas bizarras, no deja de parecerle adorable que crea que puede asustar a alguien que le triplica en tamaño.

—Baila mientras puedas. —Me dio unas palmadas en los hombros.

—Gracias por escucharme, Sovetnik.

—Ha sido un placer conocerle, señor Zampieri. Pero en la familia Durov solo hay espacio para un consejero, y ese puesto ya está ocupado. Buenas noches.

Con eso, se alejó, sus guardaespaldas formando una barrera mientras lo escoltaban fuera del club. Lo observé marcharse, con la frustración ardiendo en el pecho, pero con la conciencia tranquila: había intentado negociar pacíficamente, como le prometí a Yekaterina y Lyudmila.

Y ellas sabían que, una vez que la diplomacia fracasara, lo resolvería a mi manera.

Volví a la pista, intentando enfriar la cabeza.

Fue entonces cuando vi a Bianca.

Estaba rodeada por una pequeña multitud, pero era imposible no verla. Bailaba con una gracia natural, sus movimientos tan fluidos

que parecía una extensión de la propia música.

Pero mi atención se centró en un hombre cerca de ella. Estaba inclinado, diciéndole algo al oído, con una actitud demasiado íntima para mi gusto.

Bianca parecía incómoda, pero intentaba mantener la compostura.

Busqué a Kamikaze y no había ni rastro de él.

Me dirigí hacia ellos, contando los pasos.

Al llegar, me metí en el ritmo de la música, moviéndome como si fuera un bailarín más en la pista. Me coloqué entre él y Bianca y le lancé una sonrisa invitadora, como un loco que invita a un desconocido a un trío.

—¿Qué pasa, tío? —me saludó.

—¿Alguna vez te han lamido el culo?

—¿Qué? —Frunció el ceño y se acercó.

—Te pregunté si alguna vez te han lamido el culo.

—No... ¿por qué?

—Porque si vuelves a acercarte a mi mujer, te arrancaré la lengua por la garganta y te la meteré por el culo hasta que te salga por la boca. Te aseguro que será una delicia, aunque no sentirás nada… porque estarás muerto.

Dejó de bailar. Yo seguí.

Me miró con cierto terror, y yo acaricié el crucifijo afilado que colgaba de mi cuello, pulido y limpio, listo para cumplir su función.

Salió corriendo y yo seguí bailando.

—No hacía falta hacer eso —rió Bianca—. Es normal en una discoteca.

—Arrancar lenguas y metérselas por el culo es normal en mi temperamento —reí con ella.

—Celosito.

—Ni te imaginas. —Me puse serio de repente—. ¿Dónde está Kamikaze?

—Salió a tomar aire. Una tía se le estaba restregando y huyó.

—El buen cristiano no tiene un día de paz. —Negué con la cabeza.

Ella soltó una carcajada, y ese sonido fue como un bálsamo para mi frustración acumulada.

—¿Qué tal con el consigliere?

Dudé un momento, eligiendo con cuidado mis palabras.

—Fue genial, increíble. Pronto te reunirás con tu familia.

—¡Sabía que lo lograrías! —Me abrazó—. Ven, vamos a celebrarlo bailando.

—No, yo no bailo.

Intenté resistirme, pero era imposible negarse a esa determinación.

Me arrastró hacia ella, sus manos sujetando las mías mientras comenzábamos a movernos al ritmo de la música. Era un ritmo que no entendía, pero Bianca lo dominaba por completo.

Por un instante, olvidé dónde estábamos, quiénes éramos y todo lo que estaba en juego.

Éramos solo ella, la música y yo.

Bianca tenía razón: era momento de disfrutar, de divertirse y vivir el ahora.

Porque donde las luces de neón parpadeaban en las paredes, yo podía ver sangre chorreando por ellas. Y en lugar de las bolas de espejos colgando del techo, podía imaginar cuerpos ahorcados con sus propias tripas, y en lugar del sonido esquizofrénico, los gritos de pánico y terror eran nítidos junto al fuego devorándolo todo.

—¿Qué quieres hacer después de esto? —me sacó del trance.

Y la verdad es que solo una cosa podía devolverme el equilibrio, devolverme la paz.

¿Ayuno y oración?

—Follarte en el asiento trasero de un coche.

—Tendría que ser un coche grande, tipo limusina —respondió, como si ya estuviera lista.

Y eso era precisamente lo que más me encantaba de ella.

Capítulo 34
Santo Zampieri

No existía la posibilidad de no rendirme ante Bianca.

Todo en ella me atraía, me enganchaba, me trastornaba hasta el punto de solo quererla, de querer estar junto a ella, dentro de ella, y no había motivo suficientemente poderoso —en el cielo, la tierra o el infierno— que lograra impedirme ceder a ese instinto tan arraigado en mí.

Por eso, no supuso ningún problema tener una limusina esperándonos al salir de la discoteca.

Por muy visceral que fuera mi deseo, el bienestar de Bianca siempre vendría primero.

Claro que podría habérmela follado mientras conducía, o llevarla al asiento trasero de nuestro coche para saciar ese anhelo, pero nunca la sometería a riesgos o incomodidades innecesarias.

Si una limusina era la mejor opción para satisfacer nuestros impulsos, entonces una limusina tendríamos. Al fin y al cabo, yo estaba siempre dispuesto a complacer a mi mujer.

Dentro del vehículo, con la división convenientemente cerrada para evitar miradas del chófer, no perdí ni un segundo en atraerla hacia mi regazo y besar su boca.

Sí, estábamos en un coche que, aunque mucho más cómodo que los habituales, no era el lugar ideal para follar con una mujer embarazada. Y en el poco raciocinio que me quedaba ante la excitación, intentaba no ser demasiado brusco para no lastimarla sin querer.

Pero la verdad era que a Bianca parecía importarle muy poco la adversidad del lugar, y no me opuse cuando salió de mi regazo

para arrodillarse entre mis piernas, ágil y segura al abrirme el pantalón para liberar mi polla.

Mi deseo era tomarla de una vez para saciar el hambre que sentía por ella, pero la mirada llena de anhelo que Bianca le dedicó a mi polla me hizo sentir culpable por siquiera considerar negarle lo que tanto quería.

Contenía la respiración cuando su lengua deslizó por toda mi longitud.

Literalmente, sentía su esfuerzo por recorrer cada vena marcada de mi polla, embadurnando cada centímetro con su saliva sin importarle que gotas de líquido preseminal se mezclaran con su desastre húmedo.

De hecho, Bianca parecía sedienta al saborearme, concentrándose en mi glande para deleitarse a su antojo.

Agarré su cabello con firmeza, no para guiarla, sino como punto de apoyo mientras observaba su boca cálida y suave chupándome con perfección.

En sus ojos leía lo satisfecha que se sentía al hacérmelo.

Era más que una tentación: era el deseo hecho carne, estimulándome directamente y volviéndome adicto a sus actos.

La verdad era que Bianca podía chupármela cuanto quisiera, durante el tiempo que considerara oportuno, y yo siempre estaría allí, dispuesto a complacerla.

Poco a poco me llevó más profundo en su boca, alternando el cuidado para no provocarse náuseas con la intensidad de su propio placer.

Quería tener fuerzas para atraerla hacia mí de una vez, pero mi polla parecía adicta a sus labios, segregando preseminal en abundancia, como para avivar aún más su hambre.

Los sonidos obscenos que escapaban de su garganta se mezclaban con mis gemidos incontrolables.

Y al notar lo duro y palpitante que estaba, tuve que actuar: agarré la base para apartarla de su boca, restregando mi glande empapado por su rostro, sus labios hinchados y rojos por su esfuerzo.

La satisfacción de saber que yo la había puesto así era indescriptible.

—Ven aquí —gruñí, cansado de contenerme.

La obligué a ponerse de pie, agachándose un poco por la altura del techo del coche, para deslizar mis manos bajo su vestido y quitarle las bragas mientras mis labios rozaban su vientre abultado.

Más tarde le dedicaría la atención que merecía ese vientre perfecto, pero por ahora, otras partes del cuerpo de Bianca reclamaban mi urgencia.

En cuanto nos deshicimos de esa prenda innecesaria, Bianca, sin mediar palabra, se giró de espaldas antes de sentarse en mi regazo, frotándose contra mi polla de la manera más obscena —y ardiente— que pudiera imaginar.

Se aseguró de agarrarla por la base para restregarla contra su coño, usándola literalmente para masturbarse, y lo único que necesité para tomar el control fueron sus gemidos entrecortados.

Decidí agarrar yo mismo mi verga por la base, alineando la cabeza con su entrada para, por fin, penetrarla, gimiendo al unísono con mi mujer.

Nuestros movimientos comenzaron casi de inmediato; ninguno de los dos podía aguantar tanto deseo.

Bianca se movía sobre mí con la firmeza de quien sabía que mi polla le pertenecía, mientras yo embestía hacia arriba, necesitado cada vez más de su coño.

Ni siquiera lo pensé cuando apreté sus pechos con ambas manos de manera posesiva, antes de bajar mi derecha directamente a su clítoris, jadeando al sentir cómo temblaba al estimularlo al mismo ritmo que la follaba.

Ella apoyó su cabeza en mi hombro, gimiendo y llamándome, mientras su mano izquierda apretaba la mía, animándome a castigar más su pecho, algo que hice con gusto.

Alterné entre apretar su suave carne con toda mi mano y provocar sus pezones con las yemas de mis dedos, sintiéndolos duros incluso bajo la tela del vestido —puesto que, por el diseño, no llevaba sujetador—.

Me deleité con la forma desesperada en que Bianca apretó mi polla dentro de sí, dejando claro lo placentero que todo esto era para ella.

Su coño estaba cada vez más resbaladizo, facilitando mis embestidas.

Era adictivo: por muy lubricada que estuviera, Bianca seguía apretada y ansiosa por más, arqueándose y usando su mano derecha para sujetar su vientre, ganando equilibrio para rebotar deliciosamente sobre mi polla.

Estaba enloquecida, tan consumida por el placer como yo, y lo único que podía pensar al verla mirar hacia atrás solo para clavarme los ojos mientras subía y bajaba, era que aquella mujer era la criatura más hermosa creada por Dios, moldeada exactamente para mí.

Una prueba tangible de que lo divino, el paraíso, existían.

Recordar las miradas de deseo de otros hombres hacia ella despertó en mí una ira desconocida, una posesividad nunca antes experimentada.

Bianca era mía.

Completamente mía.

Me pertenecía por entero.

Y quien se atreviera a pensar en tener algo con ella merecía ser eliminado solo por esa osadía—. Pero como no iba a interrumpir lo nuestro por nada en este mundo, necesitaba desahogar ese

sentimiento de posesión —y pertenencia— de otra forma. De un modo mucho más provechoso para los dos.

Sin previo aviso, detuve a Bianca y la aparté de mi regazo para tumbarla en el asiento de la limusina. Me arrodillé entre sus piernas, levantándolas sobre mis muslos antes de penetrarla de nuevo. Un gemido escapó de mis labios, pura satisfacción al sentir su calor envolviéndome otra vez.

No entendía cómo era posible, pero ni tres segundos fuera de ella y ya añoraba su interior. Necesitaba su cuerpo con un ansia que nunca menguaba, por mucho que a veces intentara resistirme.

Mis embestidas regresaron, fuertes y sin escapatoria para Bianca —no que ella quisiera huir, claro—. Las expresiones de placer que cruzaban su rostro dejaban claro cuánto disfrutaba de lo que le hacía.

Me incliné para morder su pecho, chupándolo con fuerza, con la clara intención de marcarla. No me conformé con una sola vez: dejé mi huella en ambos senos entre embestidas, feroz en cada movimiento.

Bianca no hacía más que gemir y pedir más, tan insaciable como yo, probablemente sin saber lo irresistible que era, completamente entregada.

—S-soy tuya… S-soy tuya…— musitaba como una melodía que calmaba a la bestia dentro de mí, llenando mi pecho de una satisfacción brutal.

Me separé de sus pechos para retomar mi posición, concentrándome únicamente en follarla. Bianca estaba tan empapada que hasta mojaba mi pantalón. Me miraba con pupilas dilatadas y una expresión suplicante, al borde del orgasmo.

No era quien para negarle un deseo tan explícito. Sabía que mi límite estaba cerca, así que volví a masajear su clítoris con el pulgar, acompasando el ritmo de mis embestidas. Admiré cómo se apretaba alrededor de mí al correrse, deliciosamente.

Era demasiado para mi cordura. Y lo peor —o mejor— era que ya ni me importaba enloquecer por ella. Exploté dentro suyo con un pensamiento claro: todas las veces que volviera a correrme en esta vida, sería dentro de esta mujer.

Bianca seguía retorciéndose, temblorosa por el orgasmo, cuando —sin separarme de ella— la senté de nuevo en mi regazo. Busqué su boca para besarla mientras mis manos recorrían su cuerpo.

Era un adicto, un esclavo de esa mujer. Devoto como nunca creí posible. Y si eso me condenaba al infierno, no me importaba: el paraíso dentro de ella valía cualquier eternidad en llamas.

Capítulo 35
Santo Zampieri

El fin de semana pasó volando y fue increíblemente agradable.

Era como esa paz que precede a la guerra, y yo luchaba por mantener intacta la realidad de Bianca, sagrada, para que no se diera cuenta de que, fuera de esos muros, todo se había vuelto un caos.

Los rusos habían empezado a cazarme por Miami. Incluso llegaron a hospedarse en el hotel de mi familia e irrumpieron en algunas habitaciones.

Los niños que actuaban como mis ojos y oídos en la ciudad dijeron que varios hombres que teníamos identificados estaban cambiando sus rutas, frecuentando lugares nuevos e incluso cruzando fronteras de mafias para iniciar peleas. Debían pensar que yo estaba trabajando para un bando o para el otro.

El domingo el sol brillaba alto en el cielo, hacía calor, y yo me preparaba para iniciar mi guerra.

—Padre Zampieri, qué reconfortante es oír su voz. —Ethan Evans, el hombre que me reclutó para esta misión, me llamó desde un móvil desechable de Wilhermina—. Actualíceme sobre los planes.

—No quieren colaborar.

—Entonces ya sabe lo que tiene que hacer. Tiene permiso.

—Necesitaré apoyo táctico.

—¿Cuántos hombres y armas necesita?

—Sí.

Aquello significaba: «Envíe todo lo que tenga, sin importar cuánto».

Él se rió al otro lado de la línea.

—Su paquete llegará el próximo fin de semana. Hasta entonces, mantenga todo bajo control.

A pesar de la tensión creciente más allá de los muros de la propiedad, la casa estaba rodeada de un silencio reconfortante, apenas interrumpido por el sonido de las olas calmas golpeando contra el embarcadero privado.

Bianca apareció con una sonrisa despreocupada, vestida con un bikini negro y unas gafas de sol que la hacían parecer una visión.

—¿Por qué tienes esa cara de tensión?

—Cosas del trabajo. No quiero preocuparte con eso.

Se echó el pelo hacia atrás y dejó ver su vientre, que crecía más cada día.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —Miró hacia la inmensidad azul—. Aprovechar este día tan bonito. ¿Vas a quedarte ahí parado o me vas a enseñar cómo funcionan esas motos acuáticas?

—¿Cómo puedes tener tanta energía estando embarazada?

—No sé, quizá tu hija sea eléctrica e inconsciente.

Era una respuesta que tenía todo el sentido del mundo.

Pero algo que sin duda me atraía de Bianca era que estaba llena de vida, siempre dispuesta, no conocía el mal humor.

Con solo mirarme lograba electrizarme y darme impulso.

—Voy a por los chalecos salvavidas. No te muevas de ahí —le ordené.

—Hecho.

Fui a buscar los chalecos al armario exterior de la casa, y cuando me giré, ella ya estaba caminando hacia el embarcadero, entusiasmada.

—Estás demasiado animada para mi gusto. Solo no te quejes si te dejo atrás.

—Lo dudo —replicó, y me quitó el chaleco de las manos cuando me acerqué.

Se lo puse y lo ajusté a su cuerpo. Luego subimos, cada uno en una moto acuática y, en cuestión de minutos, Bianca ya había aprendido cómo acelerar, frenar, dar marcha atrás y maniobrar.

Diez minutos después, estábamos cortando el agua azul como si fuera nuestra única responsabilidad en el mundo.

El viento golpeaba mi rostro, y por un momento, dejé a un lado todos mis problemas y preocupaciones.

Bianca se mantenía a una distancia segura, riendo cada vez que tomaba una curva cerrada o me adelantaba. La observaba mientras se movía, completamente a gusto.

—¡Te estás quedando atrás, Zampieri! —gritó, girándose para provocarme—. ¡Creo que tu hija te va a superar!

Aceleré, fingiendo que iba a adelantarla, pero reduje la velocidad a propósito, solo para volver a oír su risa.

Era como si tuviera el poder de convertir cualquier día caluroso en algo extraordinario.

Al cabo de un rato, paramos las motos cerca de una zona más tranquila, en medio del agua. Bianca se quitó las gafas de sol y me miró con ese brillo desafiante en los ojos.

—Creo que gané —me sacó la lengua.

—No has ganado nada —repliqué, riendo—. Solo tuviste suerte. Y una ayudita triple.

—¿Suerte? ¿Así es como llamas al talento cuando no puedes seguirme el ritmo?

Antes de que pudiera responder, hizo un giro brusco con la moto acuática, intentando mojarme. Me aparté justo a tiempo, pero su risa contagiosa me hizo bajar la guardia.

Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado: Bianca perdió el equilibrio al intentar otra maniobra y cayó al agua con un grito.

—¡Bianca! —grité, sorprendiéndome con el tono de desesperación de mi propia voz.

Sin pensarlo dos veces, me lancé al agua.

El corazón me latía tan rápido que apenas podía pensar. Solo nadaba, buscando su silueta bajo el agua, dirigiéndome hacia el punto donde había caído.

Todo parecía ir a cámara lenta, y la angustia de no encontrarla me hacía sentir aún más ansioso y tenso.

La sensación de perderla fue como recibir un disparo en el pecho.

Esto no podía estar pasando. No con ella.

Cuando por fin la encontré, vi que intentaba salir a la superficie, pero algo estaba enredado en su pierna. Nadé contra la corriente y usé toda mi fuerza para liberarla de lo que parecía una cuerda viscosa.

En cuanto la solté, Bianca comenzó a ascender, pero lo hacía con demasiada lentitud, así que la sujeté con fuerza y la llevé a la superficie.

Tosía, atragantándose con el agua, y yo la atraje hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

Le aparté el pelo mojado del rostro.

Tosió unas cuantas veces más antes de poder responderme.

—Mis piernas... se entumecieron y... perdí el equilibrio —dijo con dificultad—. Después algo... se me pegó.

Mantuve el brazo rodeándola, ayudándola a mantenerse a flote mientras nadábamos de vuelta hacia la moto acuática.

Subí primero y la ayudé a subir detrás de mí. Hice que abrazara mi cintura con fuerza, asegurándome de que estuviera bien sujeta antes de regresar a la costa.

—¿Todavía tienes calambres?

—No, ya se me pasó.

—Si vuelve a pasar, avísame.

Volvimos al embarcadero despacio, para evitar cualquier otro accidente. Al llegar, bajé de inmediato y la tomé en brazos, ignorando sus protestas.

—Santo, peso mucho.

—No importa, soy lo bastante fuerte. —Me concentré mientras la llevaba de regreso a casa.

—Puedo andar, tranquilo.

—No quiero oírlo. Ya casi llegamos.

La dejé en una tumbona junto a la piscina y corrí a por una toalla. Al volver, empecé a secarle el pelo, con movimientos más suaves de lo que yo mismo creía posible. Bianca me observaba en silencio, con los ojos brillando con algo que no lograba descifrar del todo.

—Santo... —empezó, pero la interrumpí:

—No. Ahora no. Primero tengo que asegurarme de que estás bien.

Sonrió suavemente, inclinando la cabeza hasta que nuestras miradas se encontraron.

—Estoy bien. Solo ha sido un susto.

—Voy a llamar a un médico, ¿vale? Quiero estar seguro de que estás bien. Y la bebé también.

—Está bien, aunque lo veo innecesario. No me hice daño.

Bianca me cogió de la mano. Su toque cálido sobre mi piel fría me provocó un escalofrío.

—Nunca te había visto tan preocupado.

—No soportaría perderte.

Ella sonrió con dulzura, visiblemente emocionada. Apoyó la frente en la mía y acarició mi pelo.

—Nunca me vas a perder.

El resto del día mantuve a Bianca bajo control hasta que llegó un equipo médico y me confirmó que estaba bien, que aquello era algo perfectamente normal durante el embarazo... pero que no debía volver a subir a una moto acuática.

A Bianca, por supuesto, le fastidió cada segundo.

El simple hecho de tenerme controlando cada uno de sus pasos y no poder ni siquiera meterse en la piscina la puso furiosa, pero no cedí ante ningún chantaje.

Pasamos el resto del día juntos, en silencio, tumbados en la cama, disfrutando de la compañía del otro.

Ella no lo sabía, pero al día siguiente Miami se convertiría en un infierno.

Y yo lucharía por conservar su paz con la misma entrega con la que velaba por su bienestar.

Capítulo 36
Santo Zampieri

El fin de semana pasó y, gracias a Dios, no me llamaron.

Entonces, el lunes por la mañana, me sentí frustrado, porque parecía que no habían entendido una orden muy simple.

Antes de salir de casa, revisé en uno de los mapas que los niños habían trazado los recorridos de los dos hombres con los que me encontraría esa noche: el Sovetnik de la familia Durov y el de la familia Zagovor.

Justo cuando me disponía a salir por la puerta del dormitorio, Bianca se interpuso en el camino, con los brazos cruzados.

Me detuve un momento para contemplarla.

—Te has aislado todo el día.

—No me aislé. Estaba con Dios, orando.

—¿Para que perdone tus pecados sucesivos? —rasguñó mi brazo con la uña del dedo índice.

—Para que reciba las almas que, a partir de hoy, intentarán entrar por las puertas del cielo. No me esperes despierta, Bianca.

—Claro que voy a esperarte. —Se plantó justo delante de mí.

—Hablo en serio. Puede que no regrese.

Bianca dio un paso al frente, no parecía asustada.

—Entonces llévame contigo.

—Eso no va a pasar. —Le aparté el pelo de detrás de la oreja —. Tú vales mucho más que yo. Y...

—¿Por qué? ¿Va a ser peligroso?

—Sí —respondí, sujetando sus hombros—. Y porque tú eres el único motivo por el que hago todo esto. Necesito que estés a salvo. Necesito saber que estás aquí, lejos de lo que hay fuera. Y así tendré fuerzas para volver.

Sus ojos se suavizaron, aunque su expresión seria no cambió.

—Entonces me quedaré despierta. Aunque solo sea para recibir una mala noticia, aquí estaré, esperándote.

Le acaricié la cara con lentitud, luego me incliné hacia ella y la besé con ternura. Cuando nos separamos, me sostuvo el rostro entre las manos, sus ojos clavados en los míos.

—Vuelve a mí —susurró.

— *Se questo è l'ultimo sguardo che mi dai, lo porterò con me per sempre. Ma tornerò, perché il mio posto è con te*[10].

Ella frunció el ceño, inquieta.

—¿Qué significa eso?

Solo besé su frente y me alejé.

Cualquier promesa que pudiera hacerle me sonaría vacía.

El mundo ahí fuera no ofrecía garantías.



Kamikaze me esperaba en la camioneta, aparcada en el garaje.

Hizo una breve oración y la señal de la cruz, se colocó el cinturón de seguridad y empezó a repasar el protocolo.

—Las dos motos de atrás están bien abastecidas, todo el material que pediste está en el asiento trasero.

—Perfecto. ¿Y el padre ruso?

—Llega en tres días.

—Bien. Vamos al trabajo.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

Sabía que era mejor así, porque necesitábamos ser profundamente meticulosos en cada detalle de lo que íbamos a hacer.

Kamikaze condujo hasta Brickell Avenue, una de las zonas más transitadas de todo Miami y por donde el Sovetnik Durov pasaba todos los días a las 21:37 en punto, antes de dirigirse al club Matrioska.

Los rascacielos tenían un encanto especial por la noche, iluminados con luces de neón, y el tráfico seguía siendo intenso incluso a esa hora.

—Quédate en el coche. —Me puse los auriculares bluetooth e inicié una llamada con Kamikaze—. Informes cada diez segundos.

—Déjamelo a mí.

Del asiento trasero tomé esposas, cadenas y candados, y los guardé todos en la bolsa que llevaba al hombro. Agarré una barra fina de acero; no pesaba mucho, pero era extraño caminar con aquello por la calle.

—¿Los niños inutilizaron las cámaras de los alrededores con los láseres que les dimos? —pregunté.

—Afirmativo.

Caminé por la avenida, sintiendo cómo el viento agitaba mis vestiduras tradicionales. Me detuve cinco calles más adelante desde donde habíamos dejado la camioneta, saqué el móvil y empecé a hacer un cálculo.

—Hora.

—21:35.

—¿Se te daba bien física en el colegio?

—Más o menos.

—Una moto en movimiento a 120 km/h en una avenida recta a las 21:37 y X segundos, de repente es interceptada por un objeto volador que viene en su horizontal en X segundos. Pregunta: ¿cuántos segundos necesita el lanzamiento para impactar contra la moto?

—¿Eso es una regla de tres?

—Informe —aclaré la garganta.

—Sin señales de él.

—No, no es una regla de tres. —Empecé a hacer el cálculo yo mismo—. La distancia entre cada una de estas calles debe de ser... 150 metros...

—¡Pasó! ¡Acaba de pasar delante de mí!

Gire la barra entre mis dedos y fijé la vista en un punto concreto de la calle, como si tuviera el blanco allí mismo.

Visualicé el escenario: la velocidad del vehículo, la fuerza necesaria para lanzar la barra de acero, el ángulo y el momento exacto del impacto.

Kamikaze gritó en mi oído:

—¡Dos coches detrás de él, y va con escolta!

—Perfecto. ¿Qué sería la vida sin un poco de aventura? —Sonreí—. La respuesta es tres segundos.

—¿Qué?

Muchas cosas ocurrieron en ese instante y tal vez, desde donde Kamilo estaba, sería imposible ver con precisión el momento en que lancé la barra como un atleta olímpico. Golpeó uno de los aros de la rueda trasera de la moto y el rugido del motor fue sustituido por el sonido precioso de un vuelco brutal.

El impacto fue inmediato y devastador.

El Sovetnik salió despedido, rodando varias veces sobre el asfalto antes de quedarse tirado, gimiendo de dolor. La moto giró violentamente a lo lejos, pero quedó casi intacta, dejando un rastro de chispas y escombros.

—¡Los escoltas han salido del coche! —gritó Kamikaze en mi oído.

—Cobertura.

Escuché el rugido del motor de la camioneta y, antes de que empezaran los disparos, pasó por encima de dos hombres, luego dio marcha atrás y se llevó por delante el segundo coche, alejándolo.

Caminé tranquilamente hacia el hombre que yacía en el suelo.

Intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas suficientes. Extendió la mano como pidiendo ayuda, así que lo agarré del cuello de la camisa y lo arrastré por la calle hasta llegar a su moto.

—Me he dado cuenta de que no nos habían presentado. ¿Tu nombre es...?

Soltó medio mundo de palabrotas en ruso.

Le abrí la visera del casco y le di un puñetazo en la cara.

Solo para que empezara a pensar con claridad.

—¿Tu nombre es...?

—Vanya.

—Eso es, Vanya, un nombre bastante coñazo, ¿no? —Me agaché para mirarle a los ojos.

Le arranqué el casco de la cabeza y giré su rostro para que pudiera ver cómo sus hombres armados corrían hacia nosotros…

solo para ser atropellados y arrastrados por el asfalto gracias a Kamikaze.

—Mi nombre es Santo Zampieri. —Lo solté en el suelo y fui hacia la moto, la puse en pie y la dejé apoyada en el caballete.

Era una preciosidad destrozada, pero por lo poco que probé, parecía funcionar.

El siguiente paso fue levantar al Sovetnik, que ni siquiera podía mantenerse en pie por sí solo, y montarlo sobre su vehículo.

Lo até al manillar con unas esposas, pasé cadenas por su cintura y lo aseguré al chasis de la moto. Hice lo mismo con sus piernas.

—Y esta ciudad tiene un nuevo dueño. Ahora soy yo quien dicta las leyes aquí. Y todos vosotros vais a obedecer. Si no, podéis iros a la puta Rusia.

Intentó decir algo, pero la sangre que le bajaba por la frente le impedía articular bien. No me importó. Mi objetivo no era escucharlo. Era que me escucharan a mí.

—¿Vas a transmitirle mi mensaje a tu jefe?

Asintió.

Era todo lo que tenía que haber hecho en nuestro primer encuentro.

¿Por qué complicaba las cosas?

—Perfecto. Es un mensaje muy importante. Empieza más o menos así: Santo Zampieri es el nuevo Sovetnik de la *Bratva*. Todos deberán escucharlo, respetarlo y obedecerlo. Y si alguien se atreve a tocar a su mujer, sufrirá una de las plagas bíblicas. ¿Puedes decir eso, Vanya?

Asintió de nuevo, aunque parecía haber perdido temporalmente la capacidad de hablar.

—Te veo algo adormilado... vamos a despertarte.

Me subí a la moto, detrás de él.

Sujeté el manillar por encima de sus manos y puse la moto en marcha, conduciendo en sentido contrario al tráfico, mientras los rusos gritaban palabras incomprensibles y salían huyendo para no ser atropellados por un Kamikaze desatado.

La adrenalina me recorría el cuerpo mientras aceleraba, sintiendo el viento en la cara y el cuerpo tenso delante de mí, sobre todo al ver que las luces de un camión se hacían cada vez más grandes frente a nosotros.

En el último segundo, salté de la moto, rodando por el otro lado de la acera, mientras la moto seguía su curso directo hacia el camión.

El impacto fue ensordecedor.

El camión frenó en seco, pero ya era demasiado tarde.

La moto quedó hecha trizas, y el Sovetnik quedó atrapado, sus miembros prácticamente fundidos con la carrocería, de tal forma que si alguien intentaba sacarlo, sería su sentencia de muerte.

Me levanté, sintiendo los ardorosos quejidos de mis rodillas.

Treinta segundos después, Kamikaze se detuvo a mi lado y abrió la puerta de la camioneta.

Me acerqué a Vanya y dejé mi tarjeta en su boca entreabierta.

—Míralo por el lado bueno. Ya no eres el *consigliere* de la mafia rusa. Ahora puedes ser un precioso tope de puerta... o una decoración surrealista para la entrada de casa.

Le di unas palmaditas en los hombros antes de subir a la camioneta.

—Informe.

—Atropellé a seis, cuatro escaparon. ¿Estás bien?

—Ya no tengo veinte años, mis rodillas me están matando. —Me froté por encima de la sotana.

—¿Y crees que puedes participar en un tiroteo? —Se refería a nuestro siguiente objetivo.

—No es cuestión de poder. Es cuestión de necesidad. Ya verás: cuando la sangre hierve, cualquier dolor se vuelve insignificante.

Partimos hacia el otro extremo de la ciudad.

Yo, al menos, sentía que la mitad del trabajo estaba hecho.

Quedaba la otra parte.

Capítulo 37
Santo Zampieri

Fue bastante simple, en realidad.

Todo lo que necesitábamos era colocar la camioneta en un sitio adecuado y lejano, poner un peso sobre el acelerador y ver cómo el vehículo desgarraba el asfalto con una velocidad monstruosa hasta estrellarse contra el restaurante al que Nikita me había llevado anteriormente —y que servía como entrada a su casa.

El coche destrozó toda la fachada del local y convirtió el restaurante en una mezcla de escombros: mampostería bien trabajada, muebles a medida, platos típicos y bebidas fuertes, todo revuelto como si formara parte de una misma cultura.

Los clientes salieron corriendo del lugar y los gorilas que servían al Sovetnik de los Zagovor salieron fuertemente armados para entender qué estaba pasando.

Kamikaze prácticamente tumbó la moto al pasar frente al local y yo disparé a los pies de los rusos para impedir que corrieran.

Pero eran como un enjambre, y la calle se fue llenando de hombres armados.

—No conduzcas en línea recta, haz eses para que no puedan anticipar nuestros movimientos.

—¡Agarra fuerte! —exclamó él.

La moto voló por la calle, y tras su estela, los disparos nos intentaban alcanzar.

Escuché las balas rebotar en el asfalto, zumbando peligrosamente cerca de nosotros y golpeando la carrocería de la moto.

Miré hacia atrás y vi tres coches llenos de matones de Nikita persiguiéndonos, sus luces cortando la oscuridad.

—¡Inclínate hacia delante! —grité a Kamikaze—. Aprieta con todo el abdomen.

Obedeció, pegando el cuerpo casi por completo al depósito de la moto. Yo usé mis piernas para sujetarme a su cintura, liberando mis brazos. Saqué mi arma y la suya, giré el cuerpo, tumbándome sobre la moto como si fuera parte de ella.

La primera ráfaga de disparos fue directa a los neumáticos de los coches, obligándolos a frenar o al menos dejar de seguirnos.

—¡Uno menos! —avisé.

—¿Crees que vendrán corriendo a pie?

—Que lo intenten.

El segundo vehículo perdió el control y se estrelló contra un poste, pero el tercero seguía detrás de nosotros, y cada vez más cerca.

—¡Santo, esto no va a acabar bien!

—¡Concéntrate! ¡Ya casi estamos! —respondí, disparando de nuevo.

Fue entonces cuando oí a Kamikaze gemir.

Miré hacia arriba y vi sangre corriendo por su hombro.

—¡Mierda, te han dado! —grité, con el corazón en un puño.

—¡No tenemos tiempo para eso! ¡Sigue disparando! —respondió, con voz cargada de dolor pero decidida.

Me incliné aún más hacia atrás, apuntando al coche más cercano. Disparé al conductor y el vehículo perdió el control, dando varias vueltas antes de explotar de forma espectacular.

Ya tenía el dedo en el gatillo para disparar a un hombre que venía corriendo tras nosotros cuando sentí que la moto tambaleaba.

Kamikaze estaba perdiendo fuerza.

—Aguanta —murmuré, como una oración.

Detrás de nosotros, un tipo flaco, que parecía un perro rabioso desnutrido, nos alcanzaba. Disparaba por odio, sin apuntar, y acertaba en todo: el neumático de la moto, rozó mi rostro y perforó los vehículos a nuestro alrededor.

Cuando la moto ya casi no respondía y estaba a punto de detenerse, solté la cintura de Kamikaze y rodé por el suelo.

Vi el humo de los disparos elevarse mientras me acercaba a él, y al llegar a sus pies, apretó el gatillo una, dos, tres veces.

Las balas se habían acabado.

—¿Qué hay en la boca de mi arma? —Extendí el brazo y apunté el cañón hacia él.

Miró hacia abajo, como si viera abrirse las puertas del infierno.

—«*Sonríe, estás a punto de ser arrebatado*».

Cuando terminó de decirlo, la bala le atravesó la mandíbula y su sangre estalló dentro del cráneo.

Me puse en pie y corrí hacia Kamikaze.

—¿Estás bien?

—Nada que un poco de vodka no cure —rió—. ¿Se acabó?

—No importa. Vamos a encargarnos. —Le agarré del brazo—. Detén la hemorragia hasta que consiga algo para sacar los restos de la bala y desinfectar la herida. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo.

—¿Estás mareado? ¿Sin fuerzas?

—No, solo escuece. Al principio perdí el movimiento del brazo derecho, pero ahora lo siento. Fue solo el susto.

—Usa esto para presionar la herida, aprieta con fuerza. —Rasgué parte de mi sotana y se la entregué—. No dejes que noten que estás herido. Toma esto. —Le puse una de las armas en la mano —. Tienes dos balas.

—Voy a meter otro cargador.

Me detuve un instante para observar la calle después de que cesaran los disparos.

Toda la calle, de punta a punta, estaba vacía. Solo quedaban los restos de los coches y el olor a goma quemada.

—¿Puedes seguirme?

—Claro, te cubro. —Soltó la moto y vino detrás de mí, observando los alrededores como un francotirador mientras mantenía el arma empuñada.

—Vamos a acabar con esto.

Mientras avanzábamos, la tensión seguía flotando en el aire.

Cada sonido en la calle hacía que todos mis sentidos se pusieran en alerta.

Kamikaze, pese al dolor evidente, caminaba detrás de mí. Su mano derecha temblaba un poco, pero sujetaba el arma con la izquierda. Y aun herido, seguía imponiendo respeto. Quizá fuera el bigote.

Llegamos al restaurante de Nikita, el mismo que habíamos destruido con nuestra entrada triunfal.

Dentro se oían gritos y pasos apresurados.

Los rusos que no habían huido estaban desorganizados, sin coordinación, y eso solo podía significar una cosa: su líder era débil.

Pasé por encima de todos aquellos escombros hasta llegar a un patio amplio, donde una casa hermética como una caja fuerte se alzaba al fondo.

—Yo escalo. Tú quédate aquí.

—Vas a quedar en desventaja.

—Hombre de poca fe. —No pude evitar reír mientras empezaba a trepar hacia una ventana del piso superior que parecía entreabierta.

En cuanto salté al interior, los gritos se intensificaron. Apunté el arma a la altura de mis ojos para tener una mira perfecta. No podía permitirme desperdiciar ni una sola bala.

El pasillo estaba vacío, pero las señales del pánico eran evidentes: puertas abiertas, muebles volcados y rastros de sangre de heridos que intentaron buscar refugio.

Subí hasta la última planta y llegué al dormitorio principal.

La puerta estaba cerrada, pero dentro se oía una respiración agitada. Retrocedí para tomar impulso y le di una patada que la abrió de golpe. A simple vista, el cuarto estaba vacío, pero las señales eran claras: había alguien allí.

—Nikita, no te molestes en esconderte —dije, con voz firme y cortante—. Eso solo va a cabrearme. Y no quieres verme de mal humor. Disfruta mientras todavía lo tengo.

Hubo un leve movimiento bajo la cama.

Sonreí con frialdad mientras me agachaba.

Encontré los ojos desorbitados de Nikita, que temblaba tanto que la pistola que sostenía parecía bailar entre sus dedos.

—Aprieta el gatillo —le animé—. Vamos, aprieta.

Cerró los ojos con fuerza, sollozó media docena de palabras en ruso y apretó el gatillo. Como no pasó nada, abrió primero un ojo, luego el otro.

—Te voy a contar algo, solo entre nosotros, Sovetnik de la mafia rusa. —Aclaré la garganta—. No le tengo miedo a la muerte. Sé adónde voy. Pero antes pienso enviaros a todos a calentarme la cama.

Abrió la boca para llorar como un bebé grande.

—¡Santo, por favor!

—No soy asesino, Nikita. Ni juez, ni verdugo. Solo soy la mano del destino en acción, un agente del karma, la ley divina ejecutándose. Y cuando llegue mi hora —señalé con el dedo al cielo

—, Él, y solo Él, podrá decretar mi final. Como puedes ver, no es ahora. —Fruncí los labios.

—Santo...

Lo agarré del pelo con la fuerza suficiente para sacarlo de debajo de la cama y dejarle mechones en la mano.

Su esposa apareció en el pasillo, gritando en un inglés-español entrecortado mientras intentaba intervenir.

—¡No tienes derecho! —chillaba, abofeteándome—. ¡Suelta a mi marido!

La ignoré por completo.

Recorrí toda la casa arrastrando al idiota de su marido por los pelos, mientras ella me lanzaba piezas del mobiliario y gritaba palabras de orden.

—¡No lo mates, por favor! ¡Es todo lo que tengo! —suplicó.

—Si le prometo que no lo mataré, ¿puede sentarse en el sofá y esperar?

Lo hizo de inmediato. Se sentó en el sofá y se quedó en silencio.

—Tiene mi palabra. No morirá.

Bajé las escaleras —tuve que empujar a Nikita delante de mí para evitar que intentara alguna estupidez—, crucé los escombros —bueno, en realidad había un lateral del edificio que no estaba tan destruido y el paso era algo más sencillo, aunque irregular—, y arrojé al orgulloso Sovetnik de los Zagovor contra el asfalto.

—¡No puedes hacerme esto! ¡Soy un *consigliere* ruso! —imploró.

Y tuve que darle una patada en la boca por esa patética tentativa de hablar italiano de forma tan grotesca.

Me agaché para observar a aquel cerdo rechoncho tirado en la calle.

—Tú no eres ruso. Eres un cobarde. —Le escupí—. Y los cobardes no tienen patria.

Me quedé mirando a Kamikaze, que con un gesto me indicó que estaba aguantando el dolor.

—Muy bien, Nikita, hora de hacer los deberes. El profesor ha venido a revisar tu cuaderno: ¿por casualidad entregaste mi tarjeta a tu jefe?

—Yo... no tuve tiempo... —balbuceó, con la voz temblorosa.

—¿No tuviste tiempo? —bajé el tono de voz, casi en un susurro—. Te dije que era importante, Nikita. Solo tenías UNA cosa que hacer, Nikita. ¡UNA!

—¡Lo haré! ¡La entregaré!

—Por supuesto que lo harás.

Saqué una grapadora del bolsillo, y en el otro sentí un montón de tarjetas desordenadas por todos los movimientos bruscos que había hecho.

—Lo harás —dije, y grapé una tarjeta justo en el centro de su frente—. Entregarás —hice lo mismo al lado—. Mis tarjetas —le grapé una encima del párpado—. A tu jefe. ¿Verdad que sí, Nikita?

—Sí.

En cuanto lo dijo, aproveché para graparle cuatro en los labios.

Tardé un poco, pero solo paré cuando aquel hombre quedó convertido en un cartel viviente, cubierto de pies a cabeza con mis tarjetas, como si fuera un anuncio ambulante.

Gritó, por supuesto.

Y supongo que aprendió una lección muy importante, que al fin y al cabo era el objetivo de todo esto.

—No he venido a destruir tu familia, Nikita —expliqué mientras observaba mi número repartido por todo su cuerpo—. Solo

he venido a controlarla. Los negocios son negocios y los juramentos, juramentos.

—Él te va a matar —balbuceó con dificultad.

—Espero que lo intente. —Le acaricié el pelo lleno de tarjetas —. Pero para eso, tienes que correr a avisarle, ¿verdad? Aprovecha. Cuando llegues y le cuentes todo lo que ha pasado esta noche, le entregas mi número. Quiero que me llame. ¿Crees que puedes hacerlo, Nikita?

El hombre temblaba, cubierto de sangre, y todo su cuerpo parecía un poste de anuncios de amarres, hechizos, lecturas de cartas y todo tipo de cosas adorables que se pegan por las calles.

—¿Crees que puedes hacerlo, Nikita? —repetí, esta vez con más énfasis.

—Puedo —dijo con dificultad.

—Si mañana antes de las 7 de la mañana —y fíjate bien, soy un hombre que se levanta temprano— no me ha llamado... —chasqueé la lengua varias veces— las cosas pueden empezar a ponerse complicadas, Nikita.

Soltó un resoplido que sonó a afirmación.

—Las *Pakhan* de la Bratva, vuestras líderes, me invitaron a esta misión porque saben muy bien que hago lo que sea necesario para conseguir lo que quiero. Y las cuatro cosas que más quiero ahora mismo son: volver a casa, follarme a mi mujer, dormir tranquilo y despertarme mañana con una llamada. ¿Crees que puedes hacer tu parte, Nikita?

—Creo que sí. —Su voz fue un susurro débil.

—Yo haré la mía. ¿Tú harás la tuya?

—Sí.

—Buen chico. —Le di unas palmaditas en la cabeza—. Buen chico. Confío en ti. Ya somos amigos, ¿verdad? Nos acabamos de conocer y ya sabemos intimidades el uno del otro. ¿No es así como empiezan las buenas amistades, Nikita?

Asintió, así que decidí creerle.

Lo dejé allí tirado, sin mirar atrás.

Tuve que quitar unos escombros del coche y evalué la moto que estaba sobre la camioneta: arrancó, y eso era todo lo que me importaba.

Me subí a ella y la llevé al asfalto. Me detuve frente a Kamikaze, que subió a la parte trasera y me agarró con fuerza del hombro.

—¿Cómo está ese hombro?

—Aguanto hasta llegar a casa. Allí lo solucionamos.

—Fuiste muy valiente esta noche. Quién lo diría... los dos dándoles una paliza a unos veinte rusos.

—Pensé que me iba al otro barrio —rió—. Pero al final todo salió bien.

—Sí. Salió bien. —Miré a Nikita, que se arrastraba en dirección a cualquier sitio. Cuanto más intentaba moverse, más parecía dolerle la piel.

—Ahora, educar con grapas... eso ni siquiera tú lo habías hecho antes.

—A veces, la creatividad es la clave para educar a los niños —comenté, ajustando mi posición. Aceleré para hacer que el rugido del motor resonara por la calle—. Y a los hombres que no saben cuál es su lugar.

Aceleré, y partimos por la avenida, dejando atrás cadáveres, postes destruidos, coches hechos trizas, un hombre-anuncio y un restaurante en ruinas.

A pesar de todo, la luna estaba llena.

Así que fue una noche preciosa.

Capítulo 38
Bianca Sierra

Pasé la noche mirando el álbum familiar que Santo me había regalado en el Vaticano, intentando memorizar los rostros de todas aquellas personas que se parecían a mí.

En un momento dado, ya no pude concentrarme y empecé a pasear por la casa. Cuando eso no fue suficiente, salí a caminar en círculos por el exterior.

—¿No puedes dormir? —me abordó Yohanna.

—No. Santo quiere que descanse y que no le espere despierta, pero ¿cómo hacerlo? Mi corazón me dice que está en peligro.

—Los hombres como Santo siempre están en peligro.

Me ofreció su sonrisa más cálida, aunque sus palabras eran duras y demasiado reales.

—Y por eso se acostumbran a vivir dentro del peligro. No te preocupes, volverá.

—¿Y si le pasa algo, Yohanna?

—No pierdas el sueño por eso —me aconsejó—. Él sabrá cómo salir adelante, créeme.

—¿Y si, cuando él salió, hubiéramos ido detrás para cubrirle?

Se rió y me miró con cierto brillo en los ojos, como si quisiera decir: «eres de las mías», pero lo único que salió de su boca fue:

—No puedo permitir que eso ocurra.

—Maldita sea... ¿por qué no llega de una vez? —empecé a golpear el suelo con el pie, impaciente.

—¿Entramos? Te aseguro que en una o dos horas estará aquí.

Primero protesté y me quedé mirando el agua que se perdía en el horizonte, un azul oscuro que vibraba con la brisa. Un rato después, decidí entrar; hacía mucho frío.

—Voy a pedir que te suban una infusión de melisa —dijo Yohanna—. Mi madre siempre me la hacía para calmarme cuando no podía dormir. Siempre tuve la mente inquieta, igual que tú.

—Gracias, Yohanna. Descansa tú también, por favor.

—Más tarde. —Me guiñó un ojo y me dejó al pie de la escalera.

Subí al cuarto, encendí la televisión y la dejé en un concurso de decoración de tartas mientras iba de un lado a otro, bebiendo la infusión de melisa.

Santo había salido hacía horas y, como siempre, me había pedido que no lo esperara despierta. Pero ¿cómo podía hacerlo? Tenía el corazón inquieto y sabía que algo grande estaba ocurriendo.

Alrededor de la una de la madrugada escuché el rugido del motor de la moto rompiendo el silencio de la noche.

Corrí hacia la ventana, y lo que vi me revolvió el estómago.

Santo y Kamikaze estaban de regreso, pero algo iba mal.

Incluso desde la distancia, pude notar las manchas de sangre en su ropa y cómo Kamikaze se inclinaba ligeramente hacia un lado.

El pecho se me encogió.

Sin pensarlo, bajé corriendo las escaleras.

Cuando llegué al patio, Santo ya estaba ayudando a Kamikaze a bajarse de la moto.

Había sangre —mucha más de la que podía procesar— y por un instante me quedé paralizada. Sin embargo, al ver a Santo inclinar a Kamikaze contra la pared y usar unas pinzas para extraer algo de su hombro, volví a moverme.

—¡Santo! ¿Qué ha pasado? ¿Estáis heridos?

Él me miró rápidamente, de repente se puso tenso y trató de apartarme con la mano.

—No necesitas ver esto, puede revolverte el estómago.

—¿Revolvérmelo? ¿Crees que soy una mujer que se desmaya? —Le di una palmada en el hombro.

Se quejó de dolor y me miró de reojo como si intentara parecer molesto, pero no lo logró.

—Bianca, estamos bien. Es solo una herida superficial —explicó, mientras usaba unas pinzas para sacar lo que parecía un trozo de bala del hombro de Kamikaze.

Kamikaze, aunque pálido, soltó una leve risa.

—Nos hemos metido en líos peores, créeme —bromeó, aunque el dolor se reflejaba en su expresión.

Me acerqué rápidamente, la mirada saltando entre Santo y Kamikaze. El corazón me latía aún más fuerte al ver un corte en el lateral del rostro de Santo, justo donde una bala claramente le había rozado.

—Tú también estás herido —murmuré.

Sentí un leve pinchazo en el vientre, la bebé se agitó.

—Ay.

—¿Qué pasa? —Él se giró hacia mí, preocupado—. ¿Estás bien? ¿Y la bebé?

—Casi te vuelan la cara y ¿eso es lo que te preocupa? —gruñí, con ganas de golpearlo.

—Tú eres la prioridad.

—Solo está dando patadas... y qué patadas...

Se quedó quieto por un momento y pasó la mano por encima de mi vientre, fascinado. Cuando la bebé volvió a moverse, abrió mucho los ojos y llamó a Kamikaze.

—Toca esto.

Kamikaze primero me pidió permiso con la mirada, que le concedí, y entonces también puso la mano sobre mi barriga.

—Guau, la niña es fuerte.

Tuve ganas de agarrar dos escobas y romperles los palos en la cabeza a esos dos desgraciados que estaban más entretenidos con los movimientos de la bebé que con toda la sangre que estaban perdiendo.

—¡Terminad ya, por el amor de Dios!

—Claro, claro. —Kamikaze enderezó el cuerpo.

—Quédate quieto, hijo, ya termino.

Cuando Santo lo llamó hijo, no pude evitar sonreír de lado. Siempre me pareció encantadora la amistad que tenían y, si lo pensaba bien, realmente se comportaban como padre e hijo.

Santo siempre era el protector, el adulto, el consejero y el proveedor. Kamikaze, aunque era un hombre de metro noventa y con un bigote que le daba cierto aire serio, tenía una actitud de chico travieso, y muchas veces asustado, sobre todo cuando el asunto involucraba a mujeres.

—Listo, lo saqué todo. ¿Te duele?

—No, papá. Lo aguanto.

No pude evitar imaginar cómo sería Santo con nuestra hija.

Y cómo se comportaría cuando ella tuviera la edad de Kamikaze.

Mi mirada permanecía fija en Santo mientras desinfectaba la herida en el hombro de Kamikaze y, con movimientos precisos, comenzaba a darle los puntos necesarios. Rebuscaba en el botiquín de primeros auxilios que había tomado de uno de los guardias y lo usaba como si fuera un médico experimentado.

Era como si ese hombre al que amaba fuera un verdadero paradoja: brutal y meticuloso, feroz y protector. Sentí una presión en el pecho, pero esta vez por una razón distinta.

Admiración.

Ayudé a Santo a llevar a Kamikaze al interior, subimos hasta el cuarto del primer piso y lo dejamos en el baño. Prometió que se las arreglaría.

—¡Lávate bien ese culo, eh! —le gritó Santo—. Si mañana vuelvo y hueles mal, te voy a bañar delante de todo el mundo.

—Lo haré, lo haré —respondió.

—Buenas noches, hijo. Descansa —dijo con un tono cariñoso.

—Buenas noches, Kamilo —le saludé con la mano—. Si necesitas ayuda, puedo llamar a Yohanna para que te lave el culo.

—¡No, no! Estoy bien —abrió los ojos como platos y nos echó a empujones, cerrando la puerta y echando el pestillo a toda prisa.

Santo y yo acabamos riendo, cruzando miradas como si fuéramos dos adultos de cincuenta años viendo volver a su hijo de una noche de fiesta.

—Todavía estás sangrando, Santo. Ahora me toca cuidarte a ti.

No protestó, aunque la sonrisa discreta en sus labios dejaba claro que consideraba mi preocupación un poco exagerada.

Subimos juntos al dormitorio.

Santo se quitó su sotana sacerdotal y el chaleco antibalas que llevaba debajo, revelando sus músculos tensos y la herida en el rostro, ahora más visible.

Tomé el botiquín de primeros auxilios y limpié el corte con cuidado.

—No hace falta que te preocupes tanto…

—No es algo que pueda controlar, Santo —respondí, con la voz apenas audible—. Cuando estás fuera, lo único en lo que puedo pensar es en lo que sería perderte.

Hubo un momento de silencio entre nosotros.

Él llevó una mano a mi rostro, sus dedos recorrieron mi mandíbula con una suavidad que contrastaba con el hombre feroz que había visto momentos antes.

—No vas a perderme, Bianca.

—¿Y quién me garantiza eso? ¿Si sales por ahí metiéndote en tiroteos?

—Es solo un lunes más para mí.

—*Shhh*, cállate. Déjame desinfectar esto bien.

Cuando terminé, fue al baño, abrió la ducha y se metió bajo el agua caliente. Yo lo seguí, entrando en la mampara con una esponja y el jabón en la mano. Pareció sorprendido al verme, pero no dijo nada mientras pasaba la esponja por sus hombros y pecho.

Cuando se dio la vuelta, vi una serie de marcas profundas que no parecían haber cicatrizado del todo.

—¿Y esto? —pregunté, tocando una cicatriz larga que cruzaba su espalda.

Guardó silencio un instante antes de responder:

—Martirio del pecado.

—¿Martirio del pecado?

—Sí. A veces la carne necesita ser castigada para recordar su misión divina.

—¿Y tu misión divina sería…?

—No amarte. Solo usarte.

Escuchar aquello hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

Observé las marcas que descendían desde sus hombros hasta la parte baja de la espalda y los glúteos. Algunas eran cortas y recientes; otras, tan profundas y antiguas que solo imaginar cómo se habían hecho me revolvía el estómago.

Mi mano se detuvo, y lo abracé por detrás, dejando que el agua caliente cayera sobre ambos.

—Te vas a mojar así y te vas a enfermar.

—No me importa —murmuré.

Apoyé la cabeza sobre su espalda, dejé mi rostro sobre sus heridas y me miré en el reflejo del cristal, sin saber qué decir ni qué hacer.

—No lo hagas, Santo —le pedí.

—Lo necesito. Soy débil.

—Tú no eres débil, solo… —Tragué saliva. Él había dicho que era débil, así que eso debía significar que me amaba. Y probablemente llevaba castigándose casi seis meses por eso—. Yo no valgo todo esto.

— *Sei la cosa più preziosa che sia mai arrivata nella mia vita e mi hai restituito la pace, la luce e un motivo per vivere. Ogni punizione è giusta per amarti*[11].

Fruncí el ceño, intentando entender lo que había dicho.

Algunas palabras como «preciosa», «vida», «paz» y «motivo» eran comprensibles; las demás resultaban difíciles, incluso por la forma en que las pronunciaba.

Cuando hablaba en italiano, su voz cambiaba ligeramente, se volvía más rítmica, más profunda, como un susurro prolongado.

—¿Qué significa todo eso?

—Significa que la principessa rusa no debe preocuparse.

Se giró hacia mí, sujetando mi rostro con ambas manos.

—Esto no es nada comparado con lo que soy capaz de hacer contra quien se atreva a levantarse contra ti y pretenda hacerte daño. —Acarició mi mejilla y apoyó su nariz en la mía—. Tu seguridad y tu bienestar están por encima de todo. Nada en este mundo es más importante que tú.

No respondí.

Sus palabras eran suficientes, pero lo que sentí al escucharlas lo era aún más.

Su boca tomó la mía con una hambre que me dejó sin fuerzas.

Las piernas me temblaron y me aferré a él como si fuera a deshacerme entre sus brazos. Me besó como un lobo que devora a su presa, dispuesto a arrancar cada pedazo y disfrutarlo hasta que no quede nada.

Y aun así, Santo conseguía ser tierno y delicado al tocarme, al abrazarme, al atraerme hacia sus brazos y hacerme sentir suya.

Cuando por fin salimos del baño, después de que Santo me secara con una toalla, se puso ropa limpia y se sentó en la cama.

Me senté a su lado, aún envuelta en la calma momentánea que nos había dejado la ducha.

—No todo es preocupación. Tengo una muy buena noticia que darte.

—¿Cuál?

—Mañana conocerás a tu familia. —Sonrió.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Mi familia? —pregunté, intentando procesar lo que acababa de decir.

—Sí. Están deseando conocerte.

—Santo... ¡eso es maravilloso! Entonces, ¿lo lograste?

—No hay nada que yo no pueda lograr, principessa rusa.

Me besó el dorso de la mano y fue apagando las luces, cerrando todo y preparando la cama para que durmiéramos.

Capítulo 39
Santo Zampieri

El sol aún no había salido cuando abrí los ojos.

La casa estaba envuelta en un silencio reconfortante, pero mi mente ya estaba alerta. Me levanté con cuidado para no despertar a Bianca, que dormía profundamente.

Tomé mi móvil y bajé al sótano de la casa, a una habitación que había acondicionado como cuarto de oración. Hice mi ritual matutino, leí algunos capítulos de la Biblia y regresé a la planta principal, dirigiéndome al exterior, donde el viento frío de la madrugada aún agitaba las palmeras.

Todavía en ayunas, hice mis ejercicios matinales: estiramientos, flexiones, abdominales y una rutina intensa con pesas para activar el cuerpo por completo.

Al terminar, tomé un tiempo para revisar las novedades del equipo de seguridad, preparar el desayuno de Bianca y comprobar cómo estaba Kamikaze: como nuevo, solo necesitaba unos días de descanso y evitar esfuerzos con el lado derecho del cuerpo. Estaría bien.

Cuando el reloj marcó exactamente las 7:00, mi móvil vibró.

Me detuve un momento, limpiándome el sudor del rostro, y caminé hacia el aparato.

Miré el número desconocido y lo dejé sonar hasta que saltó el buzón de voz:

—Hotel Seis Continentes, 12:00, sala de reuniones en la planta 15. No llegues tarde o mataré a toda tu familia.

La grabación terminó con un insulto en ruso.

Por lo visto, la familia Durov prefirió no dejar un mensaje.

Sonreí para mis adentros y empecé a preparar el desayuno en una bandeja. Minutos después llegó la segunda llamada, esta vez —imagino yo— del jefe de la familia Zagovor.

El mismo formato, el mismo mensaje, el mismo lugar y la misma hora.

—Tampoco ha dejado mensaje. Qué caballero.

Cuando terminé todo lo necesario, llevé la bandeja hasta nuestro dormitorio y la coloqué sobre la cama. Había café recién hecho, tostadas, mantequilla, mermelada, embutidos, frutas frescas y un poco de chocolate.

Bianca aún dormía, el pelo esparcido sobre la almohada, con una expresión de paz absoluta.

Me senté a su lado y toqué suavemente su hombro.

—Bianca, es hora de despertar —susurré con voz suave—. Ha llegado el gran día.

Abrió los ojos poco a poco, parpadeando ante la luz tenue que entraba por las ventanas. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios al ver la bandeja.

—¿Has hecho esto para mí?

—Ha llegado el día, principessa rusa. —La ayudé a incorporarse—. ¿Lista para ser mi estrella en este día tan importante?

—Espero que sea divertido.

—¿Ha habido algún momento conmigo que no lo haya sido? —Le guiñé un ojo.

Mientras ella comía, me quité la ropa y fui a ducharme.

A medida que me enjabonaba, empecé a darle instrucciones:

—Hoy conocerás a toda tu familia —dije, haciendo pausas breves para mojarme el rostro—. Estarán reunidos en el Hotel Seis Continentes, en South Beach, pero eso no significa que todos vayan

a ser amigables. Necesito que mantengas la calma, pase lo que pase.

Ella asintió mientras comía.

—¿Estarás a mi lado?

—Siempre. Te aseguro que nadie te tocará ni un pelo, solo confía en mí.

—Lo haré.

—A veces la gente no entiende mi carácter amable y mi buen humor, pero he encontrado formas simpáticas de calmarlos. Todo saldrá bien.

—Seguro que sí —dijo con una sonrisa animada.

Cuando Bianca terminó de desayunar, la dejé preparándose mientras bajaba a supervisar los últimos detalles.

Wilhermina y Yohanna ya estaban listas, vestidas con elegancia y profesionalismo. Kamikaze, con el hombro vendado, ya esperaba en el coche. Se le veía agotado.

—¿Seguro que no prefieres quedarte a descansar?

—Mi lado izquierdo aún funciona.

—Perfecto para hacerse una buena paja con la zurda —me rasqué la barbilla—. Pero no lo hagas, eres cura, no puedes ceder a los deseos carnales —lo reprendí.

—¿Y si luego me confieso?

—¿Fue una paja? Si fue, estás perdonado, hijo. Pero la próxima vez échate un poco de crema en la mano, y con el pulgar y el índice acaricia la base del glande y el frenillo. Es una sensación parecida a estimular el clítoris, una maravilla.

Asintió en silencio.

—Muy bien. Todos listos. Solo falta la gran estrella…

Bianca bajó enseguida. Llevaba un vestido blanco que resaltaba su piel bronceada y dejaba su barriga perfectamente marcada. Estaba preciosa.

—Estás impresionante.

—Quiero causar una buena primera impresión. —Tomó mi mano y subimos al coche.

—Ah, seguro que lo permitirán.

Tardamos casi una hora en llegar al Hotel Seis Continentes, es decir, llegamos un poco tarde para el gran evento.

Subimos hasta la planta 15 y, al entrar en la sala de reuniones, tuve una sensación familiar. Al fin y al cabo, los hoteles de mi familia seguían un patrón milimétricamente replicado en todo el mundo.

Las ventanas iban del suelo al techo, permitiendo una vista espectacular de la playa y de los edificios que nos rodeaban. Una mesa ovalada gigantesca presidía el centro de la sala; más de treinta sillas estaban dispuestas a su alrededor para albergar a ambas familias, y todas estaban ocupadas, excepto la mía y la de Bianca, por supuesto.

Detrás de algunos hombres de la sala estaban sus guardaespaldas, así que había al menos sesenta personas allí.

Ivan Zagovor, el jefe de su familia, estaba sentado a la derecha de la mesa. Maxin Durov, a la izquierda. Con ellos, los miembros de sus encantadoras familias, que se miraban como si estuviésemos en plena Guerra Fría entre EE. UU. y la Unión Soviética.

Me detuve en el centro de la sala, tomando la mano de Bianca, e hice un gesto para presentarla.

—Señores, esta preciosa principessa rusa es la razón por la que estamos aquí. Es la adorable hija de Markus Durov —hice una breve inclinación hacia Maxin— y de la bella Zoya Zagovor —repetí el gesto hacia Ivan—. Cuando esta pareja shakespeariana dejó su hermosa tierra de arenas duras, recorrieron el mundo entero. Y al darse cuenta de que estaban siendo perseguidos, y con Zoya embarazada, se refugiaron durante unos meses en Brasil, donde dejaron a la mujer más hermosa del mundo en un orfanato.

Todas las miradas se posaron en ella. Algunas eran curiosas, otras, desconfiadas.

Pero ninguna podía negar lo evidente: Bianca tenía los ojos de los Zagovor y el rostro de los Durov.

Era como si toda esa deliciosa tensión estuviera contenida en un solo cuerpo.

Después de una pausa, la guié hasta nuestros asientos y me senté a su lado, en el centro de la mesa. Crucé las manos sobre el tablero y observé a cada uno de los presentes, uno por uno.

—Ah, casi lo olvido —me di un golpecito en la frente—. ¿Kami?

Kamikaze entró empujando una camilla hospitalaria, en la que los restos de una moto se mezclaban con lo que quedaba de un hombre. Un médium lo acompañaba, por si quería comunicarse desde el más allá.

—El consejero de los Durov. Es importante que esté aquí para compartir con nosotros las brillantes ideas que flotan en su mente, ¿verdad, Vanya? —di una palmada sobre lo que fuera que quedaba de su mano.

Miré aquella gelatina grotesca y esperé a que el médium intentara traducir algo. Pero parecía que Vanya no tenía mucho que decir, ahora que se encontraba en el otro mundo.

—Tímido —sonreí con dulzura.

—Y, por supuesto, no menos importante… ¡Nikita!

Me levanté y abrí los brazos cuando un hombre lleno de perforaciones, hematomas y aún con algunas tarjetas grapadas al cuerpo entró arrastrando su suero con la barra del gotero.

—Qué gusto verte, mi querido y viejo amigo Nikita. —Lo abracé por el hombro.

Temblaba como un chihuahua y hasta se meó en el suelo de la emoción.

—Nikita y yo tenemos una larga historia de amistad que empezó ayer. Compartimos secretos, somos prácticamente íntimos, uña y carne, ¿verdad, colega? —Le di un golpe seco en el hombro.

Y el hombre se desplomó sobre la silla.

—Qué alegría indescriptible poder conocerles. Me encanta ver esas caritas radiantes sonriéndome —miré panorámicamente la sala. Todos estaban serios—. Me alegra que estén tan emocionados por conocer a su pariente perdida. Y más aún que haya bastado con mostrar mi admiración, respeto y cariño hacia los miembros de la *Bratva*. Confieso que temía tener que tomar medidas más… extremas. Pero mirad: todos han venido por su propia voluntad. Y todo lo que hice fue enviar una simple invitación. Me conmueve.

Algunos tenían cara de haber chupado un limón.

Otros, de haberse comido los restos del limón de los demás.

Es decir, me adoraban. Y eso era justo lo que necesitaba para asegurarme de que mi público prestaría atención a cada palabra.

Suspiré, me puse de pie e hice una señal para que cerraran la puerta.

—¿Podemos empezar? —me froté las manos, rebosante de expectativa.

Capítulo 40
Santo Zampieri

La sala se sumió en un silencio tan profundo que parecía hacer temblar hasta los muebles.

Todas las miradas estaban fijas en mí, y me permití una sonrisa irónica mientras recorría con los ojos aquella mesa gigantesca.

—Vayamos al grano. Sabéis muy bien por qué estamos aquí. La *Bratva* Internacional me encargó ser el nuevo consigliere de las familias, para traer orden y dirección. Pero, tras mucha observación y reflexión, me di cuenta de algo curioso: ninguno de vosotros quiere un consejo.

Hice una pausa, mirando a cada uno con seriedad.

—Así que, como buen sacerdote católico, decidí convertirme en algo que conozco muy bien: un inquisidor.

El impacto fue inmediato.

Algunos rostros se tensaron, otros intercambiaron miradas nerviosas. No les di tiempo a digerirlo del todo antes de continuar:

—El mundo está cambiando, amigos míos. El orden surgido tras la Segunda Guerra Mundial ha fracasado. Los gobiernos están perdiendo el control y está naciendo un Nuevo Orden Mundial. Las trece familias que controlan el mundo están moviendo sus fichas y la *Bratva*, que es la sexta familia más poderosa del planeta, me ha invitado a ayudarles a llegar al futuro.

Alguien del lado izquierdo de la mesa, un hombre mayor con cicatrices en el rostro, levantó la mano con timidez.

—¿Y cómo exactamente vamos a hacerlo?

—Buena pregunta... —Moví la mano en señal de que me dijera su nombre.

—Liev.

—Excelente pregunta, Liev Durov. Durante los últimos veinte años, sin el liderazgo de la *Pakhan* elegida por la *Bratva*, os habéis dedicado a jugar con millones traficando drogas y armas. Pero la *Bratva* quiere jugar con miles de millones fabricando armamento para una futura guerra mundial e infiltrándoos en gobiernos de todo el mundo.

—Nos gusta Miami tal y como está —gruñó alguien a la derecha.

—Escuche, señor Zampieri —intervino Ivan Zagovor, el jefe de su familia, con tono pausado—. Las viejas de la *Bratva* no entienden cómo funciona América. No vamos a pagar impuestos ni a someternos a sus exigencias. Mi madre, Yekaterina, me dio a luz en un barco y me abandonó a mi suerte. Todo lo que esta familia tiene, lo he construido yo.

—Con el dinero de la *Bratva* —puntualicé.

—Con el dinero de la *Bratva*, sí, pero con el sudor de mi frente. Mi hermana huyó porque la familia de él —señaló a Maxin Durov— intentó matarla. Nunca volveremos a ser la misma familia.

—¿Ves a esta preciosa principessa rusa? —Tomé los hombros de Bianca—. Es hija de Zoya, tu sobrina. Y también de Markus —miré a Maxin—, así que es tu sobrina. Ella es la bandera de paz. Todos vais a dejar las armas y...

Fui interrumpido por una mano levantada.

Si mi memoria no fallaba, era Peter Durov, el hijo mediano de Maxin.

—Tengo una pregunta.

—Dime, querido.

—¿Por qué no deberíamos resolver todo esto matándote? —Parpadeó mientras miraba hacia el otro lado de la sala.

—Gran pregunta, Peter.

Pareció sorprendido de que supiera su nombre.

—Y la respuesta es la siguiente: podéis intentarlo, claro. Pero entonces yo también intentaré mataros a todos. Y dejad que os cuente algo —reí mientras apoyaba las manos en la mesa e inclinaba el cuerpo hacia delante, mirando a veces a la derecha, a veces a la izquierda—.

Era tan delicioso verlos sedientos de sangre que casi propuse un tiroteo.

Si había sesenta hombres en esa sala, ciento veinte querían matarme. Ellos y los hijos que aún llevaban colgando.

Y, Dios mío, qué maravilla saber que me amaban tanto.

No hice nada porque Bianca estaba presente.

—Hay quienes, si roban un cartón de leche, acaban veinte años en prisión. Yo podría exterminar a estas dos familias, arrastrar vuestros cadáveres por las arenas de Miami, trocearos para pescar tiburones, y lo máximo que escucharía sería a un juez decir: «*Ay, ay, ay, ¿eh? Qué feo. No lo hagas más*».

Imité la voz de un niño pequeño para esa parte del juez.

—Y entonces mataría al juez. Y a toda su familia. Y tal vez a la alcaldesa. ¿Quién sabe? ¿El gobernador? ¿El presidente? Podéis estar seguros de que sí —dije lentamente, con los dientes apretados —. Porque pertenezco a una familia más poderosa que la vuestra. La *Bratva* tomó forma durante la Guerra Fría, pero mi linaje tiene poder desde antes de que Roma fuese un Imperio. Mis antepasados crearon el sistema, lo derribaron y lo volvieron a crear, solo por diversión, para ver cómo gente como vosotros llegaba al poder y pensaba que podía hablarme con valentía. Cuando en realidad, personas como tú han nacido durante dos mil años solo para arrodillarse ante mí.

Terminé esa breve clase de historia con una sonrisa amable.

Como la de un profesor de matemáticas cuando explica una desigualdad a un alumno que aún no ha aprendido a dividir.

Peter respiró hondo, se recostó en su silla y desvió la mirada.

—La misión es sencilla...

—Eres italiano —me interrumpió Maxin—. ¿Por qué deberías ser nuestro consejero? Ni siquiera eres ruso.

—Tu sobrina está embarazada de mí. Una preciosa rusa va a nacer con su sangre y mi hermoso rostro. —Lo miré con calma—. Yekaterina y Lyudmila lo llamaron iniciación de sangre. Así que...

Empezaron a hablar en ruso. No entendí nada.

Pero el sacerdote ortodoxo que habíamos contratado estaba atento, escuchando todo y traduciéndolo al oído a través del punto que llevaba puesto.

—Entonces debemos matarla a ella y al bebé.

—No querría hacerlo, pero si es necesario, disparadle diez veces en el vientre, hasta que su iniciación de sangre quede revocada.

—Podríamos...

Hice un leve gesto con la mano.

Y en ese instante, desde las enormes ventanas de la sala, varios puntos láser se proyectaron sobre la frente de cada uno de los presentes.

Se quedaron inmóviles, mirándome como si supiera exactamente lo que habían dicho —y lo sabía. Y aquí venía mi contrapropuesta.

—La misión es la siguiente —continué como si nada—. Konstantin.

—Presente. —El hijo mayor de Ivan Zagovor se irguió en la silla, con los brazos cruzados.

—Vas a casarte con una familia importante de Miami, aunque arruinada. Ellos aportan el nombre y algunas propiedades, vosotros

ponéis la polla, el dinero, y yo la tecnología para construir esta arma que venderemos a los Estados Unidos.

—¿Y si no quiero? —Konstantin me desafió.

Admiraba a los rusos, de verdad.

Se comportaban como si tuvieran una polla de veinte centímetros.

Por mala suerte para ellos, la mía roza los veinticinco. Así que jamás me he sentido amenazado.

Señalé con el dedo su frente.

Y se quedó callado.

—Es una chica encantadora, Konstantin. Solo tienes que casarte, dejarla embarazada y asistir con ella a eventos sociales. Tu padre es ruso, lo cual levanta sospechas, pero tu madre era cubana con ciudadanía estadounidense.

Se notó que le sorprendió que yo supiera eso.

—Eres americano, hasta que digan lo contrario. Y casado con una muchacha adorable de una familia tradicional, respetada y conocida, podrás mantener la fábrica en marcha, construir nuestra arma y venderla al gobierno sin levantar sospechas. ¿Preguntas?

Él no dijo nada.

Buen chico. Ojalá pudiera dispararle en el dedo gordo del pie, solo por probar una teoría.

—Peter y Paul Durov...

Bianca rompió a reír en cuanto pronuncié esos nombres en voz alta, y yo no pude evitar reír con ella, frotándome la cara.

—¡La madre que lo parió!, qué nombre de mierda —dije en portugués, para que solo ella y yo lo entendiésemos.

—Pensé que estabas de broma —dijo Bianca, casi sin aire—. ¿De verdad se llama «Paul Durov»[12]?

—Menuda familia la tuya, ¿eh?

—Me caen bien, Santo. Parecen tan simpáticos. Y se parecen a mí.

—Tal vez por eso me cayeron bien desde el principio.

Los rusos carraspearon para llamar mi atención.

—Sí, sí, perdón —volví al inglés—. Peter y PAUL DUROV —repetí.

Y Bianca volvió a reír, se levantó y salió de la sala de puntillas.

—No puedo, me meo. Ahora vuelvo.

Salió. Cuando cerró la puerta, me senté, me incliné sobre la mesa y empecé a murmurar:

—Ahora escuchadme bien, hijos de puta con aliento a vodka barato.

El cambio de tono puso a todos en alerta.

—Esa mujer es todo lo que me importa, y si aún no he volado la cabeza de cada uno de vosotros, es porque lo último que quiero en este mundo es verla sufrir.

Maxin golpeó la mesa con la palma, como diciendo basta.

Y yo golpeé más fuerte y apunté con el dedo hacia él.

—Si os atrevéis a amenazarla, si siquiera lo pensáis o lo soñáis, si alguien pone una mano sobre mi hija... no os mataré. Pero os torturaré y os mantendré vivos el tiempo suficiente para exprimir hasta la última gota de vuestro sufrimiento y cordura. Rogaréis por la muerte, y yo no me detendré hasta que perdáis toda humanidad y os arrastréis como bestias de cuatro patas que solo saben pastar.

—He vuelto. —Bianca abrió la puerta, corriendo de puntillas hasta sentarse en su sitio.

Me levanté con una sonrisa amable y encantadora, mirándolos como si fueran mis amigos del instituto.

—¿No les dije que era encantadora y adorable? —Sonreí—. Bien, ¿por dónde íbamos? Los Durov... los dos... sí. Los voy a casar con las hijas de dos políticos tradicionales de Estados Unidos. Si todo

sale bien, sus hijos serán senadores algún día. En otras palabras, estoy luchando por el prestigio de esta familia, ¿lo entienden?

—¿Cuánto tiempo tenemos para responder a su propuesta, señor Zampieri? —preguntó Ivan Zagovor.

—Ivan, querido Ivan... ¿Sabes? Tengo ganas de coger ese polvito ácido que viene con los chupachups, esparcirlo por tu cabeza y darle una buena lamida. ¿Te han dicho alguna vez que tu cabeza parece un enorme chupachup?

—No —respondió con total seriedad.

—¿Y que también parece la cabeza de una polla?

Carraspeó.

Algunos Durov se aguantaron la risa.

—No.

—Nunca he chupado una polla, pero al mirar esa cabeza tuya, grande, brillante... me imagino lo interesante que debe de ser guardar un cerebro que nunca se utiliza. Me dan ganas de lamerla con gusto, ¿sabes?

El hombre me miró como si quisiera cortarme la polla con un hacha.

Y yo lo miré como si aceptara el reto... mejor de tres: quien acabe con más partes del cuerpo pegadas, gana.

—Perdonadme, muchachos. No me había dado cuenta de que no lo habíais entendido. Nada de lo que he dicho es una opción. Vais a colaborar o vais a morir.

Algunos se rieron.

—Para la *Bratva* Internacional sois desertores. Para la familia más poderosa del mundo, sois un simple medio para cumplir una misión. Para mí sois... tan guapos. —Acaricié el hombro de Bianca—. Tus parientes son bellísimos, amor.

—Lo sé.

—Qué bien que nos hayamos reunido. La próxima será en la zona de la parrilla del hotel... y hablando del hotel... —Señalé con el dedo a cada uno de ellos—. Algunos hombres invadieron este hotel, que pertenece a mi familia. Esos hombres van a venir aquí, van a limpiar, arreglar todo y a pagar los daños. Si no lo hacen... bueno, no sé si ustedes creen en Dios, pero hasta ahora yo he sido el Santo del Nuevo Testamento: amoroso, amable y educado. No querréis conocer al Santo del Antiguo Testamento... Soy un hombre muy creativo.

Konstantin buscó una respuesta en los ojos de su padre, Ivan. Igual que Peter y Paul Durov miraron a Maxin buscando aprobación.

Ambos hombres permanecieron inmóviles, evitando cualquier expresión.

Tampoco dijeron nada.

Así que decidí que sería justo darles un plazo. Después de todo, era mucho que asimilar.

—Tenéis diez días. —Asentí con la cabeza—. Tiempo suficiente para conocernos mejor y hacernos amigos. Bianca y yo estamos deseando formar parte de vuestra familia. ¿Verdad, amor?

—Sin duda.

—Un momento... ¿eres cura, te estás follando a nuestra prima, vas a tener un hijo con ella y además quieres ser el consejero de nuestra mafia? —preguntó uno de ellos, tan irrelevante que ni recordaba su nombre.

—Tú pareces una mitocondria unicelular y aun así estás emitiendo sonidos coherentes. Yo a eso lo llamo: los misterios de Dios. Ahora, largaros de mi puto hotel antes de que os vuele la tapa de los sesos a todos.

Se levantaron de golpe, en una fila totalmente desorganizada, empujándose entre ellos para salir de allí lo más rápido posible, hasta que quedamos solo Bianca y yo, Kamikaze y Yohanna de pie.

—Me han encantado, parecen majísimos —comentó Bianca, apoyando la mano en mi muslo.

—Sí, estoy deseando jugar a la ruleta rusa con ellos.

Capítulo 41
Maxin Durov

Me senté en el asiento del coche, echando humo de rabia, mientras alzaba la vista y observaba a ese italiano insolente y arrogante comportarse como un rey.

No sabía qué era lo que más odiaba de Santo Zampieri.

Si su manera teatral, las amenazas disfrazadas de sonrisas amables, o el hecho de que la *Bratva* hubiera enviado a un italiano para disciplinarnos… daba igual, todo en él me provocaba un rechazo visceral.

Conocía a hombres como él.

Gente que venía de fuera, que no entendía nada sobre familia, leyes ni sangre rusa. Que creía que podía dirigir la *Bratva* como si fuese un circo.

Pero él había cruzado una línea de la que se iba a arrepentir.

Mis hombres, el conductor del coche, el Sovetnik suplente que había puesto en lugar de Vanya —ahora convertido en una papilla gelatinosa— y mi cuñado Román, me miraban, como si esperaran la próxima orden.

Apreté los puños, sintiendo el calor de la ira palpitar en cada vena.

—¿Cree que puede doblegarnos con esas demostraciones baratas de poder? Es hora de enseñarle a ese tal Santo Zampieri que la *Bratva* no acepta dictadores.

Me volví hacia Román, que no solo era el mejor abogado y negociador de la familia, sino también el hombre de negocios, el que controlaba toda la contabilidad.

—Román, reúne a todos los asesinos de la *Bratva*. Quiero a los mejores.

—¿Y qué les digo?

—Tres millones de dólares para quien me traiga la cabeza de Santo Zampieri en una bandeja.

Román asintió sin decir palabra y salió del coche en silencio.

Volví la mirada al conductor, hice una señal rápida y puso el coche en marcha, alejándonos de aquel lugar.

Santo podía montar su espectáculo de fuegos artificiales, pero aprendería algo: la *Bratva* Americana tiene sus propias reglas, y una de ellas es clara: nadie desafía el legado Durov y sale con vida.

Ivan Zagovor

Me hundí en la butaca de cuero, tamborileando los dedos en el apoyabrazos mientras observaba a Nikita de pie frente a mí. Su postura era más sumisa de lo habitual y evitaba mirarme directamente a los ojos.

Aún llevaba las marcas del enfrentamiento con Santo, lo que hacía que mi paciencia con él fuera cada vez menor.

—¿Estás seguro de que estás en condiciones de trabajar así? —fruncí la nariz.

—Duele más en el orgullo que en el cuerpo —dijo, mirando su propio reflejo en el espejo—. Estoy horrible, pero el cerebro funciona, así que sí, estoy en condiciones.

—Bien. —Golpeé el apoyabrazos con los dedos, impaciente—. ¿Y qué crees tú que deberíamos hacer con este… inquisidor?

Nikita carraspeó, visiblemente incómodo.

—Ivan, no deberíamos involucrarnos directamente. La familia Durov tiene más hombres, más recursos y mucho más que perder si Santo sigue actuando. Deja que sean ellos los que se encarguen del

italiano. Nosotros podemos seguir centrados en nuestros negocios y evitar llamar la atención innecesariamente.

Me incliné hacia delante, fijando la mirada en él.

—¿Así que tu propuesta es agachar la cabeza? ¿Dejar que otros resuelvan nuestros problemas? ¿Desde cuándo los Zagovor se esconden detrás de su familia rival?

Tragó saliva antes de contestar:

—No estoy sugiriendo sometimiento, Ivan.

—¿Ah, no?

—Estoy sugiriendo prudencia. Ese hombre es distinto. No es como los que vinieron antes. Es caótico. Nuestros hombres ni siquiera han conseguido rastrearlo. Mi propuesta es evitar un enfrentamiento directo y… si las cosas se complican, podríamos considerar un acuerdo. Solo de forma temporal.

Me tembló el labio con solo imaginar la posibilidad de perder frente a un extranjero.

—Agachar la cabeza. Casar a mi hijo mayor con la heredera de una familia renombrada pero arruinada… —Me puse en pie con lentitud, caminé hasta la ventana y miré hacia la ciudad—. ¿Qué posibilidades tiene Santo de vencer a los Durov?

Hubo una larga pausa antes de que Nikita respondiera:

—Antes habría dicho que ninguna, pero… No parece del tipo que se rinde. Y esta vez, tiene un as bajo la manga: está con la hija de Zoya.

Me mordí la lengua del enfado.

—¿Cómo encontró a esa chica y nosotros no?

—No tengo ni idea.

—Registramos ese maldito país decenas de veces buscando a mi hermana y dejamos un arma poderosa en sus manos. —Me froté la frente—. No importa lo que pase, tenemos que traerla de vuelta a la familia.

—Sí.

—La adoptaremos como miembro de esta familia cuando los Durov lo maten. No es más que otro idiota que se cree más grande de lo que es. Es cuestión de tiempo que caiga. Hasta entonces, todos los miembros de la familia deben volver a sus negocios. Vamos a fingir que Santo no existe, porque pronto, realmente no existirá.

Me giré, dando por terminada la conversación con un gesto.

Nikita dudó un instante, pero salió sin protestar.

Mientras cerraba la puerta, negué con la cabeza y me serví un trago de vodka.

Santo Zampieri podía ser un problema ahora, pero los problemas como él siempre terminaban igual cuando se metían en los asuntos de la Bratva: en el olvido.

Bianca Sierra

Después de la reunión, Santo y yo comimos en el restaurante italiano del hotel y regresamos a casa al final de la tarde.

Estaba físicamente agotada.

Tenía los pies hinchados y doloridos, la barriga me pesaba y todo mi cuerpo pedía cama y descanso.

Intenté pensar un poco en el encuentro con la familia, pero Santo me distrajo durante todo el día, como si no quisiera que ese asunto me afectara. Y eso, precisamente, empezó a ponerme tensa.

Subí al dormitorio con una necesidad urgente de dormir, pero al pasar por la biblioteca, vi a Wilhermina sentada en un sillón, con un libro entre las manos.

Me miró por encima de las gafas y me acerqué.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido la reunión? —preguntó.

Suspiré y me senté junto a ella, acomodando el vestido.

—Ha sido… extraño, como mínimo.

—Hum...

—Siempre dices que «la *Bratva* es cosa de mujeres», pero no había ni una sola en la mesa de negociaciones. Ni una. Solo yo.

Wilhermina arqueó una ceja, aunque no pareció sorprendida.

Nos había acompañado hasta allí, pero no entró en la sala de reuniones. Como le gustaba recordar: ella era una sombra, prefería actuar entre bastidores.

—Eso es una muy mala señal. —Cruzó las manos sobre el libro—. La ausencia de mujeres en un entorno así significa que la estructura está rota.

—Eran todos hombres, viejos y feos. —Tuve que reír—. Los más jóvenes eran... monillos, incluso. Ninguno como Santo, que haga brillar los ojos, pero me alegró ver personas que se me parecían físicamente. Me dio una sensación de familia.

Wilhermina asintió, contenta por mí.

—Por eso la *Bratva* declinó en Estados Unidos. La Hermandad es, por naturaleza, matriarcal. Siempre lo ha sido. Las mujeres son el corazón y el cerebro de las operaciones. Si no estaban allí, es que algo va muy mal.

Me incliné hacia adelante, intrigada.

—¿Crees que las están escondiendo?

—Si hubiera mujeres dirigiendo las cosas, se habrían hecho ver de alguna forma.

—¿Y cómo se explica que tantos hombres hayan tomado el mando?

Wilhermina esbozó una leve sonrisa, como quien sabe mucho más de lo que dice.

—Los hombres son exhibicionistas, Bianca. Lideran, sí, pero quienes gobiernan son las mujeres. Ellas son las consejeras, las estrategas, las guardianas de los secretos. Una *Bratva* sin mujeres

en las negociaciones es como un barco sin brújula. Los hombres se van por ahí, tienen hijos, los abandonan y siguen con sus vidas. Las mujeres crían a esos hijos, son el pilar central. Mientras algunos hombres jamás regresan de las guerras, ellas siempre están en casa, moviendo los hilos y guiando el futuro de la familia.

—Tal vez eso explique el ambiente raro de aquella reunión. Y el fracaso de los intentos anteriores, durante todos estos años. —Me rasqué la nuca.

Asimilé sus palabras sintiendo una punzada de incomodidad.

Todo tenía sentido ahora.

Antes de que pudiera responder, Santo entró en la habitación.

—¿Cómo que las negociaciones fracasaron todos estos años? —preguntó, deteniéndose a nuestro lado.

Wilhermina suspiró, cruzándose de brazos.

Hasta ese momento, todas nuestras conversaciones se habían mantenido en secreto, incluso para Santo.

—La *Bratva* Internacional intentó establecer contacto al menos nueve veces antes de ti, Santo. Enviaron emisarios, negociadores con experiencia, incluso miembros de las familias Durov y Zagovor de Rusia. Todos fueron asesinados o comprados por la *Bratva* en América. Todas las negociaciones fracasaron.

Santo frunció el ceño, claramente era la primera vez que oía algo así.

Se pasó la mano por la barbilla, pensativo, antes de comentar por fin:

—Eso lo explica todo. Es como si conservaran el nombre de la *Bratva*, pero sin querer someterse a ella. Crearon una nueva organización en territorio americano, aunque manteniendo el mismo nombre.

Wilhermina se inclinó hacia adelante, con una expresión grave.

—¿Eso te preocupa?

Santo sonrió, como si se tratara simplemente de un reto.

—¿Preocuparme? No. Eso solo aumenta las apuestas del juego. Vine aquí con un objetivo claro: o los convierto a todos o los destruyo. Pero si ataco sin motivo, la *Bratva* Internacional me declarará enemigo número uno.

Wilhermina no respondió de inmediato.

Se limitó a asentir levemente, como si hubiera esperado esa respuesta.

Yo, en cambio, no pude evitar sentir un nudo en el pecho al oírle hablar así.

Santo se volvió hacia mí, y su expresión se suavizó al encontrarse con mi mirada.

—Bianca, no deberías estar escuchando nada de esto.

—Santo...

—No quiero que pases por ningún tipo de estrés en esta etapa final del embarazo. Tienes que centrarte en mantenerte neutra, segura en casa, sin sobresaltos. Yo me encargaré de todo.

Negué con la cabeza, en desacuerdo incluso antes de responder.

—Santo, sabes que no puedo quedarme al margen. Esto me afecta tanto como a ti.

Se acercó, me tomó las manos con firmeza y depositó un beso en el dorso de ellas.

—Lo entiendo, Bianca, pero ahora tu prioridad es el bebé. Cualquier emoción fuerte podría hacerte daño, y no pienso correr ese riesgo. No voy a perderte ni a ti ni a ella. Sube y descansa. Nada de historias rusas ni conspiraciones esta noche.

Wilhermina alzó las manos, como si se rindiera.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Sabía que tenía razón, pero aceptarlo era más difícil de lo que quería admitir. No podía permitir que lo cargara todo solo. Pero si

algo le ocurría a nuestro bebé por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

—Está bien —murmuré, cediendo al fin.

Él se apartó para dejarme levantar.

—Lo intentaré, pero tienes que prometerme que tú también vas a cuidarte. No sirve de nada que me protejas si tú te pones en peligro todo el tiempo.

Sonrió, inclinándose para besarme la frente.

—Lo prometo. Ahora ve a descansar, ha sido un día largo.

—Sí, lo ha sido.

Quería creerle.

Más que nada, deseaba que todo se resolviera pacíficamente.

Pero después de esa reunión, que se sintió más como un fracaso que como un acuerdo, comprendí que, desde ese momento, el camino que teníamos por delante sería cualquier cosa menos fácil.

Capítulo 42
Maxin Durov

Me desperté sobresaltado por un sonido ensordecedor que parecía atravesar las paredes de mi dormitorio.

El sonido de una trompeta.

Sonó de forma prolongada, en un solo tono, hasta desaparecer abruptamente, dejando un silencio extraño en el aire.

¿Quién, en nombre de Dios, tocaría algo así a estas horas?

Me levanté aturdido, frotándome los ojos mientras intentaba entender qué estaba pasando.

Cogí el móvil de la mesita de noche.

Había un mensaje en el buzón de voz.

El nombre «Santo Zampieri» brillaba en la pantalla.

Sentí un escalofrío en la espalda, pero pulsé para escucharlo. Su voz sonaba calmada, etérea, casi como si fuera un audiolibro de la Biblia.

—«Levántate por la mañana y preséntate ante el faraón, y dile: Así dice el Señor: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. Porque si no dejas ir a mi pueblo, he aquí que enviaré enjambres de moscas sobre ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo y sobre tus casas; y las casas de los egipcios se llenarán de enjambres, y también la tierra donde estén». Éxodo, capítulo ocho, versículos veinte y veintiuno.

Ese era el mensaje.

El corazón me dio un vuelco.

¿Qué demonios quería decir con eso? ¿Qué tipo de juego estaba jugando Santo ahora?

Bajé rápidamente al salón, intentando ordenar las ideas. Pero en cuanto entré, me detuve en seco. Policías ocupaban mi casa. Hombres uniformados registraban las habitaciones, mientras otro grupo me observaba al entrar.

—¿Es usted Maxin Durov?

—Sí, soy yo, pero ¿qué está pasando? —respondí, desconcertado.

Sin decir una palabra más, me inmovilizaron y me esposaron.

El frío del metal en mis muñecas fue como una bofetada.

—¿Qué están haciendo? ¿Saben quién soy yo? ¡Yo doy órdenes al jefe de ustedes! ¿Por qué estoy siendo arrestado?

Uno de los agentes respondió con sequedad:

—Su camioneta fue utilizada para destruir un restaurante en South Miami, la casa de Nikita Zagovor y también provocó la muerte de varias personas en la calle. Guarde silencio. Tiene derecho a un abogado. Todo lo que diga podrá ser usado en su contra en un tribunal.

Me quedé en estado de shock.

¿Camioneta?

¿Pero qué mierda de camioneta?

¡Si ni siquiera tengo nada a mi nombre!

Ivan Zagovor

Me desperté con un sonido ensordecedor que parecía arrancarme el corazón del pecho.

Una trompeta.

Alta, insistente, como si el propio cielo se desplomara sobre la casa. Salté de la cama, completamente desorientado, tropezando

con la alfombra justo cuando el estruendo cesaba por fin. El pecho me subía y bajaba a un ritmo frenético, y mi mente intentaba desesperadamente comprender qué demonios estaba ocurriendo.

Cogí el móvil de la mesilla de noche, donde parpadeaba una notificación.

Un mensaje de Santo Zampieri.

Pulsé el botón para escucharlo.

Era la lectura de un pasaje bíblico, Éxodo 8:20-21. Algo sobre el faraón, moscas, liberar a los siervos, etc.

Sentí el rostro arder de rabia mientras apretaba el móvil con fuerza y lo arrojaba contra la pared. Ese desgraciado se estaba burlando de mí, provocándome.

Fui al baño a lavarme la cara y, cuando hice silencio, noté que la casa ya estaba agitada a esas horas de la mañana.

Bajé y encontré a mi primogénito, Konstantin, en medio del salón con una expresión grave.

—Papá.

—¿Qué cara es esa? ¡Vamos, habla de una vez!

—Durante la madrugada, las fuerzas policiales del Estado de Florida allanaron nuestros almacenes secretos. Confiscaron todo. Todas las armas.

Me detuve en seco, aún sintiendo el peso del sueño enturbiando mi mente.

—¿Qué?

—Todo. Todas nuestras armas. Material que ya habíamos vendido a cárteles mexicanos y extremistas cubanos. Todo desapareció. Limpiaron los tres almacenes.

—¿Todo? ¿Cómo es posible?

Mi hijo se encogió de hombros, frustrado.

—Quedó una cosa.

—¿Qué?

Me entregó una tarjeta con el número de Santo Zampieri, el mismo que apareció en montones en el cuerpo de Nikita la noche anterior.

—¡Maldito italiano! ¡Desgraciado! ¿Quién se cree que es? —grité.

Empecé a caminar de un lado a otro, maldiciendo el nombre de Santo con toda la rabia que podía reunir.

—¿Konstantin, eres idiota o estás ciego? ¿Cómo habéis dejado que esto ocurriera? Reúne a los hombres. ¡Quiero un plan, quiero venganza y quiero a Santo Zampieri muerto!

—Papá, estamos endeudados con el cártel mexicano y con los extremistas cubanos —se atrevió a señalar.

—Me da igual. ¡Quiero a ese italiano muerto! ¡Y hasta entonces, ese malnacido no puede tener un solo minuto de paz!

Bianca Sierra

Era una tarde preciosa mientras paseaba por una de las tiendas de canastilla para bebés más lujosas de Miami, eligiendo la ropita adecuada.

Había tantas opciones que estaba completamente perdida.

Había peleles, zapatitos diminutos, gorritos adorables con orejitas de animales… Todo aquello no hacía más que recordarme que estaba embarazada y que muy pronto tendría a mi hija en brazos.

Tenía el móvil en la mano, en una videollamada con Gabriela y Raíssa. Se turnaban para gritar de emoción y pedirme que enfocara mejor alguna prenda.

—¡Mirad esto, chicas!

Cogí un conjunto de bodies de algodón en tonos pastel.

—Tiene estampado de ositos, de nubes y... mirad este, ¡de estrellitas! ¿No es lo más mono del mundo?

—¡Dios mío, Bianca, es preciosísimo! —Raíssa se entusiasmó —. ¡Lo quiero para mí, aunque no esté embarazada!

Gabriela soltó una carcajada.

—¡Esos zapatitos, Bianca! Enséñalos otra vez. Parecen de muñeca. Vas a acabar comprando toda la tienda.

Sonreí, sujetando un par de zapatillas diminutas.

—No lo puedo evitar. Mirad esto. ¿Cómo no llevárselo?

—¿Tú y Santo habéis decidido el color de la canastilla? —preguntó Gabriela.

—Quería cualquier cosa menos rosa. ¿Os acordáis de la ropa del orfanato?

Gabriela negó con la cabeza al recordarlo, Raíssa puso cara de asco.

—Todo blanco y amarillo. Es delicado, bonito, luminoso —sugirió Gabi.

—Santo propuso morado.

—¿Morado? —preguntaron las dos al unísono.

—Muy Familia Addams, ¿no? —Gabriela se rascó la barbilla—. Me gusta.

—Muy tú, Bianca —Raíssa me lanzó una mirada reprobatoria —. Y dependiendo del tono, puede quedar precioso. Es bastante elegante.

Seguí recorriendo aquella tienda enorme, mostrándoles todas las opciones, hasta que sentí una presencia familiar acercarse.

Miré hacia un lado y vi a Santo de pie, con las manos en los bolsillos y una sonrisa discreta en los labios. Tenía ese aire despreocupado tan suyo, pero sus ojos estaban atentos a todo.

—Chicas, tengo que dejaros. Ha llegado Santo. ¡Hablamos luego!

—¡Adióóóós! —gritaron las dos, despidiéndose con la mano.

Guardé el móvil y volví mi atención hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué les ha parecido?

—Gabriela quiere encargarse de todo el juego de cuna, pero para eso tenemos que decidir los colores. ¿Tú qué opinas?

—Morado.

—Vale, morado. Pero, ¿un morado pastel de niña dulce, o un morado intenso estilo Miércoles Addams planeando matar a sus compañeros de clase?

—Una mezcla de los dos, ¿qué te parece?

—Me gusta —cedí, sonriendo—. Es un color con personalidad, y quiero que nuestra hija tenga mucha personalidad.

—Con una madre como tú, es imposible que no la tenga.

Festejé y cogí un conjunto de mantitas suaves.

—Toca esto. Qué maravilla, ¿verdad?

Él dio un paso más cerca, cogiendo una de las mantas entre las manos.

—Parece que esta bebé va a ser tratada como realeza.

—En el orfanato hasta nuestras mantas parecían lija. Prefería pasar frío a taparme con aquello. —Puse una mueca—. Ya que estamos aquí, me gustaría hacerte una pregunta.

—Hum.

—¿Has pensado en algún nombre?

Intenté parecer casual.

La verdad era que llevaba mucho tiempo queriendo preguntárselo.

No recordaba si en el contrato había algo al respecto, si él tendría la última palabra sobre el nombre, o si mi opinión contaba de

verdad.

Santo lo pensó un momento, pero se encogió de hombros.

—No. No soy muy creativo con los nombres.

—¿Nunca se te pasó por la cabeza cómo llamarías a tu hijo, si alguna vez tuvieras uno?

—No. Crecí con la certeza de que nunca tendría hijos. —Me miró con seriedad—. Así que no tengo preferencias.

—¿En serio? ¿Ni una sola sugerencia? —lo provoqué.

Él negó con la cabeza, pero antes de que pudiera responder, cogí una prenda morada y la sostuve delante de él.

—¿Y si la niña se llamara Clara?

Santo se quedó paralizado.

Fue como si el mundo entero se detuviera con él.

Sus ojos se quedaron ligeramente vidriosos, y su expresión cambió a algo que no supe identificar al instante... una mezcla de sorpresa, dolor y... nostalgia.

El corazón me dio un vuelco, y noté que mi respiración se volvía superficial.

—Creo que es un nombre bonito para una niña, y...

Parpadeó varias veces, como si estuviera volviendo al presente, y colocó la prenda en el carrito con delicadeza.

Su voz salió baja y vacilante:

—Clara… era el nombre de mi madre.

Sentí un nudo en el pecho al oírlo.

Claro que sabía ese dato, pero no imaginaba que provocaría esa reacción en él. En lugar de verlo sonreír, parecía haber tocado una herida profunda que yo no alcanzaba a comprender del todo.

—Sé lo mucho que significaba para ti. Y todos la querían en el orfanato. Decían que, incluso después de dejar de ser monja y marcharse a Italia con tu padre, seguía ayudando a todo el mundo.

Siempre teníamos material escolar nuevo, buenos libros en la biblioteca, comida en abundancia...

Clara había fallecido hacía más de un año, y era evidente que el duelo aún lo envolvía como una sombra.

—Santo... —empecé a decir, pero él alzó una mano suavemente para detenerme.

—Podemos pensar en otros nombres —se aclaró la garganta —. No tienes que decidirlo ahora.

Tomé su mano, entrelazando nuestros dedos.

—Yo quiero que se llame Clara. Es un nombre precioso, y sería un homenaje maravilloso. Sería muy querida con ese nombre. ¿No lo crees?

Él me miró, y pude ver la vulnerabilidad en sus ojos.

Santo, que siempre había sido un hombre fuerte e imperturbable, estaba ahí, abierto y humano.

Casi parecía un milagro, porque me había costado meses conseguir que mostrara cualquier emoción. Y ahora parecía que me había vuelto experta en hacerlo.

Suspiró y asintió suavemente.

—Clara está bien. Es un nombre muy bonito.

Sonreí, sintiendo una alegría genuina al ver que lo había aceptado.

—Entonces queda decidido: Clara.

Él rió, visiblemente más relajado.

—¿Sabes la historia de tu nombre?

—Sí. Mi madre quería llamarme Dominik.

—¿Dominik? —fruncí el ceño y entrecerré los ojos.

Pues sí... mirándolo bien, tenía un poco cara de Dominik, la verdad, si no fuera por la cicatriz.

—Pero cuando nací, lo hice con los ojos bien abiertos. Y cuando me miró, solo podía pensar en un nombre: Santo.

—Santo suena muy elegante. ¿Ella ya tenía en mente que ibas a ser sacerdote?

—Me tuvo para que yo fuera sacerdote —explicó—. Massimo iba a ser el heredero de todo. Mi padre no permitiría que él se ordenara, por más que mi abuela insistiera. Así que ella se quedó embarazada de mí para cumplir la promesa...

Asentí, parpadeando con lentitud.

—Pero no hablemos de eso ahora. Vamos a pensar en la pequeña Clara. Que dentro de nada estará en este mundo disfrutando de todo esto —dijo, señalando el carrito lleno de compras.

Sentí alivio al imaginar que en menos de tres meses conocería a mi hija. Podría alimentarla, vestirla, disfrutar de su compañía y verla crecer...

Pero también significaba que el contrato y los 365 días se estaban acabando.

Y Santo y yo aún no habíamos hablado de lo que pasaría con nuestras vidas después de eso.

Capítulo 43
Maxin Durov

La puerta de la comisaría se abrió, después de más de un día tras las rejas.

Respiré el aire de la libertad con cierta irritación.

—¿Por qué has tardado tanto?

Miré a mi cuñado con la misma expresión de desprecio de siempre.

—No sé cómo lo ha hecho, pero quitó a nuestros hombres de confianza en la policía y puso a otros nuevos. Lo importante es que ya estás libre.

—¡La próxima vez sé más rápido, inútil! —lo empujé y me dirigí al coche—. ¡Te daría una paliza si no fueras el marido de mi hermana!

Bufó y me entregó mis pertenencias.

Sin decir nada más y con la rabia hirviendo por dentro, agarré el móvil para leer los mensajes y correos de un día, revisé las redes sociales y entonces vi que tenía un mensaje de voz.

Santo Zampieri estaba poniendo a prueba mis límites.

Ese maldito italiano estaba robándome la paz, ensuciando mi nombre y, lo peor, desafiando la autoridad de mi familia.

Eso no podía seguir así.

Pulsé para escuchar, y su voz sonó con calma:

—«He aquí que la mano del Señor caerá sobre tu ganado que está en el campo: sobre los caballos, sobre los asnos, sobre los camellos, sobre los bueyes y sobre las ovejas, con una peste gravísima». Éxodo, capítulo nueve, versículo tres.

Apreté los dientes, a punto de aplastar el móvil entre mis manos.

Me llamó la atención oír el sonido de notificaciones en el teléfono de Román y de otros hombres que estaban cerca.

Le quité el móvil a mi cuñado y vi el mensaje de Santo Zampieri:

«Esta es la hora de elegir un bando o seréis aplastados. Arrepentíos y tendré misericordia. Actuad contra mí y veréis de lo que soy capaz».

—¿Cómo tiene el número de todos vosotros? —Le devolví el teléfono.

—Ni idea. Alguien debe de haber filtrado nuestros datos...

Cogí mi móvil y llamé a Viktor, el jefe de los sicarios que había contratado.

—Sube la recompensa —ordené—. Quiero a Santo muerto. Hoy. Y no solo a él. Quiero que secuestren a Bianca. Todo su falso poder se basa en ella. Sin esa mujer, no es más que una basura insignificante. La *Bratva* no tendrá cómo vengarse.

Viktor dudó un instante, pero aceptó.

—Lo haré, jefe.

—¿Cuántos hombres tenemos buscando a ese desgraciado, Román?

—Quinientos. Han peinado la ciudad, han recorrido buena parte de Florida, pero todavía no lo han localizado.

—Quiero mil hombres en las calles. No me importa si hay que sacarlos de puestos estratégicos, poned a todos tras los pasos de ese cabrón. ¡Quiero su cabeza, la de Bianca y la del bebé sobre mi mesa!

—Así se hará.



Por la noche fui al Matrioska, mi club, el que antes dirigía Vanya antes de convertirse en una lombriz inútil.

Alguien tenía que poner los negocios en orden.

Y mis hombres necesitaban verme, comprobar que yo seguía al mando y que todo marchaba como debía.

El lugar estaba lleno, como siempre. La música sonaba a todo volumen, los chicos y chicas que trabajaban con la droga ya estaban abordando a los clientes, y la cola para entrar daba la vuelta a la manzana.

Por un instante, sentí que todo estaba bajo control.

Me senté en la zona VIP, observando el movimiento mientras mis hombres patrullaban discretamente.

Y entonces ocurrió.

El sonido.

Un sonido ensordecedor de trompeta, aún más alto e intenso que cualquier cosa que hubiera escuchado en mi vida. La música se detuvo de golpe, y ese sonido reverberó por todo el salón, como si saliera de dentro de las paredes.

Todos se quedaron congelados, mirando a su alrededor, confundidos y asustados.

Me levanté y miré al DJ, en el escenario.

Él me hizo una señal indicando que no sabía qué estaba pasando, y puso un batido electrónico para intentar tapar el ruido. Poco a poco, la gente volvió a bailar.

Pero antes de que pudiera volver a sentarme, empezó el caos.

—¡Me ha picado algo! ¡Necesito ir al hospital, ya! —gritó una mujer.

El pánico se apoderó del local. La multitud corría en todas direcciones.

—¿Qué mierda está pasando, Román? —Lo agarré del cuello.

No necesitó responder. Yo lo vi.

Escorpiones.

Estaban por todas partes, a miles, subiendo por las paredes, esparciéndose por el suelo, trepando por las mesas de la zona VIP.

La gente que salía de los baños gritaba desesperada diciendo que habían salido por los inodoros, por los grifos, por los desagües. El DJ lanzó su mesa al suelo. Los escorpiones empezaron a caer del techo, a surgir de cada rincón del local.

Los gritos eran ensordecedores. La gente se pisoteaba unos a otros tratando de huir.

Miré a mi alrededor. Parecía que esas malditas cosas brotaban de las paredes.

Intenté bajar por las escaleras para salir, pero era imposible. Todo aquello parecía una escena salida del infierno.

—Tenemos que salir por detrás, jefe —dijo uno de los guardias, tirando de mí.

Mis hombres intentaban aplastar, patear, contener a esas criaturas, pero era inútil. Por cada una que moría, aparecían diez más.

Salimos por la puerta trasera, aún más infestada, y con cinco hombres ya picados. Conseguí llegar fuera ileso.

Justo al salir, Peter, mi hijo menor, apareció en su Lamborghini. Estaba pálido y parecía tener algo urgente que decir.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó, sin aliento.

—¿Qué cara es esa, chico? ¿Qué pasa?

—Papá...

Le solté una bofetada.

—¡No me vengas con misterios, maldito! ¡Habla!

—Nuestros vendedores de droga... han desaparecido.

—¿Qué?

—Paul pasó por varios puntos de distribución para recoger el dinero de la semana, pero es como si no existieran. Él y yo fuimos a buscar a algunos camellos, pero... han desaparecido. Con todo el cargamento.

—¿Qué estás diciendo?

—Las drogas han sido sustituidas por... —dio un paso atrás— escorpiones. ¿Qué está pasando, papá?

Sentí todo mi cuerpo temblar de rabia.

Santo había ido demasiado lejos.

Estaba tocando mis negocios, mi reputación, el imperio que yo mismo había construido en esta maldita ciudad.

Esto ya era personal.

—Cambio de planes, Román.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto estábamos ofreciendo por la cabeza de Santo?

—Cinco millones de dólares.

—Cancélalo. Pon diez millones por la cabeza de Bianca —grité, con la voz retumbando por toda la calle—. ¡Matad al bebé que lleva dentro! ¡Matadla a ella! ¡Y traedme a ese malnacido!

—Papá, ¿qué estás haciendo? —Peter intentó quitarme el móvil.

Llamé a Santo y le dejé un mensaje en el buzón de voz.

—Hola, pedazo de mierda. Hoy cavaste tu propia tumba. Pero antes de morir, te vas a arrodillar delante de mí y me vas a suplicar perdón por todo. ¡Graba bien mis palabras, Santo! ¡Lo vas a perder todo!

Ivan Zagovor

El sonido de la trompeta rompió el silencio de la casa y hizo temblar las paredes.

Era ensordecedor, como si viniera desde dentro de mi propia mente.

Salté de la butaca con el corazón desbocado. Antes de poder recomponerme, el sonido volvió a resonar, esta vez más fuerte, casi sobrenatural. Caminé hasta la mesa del despacho y cogí el móvil.

Había un mensaje en el buzón de voz.

Santo.

Por supuesto que era él.

Pulsé el icono para escuchar, y su voz resonó, tranquila, como si recitara un mantra.

Leyó un pasaje de la Biblia para mí y no dijo nada más.

Cerré los ojos, sintiendo la sangre hervir en mis venas. Maldito italiano. Nos estaba destruyendo, pero no con armas ni hombres: lo hacía con miedo y manipulación.

Arrojé el móvil sobre la mesa y salí por la casa, gritando por mis hombres.

—¡Vadim! ¡Mijaíl! ¡Konstantin! ¿Dónde están todos?

Solo el eco de mi propia voz me respondió.

Recorrí los pasillos, las habitaciones, los jardines.

Nada. Ni rastro de vida.

Era como si la casa se hubiera vaciado mientras yo revisaba los balances financieros.

El pecho me oprimía. En ese momento sentía dos cosas terribles. La primera era rabia, una que podía volver loco a cualquier hombre. La segunda, jamás la admitiría en voz alta: miedo.

Horas después, Konstantin entró en el despacho. Se le notaba visiblemente afectado.

—Papá… han llegado dos de nuestros barcos. También he recibido mensajes de los demás en puertos de África, Arabia Saudí e India.

—Informe.

—Nuestras armas no llegaron. Y, de alguna manera, también han desaparecido en los otros destinos.

Me lancé contra él, lo agarré del cuello de la camisa y lo zarandeé.

—¿Cómo que no han llegado, chaval? ¿Dónde están nuestras armas?

—N-no lo sé.

—¿Las cajas estaban vacías? ¿Así, sin más?

—Había serpientes venenosas.

—¿Serpientes? —me esforcé por no tartamudear—. ¿Cómo que serpientes?

—*Bungarus candidus*. Saltaron de las cajas en cuanto las abrieron. Mordeduras rápidas. El veneno paralizó a los hombres que intentaron descargar el barco. Todos murieron.

Conocía bien esa especie: extremadamente venenosa, provoca parálisis respiratoria en minutos.

Normalmente la usaban las mafias asiáticas.

Entonces comprendí lo que Santo quería decir con aquel mensaje.

Cogí la Biblia de la estantería y releí Éxodo 9:3 y todo el contexto: los animales —es decir, el sustento de los egipcios— murieron, provocando una grave crisis alimentaria, de transporte y de producción.

Maldito cabrón.

Jodidamente inteligente y maldito ese cura salido del infierno.

Me giré de espaldas a Konstantin, mirando a la nada, intentando controlar la furia que me subía como un volcán a punto de estallar.

Entonces tomé mi decisión.

Santo había ganado. Ya no quedaba nada.

—Siéntate, hijo.

—Papá, tenemos que contraatacar. Podemos reunir a nuestros mejores hombres y...

Le hice una señal para que se callara.

Puse dos vasos sobre la mesa, los llené de vodka y le tendí uno.

—Konstantin, no podemos luchar contra ese hombre.

Mi voz dejaba entrever todo el cansancio que sentía.

—Ha ganado.

Él abrió los ojos, incrédulo.

—¿Ha ganado? Papá, ¿qué estás diciendo? Todavía tenemos hombres, conexiones…

Levanté la mano y lo interrumpí.

—Ya no tenemos nada, Konstantin. Ha destruido nuestros almacenes, ha desmantelado nuestras operaciones y ha sembrado el miedo entre nuestros aliados. Nuestra única opción ahora es rendirnos y sobrevivir.

Konstantin negó con la cabeza, sin poder creerlo.

—¿Quieres que nos rindamos? ¿Después de todo lo que construimos?

Me acerqué a él, poniendo las manos sobre sus hombros.

—Te vas a casar con quien Santo elija. Y lo vamos a recibir, a él y a Bianca, como parte de nuestra familia. Eso es lo único que nos permitirá seguir vivos.

—¡Eso es una humillación! —gritó, apartándose de mí—. ¡Somos rusos, joder! Cuando los rusos retroceden, lo destruyen todo antes.

—¡Esto es supervivencia! —repliqué, y mi voz fue más fuerte que la suya—. ¡Ni siquiera eres cien por cien ruso, tu madre era americana! ¡Y la mataste al nacer! —Golpeé la mesa con el puño—. Ahora ponte en tu lugar, cásate con la mujer que te indiquen, déjala embarazada y da gracias por seguir vivo.

—¡No me voy a casar, ni voy a tener hijos! —rugió.

Le golpeé la mano, el vaso de vodka cayó al suelo y lo empujé contra la pared, golpeando su cabeza varias veces.

—¿Crees que podemos derrotarlo? ¿Crees que puedes matarlo? No te engañes, Konstantin. Él no es como los demás. No parará hasta vernos a todos muertos. ¡Y yo no voy a sacrificar a nuestra familia por tu maldito orgullo!

Se quedó en silencio, con la rabia y el resentimiento marcados en la cara.

Finalmente, asintió, aunque a regañadientes.

—Lo haremos a tu manera, papá. Pero que sepas que no voy a amar a esa mujer. Y no voy a querer a ese hijo.

—Cumple tu papel. Después, haz lo que quieras.

Salí del despacho furioso, buscando alguna forma de vencer a ese hombre. Pero parecía imposible.

Lo correcto ahora era hacer su voluntad, acercarlo a nosotros y fingir normalidad.

Esperaba que eso bastara para calmar el impulso sanguinario de ese hombre. Porque, si no lo hacía, Santo nos destruiría igual.

Capítulo 44
Santo Zampieri

Cuando llegué a casa, caminé en medio del silencio y me dirigí hacia mi habitación para ver a Bianca, pero por el camino vi que la luz de la biblioteca estaba encendida y decidí desviarme un momento.

Encontré a Wilhermina sentada en una mecedora, con el pelo recogido, las gafas en la punta de la nariz y completamente concentrada en su lectura.

Carraspeé con fuerza para anunciar mi presencia, pero pareció no inmutarse. Simplemente pasó una página y alzó la vista brevemente, para luego volver a fijarla en el libro.

—Tengo algunas novedades.

—Y yo tengo la certeza de que las compartirás conmigo. —Sonrió largamente y señaló una silla para que me sentara.

Intenté ordenar mis pensamientos.

Aunque todas mis misiones habían sido un éxito absoluto, las cosas habían escalado de una forma que me provocaba cierta inquietud.

—Algo parece afectarle, padre Zampieri.

—Sí.

—Tengo informantes por todo el estado de Florida ahora, ¿sabía?

—Qué interesante. ¿Con la ayuda de Ethan Evans?

—No, esos los conseguí por mérito propio. —Me senté y crucé las piernas—. Y lo que oí… me dejó perturbado.

—¿Qué podría perturbar a un hombre como usted, padre Zampieri?

—Maxin Durov ha puesto precio a la cabeza de Bianca.

Mi rostro permaneció impasible, como si no pasara nada en mi interior. Sin embargo, la sola idea del peligro que corrían ella y nuestra hija hacía que la sangre me hirviera.

—Claro que lo ha hecho —respondió con calma, cerrando el libro y dejándolo sobre su regazo—. Bianca es el único vínculo que sostiene tu autoridad dentro de la *Bratva*. Sin ella, tú caes. Ellos lo saben… y ahora tú también.

Suspiré. No era la respuesta que esperaba.

—¿Qué le ha estado enseñando a Bianca todos estos meses? —Eché un vistazo alrededor.

—Cosas de mujeres. No serían interesantes para ti.

—¿Ah, sí? ¿Como que la *Bratva* ya había enviado a otros antes que yo?

—Pero eso ya lo sabías desde el principio, ¿no? ¿O vas a decirme que el Vaticano te manda directamente a resolver los casos imposibles? —Soltó una carcajada—. No. Primero intentan de una forma, luego de otra... y cuando no queda solución: ¡llamad a Santo Zampieri!

Tuve que reírme. Porque era verdad.

Siempre me tocaba encargarme del caos que habían dejado aquellos que fracasaron miserablemente antes que yo.

—Hay un dicho militar que dice: espera lo mejor, prepárate para lo peor. Los Zagovor nos invitaron a cenar para sellar el acuerdo. Los Durov quieren matar a mi mujer y a mi hija.

Wilhermina suspiró, como si estuviera a punto de darme una lección que yo no había pedido. Se inclinó levemente hacia adelante, con los dedos entrelazados sobre el libro cerrado.

—Santo, ¿conoces la historia de Adán y Eva en el Paraíso?

Fruncí una ceja.

¿La pregunta era retórica?

Soy cura. He leído la Biblia al menos cien veces.

—La conozco. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Abrió una sonrisa que rozaba lo maternal.

—Al principio había perfección, pero el amor verdadero no nace de la perfección. El pecado original trajo la caída, la imperfección… y fue ahí donde el amor se reveló de verdad. Es fácil amar lo perfecto, lo difícil es amar cuando las grietas están a la vista.

—Hereje —la reprendí.

—Y con cierto orgullo, debo decir. —Se echó a reír—. Cuando amas, Santo, siempre corres el riesgo de caer. Pero es en la caída donde encontramos el verdadero sentido de luchar por lo que importa.

Guardé silencio un momento, digiriendo sus palabras.

—¿Te has dado cuenta de que en la mayoría de las historias distópicas, siempre es la mujer la que no encaja?

—Hum.

—Eva comió del fruto porque el paraíso había sido creado a medida para Adán. Ella era solo una extensión de él, una compañía, una excusa para mantenerlo allí, porque ni todos los animales, ni los árboles, ni los riachuelos, ni el amanecer ni el atardecer eran capaces de entretenerlo. El hombre necesitaba un poco de misterio profundo, y Dios la hizo a ella, de una parte de él, de su inquietud, de la zona que protege sus órganos vitales.

—Poético —aprobé esa versión.

—¿Sabes por qué Adán comió del fruto prohibido?

—Porque la mujer lo debilitó y lo hizo pecar, igual que la serpiente hizo con ella.

—Una respuesta excelente y simplificada para que los niños duerman en paz, ¿no te parece?

Wilhermina sonrió.

Como un dinosaurio, una criatura mitológica, antigua y rara, mirando a un perro, un ser sencillo, joven y común.

—Él comió del fruto prohibido porque le aterraba vivir sin ella. Ni todas las frutas, ni los animales, ni ese jardín precioso, ni un baño en agua cristalina… nada era más grande que ella.

—Hum.

—Porque el Jardín del Edén era el paraíso de Dios —dijo con dulzura, moviendo la cabeza.

—Es verdad.

—Ella es su paraíso. La creación solo se completó cuando Dios la hizo a ella, porque ella es su complemento. Ella es su eternidad. Es a través de ella que él puede ser inmortal. Porque es ella quien lleva a los hijos, ella quien lleva la historia, ella quien permite que su corta existencia tenga sentido y perdure.

—Tu lectura de la Biblia está algo… distorsionada.

—Esto no va de la Biblia, querido, va de la *Bratva*.

Parpadeé lentamente.

Tras repasar toda aquella conversación en mi cabeza, me incliné hacia adelante y entrecerré los ojos.

—No me trajisteis aquí para ser consejero de la mafia. Me trajisteis para ser el verdugo. Para eliminar a los desertores y empezar de cero, como Adán y Eva.

Wilhermina me observó con esos ojos que parecían ver a través del alma.

Una sonrisa leve curvó sus labios.

—En todos los años que te he observado, Santo Zampieri, nunca me has decepcionado. Porque nunca has necesitado respuestas completas. Siempre acabas descubriéndolo todo tú solo.

Se recostó en la silla, los ojos aún fijos en mí.

—La pregunta es: ¿estás dispuesto a matar por Bianca?

La respuesta vino sin dudarlo.

—Sí.

Ella inclinó levemente la cabeza, como si evaluara mi convicción.

—¿Y a morir por ella? —preguntó, con un tono más bajo, casi un susurro.

Sonreí, pero no era una sonrisa de humor.

Era una sonrisa que nacía de un lugar profundo, donde las palabras simples no bastaban para explicar lo que sentía.

—No tendría sentido vivir sin ella. Bianca es mi propósito, así que moriría por ella.

Wilhermina cruzó las piernas y me estudió con una sonrisa leve.

—Bienvenido a tu verdadera misión, Santo: poner a la princesa de la mafia rusa en su trono, aunque para eso tengas que exterminar a toda su familia. O morir en el intento.

Me levanté, ajustándome la sotana y mirando a Wilhermina con la sensación de que, por fin, entendía por completo lo que hacía en aquel lugar.

Y el alivio fue casi inmediato.

—Considera esa misión cumplida.

Capítulo 45
Bianca Sierra

Sabía que estaba detrás de mí, por más sigilosa y rápida que intentara ser. Podía sentir su presencia enorme y asfixiante flotando sobre mí, como una advertencia alarmante de que tendría que ser muy astuta —y afortunada— para salvarme de él.

La mansión, que más bien parecía una fortaleza, le era mucho más familiar que a mí, y esa realidad hacía que no hubiera ningún escondite lo suficientemente bueno para protegerme: me encontraría en cualquier lugar que intentara ocultarme.

Mi única salida, la que mejor podría brindarme seguridad, era el búnker bajo toda la construcción. Y, tras recuperar el aliento escondida junto a una pilastra de una de las habitaciones, miré a mi alrededor para asegurarme de que llevaba cierta ventaja. Entonces, bajé corriendo las escaleras, ansiosa por dejar de huir.

Usé una mano para equilibrarme en el pasamanos mientras la otra sostenía mi vientre, descendiendo aquellos peldaños tan rápido como me permitían mis condiciones.

El búnker no estaba lejos y, muy pronto, podría refugiarme en su interior, liberándome de la angustiosa sensación de ser perseguida.

Me detuve un momento para respirar cuando el esfuerzo me provocó punzadas en los pulmones, y al alzar la vista, vi la puerta del búnker esperándome.

Saber que estaba tan cerca me dio el último aliento para continuar corriendo, y casi sonreí aliviada cuando, por fin, llegué al lugar.

Abrí la puerta tecleando la contraseña lo más rápido posible, consciente de que, una vez dentro, solo yo podría volver a abrirla.

Entré como un huracán, respirando aliviada al verme finalmente a salvo.

Inspiré hondo, aún jadeante, pero con un poco más de calma, hasta que noté que algo andaba mal al percatarme de que el sonido del cerrojo no se activaba de inmediato.

De espaldas a la puerta, no necesité girarme para saber que algo fallaba. Era consciente de que, en aquel espacio, no solo mi respiración resonaba en el silencio.

No estaba sola.

No estaba nada segura, porque tenía la certeza de que aquel hombre acabaría conmigo.

—La próxima vez, asegúrate de cerrar bien esa puerta.

Me estremecí al escuchar su voz grave romper aquel silencio angustioso y, de paso, debilitar mis piernas.

Y no, no había sido el cansancio de la carrera lo que las había dejado así.

Mi bajo vientre se retorció con tal fuerza que mi visión se nubló, y la humedad que brotó de mi coño empapó mis muslos, ya que no llevaba ropa interior bajo el vestido.

Sabía que no estaba a salvo porque Santo acabaría conmigo y, al parecer, mi cuerpo lo anhelaba.

Automáticamente, busqué con la mirada algo que pusiera distancia entre nosotros, cualquier cosa que alargara un poco más ese juego de cazador y presa. Pero antes de que pudiera dar un solo paso, Santo me agarró por la cintura, frustrando por completo mi intento de huida.

—No… —susurré débilmente, exponiendo mi cuello cuando su boca lo alcanzó, estremeciéndome por cómo sus suaves besos me hacían sentir.

Entrecerré los ojos y me sentí débil al notar el impacto de su cuerpo contra el mío, cambiando el agarre de mi cintura por caricias que recorrieron mi vientre.

—¿No? —Su voz rezumaba burla y diversión, como si mi negativa fuera el mejor chiste que había escuchado en años—. Ni siquiera aguantas de pie, Bianca. Apuesto a que si separas las piernas, formarás un charco en el suelo de lo excitada que estás.

Me hirió moralmente aquel sarcasmo, sobre todo porque sabía que no mentía.

Escuchaba claramente los latidos de mi corazón porque resonaban en mis oídos —y en mi coño—, pero al mismo tiempo, me resistía a ceder, casi como si no pudiera hacerlo, porque necesitaba alargar todas las emociones que dominaban cada centímetro de mi cuerpo.

—Te equivocas, Santo. —Me oí responder sin siquiera procesar bien mis palabras, actuando puro instinto—. No estoy así.

Esta vez me estremecí con el tono de su risa después de asimilar lo que dije, y jadeé cuando me giró hacia él con firmeza. Santo me indujo a apoyarme contra la pared más cercana, dejándome completamente acorralada por su presencia.

—¿Cómo te atreves a mentir sobre eso cuando este lugar entero huele a tu coño empapado?

Me retorcí tanto por sus palabras, que me excitaban aún más, como por su actitud de comenzar a levantar mi vestido, luchando para que no lo lograra al mismo tiempo que era todo lo que deseaba.

—Tú quieres esto.

—No, no lo quiero.

—Entonces te haré desearlo. —Pasó su dedo índice por mi barbilla.

—No, Santo, por favor.

Apretó mi cuerpo contra la pared y acercó sus labios a mi oreja.

—Vamos, muéstrame que tu coño no está completamente encharcado sin que yo siquiera lo haya tocado. Muéstramelo, Bianca.

Al principio seguí intentando «luchar» contra esa exposición, tirando de mi vestido hacia abajo cada vez que Santo intentaba subirlo.

No pude ganar esa batalla. Terminé con el vestido arremangado sobre mi vientre y las piernas abiertas, ofreciéndole a Santo la visión que tanto ansiaba.

Sus ojos eran capaces de incendiar mi piel, y la sensación se volvió más real cuando sentí el roce de dos de sus dedos subiendo por mi muslo, arrastrando con su movimiento mi lubricación traicionera.

—No intentes huir de mí —me advirtió—. Sabes que ahora existes solo para mi placer.

Giré la cabeza cuando intentó besarme.

Vi estrellas cuando, por fin, sus hábiles dedos alcanzaron mi coño, despertando en mí un deseo aún mayor de abrir las piernas todo lo posible para darle acceso total, para que hiciera lo que quisiera.

Sin embargo, necesitaba alimentar nuestro juego con todo lo que pudiera y, requiriendo un gran autocontrol, me obligué a cerrar las piernas, notando cómo esa actitud me excitaba aún más porque, con mi movimiento, Santo introdujo dos dedos en mí, usando la palma para estimular directamente mi clítoris y castigándome por lo que había hecho de la manera más deliciosa posible.

—No, Santo —gemí para él mientras me movía contra su deliciosa masturbación, mirándolo con los ojos llorosos por el deseo y los labios mordidos para que no escapara ningún gemido, aturdida por mi propio placer.

—No sirve de nada resistirte ahora, Bianca, eres mía. —Sonrió con malicia.

Aquello me hizo temblar entera por la deliciosa manera en que sus dedos se deslizaban por mi vagina, nublando por completo mi mente.

—Y ahora voy a hacer lo que quiera contigo y nadie me lo impedirá, mucho menos tú, que estás ansiosa por ello.

Quise negar su afirmación, pero todo lo que logré fue dejar que me pusiera en el suelo, porque mis piernas ya no eran confiables.

Me puse a cuatro patas para, como último recurso, intentar arrastrarme lejos de Santo, pero apenas logré alejarme, pues, casi de inmediato, sentí su mano firme enredarse en mi pelo, inmovilizándome y haciéndome casi llorar de tanto deseo.

—¿Qué pasa? ¿Tu excitación crece cada vez que te das cuenta de que no puedes huir de mí? —Su tono burlón casi hizo que llevara mis dedos a mi coño para saciarme, estremeciéndome por completo—. Claro que sí, tu coño está respondiendo perfectamente por ti.

Soltó mi pelo y, esta vez, no intenté escapar porque simplemente no podía, temblando de ansiedad por lo que vendría después.

Escuché perfectamente cómo Santo se abría el pantalón y, saber lo que se avecinaba, hizo que me arqueara inconscientemente hacia él, anhelando tenerlo por fin dentro de mí.

Mi acción hizo que Santo riera de nuevo mientras se acomodaba detrás de mí, dándome una fuerte palmada en el trasero después de subir mi vestido casi hasta la nuca, dejándome expuesta.

Sentí con total claridad, al abrir más las piernas, cómo Santo comenzó a frotar su polla entre mi trasero y mi coño, aparentemente divirtiéndose con lo que hacía.

El peso de su miembro me hacía aún más necesitada, y tuve que morderme la lengua para evitar que un «gracias» se escapara de mis labios cuando, al fin, su polla me invadió, llenándome como solo él sabía hacer.

Asentí con ansia, agradeciendo cuando Santo llevó una de sus manos a mi vientre, sosteniendo mi cuerpo mientras comenzaba sus embestidas.

Que al fin me follaran después de tanta tensión fue tan placentero que ni siquiera me importaron las lágrimas que escaparon de mis ojos cuando empezó a darme con tanta fuerza que mi cuerpo parecía desarmarse.

Toda la atmósfera que envolvía nuestro encuentro me embriagaba, haciéndome aún más sensible a cada nuevo estímulo, y eso se hizo evidente cuando me di cuenta de que le estaba rogando a Santo sin siquiera percibirlo, deseando cada vez más de sus embates.

Su excitación también estaba fuera de lo normal, algo evidente por la cantidad de palabrotas en italiano que soltaba mientras me follaba con rudeza, casi temblando de deseo.

Me contraía con cada movimiento, enganchada a las pulsaciones de su polla dura dentro de mí, enganchada a sentirla golpear lo más hondo, dejándome blanda como gelatina.

Apoyé la mejilla izquierda contra el suelo mientras anhelaba más, desesperada por saciar mi deseo y ser consumida por el fuego que, cuando estábamos juntos, alimentábamos.

Estrenábamos el búnker de la mejor manera posible, a nuestro estilo, y supe que no tardaría en correrme cuando otra bofetada resonó en mi trasero, tan fuerte como el sonido de las embestidas de Santo.

Mientras me dejaba marcada y me empujaba como si quisiera partirme en dos, introdujo tres dedos en mi coño y comenzó a follarme con más intensidad.

Sentí que iba a chorrear en cualquier momento, así que tomé su mano libre y la guié hasta mi cuello, cerrando suavemente su agarre.

—Aprieta.

—Te has vuelto loca —murmuró.

—Aprieta y fóllame como si fuera una puta.

Primero protestó, como si quisiera exorcizarme, pero luego hizo lo que le pedí. La sensación fue tan adictiva que me incliné un poco más hacia adelante y chorreé con tanta fuerza que mis rodillas flaquearon.

Me abrazó para sostenerme y siguió dándome mientras comprobaba que estuviera bien.

—¿Puedes respirar?

—No importa. Solo no pares —gemí débilmente.

Me devoró como un animal furioso, y eso me excitó tanto que los chorros que salieron de mí fueron más intensos, creando una sensación extática.

Solo me sentí satisfecha cuando sentí su semen caliente explotar dentro de mí.

Prolongó nuestro placer con unos últimos empujones lentos, pero ya nada me importaba, estaba deliciosamente saciada.

Mis rodillas cedieron y casi me derrumbé, así que él me tiró hacia atrás: Santo cayó al suelo y yo sobre él.

Ambos jadeábamos sin aliento.

—Este embarazo me está volviendo loca —pasé las manos por mi rostro sudoroso y aparté el pelo—. Mi cabeza inventa unos fetiches de locos...

—Tranquila —besó mi nuca—. Puedo cumplirlos todos.

—¿Entonces por qué no me diste una bofetada fuerte y no me callaste la boca, como acordamos?

—Todo tiene límites.

—¿Llamarme putita también es un límite?

Santo rio secamente y abrazó mi cuerpo, acariciando mi piel lentamente.

—No sé, tengo este fetiche raro de que estoy en un bosque oscuro, huyendo de un monstruo, y entonces apareces tú...

—¿Soy tu salvador o el monstruo?

—El monstruo, idiota. Me persigues, me acorralas y me follas el culo.

Suspiré, aún jadeante, saboreando el silencio incómodo y gracioso que se formó.

Santo debía quererme mucho para satisfacer mis locuras.

—No sé qué me están haciendo mis hormonas, creo que me estoy volviendo completamente loca.

—Con todo respeto, Bianca, ya estabas loca antes del embarazo.

—Lo sé. Como dicen, el embarazo saca a relucir nuestra mejor parte —apoyé la cabeza en su pecho, tomé su polla, que seguía siendo grande incluso medio flácida, y comencé a girarla como si fuera la hélice de un helicóptero.

Capítulo 46
Santo Zampieri

Bianca estaba tumbada en la cama a mi lado. Dormía plácidamente y yo me limitaba a observarla, tan serena y tranquila que me daba hasta envidia… y un poco de orgullo, porque había conseguido preservar su paz en medio del caos.

La luz de la luna llena atravesaba las cortinas entreabiertas, iluminando la habitación con un brillo suave. Me recosté en el cabecero de la cama, observando su vientre, que llevaba dentro a nuestra hija.

Aquel era un momento de paz, raro y precioso, y me empeñaba en saborearlo para que, de algún modo, dentro de mí, se volviera eterno.

Se movió ligeramente y despertó; sus ojos se encontraron con los míos y una sonrisa perezosa apareció en sus labios.

—¿Sigues despierto? —murmuró, con la voz cargada de sueño.

—No he conseguido dormir —admití, deslizando los dedos con suavidad sobre su vientre—. Sois todo lo que ocupa mi mente.

Soltó una risa suave y colocó la mano sobre la mía.

—Yo tampoco conseguí dormir porque ella empezó a moverse y a dar patadas...

No respondí de inmediato, simplemente dejé mi mano allí, sintiendo el calor y la vida que crecían dentro de ella. Había algo sagrado en eso, era parecido a una oración. Un tipo de conexión que iba más allá de todo lo que había experimentado.

—Parece tan fuerte.

Arqueé una ceja al sentir la patada.

—Se pone mucho más inquieta cuando no estás aquí. Pero cuando estás, hace lo posible por llamar la atención. Cada vez que hablas, cada vez que me tocas, sabe que eres tú.

—¿Eso es posible?

—Créeme, sé lo que digo.

Esa idea tan sencilla me golpeó de un modo que no esperaba.

El corazón se me encogió en el pecho y un calor indescriptible se extendió por todo mi cuerpo. Me incliné y besé con suavidad su barriga.

—¿Puedes oírme?

Unos segundos después, volvió a dar una patada.

Bianca pasó los dedos por mi cabello en un gesto tierno que me hizo cerrar los ojos por un instante.

—Mi madre decía que me cantaba una canción cuando yo estaba dentro de su barriga. También me la cantaba cuando era niña, y yo mismo la cantaba cada vez que me sentía ahogado. A veces aún la canto.

—¿Por qué no le cantas a ella? Tal vez se calme.

Sonreí contra su vientre antes de aclararme la garganta.

Estaba acostumbrado a cantar canciones sacras; las canciones mundanas solo las tarareaba en mi cabeza, así que me sentí un poco extraño en aquel momento.

Eres así
Un sueño para mí
Y cuando no te veo
Pienso en ti
Desde el amanecer
Hasta que me acuesto[13]

—Esa canción es preciosa —susurró Bianca.

Cogió mi mano y la guió hasta un punto concreto de su vientre.

—¿Lo notas?

Tardé un segundo, pero entonces lo sentí. No fue una patada, como antes. En realidad, fue un leve movimiento, casi imperceptible, pero inconfundible. El corazón me dio un vuelco y me incliné más, como si pudiera sentirlo mejor.

Los ojos se me llenaron de emoción porque, al cantar con mi voz, fui capaz de recordar la voz de mi madre.

Ella, arrodillada frente a mí, arreglándome el cabello antes de que me fuera al seminario, mirándome al fondo de los ojos como si quisiera que jamás olvidara ese momento.

Desde pequeño había aprendido todas las liturgias, los cantos sagrados en latín, las palabras de mantra que un hombre de fe debía usar como escudo.

Pero nada fue jamás tan poderoso como el sonido de su voz, allá en el fondo de mi mente, cantando.

Bianca rió, y sus ojos brillaron con una alegría que me atravesó como un rayo.

—Creo que Clara te está diciendo «hola».

Reí, aunque creo que en realidad estaba disimulando algo más profundo que se movía dentro de mí. Algo que no sabía expresar con palabras.

Una mezcla de amor, responsabilidad y un deseo casi desesperado de proteger ese pequeño mundo que habíamos creado.

Que era nuestro.

Y nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a amenazarlo.

Besé la barriga de Bianca y sentí cómo los movimientos se fueron calmando, hasta que pareció que la bebé se había dormido.

Fue entonces cuando mi móvil vibró sobre la mesita de noche.

El sonido rompió el silencio tranquilo, y los dos dirigimos la mirada hacia él.

Suspiré, sabiendo que el momento había terminado.

—Contesta. Debe de ser importante.

Cogí el aparato y leí el mensaje.

Era una solicitud para ir al hotel. Algo urgente, como siempre.

Dejé el móvil de nuevo sobre la mesa y me giré hacia ella.

—Tengo que irme —dije, con pesar en la voz—. Pero volveré en cuanto pueda.

Ella asintió, acarició mi mano y la pasó una última vez sobre su vientre.

—Solo ten cuidado.

Me incliné para besarla, dejando mis labios sobre los suyos un segundo más de lo habitual. Luego me levanté y empecé a prepararme.

Al salir del dormitorio, miré hacia atrás y vi a Bianca acariciando su barriga, con una sonrisa suave en los labios.

Esa era una imagen que me llevaría conmigo, allá donde fuera.

Capítulo 47
Santo Zampieri

En cuanto entré en el Hotel 6 Continentes, me dirigí a la sala de reuniones del piso 15. Todo seguía igual: la mesa ovalada con más de treinta asientos, los ventanales del suelo al techo y la vista hipnotizante de la playa.

Pero en lugar de encontrarme con los rusos para las negociaciones, quien estaba frente a mí era mi mentor dentro de la Iglesia, el obispo Vincenzo Montanari.

Se levantó, recorrió la mitad del camino hacia mí y me estrechó la mano con una expresión tensa.

—Zampieri.

—Obispo. ¿A qué debo el honor de su visita? —Le señalé la silla para que se sentara, y rodeé la mesa para colocarme frente a él.

—Antes de hablar de los asuntos que nos han traído aquí, necesito... aliviar mi conciencia.

Asentí, adaptando mi postura a un tono más neutro y conciliador. Él se quitó el solideo, lo colocó cuidadosamente sobre la mesa y agachó la cabeza.

—Perdóname, padre, porque he pecado.

—Bienvenido al Sacramento de la Reconciliación, hijo mío. Dios siempre nos acoge con su infinita misericordia cuando nos arrepentimos de corazón. Dime, ¿cuáles son tus pecados?

—Confieso a Dios Todopoderoso, y a ti, padre, que he pecado gravemente —hizo una pausa para respirar hondo—. He cedido a los deseos de la carne. Estuve con una mujer casada.

Mi expresión permaneció neutra.

No estaba en el papel de juez, al menos no todavía.

—La lujuria ha sido mi debilidad —admitió, con los ojos clavados en la mesa—. Siento debilidad por las mujeres casadas. Y cuando se confiesan, no logro reprimir ese instinto animal de querer dominarlas y castigarlas hasta que se arrepientan.

—Lo entiendo.

—Y como si eso no bastara, he sido negligente en mis obligaciones. Dejé que mi pupilo se desviara del camino y perdiera el control de la situación. Debo corregir ambas cosas ahora, o no habrá salvación para mí ni para él.

Inspiré hondo.

Desde el día en que fui ordenado sacerdote, Montanari siempre me había utilizado como su confidente. Conocer sus pecados nunca disminuyó el aprecio que sentía por él. Al fin y al cabo, éramos humanos.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

—Sí.

Asentí con sutileza. Hice la señal de la cruz delante de él y bajé las manos.

—Estás perdonado, hijo mío. Puedes ir en paz.

El obispo levantó el rostro, visiblemente incómodo.

No sabía si esperaba martirio como castigo, palabras duras o una interminable retahíla de oraciones para purificar su alma.

—¿Solo eso?

—Solo eso. El acto de confesar indica que hay un arrepentimiento profundo y eso, para Dios, es suficiente.

Me miró incrédulo —algo que un obispo jamás debería ser.

Se quedó en shock durante un minuto entero, parpadeó lentamente en el proceso y entonces, tomó el solideo de la mesa y se lo colocó de nuevo.

—Ahora que eso está resuelto... —dijo, enderezándose—. Cuéntame, ¿cómo van las cosas por aquí?

—Estoy lidiando con personas inflexibles, pero estoy a punto de cumplir una de las misiones: casar al hijo de Iván Zagovor con la hija de una familia tradicional, pero arruinada.

—Ajá.

—Han puesto precio a mi cabeza y también a la de Bianca. Hay al menos quinientos asesinos tras nosotros.

Montanari asintió, pero su expresión seguía sombría.

Tamborileó los dedos sobre la mesa durante un momento antes de hablar por fin:

—Santo, ha llegado el momento de parar. Es hora de volver al Vaticano.

Alcé una ceja, sorprendido por una declaración tan directa.

—No voy a volver.

Suspiró, como si ya esperara esa respuesta.

—Las cosas se han salido de control. Y muchas de esas noticias han llegado al Vaticano. Por suerte, he interceptado todas y he conseguido amenazar a quienes podrían perjudicarte. Ahora está todo en juego, hijo. El cargo que ocupas, tu posición en nuestra sociedad secreta, tu salvación... Debes retirarte. No es un consejo, es una orden.

Me incliné hacia adelante, acomodándome en la silla.

—¿Mi salvación?

—Has permitido que una mujer débil te dominara. Has roto tus votos sagrados. ¿Quieres confesarte?

—¿Por qué habría de confesarme? No me arrepiento de nada.

El hombre endureció la postura y me miró como si el tiempo se hubiese congelado entre nosotros.

—Arrepiéntete, Santo. O perderás hasta tu alma.

Sonreí apenas, al oír eso.

—¿Cómo pudiste dejar que una mujer te hiciera caer, hijo? ¿Cómo puedes permitir ahora que esté entre todas las cosas sagradas que dan sentido a tu vida?

Me miró fijamente y formuló la pregunta que pesaba entre los dos como una roca:

—¿No te das cuenta de que lo vas a perder todo? ¿Tu puesto, tu honor, tu poder e incluso tu alma?

Respiré hondo.

Si hubiera escuchado eso hace unos meses, habría bajado la cabeza, seguido sus indicaciones y cambiado el rumbo de mi vida.

Montanari sabía que yo era como un perro feroz, dispuesto a morder, desgarrar, destruir a cualquiera… menos a su dueño.

Y los perros así de peligrosos solo obedecen cuando temen algo más que la propia muerte, para contener sus instintos animales ante quien los domina.

—Es demasiado tarde para mí, Montanari.

—No, hijo mío. Aférrate a tu fe. Aférrate a la tradición de la Santa Iglesia. Habla con Dios en tu corazón.

—Es demasiado tarde porque Bianca es mi fe, mi Santa Iglesia y el Dios en el que creo ahora. Es por ella y por nuestra hija que lucho. Y si el precio es mi alma, entonces que así sea.

—¡No blasfemes, muchacho! —gruñó.

—No estoy blasfemando, obispo.

Le indiqué con la mirada que mirara debajo de la mesa.

Vaciló, pero al final se inclinó y miró. Su expresión cambió al instante en que vio el arma apuntándole, mi mano ligeramente temblorosa, pero lo bastante firme como para apretar el gatillo.

—¿Matarías a tu maestro? ¿Dispararías contra mí?

—No me obligues a hacerlo —respondí, con la voz baja, aunque cada parte de mí gritaba—. Sabes, en el fondo, que no

dudaría.

Montanari guardó silencio durante unos segundos antes de incorporarse lentamente. Ajustó sus vestiduras y me miró con algo entre la tristeza y la resignación.

—Has cambiado, Santo.

—He cambiado.

—Todos estos años sirviendo a la Iglesia con fe y entrega… para acabar cayendo. Rezaré por tu alma.

—Estás equivocado, Vincenzo. Sigo sirviendo a mi Iglesia y a mi fe. El hereje aquí eres tú, no yo.

Asintió de inmediato.

—Siempre serás mi hijo. —Se llevó una mano al pecho—. Seguiré haciendo todo lo posible por protegerte en el Vaticano, pero no pasará mucho tiempo antes de que toda esta mierda estalle.

Asentí, manteniendo el arma apuntando hacia él, bajo la mesa.

—Entiendo las consecuencias, Vincenzo. Y estoy preparado para ellas.

No respondió. Solo salió de la sala, dejándome a solas con mis pensamientos. Cuando cerró la puerta, dejé el arma sobre la mesa. Era como si hubiera estado sosteniendo un yunque tan pesado que mis músculos ya no eran capaces de aguantarlo por más tiempo.

Vincenzo Montanari

Después del encuentro con Santo, me dirigí al lugar indicado para finalizar aquella misión. Entré en un restaurante brasileño y me senté en una mesa alejada de las ventanas.

Miré el reloj, que marcaba un minuto para las tres de la tarde, saqué la Biblia del maletín y comencé a leer.

Cuando llegó mi acompañante, todo el salón se detuvo para mirarla. Era una mujer de cabellos rubios y voluminosos, varios collares que parecían tribales colgando sobre su pecho, vestida con prendas largas y negras.

Se sentó frente a mí, colocó un sobre lleno de dinero sobre la mesa y mantuvo la mano encima mientras me miraba fijamente.

—Vincenzo.

Asintió con la cabeza, como si fuésemos viejos conocidos.

Y lo éramos.

—Wilhermina.

Tamborileó los dedos sobre el paquete abultado y me observó con evidente expectativa.

—Lo conozco desde que era niño. Yo cuidaba del seminario donde fue acogido, educado y preparado para ser sacerdote —asentí sutilmente—. Y puedo asegurar que todas las herramientas que la Iglesia usaba para controlarlo, ya no surten efecto.

—Eso es música para mis oídos, Vincenzo.

Empujó el sobre hacia mí y yo lo tomé.

Lo abrí con discreción y vi al menos mil billetes de quinientos euros.

—Está libre de sus traumas, de sus bloqueos y de sus demonios. Doy mi palabra de que hará todo por la chica.

Wilhermina esbozó una sonrisa satisfecha, curvando sus finos labios.

—La *Bratva* tiene una deuda con usted, obispo Vincenzo Montanari. Este es el pago inicial; el resto lo entregaremos cuando la misión esté cumplida. Como bien sabe, siempre saldamos nuestras deudas.

La observé durante un instante, admirado.

Había algo fascinante y peligroso en Wilhermina, una combinación rara de sabiduría y crueldad. Incliné levemente la

cabeza en señal de respeto.

—Espero que su familia sepa lo que está haciendo, Wilhermina. —Guardé el sobre dentro del maletín—. Porque ahora él es un hombre sin cadenas. Y los hombres así son... impredecibles.

Wilhermina simplemente se levantó y me guiñó un ojo con suavidad.

Antes de girarse y marcharse, dijo:

—Los hombres así, obispo Montanari, son los que más nos gustan.

Capítulo 48
Santo Zampieri

La mansión de la familia Zagovor estaba frente a la playa, rodeada de edificios opulentos. Eso solo podía significar una cosa: dinero y poder.

Y eso fue exactamente lo que sentí al bajar del coche, ver a Yohanna y Kamikaze inspeccionando la zona, mientras yo extendía la mano para ayudar a Bianca a bajar.

Parecía tranquila. Los fracasos anteriores al intentar reunir a su familia no parecían haberla afectado, lo cual era una buena señal.

—¿Preparada?

Bianca respiró hondo y asintió.

—Solo espero que no sea tan extraño como la primera vez.

—No lo será, te lo prometo. —Le besé el dorso de la mano.

Nos recibió en la entrada principal el propio Iván Zagovor. Parecía muy distinto del hombre que una vez se mostró inflexible y peligroso. Había algo más suave en su actitud, un aire de cordialidad que no se correspondía con lo que yo había esperado.

—Padre Zampieri, un placer volver a verle —dijo, abriendo los brazos en un gesto cálido—. Y Bianca Zagovor, mi querida sobrina. Bienvenidos a mi casa, a la casa de la familia Zagovor.

—Gracias por recibirnos —respondí, estrechando su mano con firmeza.

Bianca inclinó ligeramente la cabeza en señal de cortesía, manteniendo esa elegancia que parecía innata en ella. Permitió dos besos en sus mejillas y se colocó a mi lado.

—Por favor, pasen.

Iván nos guió como si fuéramos turistas.

Por el camino, vimos hombres de aspecto intimidante que medían casi dos metros y parecían recién salidos de prisión. Bianca se adaptó enseguida al ambiente y empezó a señalar cosas por el camino: los jarrones chinos con lirios, los suelos de mármol griego —que reconoció por haberlos visto en la mansión de Massimo—, enormes lámparas de oro y diamantes, y obras de arte que probablemente valían una fortuna y habían sido robadas.

No esperaba menos de la casa de uno de los rusos más ricos de Estados Unidos.

—Tiene un gusto increíble —murmuró Bianca.

—Es de familia, tú también lo tienes.

En el salón principal, había un servicio de té dispuesto sobre una mesa ornamentada. Iván nos condujo hasta los asientos y sirvió personalmente a Bianca, un gesto que no pasó desapercibido.

Alrededor de la mesa había tres personas más: una mujer embarazada, una niña de unos tres años y Konstantin Zagovor, que debía rondar los treinta.

—Has cambiado mucho desde la última vez que hablamos, Iván.

El hombre asintió con rigidez, casi con actitud militar.

—A veces, padre Zampieri, hace falta una derrota para ver el camino correcto. Cuando comprendí que mi obstinación nos estaba llevando a la ruina, supe que era momento de cambiar.

Bianca, que hasta entonces había guardado silencio, lo miró con curiosidad.

—¿Qué fue exactamente lo que te hizo cambiar de opinión?

—Zoya —dijo él, con la voz cargada de emoción—. Era mi hermana mayor. Perdimos el contacto antes de que nacieras, por supuesto. Pasé años buscándola, pero nuestras pesquisas no dieron resultado.

—¿Mi madre?

—Tienes sus ojos, Bianca. Creo que ha llegado el momento de reconocer que me equivoqué, que fui arrogante y orgulloso. Tu lugar, el lugar de tus futuros hijos y el de su padre, está en esta familia. Somos una hermandad.

—Conmovedor. —Crucé las piernas—. El arrepentimiento sin culpa no significa nada, ¿verdad, Iván?

—Desde luego que no, padre Zampieri. ¿O debería llamarle Sovetnik Zampieri?

—No, ya tenéis un excelente Sovetnik. Nikita y yo somos grandes amigos, jamás lo traicionaría de ese modo.

Bianca saludó con gracia y miró a la niña al otro lado de la mesa. Le hizo un gesto que fue correspondido, y ambas se echaron a reír.

—Inquisidor Zampieri suena mucho mejor.

—¿Dónde están las mujeres de esta familia? —preguntó Bianca enseguida.

—Bueno, mi primera esposa, Ayla, fue asesinada por Konstantin.

Se creó un silencio tenso alrededor de la mesa. Su hijo mayor incluso pareció contener la respiración.

—Durante el parto, quiero decir. Prácticamente partió a su madre en dos, me arrebató al amor de mi vida y robó la felicidad de esta casa.

—Qué gente tan animada. —Tomé la mano de Bianca por debajo de la mesa.

—Un ambiente encantador. —Ella miró los dulces sobre la mesa.

Y me miró a mí, como preguntando si debía probar alguno.

Negué con la cabeza.

—Con mi segunda esposa tuve tres hijas. Como puede ver, una inútil, que ni siquiera fue capaz de darme un hijo varón. Así que

la eché de casa.

—¿Y sus hijas? —Bianca casi se atragantó con sus propias palabras.

—Las casé a todas. Hice alianzas para ampliar mi poder. ¿Qué iba a hacer con tres mujeres en esta casa? —Rió—. Y entonces llegó ella, Morgana.

Bianca le dedicó un gesto amable, que fue correspondido.

—La compré en Turquía. Me dio un hijo varón, así que, como puede ver, estaba escrito.

—Oh, estaba escrito...

Nos interrumpió una chica que debía tener unos dieciocho años, pero era tan delgada, estaba tan sucia y vestía tan andrajosa que parecía una niña. Llevaba una bandeja con dulces y se la ofreció a Bianca, quien tomó una fresa bañada en chocolate, la examinó y se la entregó a la muchacha.

—Come, seguro que está riquísimo.

La chica miró a Iván. Recibió su aprobación. Entonces se llevó todo a la boca y lo tragó.

—¿Y quién es ella?

—Hija de mi hermano menor. Se fue en busca de Zoya y la dejó con nosotros. Nunca volvió.

—¿Y su madre? —Bianca fue más incisiva.

—Las mujeres que solo dan a luz niñas no sirven de mucho en esta familia. —Iván hizo un gesto cordial con la mano.

Bianca, sin embargo, parecía una generala autoritaria siendo desafiada.

—¿Ah, sí?

—¿Para qué necesitamos mujeres? No saben disparar.

—¿Ah, sí? —repitió ella, sorprendida.

—Pareces tan encantadora, querida sobrina...

—No tienes ni idea, querido tío. —Acarició su vientre.

—¿Y vosotros? ¿Tendréis niños? ¿O tendréis que esperar?

—Una niña —respondí—. Una gran suerte.

Iván intentó disimular la expresión de disgusto.

—Antes de que entráramos en esta conversación tan agradable, hablaba usted de haber ido tras Zoya hace años. Creo que sería interesante que nos contara qué ocurrió.

—También lo creo. —Bianca se levantó, arrastró la silla a su lado para que la chica de la bandeja se sentara, y solo volvió a su sitio cuando la niña se acomodó.

—Zoya era la jefa de esta familia, pero se casó con un Durov y... ellos no son de fiar, ya se habrán dado cuenta.

—A mí me caen bien —admití—. Me lo estoy pasando genial.

—Hum... Bueno, Zoya y Markus se casaron. Intentaron unir las familias, pero siempre tuvimos nuestras diferencias. Nunca supimos con certeza qué ocurrió, pero un día se fueron de viaje... y no regresaron.

—¿Se tomaron unas vacaciones?

—Eso es lo que siempre creímos. —Miró a Konstantin, que asintió enseguida—. No había ningún motivo para sospechar otra cosa, hasta que...

—Hasta que... —Bianca carraspeó.

—¿Qué pasó?

Iván la miró, parecía levemente afectado al sostenerle la mirada.

—Descubrí que Maxin Durov se estaba reuniendo con un hombre de la Tríada China.

—¿Qué es la Tríada China? —susurró Bianca hacia mí.

—Una de las mafias más famosas del mundo —le susurré de vuelta.

—No la conocía —siguió en el mismo tono.

—Pues necesitan mejorar su marketing, entonces.

Terminamos riendo y le indiqué a Iván que continuara la historia, porque se estaba poniendo interesante.

—Bueno, mi hermano menor, Hustler, dijo que había encontrado a un miembro de la Tríada China en Brasil, y fue la última noticia que tuvimos de él. Me di cuenta de que, si seguíamos investigando, acabaríamos entrando en un territorio peligroso. Así que retiré a mis hombres y me centré en el tráfico de armas. Fue una decisión dolorosa, pero parecía la única opción en aquel momento.

—Lo entiendo.

—Los Durov tienen cinco veces más hombres que nosotros. Los pocos que yo tenía no podía mantenerlos alejados del negocio, ¿lo comprende, Inquisidor Zampieri?

—Totalmente comprensible. Me gustaría saber más detalles sobre eso.

—Le entregaré todo lo que tengo.

—Perfecto.

La sala quedó en silencio por un momento, con el peso de la confesión flotando en el aire. Finalmente, Iván volvió a hablar, con un cambio de tono.

—Pero hoy deberíamos celebrar, porque este es un nuevo comienzo para todos nosotros. —Se levantó con una copa de vodka —. Quiero presentarles formalmente a mi hijo, Konstantin. Empezasteis con mal pie aquel día...

Con un gesto, hizo que su hijo se levantara.

Konstantin era alto, con una postura imponente, hombros anchos, cintura estrecha, pero muslos gruesos.

Tenía el pelo rebelde, estaba cubierto de tatuajes y, aunque su rostro era bello e incluso delicado, había en él una agresividad,

una brutalidad que solo alguien que ha matado con sus propias manos puede reflejar.

Aun así, en el fondo de su mirada se percibía una tristeza profunda.

—Konstantin —dijo Iván, colocando una mano sobre el hombro de su hijo—, te presento a Santo Zampieri y a su esposa, que además es tu prima, Bianca. Ahora son nuestros... aliados.

Konstantin se acercó a mí y me estrechó la mano.

—Dos correcciones: no estamos casados, soy un sacerdote de verdad, no puedo casarme.

—Él ya está casado con Dios, yo soy la amante. —Bianca rió.

—Segundo: no somos aliados. Soy el Inquisidor de esta familia y actuaré como tal. Mataré a los herejes, corregiré las conductas necesarias y mantendré vivos a quienes cumplan las leyes. ¿Parece difícil de entender?

Iván se quedó mudo.

—En absoluto —dijo Konstantin.

Hablaba con voz grave y baja, tenía cara de niño y voz de hombre.

—Eres un hombre guapo.

Parpadeó, incrédulo.

Seguramente esperaba cualquier cosa de mí, menos eso.

—G-gracias.

—Debes de parecerte a tu madre, mira esa piel tan bonita. —Miré a Bianca.

—Sí, es guapo, tendría muchísimo éxito en Río de Janeiro.

—¿No quieres darle un abrazo a tu prima?

Konstantin asintió de forma algo robótica y se inclinó para abrazar a Bianca. Intentó hacerlo rápido, pero ella lo sostuvo, dándole un poco de afecto.

Eso pareció romper algo dentro de él.

Por mi vasta experiencia tratando con seres humanos y escuchando confesiones, supe de inmediato que ese chico jamás había recibido un abrazo.

—Ven aquí, uno más no te hará daño.

Me abrazó de forma torpe. Y pareció avergonzado cuando se apartó.

—¿Alguna vez pensaste en ser sacerdote, hijo?

—N-no. —Parpadeó, desconcertado—. Se me da mejor ser asesino de la mafia.

—Te ibas a tirar a muchas monjas. Hasta a algún obispo o cardenal, quién sabe. Eres guapo. —Le di una palmada en el hombro —. Pensé que tendría que convencer a alguna chica para casarse contigo, pero mírate. Cualquier mujer se volvería loca.

Konstantin acabó sonriendo. Parecía que nunca lo había hecho en su vida.

—Es un encanto —dijo Bianca.

—¿Te apetece casarte, chico?

Antes de que pudiera responder, su padre se metió en la conversación:

—Konstantin está a su disposición, Inquisidor Zampieri. Se casará con quien usted determine.

Bianca me miró con sorpresa, pero no dijo nada.

—Qué bien. Entonces, ¿qué te parece casarte pasado mañana?

—¿Ya?

—No podemos perder tiempo, chico. Y estoy seguro de que te mueres por tener tus propios hijos. —Le di unas palmadas en la espalda—. ¿Tienes 28... 30...?

—33.

—¿33? Mi edad. Qué bien. ¿Sagitario?

—... No sé.

—¿Día y mes?

—31 de agosto.

—Virgo. Buen signo. Metódico, maniático de la limpieza, inteligente, leal, perfeccionista... ¿asesino?

—Sí. Nos llaman Ejecutores. —Carraspeó.

—Seguro que haces un trabajo limpio, bien hecho, puntual, siempre llegando a tiempo para matar. Me gustas, chico. —Volví a palmearle el hombro—. Seremos grandes amigos. Nikita se pondrá celoso, pero ya hablaré con él.

Al notar que ya no era el centro de atención, Iván se sentó y bebió.

Le corrí la silla a Konstantin para que se sentara a mi lado.

—Inquisidor Zampieri, ¿cuándo volverán a funcionar mis barcos?

—No entiendo.

—Es que... mis hombres necesitan cobrar. Y... todo mi dinero viene del tráfico de armas, ¿entiende?

—Ah, no lo entendió. —Miré a Bianca—. ¿No se lo explicaste?

—No, pensé que tú lo explicarías.

—No, habíamos quedado en eso, amor. Yo sería el simpático y tú ibas a explicar todo.

—Vale. ¿Entonces explico?

—Explica. Me encanta cuando una mujer explica. Explica, amor. Explícalo todo.

—Pues mire, tío... —Bianca respiró hondo—. Ahora somos nosotros quienes pagamos a sus hombres. Ellos trabajan para nosotros ahora. Así que... no se preocupe. Usted también cobrará bien.

La cara de Iván era la de alguien que ve un pajarito de colores volando por el cielo y, al levantar la cabeza para admirarlo, recibe una cagada justo en la frente.

—Qué reunión de familia tan deliciosa. Pero siento que falta algo. O alguien. ¡Por favor, traigan a Nikita la próxima vez! —pedí.

Capítulo 49
Santo Zampieri

Algunos mensajes enviados a los soldados de la familia Durov fueron respondidos: todos querían un acuerdo de paz para que sus familias no salieran perjudicadas.

Pero me sorprendí al recibir un mensaje de Roman Durov.

Era hijo de rusos, sin sangre directa de los Durov, pero hasta donde yo sabía, era el brazo derecho de Maxin, sobre todo ahora que Vanya ya no estaba entre nosotros.

No llevé a Bianca porque no quería generarle expectativas ni frustraciones.

Además, ella estaba ocupada en la casa de los Zagovor conociendo mejor a sus primos, en especial a la chica sin nombre que nunca decía una palabra.

Kamikaze me acompañó a aquella reunión de negocios en el Hotel 6 Continentes, que se había convertido en el escenario habitual de mis encuentros con los rusos, era la única forma en que accedían a verme.

—¿Y el hombro?

—Como nuevo. Aún no puedo hacer mucha fuerza, pero con fisioterapia todo irá bien.

—Ah, sin duda.

En cuanto entramos, noté que Kamikaze se quedó donde estaba, con la mandíbula tensa, un paso detrás de mí.

La imponente mesa de reuniones seguía en el centro. Roman estaba sentado al fondo de la sala junto a una mujer, lo cual ya era una novedad tratándose de una negociación con los rusos.

—¿Nos presentamos? Soy Santo Zampieri, este es Kamilo Kaztens, aunque imagino que eso ya lo sabéis.

—Roman Durov, señor Zampieri. —El hombre se levantó e hizo un gesto con la cabeza—. Y esta es mi esposa, Svetlana.

Tenía el porte de alguien acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido, pero había algo en su mirada que delataba incertidumbre. Svetlana, en cambio, desprendía una confianza perturbadora. Clavó su mirada en Kamikaze con una intensidad que haría retorcerse a cualquiera.

—Me sorprende ver a una mujer en la mesa de negociaciones.

—Las mujeres han sido silenciadas en esta familia durante mucho tiempo, señor Zampieri —respondió Svetlana—. Mi hermano acaparó todo el poder y relegó a las mujeres a posiciones... alejadas de cualquier influencia.

—Eres hermana de Maxin Durov. —La señalé con la cabeza.

—Sí.

—¿Estáis aprovechando el curso de historia bíblica que estoy ofreciendo a vuestra familia? —Me senté y clavé la mirada en su puño cerrado—. ¿O tendré que catequizaros a golpes?

Roman intercambió una mirada con Svetlana antes de continuar:

—Vayamos al grano, ¿le parece? Estamos aquí para negociar la rendición de nuestra familia. Queremos poner fin a este conflicto antes de que nos destruya por completo.

—¿Y qué tipo de poder tenéis sobre la familia para eso?

Guardaron silencio.

—Imagino que tu hermano no está al tanto de nada.

—Ni siquiera lo sabe, padre Zampieri —respondió Svetlana.

—Bien, entonces... ¿cómo es esto una negociación, exactamente?

Kamilo se sentó a mi lado con lentitud, manteniendo la cabeza baja.

—De nuestra parte, daremos los nombres, identidades y ubicaciones de todos los asesinos que Maxin envió para matar a Bianca —dijo ella, con voz suave, casi dulce—. Y a cambio, quiero a este chico. Durante un año.

Sentí a Kamikaze moverse junto a mí, pero mantuve mi mirada fija en la pareja.

Cuando dijo «este chico», mis neuronas empezaron a hacer sinapsis a tal velocidad que perdí la concentración.

—Cuando dice «este chico», ¿se refiere a Kamilo? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

Roman se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos.

—A mi esposa le gustan los juguetes nuevos. Y debo admitir que yo también estoy interesado en el chico.

Miré a Kamikaze por un instante.

Estaba inmóvil como una estatua.

—Se me cayó el rosario. —Señalé el suelo y agaché la cabeza bajo la mesa; él hizo lo mismo—. ¿Pero qué mierda es esta? —susurré.

—¿Recuerdas cuando dejé sola a Bianca en la discoteca?

—Ajá.

—Ese tipo vino a buscarme. Hablamos de buenas. Él quería...

—¿Quería...?

—Que me tirara a su esposa. Y... tal vez...

—¿Tal vez...?

—No sé, que me la chupara.

—Entiendo. ¿Y huiste?

—Hui —asintió.

—¿Por miedo a ella o a él?

—A ella. Me dan miedo las mujeres.

—¿Pero que él te la chupara... te parecía bien?

—No. Claro que no. Pero él es su marido. Es raro.

—Nada es raro cuando una pareja está bien resuelta. A veces hay hasta lametones en el perineo, justo en la puertita del paraíso, pero todo con una pseudo-permiso para que no quede raro que un hombre ofrezca su propio culo. —Le puse una mano en el hombro—. ¿Te la tirarías?

—¿Eh?

Parecía haber soltado todo el aire de sus pulmones en esa exclamación. Hasta se puso rojo.

—¿Te la tirarías? ¿Así, sin más? Está buena, debe rondar los cuarenta, buen pecho...

—Yo... no sé...

Levanté la cabeza y arrastré a Kamikaze conmigo.

—Por desgracia, eso es muy poco. Informar lo que ya sabemos es una pérdida de tiempo, y lo sabéis. Si queréis una negociación de verdad, traed algo serio a la mesa. Kamilo es un cura guapísimo, virgen, con un bigote sexy, un pollón de...

Él abrió los ojos como platos, rojo de tanta vergüenza.

—Veinte...

—Veinte. Un pollón de veinte ya es mucho.

—Veinticinco... —murmuró.

—Veinticinco, claro... con veinticinco centímetros la cosa cambia. Ahí ya tendríais que darme la cabeza de Maxin. ¿Una polla así? ¿Para una pareja?

Antes de que pudieran responder, levanté la mano para interrumpirlos.

—No sé si lo habéis notado, pero este chico es como si fuera mi hijo. No ha salido de mí, pero lo he criado como si lo fuera. No voy a vender a mi hijo por cualquier cosa.

Svetlana se inclinó hacia adelante, los ojos fijos en Kamikaze.

Había algo perturbador en su mirada, un deseo que no se molestaba en ocultar.

—Todas las contraseñas bancarias de la familia.

Sonreí despacio mientras me recostaba en la silla.

—Ahora sí, la negociación se está poniendo interesante. —Le apreté el hombro a Kamilo—. ¿Qué opinas?

—No sé si puedo —dijo, con la mirada aún baja.

—Claro que puedes.

—Es pecado.

—Nuestra misión divina también es salvar matrimonios. Y a veces, tirarse a la mujer del tipo mientras él mira salva el matrimonio.

—¿Y si él quiere tirarme a mí? —Kamilo tiró de mi sotana, casi pidiendo socorro.

—Usas la carta del UNO de «reversa» y te lo tiras tú primero. Son 25 cm, Kamilo. Si te lo tiras y luego sigue caminando, algo raro hay —susurré.

Svetlana ladeó la cabeza, su melena rubia cayéndole sobre los hombros. Alzó una ceja, claramente complacida al ver que, de algún modo, estábamos interesados en la propuesta.

—Las contraseñas bancarias —repitió—. Y las ubicaciones físicas del dinero en efectivo que tenemos almacenado. A cambio de seis meses con él.

—¡Vendido! —Golpeé la mesa con el puño.

Kamikaze soltó un suspiro y me miró de reojo, desesperado.

—Para la rubia preciosa y su dignísimo marido ruso, que si no cree en Dios, empezará a creer cuando cosas misteriosas y enormes le entren por detrás. —Volví a golpear la mesa—. No olvidéis confesaros después de los actos libidinosos, el perdón divino siempre es necesario.

—Se cayó el rosario. —Kamikaze se metió debajo de la mesa —. Esto es una locura.

Me agaché con él.

—¿Tienes miedo de él?

—¡De ella!

—¿Y por qué?

—No lo sé. ¡Es un miedo irracional!

—Piensa en lo bueno. —Le sujeté el hombro—. Estarás acompañado de otro hombre, mayor y con experiencia, que te guiará.

—¿Y si intenta hacerme algo?

—Le das con la porra.

—¿Hasta...?

—¡Hasta que se desmaye, joder! Kamilo, mides casi dos metros, ya no eres un chiquillo flacucho. No queda bien tenerle miedo a una mujer. Son solo... criaturas deliciosamente peligrosas.

—Exacto —gruñó—. Me da miedo.

—Pues asústala tú a ella. —Le guiñé un ojo—. Psicología inversa, ¿sabes? Haz que tu miedo te tenga miedo a ti.

—¿Crees que funcionará?

—Sí. Y si no funciona, iré yo, a cogerte de la mano para darte fuerza y coraje. Piensa que esto pondrá fin a todos nuestros dolores de cabeza y cerraremos esta misión. En seis meses, vuelves al Vaticano.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Él asintió, con reticencia, pero asintió.

Regresamos a la mesa. Acaricié la superficie lisa del tablero y miré al matrimonio.

—No tienes que tener miedo. Yo te enseñaré todo lo que debes hacer —comentó Roman, con una sonrisa maliciosa.

—Tiene cara de aprender rápido —rió Svetlana.

—Monísimos. —Los miré a todos—. Entonces vamos allá: seis meses con este chiquitín...

Abrí las manos y moví los labios sin emitir sonido: veinticinco.

—A cambio de las contraseñas bancarias y las ubicaciones físicas del dinero. ¿Hay paraísos fiscales? También quiero los del paraíso fiscal.

—Tendrás todo —garantizó Svetlana.

—Si me engañáis o le hacéis daño a mi hijo —señalé a Kamikaze—, os arrastraré por las tripas por toda esta ciudad. Y aun así encontraré la manera de dejaros vivos durante otros cincuenta años para que tengáis tiempo suficiente para pensar en vuestros errores. ¿Conocisteis a Vanya?

—Sí.

—Simpático, ¿verdad? ¿Alguna vez se ha comunicado a través de un médium?

—No.

—Probad con la ouija, a ver si hay suerte.

—¿Cuándo podré llevarme a mi juguetito a casa? —preguntó Svetlana.

—Cuando haya vaciado todas las cuentas bancarias de vuestra familia.

Svetlana giró entre los dedos un llavero con un pendrive.

—Entonces hoy es mi día de suerte, padre Zampieri. Puede hacerlo todo ahora mismo. —Me ofreció el objeto.

Capítulo 50
Maxin Durov

La furia me consumía por dentro como un incendio.

Cuando escuché aquella noticia salir de la boca de Román, solté una carcajada y luego me quedé paralizado, incrédulo. Mi cuñado acababa de decirme que todas mis reservas de dinero escondidas por Florida habían sido robadas.

Cada centavo.

La sangre me hervía mientras cruzaba el bar en el que estábamos. Apenas podía mirar a Román ni a los otros soldados, por miedo a cometer la estupidez de pegarle un tiro en plena frente a cada uno.

—¿Primero mis clubes nocturnos? ¿Después los camellos y la mercancía... y ahora esto? ¿Cómo pudieron ser tan inútiles? ¿¡Cómo diablos ha pasado esto!? —grité.

Román bajó la mirada, tan pequeño como su propia competencia.

—Todavía lo estamos investigando —respondió—. Pero fue una operación bien planificada. No saltó ninguna alarma, no dejaron rastro. Sabían exactamente dónde estaban los depósitos. Dispararon dardos que hicieron que los hombres perdieran el conocimiento y simplemente desaparecieron con el dinero...

La explicación no hizo más que alimentar mi rabia.

Cogí mi chaqueta y ordené que prepararan el coche.

Necesitaba ver con mis propios ojos el tamaño del desastre.

El trayecto hasta uno de nuestros depósitos más importantes fue un tormento. Mis manos apretaban el volante con tanta fuerza

que los nudillos se me pusieron blancos. Cuando llegamos, bajé del coche sin esperar a Román ni a ninguno de mis hombres.

El lugar estaba desierto, salvo por dos de mis guardias, que parecían congelados del miedo al verme.

Empujé con fuerza las puertas pesadas de la cámara.

El vacío que encontré allí fue como un puñetazo en el estómago.

Estanterías vacías, cajones revueltos, ni siquiera había quedado una maldita moneda suelta.

Me giré hacia los dos guardias, con la mirada clavada en sus rostros.

Abrieron la boca para decir algo, pero no les di la oportunidad. Saqué mi pistola y, sin dudarlo, les disparé a los dos.

El sonido de los disparos retumbó por toda la cámara vacía.

—Inútiles —murmuré, bajando el arma—. Solo tenían un trabajo. Se les pagaba para proteger esto... ¡y aun así fallaron!

Román llegó corriendo, pero se detuvo al ver los cuerpos en el suelo.

Retrocedió unos pasos e intentó apartarse de mi campo de visión.

—Esto también es culpa tuya, Román.

—Maxin, estuve contigo todo el tiempo.

—Tú deberías haberlo evitado. Eras el responsable de proteger el dinero de la familia, y durante veinte años fuiste útil, pero ahora...

—Vamos a recuperarlo todo, Maxin. Te lo juro.

—La única razón por la que no te vuelo los sesos ahora mismo es porque eres el marido de mi hermana —escupí las palabras con los dientes apretados y luego le escupí en la cara—. Cuando despierte mañana, quiero cada lingote de oro, cada dólar en su sitio. O te corto la polla. ¿Lo has entendido?

Román asintió, más pálido que nunca.

Guardé el arma y pasé de largo, volviendo al coche.

El silencio durante el camino de vuelta a casa fue opresivo.

Mi cuñado no se atrevió a decir ni una palabra, y yo estaba perdido en mis pensamientos, tratando de imaginar cómo ese malnacido italiano había conseguido dejarnos tan vulnerables.

Peor aún, cómo quinientos hombres no habían sido capaces de encontrarlo y matarlo ya.

—Sube la recompensa por la cabeza de ese maldito cura y de su puta —gruñí—. Quince millones por su cabeza. Treinta y cinco por la de ella.

Estábamos cerca de casa cuando el móvil vibró en mi bolsillo.

En cuanto vi quién era, me dieron ganas de responder.

—¡Escúchame bien, pedazo de mierda!

—«Dijo entonces Moisés al faraón: "Así dice el Señor: 'Hacia la medianoche pasaré por todo Egipto. Morirán todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo mayor del faraón, heredero del trono, hasta el hijo mayor de la esclava que trabaja en el molino, y también todas las primeras crías del ganado. Habrá un gran lamento en todo Egipto, como nunca lo hubo ni volverá a haber jamás'"». *Éxodo*, capítulo 11, versículos del 4 al 6.

—¡Quiero que tú y tus mensajes bíblicos os vayáis a la mierda! —grité—. ¿Me oyes? ¡Devuélveme mi dinero, italiano de mierda!

Colgó.

—¿Quién era? —preguntó Román.

—¿Quién podría ser? Ese narigudo con la cara rajada. Voy a destrozarle el otro lado de la cara —saqué el arma de la cintura—. ¿Quién se cree que es, amenazando a mi primogénito?

Tuve que reírme de eso.

—Vasili está en Alemania, ni siquiera la *Bratva* Internacional ha conseguido encontrarlo. ¿Y ese cura de mierda cree que puede?

Cuando miré a mi cuñado, estaba aún más pálido que antes.

—Maxin, tenemos un problema.

—Por el amor de Dios, hombre, ¿qué cara es esa?

Me entregó la *tablet* y mantuvo una expresión de puro pánico en el rostro.

Observé la aplicación de una de nuestras cuentas bancarias con más dinero… y estaba a cero.

Todas lo estaban. Una por una, todas las cuentas habían sido vaciadas: las de Florida, las de Estados Unidos, las de paraísos fiscales por todo el mundo. Completamente arrasadas.

Se me heló la sangre.

—¿Cómo ha desaparecido? ¿No dice a dónde fue transferido el dinero?

Román dudó, pero al final respondió:

—A nombre de Bianca Sierra.

Arrojé la *tablet* contra su cabeza, pero terminó impactando el cristal de la ventanilla del coche, haciéndolo estallar en pedazos. Solté un grito de rabia que me explotó en la garganta mientras intentaba estrangularlo.

—¡Te voy a matar!

—¡Maxin! —intentó llamarme la atención.

—¡A la mierda! ¡Te voy a matar! Después mataré a ese italiano desgraciado, a esa puta barata y le abriré la barriga con mis propias manos.

Román no dijo nada.

Solo intentó apartarse de mí, lo suficiente hasta que llegamos a la urbanización de lujo que yo mismo había construido, donde vivían todos los miembros de la familia Durov y los hombres más poderosos.

Solté a Román justo cuando, al llegar a la entrada, vi rastros de fuego y destrucción por todo el lugar.

Ese era el corazón de mi imperio, el símbolo de mi poder, donde solo podían vivir hombres leales a mí. Era un lugar de seguridad, lujo y control absoluto.

Pero, mientras me acercaba, el olor a humo y sangre empezó a invadir el coche.

Al principio pensé que se trataba de un incendio cualquiera, tal vez un accidente.

Pero al girar hacia el camino que llevaba a la urbanización, se me cortó la respiración.

Montones de billetes ardían en medio del camino, como si fueran barricadas. Las llamas danzaban como demonios, iluminando la oscuridad de la noche con una luz aterradora.

Los billetes quemados flotaban por el aire, convirtiéndose en cenizas que caían lentamente al suelo. El viento se encargaba de esparcirlas. Y el calor era asfixiante, pero no fue eso lo que me apretó el pecho.

Fue lo que vi después.

Cada tres metros, a ambos lados del camino, se habían levantado cruces de madera.

De unos tres metros y medio de alto, cada una sostenía a un hombre: los asesinos que había enviado a matar a Bianca. Tenían las manos y los pies clavados, la sangre les corría por los miembros y agonizaban de dolor, completamente desnudos.

Algunos —noté que en particular los miembros de la mafia rusa— estaban atados con los brazos estirados hacia atrás desde el travesaño de la cruz, los músculos destrozados por el peso del cuerpo colgante.

El olor a carne y sangre se mezclaba con el del humo, creando una sensación de horror absoluto.

Me quedé mudo mientras observaba cada cruz a lo largo del camino. Conté trescientos cincuenta y cinco hombres hasta llegar a casa.

Reconocí a muchos de ellos: Serguéi, Alexéi, Dmitri... hombres a los que yo mismo había entrenado, que me habían jurado lealtad. Ahora estaban allí, crucificados como símbolos de mi derrota.

Las manos me temblaban al volante, pero no pude dejar de conducir.

No sabía si era la prisa por llegar a casa o la simple necesidad de entender hasta dónde llegaba todo aquello. Pero llegó un momento, cuando mi mansión ya se divisaba a lo lejos, en que cada fibra de mi ser quería dar la vuelta y huir.

Vi a las mujeres y a sus hijos mirándome desde las ventanas, como si me culparan por toda aquella desgracia.

Y cuando por fin llegué al portón de mi casa, el corazón casi se me paró.

No había guardias. No había sonido de vida.

Solo el crepitar del fuego a lo lejos y el zumbido ahogado del viento. Salí del coche con las piernas temblorosas y empecé a caminar hacia la entrada principal.

El silencio era ensordecedor, roto únicamente por el sonido de mis propios pasos.

Entonces lo vi.

Frente a mi casa, se alzaban tres cruces.

No eran como las otras.

Estas eran diferentes, más grandes, más brutales.

En las dos primeras, una a cada lado, estaban Paul y Peter, mis hijos menores. Tenían los brazos atados por encima de la cabeza y tirados hacia atrás, sujetos al extremo superior de la cruz, soportando con ellos todo el peso del cuerpo.

El corazón se me desbocó, y las rodillas casi se me doblaron.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

En el centro, destacaba una cruz hecha de barras de acero.

Allí, empalado, estaba Vasili, mi primogénito, aquel a quien yo había enviado fuera del país hacía unos años. Su cabeza colgaba hacia un lado, el rostro pálido, sin vida. La sangre chorreaba por la barra de acero, formando un charco bajo sus pies.

Y justo debajo de él, de pie, con una Biblia en las manos y las ropas negras ondeando al viento, estaba Santo Zampieri.

Levantó los ojos del libro sagrado hacia mí.

Fue como si dijera: te lo advertí.

Y caminó hacia mí con pasos lentos e imponentes mientras leía en voz alta:

—«Yo soy el Señor, y no hay ningún otro; fuera de mí no hay Dios. Yo te fortaleceré, aunque tú no me hayas conocido, para que desde el oriente hasta el occidente se sepa que no hay nadie fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas, doy la paz y provoco la desgracia; yo, el Señor, hago todas estas cosas». Isaías 45:5-7.

Cerró la Biblia cuando terminó de recitar.

Y me miró con un aire que parecía el de un ser sobrenatural.

—Antes de pronunciar tus últimas palabras, quiero que escuches algo bien claro.

Sacó el móvil del bolsillo, subió el volumen al máximo y me hizo escuchar mi propia voz, diciendo:

«Hola, pedazo de mierda. Hoy cavaste tu propia tumba. Pero antes de morir, te vas a arrodillar ante mí y vas a pedirme perdón por todo. Graba mis palabras, Santo. ¡Lo vas a perder todo!»

—Ahora sí, puedes decir tus últimas palabras —dijo, inclinando levemente la cabeza.

Mis piernas cedieron y caí de rodillas al suelo.

La respiración me venía entrecortada, el aire parecía escaparse de mis pulmones y no conseguía volver. El horror de la escena me golpeó de tal forma que mi cuerpo pareció ir desconectando una a una sus funciones motoras, hasta que solo quedó una leve conciencia de que estaba en el lugar que había construido con mis propias manos, delante de los hijos que vi nacer y a los que enseñé a disparar y, también, ante mi final en manos de aquel hombre.

Quise gritar, pero ningún sonido fue capaz de salir de mi garganta.

Quise correr, pero mi cuerpo ya no respondía a mis órdenes.

Santo chasqueó los dedos y uno de mis hombres más fieles trajo una silla para que él se sentara frente a mí.

El rostro de Santo estaba tranquilo, casi sereno, pero sus ojos… sus ojos eran los de un depredador que sabe que su presa ya no tiene por dónde escapar.

—Eres un monstruo —reuní todas mis fuerzas para decir.

Santo asintió lentamente.

—Una de las enseñanzas más valiosas que me dio la Iglesia es que es importante llevar a Dios hasta las personas. Al fin y al cabo, la luz, la salvación y el paraíso son el marketing de la conversión y de la comunión con Dios. Pero... nada de eso parece tener valor cuando no llevas también al diablo. Porque al final, las tinieblas, la destrucción, el miedo, el horror y el infierno son los únicos capaces de alcanzar el cerebro reptiliano y provocar los cambios necesarios.

—Vas a ir al infierno —gruñí.

—Voy. Claro que voy, Maxin. Voy en tobogán, con los brazos en alto y gritando de alegría. Y cuando llegue allí —se agachó para quedar a la altura de mis ojos— voy a torturarte hasta que ardas en la aniquilación total, en la nada, en el vacío. Y cuando estés allí, encenderé la luz solo para destruirte otra vez —sonrió con una expresión macabra.

Sentí ganas de llorar.

Por primera vez en toda mi vida, desde que dejé de ser un niño, abrí la boca para soltar todo el aire pesado, dejé que el grito saliera en sonidos ininteligibles y contraje el rostro mientras sentía las lágrimas arder.

—Eso está bien —Santo pasó el dedo índice por mi rostro—. Llorar significa arrepentimiento. Y el arrepentimiento denota culpa. Y solo la culpa es capaz de transformar a un ser humano.

Se quedó en silencio y yo seguí llorando.

—¿Te gustaría confesarte, hijo mío?

Aquella invitación fue inesperada y me dejó atónito.

Mis labios temblaron en cuanto intenté abrirlos.

—Nunca me he confesado —las palabras salieron mezcladas con tos y llanto.

—No importa, yo te guío, hijo mío —acarició mi rostro—. Dices así: «Perdóneme, padre, porque he pecado».

Intenté repetirlo, pero mi boca no respondía a mi cerebro.

Las palabras simplemente se enredaban en mi cabeza y vi pasar la película de mi vida frente a mis ojos mientras luchaba con todas mis fuerzas solo para decir:

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

Me mordí el labio inferior, bajé la cabeza y solté un gruñido casi animal.

—Bienvenido al Sacramento de la Reconciliación, hijo mío. Dios siempre nos acoge con su infinita misericordia cuando nos arrepentimos de corazón. Dime, ¿cuáles son tus pecados?

—He sido orgulloso. He actuado con deshonra. No seguí el código de la *Bratva*. Intenté matar a mi sobrina… y lo desafié a él.

Santo apoyó la mano sobre mi hombro y apretó con suavidad.

—¿Te arrepientes, hijo mío?

—Me arrepiento.

—Entonces estás perdonado.

Levanté la mirada, incrédulo.

Fue tan inesperado que mi mente no lograba procesar lo que estaba ocurriendo.

—¿Sabes por qué hice todo esto? —Santo señaló a su alrededor.

—¿Por qué?

—Porque te atreviste a amenazar lo que más amo. Pusiste en peligro a la mujer que amo… y a nuestra hija. No, Maxin, no vas a ir al infierno —sonrió—. Te necesito vivo. Como prueba viviente. Para que todos ellos vean lo que les espera a quienes se atrevan a hacerle daño a Bianca.

Sacó el móvil y grabó un mensaje de voz.

—Ofrezco cien millones de dólares a quien me traiga la cabeza de Maxin Durov —dijo mientras me miraba a los ojos—. Buena suerte, Maxin —me entregó la Biblia que sostenía—. Úsala. La vas a necesitar.

Supe de inmediato a quién iba dirigida esa grabación: a todos los residentes de esa urbanización, y posiblemente también a los de fuera.

El móvil de Román sonó, las luces de las casas de alrededor se encendieron y la gente comenzó a salir a la calle, armada, avanzando hacia mí.

Cuando sentí el zumbido de una bala rozando mi oreja, me lancé a los pies de Santo, y él me dio una patada en la cara.

—No ensucies mis zapatos, por favor.

Agarré un puñado de tierra, me levanté y salí corriendo hacia el interior de la casa, desesperado, y me encerré.

Santo Zampieri

Esa fue la última vez que se vio a Maxin Durov.

Se encerró en su mansión y levantó una barricada con los muebles de la casa para que nadie pudiera entrar. Cuando sus hijos, los que aún seguían con vida, fueron liberados al día siguiente, Paul y Peter Durov pidieron a todos que no cazaran a su padre.

Y se entregaron de buen grado a mí, para que los casara con quien yo quisiera a cambio de retirar la recompensa por matar a su padre.

Yo la retiré.

Y aun así, Maxin Durov permaneció encerrado en aquella casa hasta el último día de su vida —que fue bastante largo—, sin tomar la luz del sol, sin asomarse jamás a una ventana, y recibiendo de vez en cuando, con verdadero pavor, a sus hijos para que le cortaran el pelo, la barba y le dieran un baño.

Aquel proceso de catequesis fue muy eficaz.

Desde aquel día, ningún Durov volvió a atreverse a desafiarme.

Capítulo 51
Bianca Durova Zagovora

3 meses después.

Cuando los asuntos familiares quedaron resueltos, Santo y yo nos tomamos un tiempo solo para nosotros.

Las bodas concertadas entre mis primos Konstantin Zagovor, Paul y Peter Durov con sus respectivas prometidas se celebraron casi al mismo tiempo, y el plan de la *Bratva* empezó a ponerse en marcha.

Durante ese período, Santo y yo nos preparamos para el parto, terminamos de acondicionar la casa para la llegada de Clara, y aunque me habían mantenido al margen de la violencia, de los detalles sobre lo que había ocurrido con mis parientes y de los problemas internos de la *Bratva*, mi familia empezó a buscarme con frecuencia, ya fuera para pedirme consejos, orientación o simplemente para que intercediera ante la furia de Santo.

Todo estaba bajo control.

La tensión del conflicto y el miedo habían desaparecido por completo.

Santo era un hombre de acción, así que nunca me dejó dudar de que haría cualquier cosa por mí y por nuestra hija.

Y ahora, solo faltaban unas pocas semanas para conocerla.

Aquel domingo soleado, con un calor intenso y un aire bochornoso, Santo me dijo que iba a mostrarme uno de sus mayores secretos, uno que solo Kamikaze conocía.

Me llevó a una zona más céntrica de la ciudad, a una casa que por fuera parecía estar en reformas, pero al entrar, me di cuenta

de que era un lugar acogedor y lleno de alegría, con niños por todas partes.

Había una sala de estudio, habitaciones con armarios llenos, peluches, muchas almohadas. La despensa estaba repleta de comida, en el exterior había una piscina poco profunda y varios adultos cuidaban del lugar.

No parecía un orfanato, era más bien como una colonia de vacaciones.

—¿Qué es esto?

—Estos son mis ojos y mi presencia por toda la ciudad —explicó—. Donde voy, saco a los niños de la calle, compro un lugar y contrato a personas para que se encarguen de sus necesidades, y ellos me lo agradecen contándome cada movimiento que ocurre en esta ciudad.

—¿Tienes algo así en otros sitios?

—En todos los lugares por los que he pasado.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—Te quise ahorrar los problemas y los detalles relacionados con el trabajo. Pero quiero que lo sepas ahora. Sé que puedes contar con tu familia, pero los niños nunca fallan. También puedes usarlos como tus ojos.

Esos niños no parecían estar siendo utilizados ni estar allí contra su voluntad. Yo, que crecí en un orfanato, reconocía esa mirada y esa alegría.

Por fin habían encontrado un hogar, un lugar seguro donde ya no tenían que luchar para sobrevivir. Se veían protegidos y felices.

Algunas me miraban con curiosidad mientras yo preparaba la mesa para el almuerzo, mi barriga enorme dificultaba cada movimiento.

—Tía, usted no debería hacer esfuerzo, parece cansada —dijo la mayor del grupo.

Detrás de ella, otros cinco se agruparon a mi alrededor.

—No es ningún esfuerzo, solo estoy preparando todo para el almuerzo. ¿Cómo te llamas?

—Lilly.

—Yo me llamo Bianca.

—¿Tu bebé es niño o niña? —preguntó señalando mi barriga.

—Una niña. Se va a llamar Clara.

Sonreí y acaricié su cabello.

—Pero acepto un poco de ayuda. ¿Podéis poner los platos y los cubiertos en la mesa?

—¡Sí! —respondieron con entusiasmo.

—Genial. Y tú, pequeñín, coge la cesta del pan y llévala a la mesa.

Dejé que todos se ocuparan. Los niños parecían encantados de ayudar; para ellos, todo era un juego.

Me senté y, por un momento, observé aquel lugar, pensando en las cosas bonitas que Santo había hecho sin que yo lo supiera.

A diferencia de mí, Clara tendría una familia que la acogería y amiguitos con quienes contar.

Santo llegó y se sentó a mi lado, observándolo todo con los brazos cruzados. Había un brillo en sus ojos, una satisfacción silenciosa al ver que los niños estaban bien cuidados.

—Has hecho algo maravilloso aquí.

Él se giró hacia mí, y su mirada se suavizó al posarse sobre mi rostro.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo. Pero... ¿qué pasa con ellas cuando crecen?

—Solo dejan de recibir ayuda cuando terminan la universidad o consiguen un buen empleo que les permita vivir fuera de mi alcance. Entonces quedan libres para seguir su propio camino. Hasta

entonces, tienen horarios, misiones y tareas, pero también cuidados y acompañamiento.

—Parece increíble.

—Pero ni de lejos es lo mejor que he creado. Lo mejor... —acarició mi barriga— está por venir.

Antes de que pudiera responder, una oleada de dolor atravesó mi abdomen. Me faltó el aire y me sujeté al borde de la mesa para mantener el equilibrio.

Santo lo notó al instante; su expresión cambió del calor a la preocupación en cuestión de segundos.

—¿Qué ha sido eso?

Respiré hondo, intentando ignorar la punzada de dolor que se extendía.

—Creo que... ha sido una contracción, pero aún no es...

Antes de poder terminar la frase, otra contracción llegó, más fuerte. Mi respiración se entrecortó, y Santo me sostuvo con firmeza, sus ojos oscureciéndose por la tensión.

—¿Estás bien? La médica dijo que aún faltaban dos semanas para que naciera.

Le apreté la mano con fuerza y cerré los ojos cuando una nueva ola de dolor me paralizó.

—Creo que Clara no está de acuerdo. —Otra contracción me hizo inclinarme, rechinando los dientes.

—Voy a llamar a la médica. Tiene que dejar todo y venir ya. ¡Vamos a casa!

Todo sucedió muy rápido. Solo recuerdo a los niños agolpándose a mi alrededor para ver qué pasaba, y poco después ya estaba sentada en el coche, sin poder concentrarme por culpa de las contracciones que ocupaban toda mi atención.

—¿La médica ya viene?

—Sí. Le pedí que se adelantara y se quedara de guardia aquí en Florida por si ocurría algo así. Ya está en camino.

—Siempre piensas en todo.

—No me tomo a la ligera tu seguridad. —Me besó la frente.

Fuimos a casa y Santo fue dando instrucciones para que todo estuviera listo.

Prefería que mi hija naciera allí, porque para mí era un lugar más seguro y acogedor. Odiaba los hospitales, y solo de pensar que algo podía salirse de mi control, ya me subía la tensión.

Cuando llegamos a la mansión, Wilhermina ya había preparado la bañera con agua caliente y Santo me tomó en brazos.

Me llevó con firmeza escaleras arriba, sus brazos fuertes envolvían mi cuerpo como si fuera algo demasiado valioso como para tocar el suelo en ese momento o hacer el más mínimo esfuerzo.

Aun estando dispersa por el dolor de las contracciones y el pánico que empezaba a apoderarse de mí, sentí el calor de su cuerpo envolviéndome, haciéndome sentir segura.

—Siento que voy a explotar —dije con la respiración entrecortada.

Me colocó con cuidado al borde de la cama. Se agachó frente a mí. Estaba visiblemente preocupado, pero intentaba disimularlo para no ponerme más nerviosa.

—Lo practicamos, ¿te acuerdas? Respira conmigo, Bianca —murmuró, tomó mi mano y la presionó contra sus labios—. Vamos a hacerlo juntos.

Asentí, intentando controlar el ritmo de mi respiración mientras otra oleada de dolor atravesaba mi cuerpo.

Mis dedos se aferraron a los suyos con fuerza, y Santo no se apartó, dejándome descargar toda la tensión sobre él.

—Santo...

—Estoy aquí, mi amor —dijo con voz ronca—. No me voy a mover de tu lado. Solo necesito que aguantes un poco más.

—No va a dar tiempo a que llegue la médica.

Wilhermina entró en la habitación con paños calientes y toallas limpias. En ese momento, Santo me ayudó a meterme en la bañera.

En cuanto me tumbé en la bañera, el agua caliente relajó mis músculos y alivió el dolor. Pude respirar con más facilidad y lo observé mientras se arrodillaba junto a mí. Una de sus manos no soltaba la mía en ningún momento, y con la otra pasó un paño tibio sobre mi barriga, lo que ayudó aún más a calmar mi tensión.

—No voy a poder. No soy tan fuerte —dije, negando con la cabeza.

Santo me miró con unos ojos llenos de adoración que, por un instante, me hicieron olvidar el dolor.

—Eres la persona más fuerte que conozco —me susurró mientras masajeaba mis dedos—. Relaja el cuerpo, respira hondo. Nuestra hija vendrá cuando llegue el momento. Y cuando llegue, serás fuerte. Créeme.

La siguiente contracción me hizo arquear la espalda y gritar, pero él no se apartó. Se quedó allí, junto a mi oído.

—¿Aún no ha llegado la doctora?

—No hace falta, principessa rusa. Solo escucha mi voz y confía en tu cuerpo. Todo saldrá bien.

—Por la dilatación y la frecuencia de las contracciones, ya está lista —dijo Wilhermina tras examinarme—. Si la obstetra no llega a tiempo, puedo hacer de partera. Tengo experiencia en esto. Solo necesito que no sueltes su mano.

—No la soltaré —afirmó Santo, besando mis dedos.

El tiempo que pasé allí se volvió un borrón.

Las contracciones venían cada vez más fuertes, más intensas, más implacables. Justo cuando pensé que no aguantaría más,

cuando sentí que mi cuerpo ya no podía con ello, escuché su voz junto a mi oído:

—Mírame. —Su frente se apoyó en la mía, su aliento cálido sobre mi piel—. Sé que duele, amor mío. Lo sé. Pero todo esto va a acabar muy pronto. Solo necesito una cosa ahora: sigue mi respiración y al final de la cuenta, empuja con todas tus fuerzas.

Estaba asustada.

Pero mis ojos encontraron los suyos, y en ese momento, encontré dentro de mí una fuerza que ni siquiera sabía que tenía. Apreté su mano con firmeza, cerré los ojos y, con un último grito, sentí cómo mi cuerpo se abría para traer al mundo a nuestra hija.

Mi visión se oscureció y todo a mi alrededor enmudeció.

Wilhermina la sacó del agua de inmediato y la colocó sobre mi pecho.

Entonces oí el sonido más hermoso que jamás había escuchado.

El llanto de mi bebé llenó la habitación. Fue tierno y fuerte a la vez, y todo el dolor desapareció como si nunca hubiese existido. Mis ojos se llenaron de lágrimas de alivio, y Santo soltó un suspiro tembloroso, dejando caer la frente sobre mi mano por un momento antes de mirar a nuestra hija.

Era tan pequeña y frágil que, de forma misteriosa, supe exactamente cómo sostenerla. Clara lloraba con fuerza, sus manitas exploraban mi piel, y sentí un amor tan abrumador que creí que mi corazón iba a estallar.

—Hola, mi niña... —murmuré, acariciando su diminuto rostro.

Santo se inclinó sobre nosotras, y cuando lo miré, vi algo que nunca había visto antes: lágrimas en sus ojos. Tragó saliva, y con una mano temblorosa, acarició el rostro de su hija.

—Es perfecta —susurró, con la voz quebrada.

Sonreí, a pesar de las lágrimas.

Santo me miró a mí y luego a Clara.

Y entonces, sin que yo tuviera que pedírselo, empezó a cantar. La misma canción que le cantaba cada noche cuando aún estaba en mi vientre.

Su voz grave llenó la habitación, y, de forma milagrosa, Clara dejó de llorar, acomodándose aún más sobre mi pecho.

—¿Has visto que tiene tus ojos? —le pregunté.

—Lo he visto. Has estado perfecta, muy fuerte y resiliente. Nunca me decepcionas. —Me besó la frente.

La médica llegó minutos después, pero yo ya no estaba preocupada ni tensa. Nada más importaba, salvo Clara y el hecho de que Santo y yo, ahora más que nunca, éramos uno solo.

Nuestro amor había dado vida.

Capítulo 52
Bianca Durova Zagovora

En cuanto llegó la doctora, hizo los exámenes necesarios a Clara y confirmó que estaba bien y sana.

Santo me ayudó a salir de la bañera y me secó con cuidado, mientras la médica comprobaba que yo también estaba en perfecto estado y que ya podía disfrutar de mi niña, aunque ella se quedaría allí unos días por si surgía cualquier urgencia.

El llanto de Clara volvió a llenar la habitación.

Mi pecho subía y bajaba a un ritmo irregular, el cuerpo aún débil y agotado tras las horas de parto. Pero nada, absolutamente nada en el mundo importaba en ese momento, porque mi hija estaba en mis brazos.

Miré a Santo.

No se movía.

Estaba a mi lado, pero era como si su cuerpo se hubiese vaciado, como si hubiese olvidado cómo respirar.

Sus ojos estaban clavados en Clara, y su mano temblorosa flotaba en el aire, como si temiera tocarla y romper el hechizo de aquel instante.

—Santo... —murmuré, aún débil, pero sonriendo—. ¿Quieres sostenerla?

Parpadeó, volviendo al presente, y sus ojos se encontraron con los míos.

Durante un instante pareció perdido, como si la pregunta lo hubiese tomado completamente por sorpresa.

Entonces asintió lentamente.

Me acomodé un poco en la cama, levantando a Clara con cuidado.

Santo alzó las manos, vacilante, y casi me hizo reír la forma en que él —el hombre que nunca dudaba ante nada— parecía asustado frente a aquella pequeña criatura.

—Sujétale la cabecita con la mano —susurré.

Hizo exactamente lo que le indiqué. Sus manos grandes envolvieron a Clara con una delicadeza que me desbordó de emoción.

La sostuvo con tanto cuidado, como si tuviera en sus brazos el objeto más valioso del mundo —y sabía que, para él, lo era.

Cuando por fin sostuvo a nuestra hija en brazos, Santo se quedó completamente inmóvil.

Su expresión era de pura reverencia, como si estuviese frente a algo sagrado.

Sus ojos recorrían cada detalle de ella: la naricita diminuta, los deditos arrugados, los ojos cerrados en un sueño tranquilo. Con un dedo tembloroso, rozó la mejilla suave de Clara, y su labio inferior tembló.

Y entonces, para mi sorpresa, vi una lágrima deslizarse por el rostro de Santo.

Parpadeó rápidamente y giró el rostro, como si intentara ocultármelo, pero yo lo había visto.

Vi su vulnerabilidad, vi el impacto que le causó sostener a su hija por primera vez.

Y, de alguna forma, supe que aquel era un momento que quedaría grabado en él para siempre.

—Es tan pequeña... —murmuró Santo, como si temiera romperla.

Sentí que el corazón se me apretaba de amor por él.

Nunca había visto a Santo tan entregado, tan vulnerable. Nunca había visto a ese hombre, que había enfrentado la muerte tantas veces, mirar algo con tanto miedo y tanta adoración al mismo tiempo.

—Pero también es fuerte —añadí, limpiando una lágrima rebelde que caía por mi rostro—. Como su padre.

Santo sonrió. Una sonrisa pequeña, pero cargada de algo que nunca antes había visto en él.

Un amor puro, sin miedo, sin barreras.

—Así que esta es la sensación.

—¿Qué sensación? —Me acomodé en la cama.

—La de ser inmortal y temer todas las cosas que existen —cerró los ojos—. La de amar incondicionalmente y tener fuerzas para hacer lo inimaginable. La de sentir que una parte de ti vive fuera de tu cuerpo. La de escuchar la voz de Dios.

No supe qué responder.

Creo que fue lo más parecido que sentí a cuando era niña y estaba descubriendo el mundo: aterrador y maravilloso al mismo tiempo.

En ese momento, Clara se movió levemente en sus brazos y gimoteó.

Santo ajustó su cuerpo de inmediato para acomodarla mejor, sabiendo instintivamente qué hacer, como si hubiera nacido para ello.

Sin decir una palabra, cerró los labios y empezó a emitir ese sonido suave al ritmo de la melodía que siempre lograba calmar a Clara.

Inspiró profundamente y, con sus ojos azules fijos en el rostro de su hija, comenzó a tararear con ese tono grave que nacía de su garganta y su nariz.

Eso me hizo recordar todas las noches antes de dormir, los momentos de madrugada en que Clara estaba inquieta dentro de mí,

y las veces en que él me abrazaba y le hablaba mientras la esperábamos.

Y, milagrosamente, Clara se calmó.

El llanto se disolvió en pequeños murmullos hasta que volvió a quedarse dormida, segura en los brazos de su padre.

Mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

Nunca había amado tanto a Santo como en ese momento.

Cuando terminó de cantar, inclinó la cabeza y apoyó sus labios en la frente de Clara. Un beso tan suave que parecía una oración. Luego alzó la vista hacia mí, y vi lo que ya sabía desde el principio.

Santo Zampieri, un hombre que no temía a nada ni a nadie, acababa de descubrir el significado del miedo.

Tenía miedo de perder a su hija. Miedo de no ser lo bastante bueno. Miedo de que el mundo cruel que conocía pudiera alcanzarla.

Lo sabía porque yo sentía lo mismo.

Después de todo este tiempo, estábamos más conectados que nunca. Era como si pudiéramos leernos el pensamiento y compartir nuestras preocupaciones con una simple mirada.

—Jamás permitiré que algo os haga daño —prometió.

Le sonreí, con el corazón a punto de estallar de amor. Di unos golpecitos en la cama, invitándolo a acostarse a mi lado, y él vino sin dudar.

—Lo sé, amor. Confío en ti.

Capítulo 53
Santo Zampieri

A estas alturas de la vida, ya había pasado más de la mitad de mi existencia dentro de la Iglesia, aprendiendo a hablar con Dios.

Y cuando tomé a mi hija en brazos, fue la primera vez que Dios me habló a mí.



De algún modo, sabía que aquello era un sueño.

Por eso me aferré a él con todas mis fuerzas, porque había sido real, y era una forma de recordarme a la persona que más amé en la vida.

El aroma a trufa y vino se extendía por el aire. El sonido de una antigua canción italiana llenaba el ambiente, mezclándose con el tintinear de las copas y las risas de la familia.

Parpadeé y reconocí la casa de mi madre y el momento de aquella fiesta. Había ocurrido dos años atrás, y todos estaban

eufóricos con la noticia: Sophia, mi hermana menor, estaba embarazada.

Mis tíos discutían sobre quién sería el padrino, mi abuela y sus hermanas debatían sobre nombres, y mi padre, siempre comedido, sonreía con orgullo, como si el mundo tuviera sentido en ese instante.

Sin embargo, yo no sentía esa felicidad.

Estaba sentado en un rincón apartado, con una copa de vino intacta en la mano, observándolo todo como un extraño dentro de su propia casa.

Porque, a diferencia de todos ellos, yo sabía que mi madre se estaba muriendo.

—¿Me puedes decir qué haces aquí solo? —preguntó ella con tono de regaño, aunque su mirada siempre era cálida.

Y tenía esa forma tan graciosa de comprimir el labio inferior, haciendo que le salieran los hoyuelos.

—Solo estoy observando, *mamma*.

—¿Esa es la manera correcta de celebrar que tu hermana está embarazada?

Se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—¿Tenemos algún motivo para celebrar?

—La vida es una fiesta, mi pequeño Dominik, hay que celebrarla. —Volvió a hacer lo de los hoyuelos, lo que siempre me daba ganas de sonreír.

Y me rompía cuando me llamaba con ese apodo.

Se acomodó el vestido sobre las piernas. Por un momento, nos quedamos en silencio, escuchando la fiesta a nuestro alrededor, sintiendo el peso de ese instante sin necesidad de palabras.

—¿Qué se supone que debo celebrar exactamente? —gruñí.

—No hables así, hijo. Siempre hay motivos para sonreír —dijo, apretándome los dedos.

—No consigo celebrar nada desde que supe que tienes leucemia —suspiré—. Y… no importa cuántas promesas haga o cuánto rece, parece que Dios no quiere escucharme.

—Él escucha —me aseguró, apretando mi mano—. Pero todo ocurre a Su manera, en Su tiempo. Son los misterios los que hacen que la vida sea interesante.

—Entonces explícame uno.

—¿Hmm?

—Llevo más de diez años sirviéndole con fidelidad, y aún no he escuchado a Dios —confesé, tocando la cruz que colgaba de mi pecho—. ¿Será que me está castigando porque no soy capaz de oírle?

Mamma suspiró, pasando los dedos por los mechones blancos que empezaban a aparecer entre su pelo castaño. Y me miró con esa ternura con la que una madre siempre mira a su hijo, sin importar la edad que tenga.

—Hijo, muchos pasan toda una vida sin escuchar a Dios —dijo, mirando a la familia, nuestras manos unidas sobre su regazo—. Algunos creen que Dios es su parte animal, sus instintos. Otros piensan que es la razón, esa parte que nos guía con lógica y normas.

Me quedé en silencio, esperando a que siguiera.

—Dios es lo que hay entre una cosa y la otra, Santo. Solo habla a través del corazón. Cuando escuchamos los deseos más puros de nuestro corazón, estamos hablando con Él. Y en ese momento de éxtasis… puedes oír la voz de Dios.

—Qué herejía —la reprendí, en tono de broma.

—Para algunos, es un ruido ensordecedor, abrumador, destructor, que exige lo que no se ha hecho. Para otros, es una caricia, un silencio solemne, la paz profunda de haber sido fiel al propio corazón. Quien es fiel a su corazón, es fiel a Dios.

Tragué saliva, mirando la mano que sujetaba la copa de vino.

¿Cómo podía oír a Dios si mi corazón estaba aplastado por el peso de un futuro en el que ella ya no estaría?

—Eres el alma de esta familia, mamma. ¿Cómo vamos a sobrevivir sin ti? —Mi voz se quebró, y el nudo en el pecho se volvió insoportable.

Ella volvió a sonreír, con el labio inferior comprimido y los hoyuelos bien marcados, con esa expresión serena que siempre me daba ganas de gritar.

—Cuando me haya ido, seguiré aquí, mi Dominik —dijo, acariciándome el cabello—. He dejado un pedacito de mi alma en cada uno de vosotros: Massimo, Sophia y tú. —Besó mi mano—. Mientras estéis vivos, yo estaré viva en vosotros. Somos inmortales mientras seamos recordados, mientras nuestro amor se mantenga vivo.

Quería llorar. Me ardían los ojos, pero no podía.

Nunca pude, en realidad.

No porque fuera débil, sino porque ya no me quedaban lágrimas. Se me agotaron el día en que me hicieron la cicatriz en la cara y mi cuerpo pareció dejar de producirlas para siempre.

—Entonces reparte pedazos de mí para que sea eterna. Cuida de Massimo, tiene un corazón demasiado puro. Y si algún día encuentra a otra mujer, asegúrate de que esté a su altura. Si no lo está, hazla desaparecer —me dijo, mirándome con seriedad—. Y cuida de Sophia, siempre intenta agradar a todos y, con eso, se vuelve invisible. Nunca pude arruinarle un día, casi nunca brilla en esta familia, y hoy todo se trata de su embarazo. Y tú... cuida de ti. Sé fuerte. Estate bien. Cuando yo ya no sea el pilar de esta familia, tú tendrás que estar preparado para mantenerlos a todos en pie, para que no se derrumben ni sean destruidos por tu abuela. ¿Puedes hacer eso por tu mamma, Santo?

Mi respiración falló, y todo dentro de mí rogaba que dijera que sí. Pero en aquel momento, no sabía si sería capaz de cumplir esa promesa.

—No. No lo pienses tanto. Solo sigue a tu corazón. ¿Por qué es tan difícil, hijo mío?

—Porque me arrancaron el corazón el mismo día en que me quitaron lo más valioso que tenía —bajé el rostro.

—Ey. —Ella me tocó la barbilla y la levantó hacia ella—. Tienes corazón. Y un día lo sentirás latir tan fuerte, se llenará de tanto amor y tanta paz, que escucharás a Dios hablarte.

—¿Y qué podría decir para calmar todo este dolor?

Se levantó y me hizo levantar con ella. Le entregó mi copa de vino a Massimo y me tomó del hombro, guiándome para bailar.

Sonrió, y supe por su mirada que nunca le contaría al resto de la familia lo de la leucemia. Moriría de forma repentina.

Jamás vi a mi madre llorar. Ni agachar la cabeza. Ni maldecir, ni quejarse de las injusticias de la vida. Era grandiosa porque todos los recuerdos sobre ella estaban llenos de fiestas, sonrisas, vida.

Mi abuela, que era la jefa de la familia, la odiaba con todo su ser. No porque mi madre quisiera arrebatarle el lugar, sino porque allí donde ella pisaba, era la luz, el amor, el calor.

Era el pegamento que unía a nuestra familia.

—No sé qué te dirá, hijo mío. Solo sé que será poderoso. Porque Dios solo actúa de formas misteriosas —dijo con una sonrisa, y sus hoyuelos se marcaron mientras bailábamos al ritmo de la música.

Antes de que pudiera responder, un sonido lejano resonó en el ambiente.

El bullicio de la fiesta comenzó a desvanecerse, las voces se volvieron irreconocibles y, de pronto, la luz dorada del salón se disipó como humo.

Abrí los ojos de golpe, la oscuridad del dormitorio me devolvió a la realidad.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, y la frente estaba empapada de sudor. El sueño aún latía dentro de mí, y por un

instante, casi pude sentir la mano de mi madre sobre la mía.

Giré el rostro hacia un lado, y allí estaba Bianca, durmiendo plácidamente.

Me levanté y me acerqué a la cuna para observar a Clara. Un escalofrío me recorrió al verla: estaba exactamente igual que cuando la tomé por primera vez en brazos y le canté para calmar su llanto. Su pequeña boca parecía tragarse el labio inferior, y con eso, sus mejillas se contraían suavemente, dejando al descubierto dos hoyuelos.

Igual que mi madre.

El pecho se me encogió y cerré los ojos, intentando contener la oleada de emoción que amenazaba con arrastrarme.

Mi madre estaba allí.

En Clara.

En el amor que sentía por Bianca.

En cada pedazo de la familia que estaba construyendo.

—¿Puedes hacer eso por tu mamma, Santo? —escuché su voz como si el viento la susurrara.

Sí, mamma.

Puedo hacerlo.

Capítulo 54
Bianca Durova Zagovora

Los días siguientes al nacimiento de Clara pasaron como una neblina de cansancio, ternura y una felicidad que jamás imaginé que pudiera existir.

Santo se reveló como un padre increíble, el tipo de hombre que nunca habría imaginado en ese papel, pero que parecía haber nacido para ello.

Sostenía a Clara con tanta delicadeza que resultaba casi irreal, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera asustarla. Pasaba horas acunándola en brazos, murmurándole palabras en italiano mientras acariciaba su carita, completamente entregado a ella.

Lo veía despertarse en mitad de la noche al menor ruido del moisés, levantándose incluso antes de que yo pudiera reaccionar, comprobando que Clara estuviera bien.

La cambiaba con una precisión casi militar, el ceño fruncido en concentración mientras ajustaba cada pequeño botón del pijama, como si esa fuera la misión más importante del mundo.

Y tal vez lo fuera, para él.

Santo también cuidaba de mí.

Me obligaba a descansar, preparaba mi comida, me traía agua cada vez que la necesitaba y me masajeaba los hombros y los pies cuando me veía agotada.

Sus ojos siempre estaban atentos a Clara y a mí, como si nuestra existencia fuera ahora lo único que realmente importaba.

Una noche, después de que Clara por fin se había dormido, Santo vino al dormitorio y me encontró sentada en la cama,

observando la luz tenue de la lámpara.

Se acercó sin decir nada y se sentó a mi lado, atrayéndome suavemente hacia sus brazos. La sensación del calor de su piel contra la mía me hizo suspirar; el peso de su presencia era tan reconfortante como embriagador.

—¿Qué te atormenta? —besó mi nuca—. ¿Clara está bien?

—Está. Sí, está bien. —Sonreí—. Es solo que... tonterías.

—No es una tontería. Dímelo.

—Ahora ocupo un lugar importante en toda esta familia, ¿entiendes?

—Ajá.

—Los Durov vienen a mí... Los Zagovor también me necesitan. Y estoy intentando ser el pilar fuerte de esta familia para mantenerlos unidos, felices y en paz.

—Estás haciendo un trabajo excelente —destacó él.

—¿Tú crees? —Arqueé una ceja—. Mi primo Konstantin se casó, su esposa está embarazada y él... la ha abandonado.

—Ese mocoso... —Santo gruñó unas cuantas palabras en italiano.

—Estoy cuidando de ella. —Le acaricié el brazo para calmarlo —. Las cosas tampoco van muy bien con Paul y su nueva esposa. Choque cultural, él es bastante cabezota...

—Puedo encargarme de todo eso por ti.

Sonreí, sintiendo algo de paz en mi corazón al oírlo decir eso.

—Me encantaría, pero tiene que ser cosa mía. —Lo miré con seriedad—. Ellos te temen. Ese es tu papel, mantenerlos a raya. Yo necesito que se comporten como una familia para que todo se mantenga en su sitio.

Él me giró suavemente para que lo mirara, sus ojos atrapándome en el instante en que me clavó la mirada.

La intensidad que vi en ellos me hizo contener el aliento.

No era solo deseo. Era algo más profundo, algo que nos conectaba de una forma que iba más allá de las palabras.

Santo pasó la mano por mi rostro, sus dedos trazando lentamente la línea de mi mandíbula hasta rozar mi labio inferior. Me incliné hacia él sin pensarlo, sintiendo cómo mi cuerpo respondía a su cercanía.

Capturó mis labios en un beso tierno y lento, pero cargado de emoción, que pronto me dejó sin aliento.

Nos separamos solo lo justo para que pudiera hablar:

—Nunca pensé que pudiera amarte más que antes, pero estaba equivocada.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios antes de que me atrajera de nuevo para otro beso, más profundo esta vez.

No necesitaba decir nada.

Lo sentía todo en la forma en que me abrazaba, en cómo sus dedos se deslizaban por mi cuerpo, en la manera en que apoyaba su frente contra la mía, respirando al compás conmigo.

Me sentía segura, amada, completa.

Más que nunca, supe que Santo era mi hogar.

Y que Clara era la prueba de que todo aquello, todo el camino tortuoso que habíamos recorrido, había valido la pena.

—Pero...

—¿Pero...? —Carraspeó.

—¿Qué pasó con mis padres? ¿Dónde están? ¿No podrían estar aquí, ayudándome?

Asintió en silencio.

—Me encanta tenerte, y no puedo imaginar perderte. La fecha de nuestro contrato está por terminar y...

—Olvida el contrato —murmuró.

—¿Pero mis padres? ¿Por qué nadie sabe decirme nada?

Temí parecer una loca por romper ese momento tan íntimo con preguntas que parecían fuera de lugar, pero necesitaba ser fiel a mí misma y compartir mis inquietudes.

—Haré todo lo posible por responder a esas preguntas y a muchas más. Solo necesito un poco de tiempo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Suspiré aliviada al oír aquello.

Sabía que él encontraría la manera de resolver ese enigma.

—Ahora necesito que te concentres en cuidarte y estar bien, para que Clara pueda seguir creciendo fuerte. ¿Puedes hacer eso por mí? —Apretó mi mano.

—S-sí, claro que sí.

—Es todo lo que necesito de ti. Los problemas familiares, déjalos en mis manos.

—Gracias, Santo.

—Te amo —dijo, besando mi frente.

Fue tan inesperado que me quedé paralizada, sin saber qué decir. Ni cómo reaccionar.

Mi corazón se aceleró y mi cuerpo se tensó, como si fuera una adolescente tonta. Solo había sentido algo parecido la primera vez que me besó, pero un «te amo» era aún más serio e íntimo que eso.

—¿Qué has dicho? —Parpadeé, incrédula.

—Te amo —repitió, mirándome a los ojos.

Santo rodeó mi cuerpo con los brazos y me abrazó. Calentó mi piel con su aliento y con sus manos acariciándome de arriba abajo. Susurró contra mi piel:

—Nunca imaginé tener nada de esto. Tener una familia... me parecía imposible. Tú eres mi familia, Bianca. Eres mi prioridad, y nuestra hija es mi propósito. Y ahora que os tengo, no hay nada en el mundo que me haga renunciar a vosotras. Haré todo lo que esté en mis manos para manteneros felices y protegidas. Si quieres saber

qué pasó con tus padres, deja que me encargue. Lo descubriré por ti.

Y supe, con cada fibra de mi ser, que decía la verdad.

Capítulo 55
Bianca Durova Zagovora

Habían pasado dos semanas desde el nacimiento de Clara.

Mis días estaban marcados por el ritmo frenético y agotador de la maternidad y por las responsabilidades que venían junto al liderazgo de la familia. Seguía actuando en las sombras, tomando decisiones y delegando a Santo como mi portavoz, pero eso cambiaría pronto.

Todos tendrían que acostumbrarse a recibir órdenes mías y dirigirse a mí directamente.

Santo me invitó a cenar en el Hotel 6 Continentes, y me pareció una idea estupenda. Realmente necesitaba salir de casa y relajarme un poco.

Me puse un vestido azul que había comprado antes del embarazo, y me sentaba como un guante. Era ligero, suave y perfecto para aquella noche cálida.

Subí al coche con él, y nuestros guardaespaldas nos siguieron.

Yohanna seguía encargándose de mi seguridad personal, y Santo estaba incorporando a algunos de los Durov al equipo para ponerlos a prueba.

El camino hasta el hotel fue tranquilo; mantuvo su mano apoyada sobre mi muslo, dibujando círculos lentos y relajantes. Santo parecía especialmente pensativo, pero tenía ese brillo en los ojos que delataba que estaba tramando algo.

Cuando llegamos al restaurante de comida brasileña del hotel, me sentí como en casa. Santo me apartó la silla para que me

sentara y luego se acomodó frente a mí, observándome con atención.

No perdí tiempo y pedí un guiso de mariscos con leche de coco, acompañado de gambas salteadas en mantequilla y un zumo de uva integral para calmar un poco las ganas de tomar vino.

—Vale, ¿ahora puedes decirme qué estás ocultando?

—¿Yo? —Se hizo el desentendido—. Absolutamente nada.

—¿Así que hemos venido aquí solo para marcar el reinicio de la *Bratva*?

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó.

—Voy a expandir la familia por todo el país, como querían mis abuelas. Necesitamos infiltrarnos en varias familias importantes, no seguir con este jueguecito de tráfico de drogas. ¿Acaso tengo cara de jefa de un cártel?

Santo se rió.

—¿Y qué cara tienes?

—Tengo cara de ser la dueña de tu corazón.

—¿Lleva droga incluida? —señalé con el dedo y solté una carcajada—. Sé que les gusta este sitio, es agradable, pero el plan original era conquistar Estados Unidos haciendo que los miembros de la *Bratva* se casaran con hijas de personas influyentes, creando vínculos con los poderosos locales. Creo que se han acomodado demasiado a esta vida fácil y tranquila...

—¿De vender drogas y tener clubes nocturnos?

—Exacto. Pero eso ya es cosa del pasado.

Tomé mi zumo de uva integral y bebí lentamente.

—¿Has averiguado algo sobre mis padres?

—No, pero tu tía Svetlana Durov aseguró que está revisando todos los documentos de la familia para encontrar alguna pista. En cuanto sepamos algo, te lo contaremos.

—Está bien.

La cena llegó unos minutos después.

Santo me dejó comer un poco antes de interrumpirme:

—Sí, tengo una sorpresa para ti esta noche.

Antes de que pudiera preguntarle más, el sonido de unos pasos acercándose llamó mi atención.

Mi corazón se aceleró al ver dos figuras familiares aparecer en la entrada del restaurante.

Gabriela y Raíssa.

Mis mejores amigas, mis hermanas del alma, estaban allí.

Tardé un segundo en procesarlo antes de levantarme, gritar y salir corriendo por el salón —las dos hicieron lo mismo—.

—¡Dios mío! —exclamé, sujetando el rostro de Gabriela entre mis manos—. ¡Estáis aquí!

—No te emociones demasiado, venimos a conocer Disney. —Raíssa rió—. Es broma, venimos a verte.

—¿De verdad pensabas que íbamos a tardar mucho más en venir? —Gabriela me abrazó con fuerza—. Queríamos venir antes, pero Santo dijo que el ambiente no estaba muy tranquilo. ¿Qué pasó?

—Problemas familiares, no sé los detalles, él no me agobia con eso.

—Eso es un hombre de verdad. Resuelve las cosas y nos deja en paz. —Raíssa celebró.

Me separé lo justo para mirarlas, luego miré a Santo, que seguía sentado, observando mi reacción con una pequeña sonrisa en los labios. Se me llenaron aún más los ojos de lágrimas al darme cuenta de lo que significaba ese gesto.

Volví junto a él sin pensarlo, tomé su rostro entre mis manos y le di un beso lleno de gratitud.

—Gracias —susurré, apoyando mi frente contra la suya—. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí.

Él sostuvo mis manos y acarició mis dedos con el pulgar.

—Sé exactamente lo que significa.

—¿Y dónde está la bebé? —Raíssa se llevó la mano a la cintura.

—Se quedó descansando en casa.

—En realidad, vino en otro coche —Santo informó, para mi sorpresa—. No quise preocuparte ni arruinar tu noche. Clara está en la suite presidencial con Wilhermina y Yohanna. Después de cenar, vamos a llevaros para que podáis conocerla.

Gabriela y Raíssa se sentaron.

Empezaron a picar las gambas salteadas y también pidieron sus platos.

—¿Y tu familia qué tal?

—¿Son majos? ¿Te recibieron bien? —Raíssa apoyó los codos sobre la mesa.

—Ah, últimamente están adorables. —Miré a Santo, que se esforzó por mirar hacia la ventana, a la playa—. Dieron guerra al principio, pero ahora todo está resuelto.

—¿Y de la ciudad, qué opinas?

—No he salido mucho...

—¡Santo! —Gabriela lo llamó—. ¿Cómo es eso de que no has llevado a mi amiga a tomar el sol? ¡Si le encanta la playa!

—Amiga, tengo una playa privada en casa, estoy morenita total. —Le enseñé la marca del bikini—. Pero Santo ha sido bastante protector. Mientras estaba embarazada de Clara, todo estaba un poco tenso. Ahora las cosas están mejor. Aun así, prefiero no arriesgar.

—Entonces vamos a broncearnos en tu playa privada. —Raíssa se rió—. Quiero disfrutar de mis vacaciones, ¿eh? Quiero el paquete completo: parque de Disney, compritas, vida nocturna... ¿Aquí hay discotecas buenas?

—Tengo una discoteca.

—¿¿Tú tienes qué?? —Raíssa preguntó con la boca llena, asombrada.

—Se llama Matrioska. Es bastante chula, solo que está al otro lado de la ciudad.

—Ah, pues vamos esta misma noche. —Raíssa miró a Santo, como para ver si estaba prestando atención a la conversación.

—No vais a ir —respondió él—. En lugar de eso, vais a conocer a Clara.

—¿Tenéis ganas de conocer a mi niña?

Las dos dieron un gritito de emoción.

Capítulo 56
Bianca Durova Zagovora

Subimos en el ascensor hasta el ático del hotel.

Gabriela y yo cruzamos una mirada y empezamos a reírnos, porque aquello era, como mínimo, gracioso.

—¿Qué pasa? —frunció el ceño Raíssa.

—Es que estamos acostumbradas a usar el ascensor de servicio. Trabajamos tanto tiempo en la cadena de hoteles 6 Continentes que... no sé, creo que esta es la segunda vez en mi vida que uso este ascensor.

—Acostumbradas, no. Estábamos —puntualizó Gabriela—. Porque ahora estoy casada con el dueño y CEO de los hoteles.

—Humíllame, venga. Puedes humillarme, Gabriela.

—Qué pena que Santo y Massimo no tengan un hermano, si no te lo presentaríamos, Ray...

—Pero a ver, ¿no tienen un primo? ¿Un tío? Acepto hasta un abuelo. Un sugar grandpa...

Acabamos riéndonos y charlando hasta llegar a la suite presidencial.

—¿Preparadas?

Gabriela y Raíssa ya estaban nerviosas, con los ojos brillando de expectativa.

En cuanto cruzamos la puerta custodiada por cuatro guardias de seguridad, vimos a una señora mayor leyendo —Wilhermina—, a una chica de nuestra edad haciendo llamadas y revisando algunas cosas —Yohanna—, y justo en el centro de la cama grande, rodeada de cojines, estaba Clara.

—Hola, mi princesa. ¿No pudiste estar lejos de mamá?

Clara soltó un sonidito suave y empezó a mover las manos.

La cogí en brazos y empecé a mecerla con delicadeza.

—¡Ay, Dios mío, es perfecta! —se derritió Gabriela.

—Qué bebé tan grande, ¿cuántos meses tiene?

—Dos semanas.

—¿Y ya está así de grandota?

—¿Has visto el tamaño del padre? —Señalé con la cara hacia Santo.

—Tiene sus ojitos azules, ay... —Gabriela le acarició la mejilla con el dedo índice—. Hola, tía. ¿Quiénes son estas personas raras, tía? Ay, ¿puedo cogerla?

Sonreí y asentí, pasándole a Clara con cuidado.

Gabriela la sostuvo como toda una profesional y salió corriendo.

—¡Me volví Nazaré, voy a robarte a tu bebé! ¡Ahora es mía!

—¡Vuelve aquí! —fui detrás de ella—. ¡Con cuidado!

—Tranquila, yo llevaba a dos a la vez, tengo las habilidades. —Gabriela empezó a acunar a Clara—. Qué nostalgia de cuando eran así de chiquitos. Disfrútala, ¿vale? Porque crecen en un suspiro. Y dentro de nada gatea, luego camina, y cuando camina, corre. Y después ya no quiere saber nada de nosotras.

—¿Qué es esto, depresión ansiosa anticipada? —rezongó Raíssa.

Se colocó junto a Gabi y empezó a jugar con los deditos diminutos de Clara con delicadeza.

—Parece una muñequita. ¡Mira esos pelitos! —susurró Raíssa —. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Sentí el pecho calentarse al ver a mis mejores amigas admirar a mi hija con tanto amor. Clara, por su parte, abrió sus ojitos azules

y miró a Gabriela mientras bostezaba, como si estuviera decidiendo si le gustaba ese nuevo regazo.

Después de unos segundos, simplemente se acurrucó, soltando un suspiro suave.

Raíssa se quedó sin aliento y me miró.

—Ay, es tan mona... no puedo. Me la voy a llevar.

Me reí de su expresión.

—Tú no tienes estructura emocional para ser madre, Ray. No recuerdas ni dónde dejas el móvil, imagínate una hija.

—Eso es un detalle menor —replicó, sin dejar de admirar a Clara—. Pero en serio, Bia... es una joya. ¿Eres feliz?

Me senté en el sillón junto a la cama y suspiré, sintiendo un peso familiar en el pecho. Felicidad no era una palabra suficiente para resumir lo que sentía. Lo que llevaba dentro iba mucho más allá.

—Sí —murmuré—. Nunca imaginé que mi vida tomaría este rumbo, pero estoy feliz. Al principio incluso pensé en coger el dinero e irme.

—Loca... —me reprendió Raíssa.

—¿Pero cómo se supone que voy a vivir después de este milagro? —Miré a mi hija, intentando comprender aquel sentimiento arrollador—. Y debo admitir que, si no fuera por Santo, que ha sido un padre maravilloso y un hombre entregado que me protege y me ama como si fuera su mayor prioridad, no sé qué habría hecho.

Raíssa intercambió una mirada significativa con Gabriela antes de volverse hacia mí.

—Entonces —dijo, sonriendo de medio lado—, ¿me vas a contar todo? Porque me muero de curiosidad por saber cómo una chica que odiaba la idea de involucrarse con un hombre peligroso acabó casada con el jefe de la mafia rusa y siendo madre de una niña.

Solté una risa baja mientras ajustaba la mantita sobre mi regazo para recibir a Clara.

—Creo que te contaron la versión equivocada, amiga... La jefa de la mafia rusa en este país soy yo.

Raíssa soltó una carcajada fuerte y sonora, que fue apagándose a medida que Wilhermina, Yohanna y otros seis guardaespaldas la miraban con seriedad.

—¿Es en serio?

—Sí.

—¿Amiga...?

—Otro día te cuento esa historia con más detalle, pero lo que necesitas saber es que mi padre y mi madre nacieron aquí, en Estados Unidos, para expandir los negocios de la *Bratva*.

—Hum.

—Y cuando se fueron, las familias se dividieron y empezaron a pelear por el control del tráfico de armas y drogas.

—Gente encantadora —suspiró Gabriela.

—Entonces, ¿Santo es tu mandado? —Raíssa se rió—. ¿Vas por ahí cantando: «mi novio es un pringado, hasta me lava la ropa interior»?

Santo gruñó desde el fondo al oír eso.

—Él es mi mano derecha, mi socio, la persona en quien confío para mantener los negocios en orden mientras yo me ocupo de otros asuntos.

—Qué romántico —Gabriela se sentó en la cama.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que lo amabas? —preguntó Raíssa.

La habitación se sumió en un profundo silencio.

No era un secreto que lo amaba, pero sí era algo nuevo.

Al fin y al cabo, lo que teníamos oficialmente era un contrato firmado y nada más.

—Es que... siempre fuiste de las que decían que nunca se casarían, que nunca tendrían hijos, que serían independientes y solas toda la vida. ¿Qué cambió exactamente? —insistió Raíssa—. Te conozco, se nota en el brillo de tus ojos.

—Ray...

—Cuando encuentres al tuyo, lo entenderás —intentó resumir Gabriela.

—Creo que fue en medio de todas las locuras. Cuando me di cuenta de que él nunca, ni por un segundo, me trataría como si fuera la segunda opción. Siempre he sido la primera. Y, de algún modo, aunque somos muy distintos, nuestras locuras se parecen bastante...

Gabriela sonrió y miró a Clara en sus brazos.

—Y ahora tienes todo esto... y una familia.

Asentí, sintiendo un nudo en el pecho.

—Sí. Y lo volvería a hacer si ese fuera el precio por haber llegado hasta aquí.

—Bianca —Santo llamó mi atención.

—¿Sí?

—Tengo que salir, ha surgido una urgencia.

Me levanté y fui hacia él sin hacer movimientos bruscos, para no molestar el sueño de Clara.

—¿Qué ha pasado?

Santo me llevó a un rincón apartado, lejos de mis amigas, y me mostró un mensaje en su móvil. Si había algo valioso en nuestra relación, era la sinceridad y la transparencia.

—¿Quién es este cardenal? ¿Es aquel… del Vaticano?

—El mismo.

—¿Está aquí en Florida? ¿Y quiere verte?

—Sí. ¿Recuerdas que «oficialmente» estoy en Tampa? Pues ha llegado y no fui a recibirlo. Ahora me está bombardeando a mensajes, tengo que irme.

—Vale. ¿Quieres llevarte a alguno de los hombres? —Señalé a mis primos que estaban en la habitación.

—No, esto lo resuelvo solo. Disfruta el rato con tus amigas. —Selló nuestros labios—. Y tú, pórtate bien. —Besó la frente de su hija.

Santo Zampieri

El cardenal Ambrosi estaba en la Iglesia del Sagrado Corazón, en Tampa, y quería verme. No sabía qué hacía allí, tan lejos del Vaticano, y por eso me mantuve en estado de alerta.

Durante el vuelo en jet privado, que duró una hora, llamé al obispo Montanari. Me dijo que había hecho todo lo posible para impedir que el cardenal llegara hasta mí, pero que alguien había filtrado los datos… y que Ambrosi no había viajado solo.

Aquello me dejó intrigado.

Primero, porque los cardenales no viajaban sin un motivo de peso.

Segundo, porque los nombres que Montanari me mencionó como acompañantes del cardenal me hicieron notar que algo no cuadraba.

Cuando llegué a la iglesia, era casi medianoche. El lugar estaba prácticamente vacío, iluminado apenas por las velas encendidas ante los santos y con el aire perfumado por el incienso quemado.

Caminé por los pasillos de piedra con pasos largos, aunque silenciosos, hasta entrar en la sacristía. Vi al cardenal de espaldas, contemplando un vitral bañado por la luz de la luna.

—Padre Zampieri —su voz grave rompió el silencio, y su latín acentuado hizo que mi cerebro se bloqueara por un instante—. No imaginé que tendría que viajar hasta este continente para encontrarle.

—Eminencia —respondí con firmeza.

Se giró lentamente, sus ojos profundos e inquisitivos se posaron sobre mí.

—Desaparecido del Vaticano desde hace casi un año.

—Sí.

—¿Puedo saber por qué?

Respiré hondo antes de contestar:

—Fui enviado en una misión secreta, Eminencia. Órdenes directas de lo alto, de la Alta Curia del Vaticano.

—Yo pertenezco a la Alta Curia y no fui informado.

—La Alta Curia tiene muchos núcleos, Eminencia. Y el que me envió tenía sus razones para mantenerlo en secreto.

—Ya veo —entrelazó las manos detrás de la espalda—. ¿Y dónde estaba usted, que no vino a recibirme al llegar a esta hermosa iglesia?

El cardenal Ambrosi tenía una forma muy performativa, exageradamente italiana, de comunicarse. La boca se movía junto con el cuerpo, la cabeza, las manos, los ojos. Todo parecía amplificar sus palabras.

—Resolviendo un pequeño problema.

—¿Herejía?

—La herejía está por todas partes, Eminencia. Usted, que trabaja en el Tribunal Apostólico, lo sabe muy bien...

—La tradición se está diluyendo —me interrumpió—. Es cierto. Pero, ¿no podrían haber enviado a otro? ¿Henriques? ¿Jiuliano? ¿Gaudenio? ¿Séptimo? Debió de ser algo realmente importante para que dejaran al Vaticano desprotegido y enviaran al mejor hombre.

—Solo yo soy capaz de hacer un trabajo limpio, Eminencia.

Él asintió de inmediato.

—Muy bien. Me quedaré un tiempo en Estados Unidos. Hay reuniones importantes con miembros de la Iglesia. Quiero que me acompañe.

Mi mandíbula se tensó levemente.

—No puedo. Estoy ocupado con esta misión, Eminencia.

El cardenal alzó una ceja.

—¿Qué misión?

—La secreta.

Se instaló un largo silencio entre nosotros.

La mirada del cardenal Ambrosi ya era de por sí penetrante, pero en ese momento parecía encarnar a un inquisidor español. Sabía que intentaba descifrar mi lealtad, buscar grietas en mi fe.

Pero yo estaba preparado. Siempre lo estuve.

—Sabe que el diablo es el padre de la mentira, ¿verdad, padre Zampieri?

—Todos lo saben.

—Entonces, dígame la verdad: ¿a quién sirve?

Crucé los brazos y mantuve el gesto serio.

—Sirvo a los intereses de Dios. De la Iglesia. Y de la fe.

Me siguió mirando durante unos segundos antes de soltar un suspiro profundo. La tensión en el ambiente seguía densa; aquel hombre no cedió ni un paso y yo permanecí alerta ante la posibilidad de visitantes inesperados.

Por fin, Ambrosi relajó un poco los hombros y señaló hacia uno de los pasillos de la iglesia.

—¿Y dónde se está alojando, padre Zampieri?

—En un lugar discreto y seguro.

—¿La parroquia no es lo bastante buena para usted?

—Usted conoce mi fama, Eminencia. La parroquia es más que suficiente, pero no quiero llamar la atención ni perturbar el descanso de los demás sacerdotes, así que siempre me alojo en sitios aislados.

—Entiendo. Bueno, no importa dónde esté, manténgase cerca. Mañana por la mañana viajo a Nueva York, pero cuando regrese a Florida, quiero verle para discutir ciertos asuntos. Tenemos mucho de lo que hablar.

Mantuve una expresión neutra.

—Avíseme con antelación, Eminencia.

El cardenal me observó unos segundos más antes de girarse y desaparecer por el pasillo oscuro, sin decir nada más.

Todo aquello me perturbó, pero no se comparaba con la horrible sensación de dormir una noche lejos de mi hija y de Bianca.

Capítulo 57
Bianca Durova Zagovora

A la mañana siguiente, Santo regresó de Tampa, pero el hombre que entró por la puerta no era el mismo que había visto partir.

Su mirada estaba más sombría, cargada de un peso que parecía aplastarle los hombros. No me besó al cruzar la puerta, ni me abrazó. Su cuerpo estaba tenso, la mano cerrada en un puño junto al costado.

Sabía que algo había salido mal. Lo sentía en el aire.

Santo se pasó las manos por el rostro y soltó un suspiro pesado.

Parecía agotado, pero no solo físicamente.

Algo dentro de él se estaba desmoronando.

—Hay un traidor en la *Bratva*.

—¿Un traidor? ¿Cómo que un traidor? ¿Quién?

—Todavía no sé quién es.

—¿Cómo puedes decir eso, Santo? Llevamos tres meses en paz... Todo está funcionando bien, los Durov y los Zagovor están colaborando, Peter, Paul y Konstantin ya se casaron...

Subió hasta el dormitorio y lo seguí.

Al llegar, sacó las maletas del armario, las abrió sobre la cama y empezó a organizarlo todo, metiendo ropa dentro.

—El cardenal Ambrosi sabe lo nuestro.

Al oírle decir eso, se me erizó la piel.

Me senté en la cama en silencio y lo observé sacar la ropa del armario y amontonarla sobre la colcha.

—No sé cómo está su comunicación con el Vaticano ahora mismo, pero voy a ser excomulgado. Y cuando eso ocurra, las cosas se pondrán peligrosas.

—¿Peligrosas cómo?

—Guardo muchos secretos y ejecuto misiones que solo conoce la Alta Curia de la Iglesia. Ser «excomulgado» no significa solo que tenga que dejar de ser sacerdote. Significa que van a borrarme. Mi mentor, el obispo Montanari, me informó ayer que todos los hombres que yo mismo entrené han venido a matarme.

Mi corazón se detuvo por un segundo.

No sabía si estaba en shock por lo que oía o por la calma con la que él lo decía.

—¿El Vaticano quiere matarte? —mi voz salió débil, casi sin fuerza—. Santo, no... no puede ser verdad.

Él asintió, con los ojos fijos en mí, aunque de algún modo parecían lejanos.

—Voy a reunir a todos los hombres de la *Bratva* y...

—No podemos contar con tu familia, no sabemos quién es el traidor. Por eso, tú y Clara os marcharéis esta noche. No dejaré que paguéis el precio por esto.

Algo en su tono me hizo estremecer.

Me levanté de golpe y di un paso atrás, la respiración empezando a fallarme.

—¿Qué estás diciendo?

Santo se pasó la mano por el pelo. Parecía firme, su mirada era dura y concentrada.

—Estoy preparando el avión. En unas horas estará listo. Tú, Clara, tus amigas... todas os vais esta noche. A Brasil. Allí estaréis a salvo.

El impacto me golpeó como un puñetazo.

—¿Qué? —Lo miré fijamente, queriendo asegurarme de que hablaba en serio—. No. ¡No, no pienso irme!

Mi corazón se aceleró y la piel se me quedó helada.

Hablaba en serio.

Quería enviarme lejos. Quería separarnos.

Santo dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí.

—Bianca, es la única forma de manteneros a salvo. No puedo luchar contra la *Bratva*, contra el Vaticano y contra un traidor al mismo tiempo mientras estoy pendiente de vosotras.

Sentí los ojos arder y un nudo se formó en mi garganta.

—¿Quieres que huya? ¿Que me lleve a nuestra hija y simplemente te dé la espalda?

Apretó los dientes.

—Quiero que vivas. Quiero que nuestra hija tenga un futuro.

—¿Y si mueres? —mi voz salió rota, temblorosa. Solo de imaginarlo, me sentía débil—. Santo, no me hagas esto. No me obligues a irme. No puedo estar lejos de ti.

Cerró los ojos, los músculos de su mandíbula tensos.

Cuando los volvió a abrir, algo dentro de él parecía haberse quebrado.

—Tienes que irte.

—Entonces ven con nosotras —le sujeté del brazo—. Huyamos a cualquier lugar, pero por favor, ven conmigo.

Acarició mi rostro con lentitud.

—No soy el tipo de hombre que huye, va contra mi naturaleza. Y no podría poneros en peligro. Nos cazarían, y Clara no puede vivir así.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al hacer una sinapsis mental: ¿y si mis padres hubieran hecho lo mismo? ¿Y si mi madre huyó

conmigo para mantenerme viva y me dejó en un orfanato para protegerme mientras volvía a ayudar a mi padre?

—¡No me voy! —grité con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No voy a dejarte enfrentar esto solo! ¡No después de todo! ¡Somos una familia! ¿De verdad crees que voy a huir mientras tú luchas por sobrevivir?

Santo me miró como si quisiera suplicarme que lo entendiera.

Como si estuviera sufriendo tanto como yo.

—¿Crees que esto es lo que quiero? —explotó—. Daría lo que fuera por abrazaros y encerrarme en esta habitación para siempre. Pero si os quedáis... las van a matar.

Negué con la cabeza, sollozando.

—Si me mandas lejos, será peor que matarme.

Santo se quedó en silencio un segundo.

Y entonces, antes de que pudiera protestar de nuevo, me atrajo contra su cuerpo y me besó.

Fue un beso desesperado. Un beso de despedida.

Sus manos sujetaron mi rostro con firmeza, como si quisiera grabar mi presencia en él. Fundir nuestros olores. Sentir mi piel por última vez, como si nunca fuera a volver a tocarme.

Mis lágrimas empaparon su rostro, y sentí el sabor salado de ellas en nuestros labios.

Se apartó lo justo para apoyar su frente contra la mía, respirando entrecortadamente.

Su voz fue baja, contenida:

—Si me amas, Bianca... por favor, vete.

Quería gritar. Quería golpearlo. Quería suplicar.

—Santo, no me pidas esto.

—Tenemos una hija. Y ella es más importante que mi vida. Más importante que todo. Prepara tus cosas, coge a Clara y sube al

avión.

Pero sabía que ya había tomado una decisión. Y nada lo haría cambiar de idea.

Mis rodillas flaquearon, y Santo me sostuvo antes de que cayera. Me dolía el pecho como si se estuviera desgarrando. Como si algo esencial dentro de mí estuviera siendo arrancado.

—Esto no está pasando —murmuré, aturdida.

Pero sí que estaba pasando.

Santo acarició mi rostro una última vez, sus ojos azules ardiendo de emoción.

—Te amo. Amo a nuestra hija. Y por eso necesito que te vayas.

Salió de la habitación antes de que pudiera decirle nada.

Capítulo 58
Bianca Durova Zagovora

Fue como si me hubiera disociado, como si mi conciencia se hubiera apagado durante unas horas y despertara justo al final. En un minuto, Santo estaba metiendo las maletas en el coche y yo lo observaba quedarse atrás; un segundo después, estaba sentada en el avión, con el cinturón de seguridad apretándome el cuerpo.

No sentía mi cuerpo. Durante todo el trayecto, mis piernas se movían por instinto, como si ya no me pertenecieran.

Clara dormía en mis brazos. Parecía percibir mi agitación, por eso mi prioridad había sido hacerla dormir.

Gabriela, Raíssa, Wilhermina y Yohanna estaban a mi alrededor, pero no podía mirarlas. Si lo hacía, sabría que estaba a punto de tomar una decisión de la que no podría volver atrás.

Mi mirada se perdió en el horizonte, viendo cómo la ciudad era tragada por la oscuridad. Santo seguía allí, en algún lugar, solo, enfrentando un destino que yo me negaba a aceptar.

¿Cómo esperaba que simplemente siguiera adelante?

¿Cómo podía creer que encontraría paz sabiendo que, en cualquier momento, podía recibir la noticia de que había muerto?

Temblaba.

Mi corazón latía de forma descompasada, como si la propia realidad se estuviera resquebrajando a mi alrededor. Ya no sabía en quién confiar.

El traidor estaba en alguna parte, esperando el momento oportuno para destruirlo todo. Ni siquiera podía confiar en mi propia familia.

Esa idea me consumía.

Pero lo peor de todo era saber que Santo estaba allí, enfrentando todo solo, y yo... huyendo.

No.

No podía hacer eso.

Apreté a Clara contra mi pecho. Cada fibra de mi ser gritaba que aquello estaba mal. Estaba a punto de perderlo todo. Él estaba a punto de morir, y yo no estaría allí para impedirlo.

Fue entonces cuando supe lo que debía hacer.

Respiré hondo, sintiendo el dolor desgarrador de mi decisión.

Me quité el cinturón de seguridad, fui hacia Gabriela, que estaba sentada al otro lado con el rostro pálido y lleno de preocupación. Con un gesto tembloroso, le entregué a Clara entre los brazos y me arrodillé.

—¿Qué...? —Gabriela abrió los ojos de par en par.

—¿Me prometes que cuidarás de ella?

Gabriela sostuvo a Clara con firmeza, pero me agarró con una mano.

—Bianca, ¿qué demonios estás haciendo?

—¿Lo prometes? —gruñí, zafándome de su mano—. ¿Prometes que la cuidarás como si fuera tu hija? ¿Prometes que nunca será maltratada, que no se sentirá sola, y que será feliz?

—Bianca, escúchame. No puedes hacer esto. Tienes que venir con nosotras a Brasil, después...

—Yo te cuidé en el orfanato, ¿recuerdas? —le dije con un tono que le recordara que tenía una deuda conmigo—. Si no vuelvo, sé una buena madre para mi hija. Enséñale a ser fuerte. Enséñale que el amor vale la pena. Y dile que su madre vivió sin arrepentimientos.

—¡Bianca! —gritó Gabriela cuando me di la vuelta y comencé a alejarme.

—No puedo abandonarlo —mi voz salió cargada de emoción —. No está bien. Nunca me perdonaría si muere solo.

—Amiga, sabemos que estás loca, pero hasta las locas tienen límites —Raíssa señaló mi asiento, indicándome que me sentara.

—Conozco mis límites. Y por eso sé que tengo que ir.

Wilhermina, sentada en la fila delantera, se giró para mirarme. Sus ojos, siempre tan llenos de sabiduría y paciencia, se dirigieron ahora a mis amigas.

—Tiene sangre rusa. Los rusos solo retroceden cuando ya han prendido fuego a todo.

—A la mierda, yo también me voy —Raíssa se quitó el cinturón y me siguió tambaleándose.

—Entonces yo...

—Cállate, Gabriela. Tienes un marido, dos hijos que criar y ya triunfaste en la vida. Yo solo tengo una pastelería de barrio en Río de Janeiro. Nadie va a notar que falto —la abrazó de la cabeza y le plantó un beso enorme en la frente—. No dejes que haga ninguna tontería.

—Amiga, no te prometo nada —respondió.

Corrí de vuelta hasta Clara y la miré una última vez, con el corazón latiéndome en la garganta. Me incliné sobre ella, dejando un beso en su frente, inhalando el dulce olor de su piel. El pecho me dolía como si me lo estuvieran partiendo en dos.

Y entonces, sin dar lugar a más discusiones, giré sobre mis talones y corrí fuera del avión, seguida por Raíssa y Yohanna, que venía justo detrás.

Escuché a Gabriela llamándome, desesperada, pero no miré atrás.

Capítulo 59
Santo Zampieri

Ambrosi: ***«Tuve imprevistos y cancelé el viaje a Nueva York. ¿Podemos vernos esta noche? Hay algo que debemos tratar antes de mi regreso al Vaticano».***

Sabía que era una trampa desde el momento en que recibí el mensaje. Sin embargo, no tenía elección. Había batallas que debían librarse de frente, sin subterfugios ni escapatorias.

Tomé un avión a Tampa y, durante la hora cronometrada que tuve, envié mensajes a Massimo, al obispo Montanari, y dejé una grabación para Clara, para que la escuchara en el futuro.

Aún no eran las diez de la noche cuando entré en la Iglesia del Sagrado Corazón.

Era una noche preciosa para morir: la luna llena brillaba en lo alto, el calor del día se había suavizado y pisar aquel lugar sagrado me hizo recordar la primera vez que estuve en una iglesia y me deslumbré con tanta belleza.

Nada más cruzar las grandes puertas de madera tallada, encontré al cardenal Ambrosi en el altar, vestido con sus tradicionales ropajes rojo intenso, una capa exageradamente llamativa, del color de la redención y de la sangre.

A su lado, Kamikaze, mi aliado más fiel. Pero había algo en él que no encajaba.

Su postura, su mirada.

Y alrededor, apoyados contra las paredes, sentados entre los bancos o en las zonas altas de la iglesia, estaban los sacerdotes que yo mismo había entrenado durante los últimos años.

Henriques, Jiuliano, Gaudenio, Séptimo, Kamikaze.

Todos buenos hombres, formados por el mejor, para hacer el trabajo sucio que la Iglesia necesitaba. Hombres que aprendieron de mí lo necesario para destruir a un enemigo sin dejar rastro.

No los culpaba.

Conocía bien el protocolo.

—Padre Zampieri —me llamó el cardenal, alzando una mano —. Acérquese, no se quede ahí como un extraño.

Caminé hasta el centro de la iglesia, calculando la posición de cada uno.

—Antes de oírme, ¿le gustaría confesarse?

Mantuve la mirada fija en él, impasible.

—No.

Sonrió, como si ya esperara esa respuesta.

—Solo el arrepentimiento lleva a la confesión —meneó la cabeza—. Quizá se sienta inspirado entonces, al oír una confesión.

—Estoy deseando escucharla.

Cerré el puño.

Y escuché cómo se montaba un arma detrás de mí.

El pecho se me oprimió cuando Kamikaze dio un paso al frente. Evitaba mirarme a los ojos y su respiración era pesada.

—Habla, hijo mío —le animó el cardenal. Kamikaze tragó saliva antes de comenzar.

—Perdóneme, padre, porque he pecado —titubeó, como si necesitara reunir valor para continuar.

—Abre tu corazón, y Dios Todopoderoso te perdonará.

—El padre Santo Zampieri me obligó a hacer cosas. Cosas que no puedo olvidar. Me hizo atropellar a hombres, dispararles, golpearlos... matarlos. Pero nada fue tan grave como cuando me ofreció a una mujer mayor para obtener ubicaciones y contraseñas

bancarias y así destruir a la familia Durov. Yo... tuve sexo con esa mujer todos los días desde entonces... mientras su marido lo miraba todo. Y participaba.

Seguí mirándolo sin parpadear, sin cambiar mi expresión.

—Me hizo cometer pecados que nunca habría cometido por voluntad propia. Me enseñó a matar sin dudar. A torturar sin remordimiento.

El cardenal Ambrosi suspiró y comenzó a pasearse por el altar, como un padre decepcionado por su hijo predilecto.

—¿Es así como guía a los hombres bajo su mando, padre Zampieri?

Arqueé una ceja como única respuesta.

Y contuve la respiración, como si quisiera congelar el tiempo.

—Es decepcionante ver su caída, Zampieri. Un hombre forjado para ser la máxima expresión de la Iglesia. Criado para liderar, para ser un faro de moralidad y fuerza. Pero se dejó manipular. Por una mujer débil. Una mujer que lo destruyó.

El aire pareció quedarse atrapado en mi pecho.

—Bianca no me destruyó.

—Pero lo debilitó —balbuceó el cardenal, como si fuera un hecho indiscutible—. Mire en lo que se ha convertido. Perdido. Corrompido por el deseo. Por la ilusión de un amor pasajero. Un miembro de la Alta Curia, del grupo más selecto y secreto de la Santa Iglesia, arrastrándose ahora por una mujer. Se permitió caer en el pecado y, por ello, lo ha perdido todo.

Cerré los puños.

—A partir de hoy, estás excomulgado, Santo. En cuanto llegue al Vaticano, informaré de todo a la Alta Curia, con pruebas y testigos. A partir de ahora, todos tus poderes, todos tus beneficios, tu posición dentro de la Iglesia... se acabaron. Ahora serás neutralizado.

La palabra quedó suspendida en el aire.

Neutralizado.

Era la palabra que usábamos cuando queríamos borrar la existencia de alguien, sin dejar rastro, vestigio ni historia.

Sin embargo, yo me había asegurado.

Mi hija se acordaría de mí, aunque todos los demás me olvidaran.

Y eso era lo único que importaba.

Miré a mi alrededor. Todos estaban armados: Kamikaze, los sacerdotes entrenados por mí, incluso el cardenal llevaba una pistola que sacó de debajo de su sotana, aunque no parecía saber bien cómo sostenerla.

No estaban allí solo para un juicio.

Estaban allí para una ejecución.

El cardenal me miró con una expresión que mezclaba lástima y superioridad.

—¿Quién lo diría, Zampieri? Todo termina como comenzó.

—Dios obra a través de misterios —fue mi respuesta.

—No. Utilices. El. Nombre. De. Dios. En. Vano —dijo entre dientes, enrojeciendo—. ¿Tienes algo que decir antes de que todo acabe?

Mantuve la mirada fija en él por un instante, y luego me volví hacia Kamikaze.

—He escuchado tu confesión, hijo mío. Y hago *mea culpa* por haberte desviado del camino divino y haberte obligado a hacer cosas terribles que pudieron haber costado tu alma. Pero tengo una pregunta.

—Pregunta —rió Ambrosi, relamiéndose los labios.

—¿Te arrepientes, hijo mío?

Silencio.

Las manos de Kamikaze temblaban ligeramente al sostener el arma. Su mirada vaciló por un momento, pero entonces, con un suspiro profundo, levantó la pistola y apuntó hacia mí.

—No.

Y entonces, disparó.

Flashback: hace más de 15 años.

La noche estaba fría cuando escapé del Vaticano con Fiorenza.

La luna, alta y pálida, iluminaba nuestro camino por los callejones oscuros de Roma. El viento cortaba mi piel como una navaja, pero no sentía nada más allá de su mano entrelazada con la mía, cálida y firme, como si fuera lo único que me impedía volver atrás.

—Lo lograremos —le dije, sin saber si en realidad creía en mis propias palabras.

Fiorenza me miró, sus ojos castaños llenos de fe, pero también de miedo.

Aún llevaba parte del hábito de novicia, pero su melena oscura caía suelta, y sus labios temblaban. Quería protegerla. Quería sacarla de allí y llevarla a un lugar donde la Iglesia no pudiera alcanzarla.

Pero sabíamos que no sería tan fácil.

Los hombres del Vaticano nos perseguían. Y estaban cerca.

—Santo... —Fiorenza jadeó cuando doblamos la esquina y nos topamos con dos hombres vestidos con sotanas negras.

Nos vieron. Y corrieron hacia nosotros.

Dimos media vuelta, pero más hombres aparecieron. Estaban por todas partes. Y entre ellos, saliendo de entre las sombras, un

hombre alto, de expresión gélida y el cabello alborotado por el viento, empezó a hablar en latín.

El cardenal Ambrosi.

—No hay escapatoria, hijo. ¿De verdad pensaste que podrías huir?

Puse a Fiorenza detrás de mí y amenacé con apuñalar al primero que se acercara.

—Déjala ir. Yo volveré con ustedes al Vaticano. Pero déjala ir.

Ambrosi me observó durante un instante antes de sonreír con aire casi paternal.

—Nunca aprendes, ¿verdad, Zampieri?

—Santo... tengo miedo —murmuró Fiorenza.

—Te voy a proteger —le prometí.

—Es decepcionante ver que tu fe es más débil que tus hormonas de adolescente.

Antes de que pudiera reaccionar, algo me golpeó en el lateral de la cabeza.

Y todo se volvió oscuridad.



Desperté en el suelo frío de una casa que conocía demasiado bien.

El olor a madera antigua, lavanda y óxido llenaba mis fosas nasales. El aire estaba cargado de humedad, flores y muebles viejos. Supe de inmediato dónde estaba.

La casa de mi abuela.

La garganta se me secó.

Levanté la cabeza y vi a Fiorenza arrodillada a mi lado, con las manos atadas a la espalda, el rostro sucio de lágrimas y miedo. Detrás de ella, el cardenal Ambrosi y, de pie en el centro del salón, mi abuela, Rosa Zampieri.

Tenía los rasgos marcados, un rostro lánguido, el cabello liso y oscuro, lleno de mechones blancos revueltos por todas partes, recogido en un moño muy apretado. Sus ojos eran duros e impenetrables, y su boca siempre se contraía en una expresión de desaprobación. Por supuesto, iba vestida como una beata.

—No sabes la vergüenza que le das a esta familia, mocoso ingrato —escupió, literalmente, en mi cara—. Me pasé la vida donando millones de euros a la Santa Iglesia para tenerla de nuestro lado, y cuando por fin un Zampieri recibió la misión de pertenecer a esta sagrada institución, fue el hijo retrasado de una puta brasileña, que ni siquiera sabe mantener la polla dentro de los pantalones.

Intenté levantarme, pero me golpeó con el bastón justo en el abdomen, en la parte alta del estómago, y caí hacia atrás.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad, chico? —Ambrosi se acercó, sus ojos fríos—. La familia Zampieri te vendió a la Iglesia. Nos perteneces. Siempre lo has hecho, desde niño.

Mis músculos se tensaron.

Había sido enviado al seminario del Vaticano desde pequeño, sabía que nunca tuve elección. Pero escucharlo así, tan crudo, me abrió un agujero en el pecho.

Mi abuela resopló y se acercó más.

—Eres igual de inútil que la basura de tu madre. Hiciste que esta familia perdiera tiempo, dignidad y dinero. Tenías que ser una

herramienta, pero resultaste inservible porque eres débil.

—Si se le adiestra bien, señora Zampieri, le aseguro que perderá esa debilidad.

Ella miró al cardenal con una chispa de esperanza.

—¿De dónde viene esta absurda idea de amor, de libertad?

—Desde que entró en la pubertad, Santo atrae miradas por su belleza. Y las monjas... todas caen en la tentación.

—¿Y qué podemos hacer, Eminencia? —preguntó, inquieta—. Imagino que la Santa Iglesia no puede devolverme la inversión.

—No, no puede. Pero, así como Dios es un padre amoroso y misericordioso, la Alta Curia puede ofrecerle una segunda oportunidad... por un nuevo donativo.

Se volvió hacia Fiorenza como si fuera una cucaracha cuyo lugar natural estaba bajo sus pies.

Me revolví en el suelo, intentando soltarme, pero cuatro sacerdotes me inmovilizaron.

—¡No la toques! —grité.

Mi abuela me miró con el mismo desprecio de siempre.

—¿Te das cuenta de lo que le has costado a esta familia? ¿Y todo para qué? —Frunció el ceño—. ¿Crees que puedes amar, Santo? ¿Crees que puedes ser amado? Te voy a enseñar el precio de tu amor.

Y entonces, antes de que pudiera moverme, sacó un revólver y disparó.

El sonido retumbó como un golpe seco en mi cráneo.

Fiorenza se desplomó hacia adelante, los ojos abiertos de par en par, la boca entreabierta, sin aire, sin vida.

Mi respiración se quebró.

Mi cuerpo quedó paralizado.

Su sangre se esparció por el suelo de madera, formando un charco a mi alrededor.

No hubo gritos. No hubo llanto.

Solo el silencio absoluto de mi derrota.

El cardenal Ambrosi se arrodilló a mi lado y susurró en mi oído:

—Nunca vas a olvidar esto. Nunca volverás a atreverte a desafiarme. Y nunca más permitirás que una mujer provoque tu caída. Yo me aseguraré de eso.

No pude reaccionar. No pude sentir nada. Hasta que el cardenal se levantó y caminó hacia la chimenea de la casa. Extendió el cetro pastoral y lo introdujo entre las llamas. El oro y la madera crepitaron, saltando chispas al aire.

Mi cuerpo entró en alerta, pero seguía inmovilizado por los sacerdotes. Intenté luchar, zafarme, pero eran demasiados.

El cardenal regresó, sosteniendo el cetro ahora al rojo vivo, y se arrodilló frente a mí.

—Esta es tu última oportunidad, muchacho. Si fallas otra vez, si intentas huir, si osas volver a amar a alguien, recuerda las consecuencias —me agarró del mentón, obligándome a mirarlo. El calor que emanaba del metal era casi demoníaco—. Todos los que se atrevan a quererte acabarán como esta chica. Porque todos son prescindibles frente a nuestro plan. Y para asegurarme de que nunca lo olvides...

Y entonces apoyó el cetro en el lateral de mi rostro.

El dolor fue inmediato.

Como si mi piel se disolviera, quemándose de adentro hacia afuera. El olor a carne chamuscada llenó el aire, asfixiándome. Todo mi cuerpo convulsionaba, pero los sacerdotes me mantenían firmemente sujeto.

Mi visión se nubló y un grito quedó atrapado en mi garganta, tragado por el orgullo, la rabia y la humillación.

Cuando por fin retiró el cetro, mi piel palpitaba, la carne dolía hasta el hueso. Mi respiración era débil, mi cuerpo estaba exhausto y no podía ver por el ojo derecho —ni siquiera podía abrirlo, en realidad.

Mi abuela[14] se acercó, me miró con desprecio y escupió sobre el lado quemado de mi rostro.

—Ahora sí te pareces a lo que eres. Un monstruo horrible que nadie volverá a amar jamás.

Se fueron y me dejaron allí.

Con el cuerpo sin vida de Fiorenza, sobre el que me lancé con tanta fuerza que temí romperlo. La tomé entre mis brazos y la mecí, desesperado, olvidando mi propio dolor para enfrentar la verdad: jamás volvería a tener derecho a sentir algo así.

Y entonces, finalmente, grité.

Capítulo 60
Santo Zampieri

—

*¡AAAA

Capítulo 61
Santo Zampieri

El disparo llegó antes siquiera de que pudiera reaccionar.

El estampido retumbó por toda la iglesia como un trueno, y la bala pasó rozando mi hombro, alcanzando al sacerdote que estaba detrás de mí.

Impulsé el cuerpo hacia atrás y di una voltereta hasta llegar al cadáver, lo levanté como si fuera un escudo y le quité el arma.

Los disparos que impactaron contra su cuerpo hicieron que la sangre manchara el suelo de la iglesia mientras yo avanzaba y rompía una a una las lámparas del lugar, hasta dejarlo sumido en una oscuridad total.

Solté el cadáver y rodé por el suelo hasta alcanzar uno de los bancos, donde me cubrí. Desde varias direcciones vi cómo los fogonazos de las armas revelaban sutilmente la posición de los tiradores.

Primero abatí a los que estaban en la parte superior.

No fue tarea fácil: se escondían tras las columnas, rara vez se exponían, así que tuve que tener paciencia para derribarlos uno a uno.

—¿Sigues vivo? —gritó Kamikaze.

—¡Cállate, idiota, coge al cardenal y enciérrate en la sacristía!

Los nuevos disparos se dirigieron tanto al altar, donde Kamikaze tenía al cardenal como rehén, como a mí, obligándome a arrastrarme por el suelo, haciendo el menor ruido posible mientras intentaba avanzar.

Otro disparo pasó muy cerca de mi brazo, así que me lancé hacia delante como si me tirara a nadar y me escondí tras uno de los

bancos, mientras contaba cuántas balas me quedaban: solo una.

Astillas de madera y polvo volaban a mi alrededor mientras los disparos seguían impactando en mi dirección, atravesando los bancos, rebotando por las paredes antiguas de la iglesia y rompiendo algunos vitrales.

El aire se llenó del olor a pólvora y a incienso quemado.

Algo se deslizó por el suelo, viniendo hacia mí. Un destello metálico.

Un cargador lleno de balas.

Miré hacia donde estaba Kamikaze y maldije en silencio.

Por la mañana.

Antes de volver a casa, pasé por la urbanización de lujo donde vivía toda la familia Durov para encontrarme con Kamilo.

Todavía le quedaban tres meses con Roman y Svetlana, y como hombre de palabra, no interferiría ni impediría que se cumpliera nuestro trato, pero… necesitaba a alguien habilidoso en quien pudiera confiar.

—¿Quieres que te entregue al cardenal Ambrosi Salerno? ¿Te has vuelto loco?

—Desde hace algunos años.

—¡Va a excomulgarte y tomar el poder de la Iglesia para hacer vaya a saber qué! ¡Capaz que mate hasta al Papa con tal de sentarse en el trono!

—Para descubrir al traidor de la *Bratva*, necesito que él se sienta cómodo, lo bastante como para exponerse. Y cuando le confieses todo a Ambrosi esta misma mañana, algunos movimientos se pondrán en marcha, y mis chicos reportarán cada uno de ellos.

—Es arriesgado, Santo.

—La única forma de que no recibamos el primer golpe… es darlo. Tú estarás fuera del radar, porque estarás cerca de él. Cúbreme. Llévate al cardenal y desaparece. Yo me encargaré del resto.

—Son quince o veinte sacerdotes. Puede que haya traído a todos sus alumnos.

—Exacto, *mis* alumnos. Yo entrené a esos idiotas. Pueden ser hábiles, pero no tienen un propósito por el que salir con vida de allí.

En este momento.

La adrenalina se apoderó de mi cuerpo en cuanto cambié el cargador. El corazón me golpeaba furioso contra las costillas, la respiración se me aceleró.

Era ahora o nunca.

Salí de mi escondite de un solo salto, disparando contra los sacerdotes más cercanos. El primero cayó de inmediato, alcanzado en el pecho. El segundo logró moverse lo bastante rápido para intentar devolvérmela, pero su bala rozó mi oreja, errando mi cabeza por milímetros.

Yo no fallé.

La bala le dio en el cuello y se desplomó, ahogándose con su propia sangre.

Me giré, listo para disparar al siguiente enemigo, pero me sorprendió una patada brutal en el estómago. El aire se me escapó de los pulmones y salí despedido hacia atrás, el arma cayó al suelo con un golpe seco.

Antes de que pudiera reaccionar, vi los ojos de Galerio —uno de mis alumnos más aplicados— lanzarse sobre mí y sujetarme contra el suelo.

Su cuerpo pesado me inmovilizó, y su mano encontró mi garganta, apretando con una fuerza salvaje.

—Ha llegado la hora de encontrarte con Dios, padre —gruñó cerca de mi rostro.

Luché por respirar, mis manos intentaban empujarlo, pero era fuerte. Muy fuerte. Sus ojos brillaban de fervor, como si estuviera cumpliendo una misión divina.

La vista comenzó a nublarse.

Mis pulmones ardían, mi cuerpo imploraba por oxígeno.

Con mi última reserva de fuerza, levanté la rodilla y le di en el costado con todas mis fuerzas. Gruñó, su agarre aflojándose por un segundo.

Fue todo lo que necesitaba.

Agarré su sotana y lo atraje hacia abajo, mientras impulsaba mi cabeza hacia arriba. Mi cráneo chocó con su nariz, rompiéndola con un chasquido grotesco.

Gritó y cayó de lado, la sangre chorreando por su rostro.

Rodé rápido y me lancé sobre él, golpeando su cara una, dos, tres veces. Su gruñido se transformó en un gorgoteo, y antes de que pudiera reaccionar, le arranqué la pistola que llevaba sujeta al cinturón.

La punta de mi arma se apoyó contra su frente.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Reza por un milagro.

Y disparé.

Su cabeza estalló ante mis ojos.

—Rezaste mal, hijo de puta.

Su cuerpo se volvió inerte bajo el mío. El eco del disparo retumbó en la iglesia. Me incorporé, jadeando, y usé su cuerpo como un escudo gigante mientras tres más avanzaban hacia mí al mismo tiempo.

Se lo lancé encima y pasé pisoteando sus cuellos mientras disparaba justo en medio de sus frentes.

Aparecieron dos sacerdotes más, corriendo hacia mí.

El primero venía con un cuchillo, rápido y silencioso. El segundo aún sostenía un arma, listo para disparar en cuanto encontrara una apertura.

Mi mente trabajó a toda velocidad. Mi cuerpo ya conocía el dolor, estaba acostumbrado a luchar contra probabilidades imposibles.

El primero se lanzó hacia mí, la hoja cortó el aire en un movimiento letal. Me aparté por poco, sintiendo el filo frío rozarme el costado, abriéndome un corte superficial. Pero antes de que pudiera atacarme otra vez, le agarré la muñeca y la torcí, obligándolo a soltar el cuchillo.

El segundo disparó.

Me lancé hacia un lado, arrastrando conmigo al primero. La bala le dio en el pecho y cayó, dejándome libre para enfrentar al siguiente.

Rodé por el suelo, buscando una mejor posición. El segundo sacerdote disparó de nuevo, pero esta vez ya sabía cómo se movía. Antes de que pudiera apretar el gatillo por tercera vez, le di una patada en la mano, haciendo que el arma saliera volando.

Se abalanzó sobre mí con los puños cerrados. Y yo le clavé el crucifijo que llevaba colgado del cuello directamente en el cuello.

—Reza bajito, no vayas a despertar a los santos —susurré mientras lo guiaba con calma hasta el suelo.

Los demás huyeron o se escondieron, al darse cuenta de que no tenían ninguna oportunidad contra mí. Además de no poder ver con claridad en la penumbra, sabían muy bien con quién se estaban enfrentando.

Y a diferencia de ellos, que aún conservaban algún tipo de remordimiento o miedo a la muerte, yo no tenía ninguno. Estaba acostumbrado a ella, como a una vieja amiga, siempre al acecho, siempre esperando, siempre a mi lado.

Caminé hasta la sacristía y abrí la puerta.

Vi a Kamikaze apuntando con el arma al cardenal Ambrosi, que estaba encogido en el suelo. Al verme, se persignó.

—Puedes matar a todos los curas que quieras, pero no puedes matar a un cardenal —rió—. La Alta Curia acabaría contigo.

—Elige un santo —gruñí.

—San Benito de Nursia —se persignó y besó la mano.

Recorrí la sala con la mirada y observé cada una de las imágenes de yeso que parecían devolverme la mirada. No había ningún San Benito de Nursia, pero sí un San Judas Tadeo.

Agarré con fuerza la cabeza del santo y me acerqué al cardenal con calma. Le golpeé la cabeza con la figura de yeso tantas veces como fue necesario hasta que sus piernas flaquearon y cayó al suelo con la mirada perdida y vacía.

—Santo equivocado, imbécil.

Me agaché despacio, observando su expresión. Coloqué al santo de pie junto a él.

El cardenal parecía como si lo hubiese atropellado un tren y estuviera en otra dimensión. Por un momento pensé que ni siquiera era capaz de verme, aunque estuviera a un palmo de su rostro.

Al levantarme, lo agarré del cuello con ambas manos y levanté a Ambrosi Salerno conmigo, empujándolo contra la pared, hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo.

Se debatía, se ponía morado, intentaba arañarme la cara. Y yo apretaba con más fuerza, hasta que vi cómo sus ojos se enrojecían y su boca, seca, ya no podía emitir ningún sonido.

Entonces lo solté y cayó blando al suelo.

—Tienes una elección, Santo —dijo entre toses, masajeándose el cuello—. Puedes matarme ahora o correr de vuelta a casa, donde tu puta te está esperando.

—La dejé en el avión.

Ambrosi rió y volvió a toser con fuerza.

—Ivan Zagovor avisó que regresó y está acorralada en la mansión mientras tus hombres lo destruyen todo. Vamos a ver cuánto aguanta.

Miré a Kamikaze, odiando el hecho de que él estuviera allí.

Solo él podía asegurarse de que Bianca subiera a ese avión y se quedara. Nadie más tenía la firmeza necesaria.

—Has perdido, Santo —rió Ambrosi—. El tiempo no está de tu lado. Sabes que ya has perdido.

Capítulo 62
Bianca Durova Zagovora

Salí del avión a toda prisa, de vuelta al aeropuerto, acompañada por Yohanna y Raíssa.

El corazón me latía sin control, la adrenalina me ardía en las venas y estaba ciega, solo reaccioné cuando me planté delante de un mostrador para comprar billetes.

—Un billete para Tampa. Ahora.

—Lo siento, señora, el próximo vuelo a Tampa sale mañana por la mañana.

Asentí. Y al segundo siguiente me lancé encima de ella, intentando estrangularla con mis propias manos, pero Yohanna me sujetó por la cintura y Raíssa me agarró los brazos mientras yo me debatía.

—¿Te has vuelto loca, tía? —mi amiga me zarandeó.

—¡No me volví, nací loca!

—¿Y qué vas a hacer cuando bajes del primer vuelo comercial a Tampa? ¿Ayudar a Santo cómo? ¿A pechazos, con esas tetas llenas de leche? —Raíssa no pudo contener la risa al final.

Y una culpa aplastante me invadió al recordar que existía la posibilidad de no volver a amamantar a mi hija nunca más.

Sabía que estaba cometiendo un error.

Santo me había mandado lejos para protegerme, pero no podía abandonarlo.

Y ni siquiera sabía hacerlo bien.

—¿Puedo sugerir algo? —dijo Yohanna, siempre discreta y directa, en un tono amable mientras me soltaba.

—La mansión tiene armas que Santo guardaba. ¿Por qué no volvemos, cogemos lo que necesitemos y regresamos? No eres pobre, Bianca, perfectamente puedes alquilar un avión.

—De hecho, puedo comprar uno —pestañeé, como si eso acabara de encajar.

En ese momento de furia, desesperación y locura, se me había olvidado ese pequeño detalle.

—Cancela los billetes. Y también las galletas que iba a estamparte en la cara —señalé a la empleada—. Voy a comprar un avión. Ahora vuelvo.

Eso me hizo perder un tiempo valioso, pero enseguida cogimos un coche del aparcamiento del aeropuerto y salimos a toda velocidad por las calles vacías.

Yohanna conducía mientras Raíssa y yo buscábamos aviones para comprar o alquilar con urgencia, esa misma noche.

Lo que teníamos que hacer estaba claro: ir a la mansión, coger armas y encontrar a Santo para ayudarle.

Obviamente, él no podía enfrentarse a todo esto solo.

Al caer la noche, en plena hora punta, las avenidas y calles de Miami estaban intransitables. Y todo empeoró cuando una bala alcanzó el retrovisor derecho del coche, haciéndolo saltar por los aires.

Yohanna pisó el acelerador y empezó a tocar el claxon para que los coches se apartaran. Raíssa se tumbó en el asiento trasero.

—¡Nos están persiguiendo! —gritó.

Miré por el retrovisor que aún quedaba y vi cuatro motos y dos coches detrás de nosotras. En cuanto conseguimos meternos en una calle en sentido contrario, ellos aceleraron detrás.

Y los disparos no cesaban.

—Tía, iba a tirarme un pedo y creo que me he cagado —murmuró Raíssa.

—¿Hay algún arma aquí? —le pregunté a Yohanna.

—Siempre voy armada —respondió, señalando su cintura.

—Perfecto, dámela. —Le quité la pistola y la miré, intentando entender cómo usarla.

—Aquí se quita el seguro, apuntas, y aquí disparas —me explicó rápidamente.

—Gracias. Has hecho más que Santo, que se negó a darme clases.

Saqué la mano por la ventanilla y apunté con ayuda del retrovisor. Disparé y acerté a una de las motos, que derrapó y cayó, haciendo que el piloto y su acompañante rodaran por el asfalto. Los demás tuvieron que maniobrar para no volcar y redujeron la velocidad.

—Eres buena —sonrió Yohanna.

—Claro que sí. No me enseñó a disparar por puro despecho. ¡Tenía miedo de que lo hiciera mejor que él!

Raíssa soltó una carcajada. Y luego empezó a llorar.

—Tía, vamos a morir.

—¿Morir? No tengo tiempo para eso, estoy ocupada.

Miré otra vez por el retrovisor y apunté, pero fallé el disparo. Necesité dos balas más para destrozar el neumático de uno de los coches, que quedó atrás, pero el resto seguía detrás de nosotras.

—¡Agarraos! —gritó Yohanna.

Giró el coche hacia un callejón estrecho, los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. Los faros de las motos se reflejaban en las fachadas de los edificios, y entonces, un disparo alcanzó nuestra rueda trasera, haciendo que el coche empezara a vibrar y a volverse inestable.

—Vamos a morir —lloriqueó Raíssa.

—¡Cállate, Raíssa, o te mato yo!

Asomé la cabeza por la ventanilla con el brazo que sostenía la pistola y apreté el gatillo hasta que se vació el cargador. En el proceso, acerté al neumático de una moto y al conductor de otra.

—¡La mansión está a cinco minutos! —avisó Yohanna, girando bruscamente a la izquierda—. No sé si el coche lo aguantará.

—Sí que lo aguantará. ¡No vamos a necesitarlo después de esto!

—Eso, si llegamos —añadió Raíssa, profetisa del apocalipsis y pedorra oficial del grupo.

—Tía, haz algo útil: saca el culo por la ventana y cágales encima.

Se rió. Y luego rompió a llorar otra vez.

De la nada, al cruzar una calle, seis faros rompieron la oscuridad y se acercaron a nosotras. Uno de los hombres sacó una metralleta y la apuntó directamente a Yohanna.

Sin balas, lo único que me quedaba era lanzarle la pistola a la cara. Le di de lleno y perdió el equilibrio, haciendo que su compañero tambaleara al volante. Ambos chocaron contra un poste y quedaron atrás.

Nuestro coche dio un bandazo cuando uno de los vehículos nos embistió por detrás, intentando obligarnos a detenernos.

—¡Agarraos! —gritó Yohanna, girando el volante con fuerza.

El coche casi volcó, pero conseguimos recuperar el control. Entramos en otra calle en sentido contrario y luego seguimos por una carretera que se alejaba de la ciudad hasta llegar a la mansión.

Sin embargo, parecía que nos estaban esperando.

Hombres armados estaban apostados en los muros, listos para rodearnos.

—Mierda... se adelantaron.

—¡No podemos parar! Cuando entremos, salid del coche y corred hacia el búnker. ¿Creéis que podéis hacerlo?

—Puedo —respondí.

—¿Y tengo elección? —preguntó Raíssa.

—¡No! —gritamos Yohanna y yo al unísono.

Yohanna aceleró y atravesó el portón principal. El coche derrapó sobre la gravilla del camino y chocó contra la fuente de piedra antes de detenerse.

Saltamos fuera y corrimos hacia el interior de la mansión.

Las balas nos seguían, pero conseguimos cruzar la entrada, atravesar la cocina, salir por la zona de la piscina y bajar al garaje subterráneo, donde introduje el código en la pared y la puerta blindada se abrió.

Corrimos dentro y la cerramos tras de nosotras.

Entonces, respiramos.

Raíssa salió disparada a buscar un baño, Yohanna se asomó por la rendija de cristal blindado y yo miré a mi alrededor: era como una casa subterránea. El salón era amplio y espacioso, el lugar tenía otros seis cuartos: uno repleto de provisiones, otro de armas, dos dormitorios y dos llenos de trastos, cajas cerradas, repuestos y suministros.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté—. ¿Cómo salimos de aquí para ayudar a Santo?

—Tía, la pregunta es cómo vamos a ayudarnos a nosotras mismas. ¿Y si entran? —Raíssa volvió empapada, parecía haberse echado agua por la cara, el cuello y todo el cuerpo.

—Es impenetrable. Nada puede abrir esa puerta. La última vez que comprobé, este búnker tenía provisiones para cinco años.

—¡No quiero cinco años! ¡Quiero ayudar a Santo!

—Dios mío, tía, estamos a punto de morir y tú solo piensas en ese hombre...

Antes de que pudiera responder, un sonido metálico reverberó por los altavoces del búnker. Alguien intentaba comunicarse desde

fuera.

Miré por la pantalla del interfono y vi —y escuché— la voz de Nikita Zagovor, el brazo derecho de mi tío.

—No vais a durar mucho ahí dentro —advirtió—. Vamos a encontrar la entrada de aire y la vamos a envenenar.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Hacer un trato.

Cerré los puños.

—¿Qué tipo de trato?

—Tu rendición. Y a tu hija.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Él no sabía que Clara estaba lejos.

—Sabes que Santo no permitiría eso —mi voz sonó firme, pese al miedo que amenazaba con devorarme por dentro.

—Pronto estará muerto. ¿De verdad crees que va a salir vivo esta noche? ¿Que aún hay salvación para él? —Nikita soltó una risa baja y burlona—. Somos rusos, Bianca. Vamos a tratar esto como rusos. Si te rindes ahora y entregas a tu hija, puedo garantizar que saldrás viva de esta.

—¿Y ella?

—Necesitamos una garantía de que Santo no se atreverá a venir tras nosotros. Si no, la mataremos. Tu hija, al igual que tú, vale más viva que muerta para nosotros.

—Pero si va a morir pronto, ¿cómo va a ir detrás de vosotros, pedazo de imbécil?

—Tía —Raíssa me agarró del hombro—, no le hables así al secuestrador... puede perder la paciencia. Es ruso.

—¿Qué ruso ni qué mierda? ¡Yo soy de Río de Janeiro, Raíssa! ¡Lo metes en Madureira y no dura ni tres horas!

—Puede que tengas razón —ella respiró hondo.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Nikita.

—¿Y si me niego?

—Entonces, entraremos. Y no habrá trato.

—Dame un tiempo para pensarlo —colgué la llamada del interfono, pero fuera él siguió hablando:

—¿Bianca? ¿Vas a responder? ¿Aceptas el trato o no?

Mi mente hervía y una inquietud me consumía.

Empecé a caminar por los cuartos del búnker, revisé las armas, las municiones, las granadas y bombas. Luego fui a las cajas y miré la ropita que me habían regalado para Clara, juguetes, incluso una muñeca realista que yo misma había comprado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Él cree que Clara está con nosotras —suspiré—. Tenemos una ventaja.

—¿Ventaja de qué, Bia? —Raíssa se puso en jarras.

—Tengo un plan.

Me sentía culpable.

Culpa por haber bajado del avión, por haber arrastrado a Yohanna y Raíssa a esta situación, culpa por que Santo estuviera allá fuera, quizá luchando por su vida.

Pero aún podía arreglarlo.

Miré aquella muñeca con sangre en los ojos.

—¿Este es momento de hacerte la Cebolinha, ese niño de los planes absurdos? Si vas a imitar a alguien, que sea a Mônica, la que siempre lo revienta. ¡O al Loco![15]

—Voy a hacer algo mejor.

Capítulo 63
Bianca Durova Zagovora

Fuera del búnker las cosas empezaban a agitarse.

Varios soldados de mi tío se posicionaron en el exterior y comenzaron a examinar el perímetro y estudiar cómo entrar, mientras Nikita hacía una serie de llamadas.

Casi una hora después, el sonido del metal raspando contra el metal indicaba que estaban intentando forzar la puerta de la cámara.

El tiempo se agotaba.

—¿Estás segura de que tu plan funcionará?

—En el peor de los casos, vosotras os quedáis aquí encerradas mientras llegan los soldados Durov. Ya están en camino.

Raíssa no parecía muy convencida con eso.

Con las manos temblorosas, cogí el móvil y llamé a mi primo Konstantin Zagovor. El tono de espera me ponía de los nervios y, tras unos segundos, empecé a perder la esperanza.

Entonces, en el último pitido, por fin contestó.

—Hola, Bianca. No es un buen momento.

—Nunca es un buen momento cuando tu padre me ha acorralado en mi propia casa con sus soldados, exigiendo mi rendición, Konstantin. —Me aclaré la garganta—. ¿Estás al tanto de esto?

—No.

—Pues ya lo estás. Tu padre ha traicionado a la *Bratva* y también te consideraré un traidor si lo apoyas.

—¿Qué quieres que haga? Estoy al otro lado de la ciudad.

—Honra tu lugar en esta familia y ponle fin a esto. Ahora yo soy la jefa, y tu padre ha cruzado todos los límites. Como traidor, está fuera de la *Bratva*. Tú eres su sucesor. Si no lo detienes, te consideraré mi enemigo, y por tanto, enemigo de la *Bratva*.

Silencio.

Apreté el teléfono con más fuerza, sintiendo cómo la frustración me llenaba el pecho por su falta de respuesta.

—Pronto tú también serás padre, Konstantin, tu mujer está embarazada. Si no cumples tu juramento, yo...

La línea quedó en silencio.

Había colgado.

Se me atascó la respiración en la garganta.

Tenía la esperanza de que Konstantin pudiera poner fin a esta locura, pero por lo visto, había escogido el camino fácil.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Estaba completamente sola.

O al menos, así me sentía. No tenía la garantía de que los Durov vinieran a rescatarme, mucho menos de que mi primo tuviera una crisis de conciencia y detuviera a su propio padre.

Mi mejor esperanza era Santo, y él también estaba en peligro.

Después de intentar con disparos, mazas y palancas, los hombres de Ivan Zagovor se alejaron y Nikita se acercó.

—Bianca, vamos a acabar con esto. Es simple. Sal con la niña y podrás marcharte. Serás exiliada, pero seguirás con vida. Hazlo antes de que usemos taladros y sopletes para abrir la entrada.

Hubo una larga pausa.

—Sabes que Santo ya está muerto, ¿verdad? Ya no te queda esperanza.

Mis piernas flaquearon.

¿Santo... muerto?

Temblé. Mis manos se apretaron contra mi cuerpo de forma involuntaria mientras me deslizaba por la pared hasta quedar sentada en el suelo. El corazón parecía querer estallar en mi pecho. El dolor se extendió por todo mi cuerpo como una puñalada.

No. No podía ser cierto.

¿Pero y si lo era?

Mi mente se nubló.

Vi destellos de Santo: su risa baja, su toque protector, su presencia imponente. Vi sus ojos intensos, esa forma de mirarme como si yo fuera el único refugio que le quedaba en el mundo.

El dolor fue insoportable.

Mi cuerpo se desmoronó, pero me levanté con la misma fuerza con la que había caído.

Me tragué el llanto y el desespero.

No podía creer en Nikita.

No hasta que lo viera con mis propios ojos.

Yohanna y Raíssa me observaban en silencio. Sabían que estaba a punto de perder el control.

Apreté los puños y me acerqué al interfono.

—Nikita, estás mintiendo. —Mi voz salió débil al principio, pero pronto recuperó el tono habitual—. Santo sigue vivo. Y sabes que cuando regrese, te arrepentirás. Vas a terminar con más agujeros que un colador.

Silencio.

Después, una risa baja al otro lado.

—Bianca, Bianca... Qué ingenuo es ese amor tuyo. Pero está bien. Veamos cuánto aguantas. Porque créeme, yo tengo tiempo de sobra.

El ruido del asalto se intensificó.

Nikita Zagovor

Bianca decidió hacerse la difícil y nos hizo perder tiempo durante unas horas… hasta que cedió.

Se dio cuenta de que no tenía escapatoria cuando trajimos a diez hombres con herramientas para fundir la cerradura de la puerta. Necesitaríamos algunas horas más, tal vez días, para abrir el acceso por completo, pero el simple acto de mostrar fuerza la debilitó.

—Voy a salir, pero quiero que se aparten.

Los hombres dejaron el equipo en el suelo y todos retrocedimos por el garaje subterráneo, dejando espacio para que saliera.

Emergió de la oscuridad de la cámara acorazada, cerrándola detrás de sí. Pero yo sabía que no venía sola.

Avanzó con pasos lentos hacia mí, y en brazos llevaba a su bebé recién nacida, envuelta en una mantita.

Sonreí. La sensación de victoria hizo que la adrenalina me recorriera las venas.

Bianca era terca y le gustaba desafiar las reglas, como su madre, Zoya. Pero al final, todos acaban rindiéndose ante la lógica implacable del miedo.

Observé su rostro mientras caminaba hacia mí.

Su mirada estaba vacía, derrotada, y parecía que no le quedaban fuerzas para seguir. Sabía que no tenía salida.

Mis hombres estaban tensos, las armas aún en alto, pero levanté una mano con calma para que retrocedieran un poco más.

Bianca se estaba rindiendo. Su hija quedaría en poder de Ivan.

Eso nos daba ventaja no solo contra los Durov, sino también contra Santo… si es que aún quedaba algo de él. Pero según el mensaje que recibí del cardenal, ese maldito cura ya estaba muerto.

—¿Vas a matarme?

—No, Bianca. Eso solo generaría más problemas —expliqué—. Pero vamos a usar tu historia como ejemplo.

Ivan y yo la necesitábamos viva para cumplir una última función.

Con Santo muerto y la niña en nuestras manos, Bianca acudiría a la *Bratva* Internacional. Y entonces sería el momento de demostrar que no nos doblegaríamos ante nadie, que eliminaríamos a cualquiera que intentara meterse en nuestros negocios.

La usaríamos para enterrar cualquier intento de control extranjero sobre nuestras operaciones. Y cualquier sueño que se pareciera a eso.

Me picaban las manos por poner fin a todo aquello. La sed de sangre me consumía. No iba a matarla, pero ¿sus amigas?

Ellas sí. Ya no eran necesarias. Un disparo limpio. Una ejecución rápida.

Bianca quedaría sola. Y sin elección.

—Muy bien, Bianca —murmuré, dando un paso hacia ella—. Has tomado la decisión correcta.

No respondió. Abrazó al bebé contra su pecho y abrió los ojos de par en par.

—Déjame quedarme con ella, Nikita. Es mi hija.

—Confórmate con seguir viva. Y cuenta la historia a tus abuelas.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, extendí los brazos y tomé a la niña. Su cuerpo pequeño y ligero encajó fácilmente entre los míos.

Victoria.

—Ahora sube. Tu tío quiere tener una charla contigo —señalé hacia la parte superior del terreno.

Con un gesto rápido, ordené a mis hombres que irrumpieran en el búnker. ¿Querían resistirse? Que murieran como ratas acorraladas. Corrieron, armas en alto, cogieron las herramientas y volvieron al trabajo.

—Puede que tarde, señor Sovetnik.

—No importa cuánto tarde —les dije, acercándome—. Vamos a abrir esa puerta y usaremos a esas dos como escarmiento. ¿Has visto lo que...?

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ese sonido que está haciendo el bebé.

—¿Qué sonido hace el bebé, idiota? —le solté una patada en la espinilla.

Desde que Santo me pegó aquellos malditos papeles en la oreja, no oigo bien.

—Es como un tic-tac... tic...

Miré por encima del hombro y la vi corriendo.

Y entonces lo entendí.

Algo iba mal. Muy mal.

Bajé la vista.

La niña no se movía.

La verdad me golpeó como un puñetazo en el estómago.

No era Clara.

Era tic-tac. Tic-tac.

El tiempo se detuvo.

El corazón me dio un vuelco.

—Дерьмо[16].

Y entonces, todo explotó.

Capítulo 64
Bianca Durova Zagovora

Mis pulmones ardían mientras corría hacia la parte superior de la casa, con el corazón martilleando en el pecho, los oídos zumbando y el olor a quemado y pólvora impregnado en el aire.

Sabía que no tenía mucho tiempo, necesitaba huir, necesitaba encontrar a Santo.

Pero en cuanto puse un pie en la azotea, me agarraron con una fuerza brutal.

Unos dedos rígidos se cerraron alrededor de mi cuello, inmovilizándome como si fueran una cadena de hierro. El aire se escapó de mis pulmones cuando me empujaron contra la pared de piedra. Levanté la vista y me encontré con los ojos fríos de mi tío, Iván Zagovor.

—No tan rápido, niña.

Intenté luchar, pero él apretó aún más mi garganta, dejándome sin posibilidad de moverme. Sus hombres se acercaron, formando un semicírculo a nuestro alrededor, con las armas preparadas.

El miedo empezó a filtrarse en mi mente, pero me negué a mostrarlo.

—Siempre pensé que no eras más que una tonta inútil. —Me sacudió con violencia—. Pero ahora veo que eres igual que tus padres: débil. Huyendo del destino que te estaba reservado.

Abrí los ojos de par en par.

Él lo sabía. Siempre lo supo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Iván sonrió con oscuridad.

—Tus padres huyeron de mí, estúpida. Tu madre llegó a creer que permitiría que una mujer controlara la *Bratva* aquí, en Estados Unidos... eso puede funcionar en Rusia, pero no aquí. Mi madre fue una idiota al pensar que permitiríamos ser controlados por mujeres que no entienden nada de mafia.

—No huyeron de ti —dije, sintiendo cómo el odio me invadía el corazón—. Se fueron para protegerme.

Él rió, y eso solo alimentó aún más la rabia que bullía dentro de mí, quemando más que el miedo.

Mis padres nunca tuvieron elección. Al darse cuenta de que serían traicionados por su propia familia, decidieron abandonarlo todo, solo para tenerme a mí.

Pero algo salió mal, y me dejaron en un orfanato.

Tal vez...

—Nunca dejaste de perseguirlos, ¿verdad?

—¿De verdad crees que pondría en peligro mi puesto? —Se rió—. Yo soy quien manda aquí, niña estúpida.

—Eres un cobarde. —Ya no pude callarme—. Traicionando a tu propia sangre, escondiéndote detrás de hombres armados, persiguiendo a la gente como una rata. No eres un líder, Iván. Eres una vergüenza. Y no sabes nada sobre la *Bratva*.

Sus ojos se encendieron de odio y gruñó.

El agarre alrededor de mi cuello se intensificó, pero yo ya estaba preparada. No me había matado de inmediato porque quería saborear mi derrota, quería que sintiera miedo.

Pero jamás le daría ese gusto.

—¿Y qué sabe una mierdecita como tú sobre la *Bratva*? —se burló.

—Cada. Hombre. De. La. *Bratva*. Salió. De. Un. Útero.

Mi mano se deslizó discretamente hasta el bolsillo de mi abrigo, donde mis dedos encontraron el mango del cuchillo que había escondido. Una arma pequeña, que había pasado desapercibida, pero letal.

Antes de que Iván pudiera reaccionar, saqué el cuchillo y lo clavé en su costado, usando todo mi peso para desgarrar su carne de arriba abajo.

Su grito fue feroz y descontrolado, como el de una bestia salvaje.

Soltó mi cuello de inmediato y retrocedió tambaleándose, con la sangre brotando del corte profundo. Sus hombres se quedaron paralizados por un instante, dudando entre ayudar a su jefe o matarme ahí mismo.

El caos se apoderó del grupo. Algunos alzaron las armas, listos para disparar, pero vacilaron al ver a Iván fuera de sí, gritando de dolor y disparando a lo loco.

Gire el cuchillo entre los dedos. No sé qué espíritu loco se apoderó de mí, pero si querían ver a la jefa de la *Bratva*, allí estaba, en carne y hueso.

—¿Quién es el siguiente?

Algunos hombres corrieron a detener la hemorragia de Iván, otros me apuntaron con sus armas y algunos comenzaron a retroceder.

Cuando el caos estaba por estallar, un disparo de advertencia sonó en el aire.

Konstantin y toda la familia Durov aparecieron detrás de él — y detrás de mí venían Yohanna y Raíssa, con armas en mano también.

Los Zagovor, que ahora eran minoría, formaron un pequeño círculo defensivo, una formación espartana, y fueron rodeados por todos los demás.

—Se acabó —informó mi primo—. El cardenal está muerto y el acuerdo ha sido cancelado. Vamos a dejar que huyan antes de que Santo regrese.

Los hombres de Iván se miraron entre sí.

El miedo brilló en sus rostros y, uno por uno, bajaron las armas y comenzaron a retirarse. Primero lentamente, luego corriendo como ratas huyendo de un barco que se hunde.

Iván tosió sangre, intentando hablar, pero Konstantin solo lo observó sin expresión, guardando el arma en su funda.

Respiré con dificultad, intentando recuperar el aliento.

Mi cuerpo temblaba, pero no de miedo.

—¿Santo está bien?

La expresión de Konstantin se endureció por un instante antes de suspirar.

—No lo sé. Me lo inventé para ganar tiempo. Tenemos que salir de aquí. Estos no son todos los hombres de mi padre. Y no sé dónde están los demás.

—Quiero que alguno de vosotros cosa a ese hombre. —Señalé a Iván—. Lo quiero vivo. Solo para volver a abrirle la herida.

—Haré lo posible, señora. —Uno de los soldados Durov dio un paso al frente y corrió hacia Iván.

Me detuve en la puerta y observé la destrucción de mi casa y a los cobardes huyendo por el portón.

Entonces, unos faros iluminaron el patio, y un coche atravesó los portones de la mansión con un estruendo, atropellando a varios hombres que aún estaban en la salida.

Los disparos vinieron justo después, metódicos y letales, acabando con los últimos restos de la resistencia de Iván.

La puerta del coche se abrió de golpe, y de su interior salió Santo.

Parecía haber salido de un infierno personal.

Cubierto de sangre, con el rostro exhausto y manchado de tierra, pero sus ojos... esos ojos azules ardían con una intensidad brutal. Escaneó la escena en segundos, y cuando su mirada se encontró con la mía, todo cambió.

Corrió. Como si el mundo se hubiese detenido.

Como si ya no existiera nada más que nosotros dos.

Antes de que pudiera decir una sola palabra, me atrajo hacia sus brazos, sujetándome como si pudiera fundirme con su propio cuerpo. Su olor a pólvora, sangre y sudor se mezclaba con mi miedo y alivio, creando un refugio en medio del caos.

—¿Además de pecadora y hereje, ahora también eres desobediente? —Su voz estaba ronca, tensa, pero cargada de emoción—. ¡Tenías que estar lejos de aquí! ¡Tenías que estar a salvo! ¡Te dije que te fueras!

Temblé entre sus brazos, incapaz de contener las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

Y cuando lo enfrenté, carraspeé y adopté una pose confiada.

—¿Olvidaste que aquí mando yo?

Pareció sorprendido por el desafío.

Y, al instante, asintió.

Fue una reacción graciosa y tierna a la vez. Entonces acaricié su rostro y solté una risa.

—No podía dejarte, idiota. —Le di un puñetazo en el pecho—. No podía...

Me apartó solo lo suficiente para mirarme a los ojos, sus manos sujetando mi cara con una firmeza casi desesperada.

—Eres todo para mí, Bianca. —Cerró los ojos un instante, como si quisiera absorber aquel momento—. Preferiría morir antes que vivir un solo día sin ti.

Mi corazón dio un vuelco.

Ese hombre, hecho de fe, acero y misterio, estaba ahí, frente a mí, vulnerable y entregado.

Y yo sentía lo mismo. Dios, cuánto sentía lo mismo.

Sin dudarlo, acercó mi rostro al suyo y me besó.

Fue intenso y desesperado, nuestros cuerpos se encontraron como si estuvieran peleando, como si hubieran nacido para chocar el uno contra el otro hasta fundirse en uno solo.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, abrazaron mi cintura, acariciaron mi espalda, me atrajeron hacia él como si eso fuese lo único que necesitaba.

Su boca exploró la mía con una intensidad feroz, y sentí la pasión en su lengua, que dominaba la mía y me hacía sentir mujer.

—Suelta el cuchillo —murmuró, intentando quitármelo.

—No. —Lo sujeté con aún más fuerza.

Volvió a besarme, esta vez con más urgencia, como si pudiera consumirme solo con el calor de su boca.

Su lengua se deslizó contra la mía, exigente, hambrienta, arrancándome un gemido ahogado que se perdió entre nuestros labios.

Sus manos recorrieron mis brazos, subiendo hasta mis muñecas, apretando con suavidad, tanteando mi resistencia. Mi corazón golpeaba con fuerza, sin saber si era por el deseo o por la amenaza silenciosa que flotaba entre nosotros.

Mordió mi labio inferior y tiró suavemente, una provocación que me hizo jadear. El calor de su aliento se mezcló con el mío, el olor de su piel invadió mis sentidos, el sabor de su boca se impregnó en mi lengua.

Y no podía imaginar un mejor final para aquel día.

—Suelta —insistió, ahora con los labios en mi cuello, deslizándolos por mi piel, mordisqueando justo donde sabía que me haría temblar.

Cerré los ojos, sintiendo mi respiración entrecortada.

Apretó mi cintura con más fuerza, como si quisiera retenerme allí, fundir nuestros cuerpos de una vez por todas.

Entonces, sonrió contra mi boca antes de besarme una vez más, de forma más suave y dulce.

Cuando nos separamos, ambos jadeando, apoyó su frente en la mía y susurró:

—Nunca más me desobedezcas así.

Suspiré.

—Nunca más intentes mandarme lejos.

Rió, un sonido bajo y quebrado, antes de volver a atraerme hacia él.

—Sabes que quien manda en ti soy yo.

Pasé el reverso del cuchillo por su espalda.

—Y la próxima vez que salgas a morir sin mí, si se te ocurre dejarme sola, viuda y con una hija que criar… te mato yo primero.

—Sí, señora —murmuró.

Capítulo 65
Bianca Durova Zagovora

Me desperté de la siesta y miré el cielo despejado por la ventana oval del avión.

Todavía sentía los restos del dolor, de la lucha y del miedo de la noche anterior, pero por encima de todo, sentía una esperanza casi insoportable, una sensación de que todo eso no volvería a repetirse jamás.

Y yo misma me encargaría de que así fuera.

Santo tenía los ojos bien abiertos, sus iris azules examinaban el mundo allá fuera.

—¿Ya estamos llegando a Brasil?

—Faltan unas horas. —Carraspeó—. Necesito decirte algo.

—Dime.

—Quiero dejar la sotana.

Mi respiración se cortó por un instante.

—¿Qué?

Giró ligeramente el rostro hacia mí.

—Quiero casarme contigo, Bianca. Quiero estar contigo y con Clara. Quiero una familia. Lo único que me mantenía atado al Vaticano todos estos años era el deber. Y ahora, mi deber sois vosotras.

Sonreí.

La verdad es que quería llorar de felicidad.

Jamás, ni en mis sueños más locos, imaginé que aquella firma acabaría así.
Pero en lugar de explotar en lágrimas, tragué saliva.

—Guau... Eso significaría el mundo para mí. —Mi voz se quebró un poco. Tomé su mano, sintiendo la firmeza y el calor—. Pero después de lo que nos hicieron... después de intentar separarnos y quitarnos a nuestra hija... tal vez sería mejor que te quedaras en el Vaticano.

Santo frunció el ceño, confuso.

—¿Por qué?

Respiré hondo antes de responder:

—Porque quiero controlar la *Bratva* en Estados Unidos, pero quiero que tú controles el Vaticano. No necesitas estar allí físicamente, pero sí ser una figura de poder, ¿entiendes?

Sus ojos se entrecerraron. Lo entendió al instante.

—¿Y qué puedo decir? Creo que he desarrollado un fetiche por los curas. —Bajé la mirada por su cuerpo—. Pero si lo que quieres decir es que quieres pasar el resto de tu vida conmigo y no traicionarme jamás... acepto.

Santo sonrió.

—Yo también quiero un anillo. Soy una mujer chapada a la antigua.

Asintió.

—Pensé que sería distinto, ¿sabes?

—¿El qué? —Cruzó los brazos.

—Pensé que mi familia estaría feliz de conocerme. Y que el Vaticano jamás actuaría en tu contra. Por lo visto, somos tú y yo contra el mundo.

—Nosotras jugamos limpio, al menos. —Santo negó con la cabeza—. Intenté ser amable, quise de verdad que te amaran. Pero ante la falta de amor, necesitamos respeto. Y si no hay respeto...

—Que haya miedo —completé.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de todo aquello.

—Nunca tuve su amor —susurré—. Así que quiero que me teman y que jamás se atrevan a repetirlo.

—Tienes todo mi amor.

Extendió la mano y la posó sobre la mía, apretándola con fuerza entre sus dedos.

—Y eso es todo lo que necesito —declaré.

*

Tenía los dedos helados, pero un calor febril irradiaba desde el centro de mi pecho.

Cuando entré en el Hotel 6 Continentes, la gerente, Marta, intentó saludarme, pero la aparté de un empujón y corrí hacia el ascensor, desesperada por encontrar a mi hija.

Mientras subía hasta la suite presidencial, mi corazón latía tan fuerte que sentía el pulso retumbando en mis oídos.

Corrí desde la salida del ascensor hasta la puerta de la habitación en un borrón de movimientos, hasta que esta se abrió y vi a Wilhermina sentada en un sillón, varios guardias repartidos por la estancia y a Gabriela en el centro, con Clara en brazos.

La pequeña parpadeó y, como si reconociera mi olor, empezó a llorar y a mover los bracitos.

—¡Bianca! —dijo Gabriela con la voz entrecortada.

Llevábamos menos de veinticuatro horas separadas, pero sentí como si hubiera pasado un año entero.

Avancé sin ser consciente de mis propios movimientos.

El suelo desapareció bajo mis pies cuando estiré los brazos, ansiosa, desesperada.

En cuanto toqué la piel suave y cálida de Clara, un sollozo profundo y desgarrador estalló desde lo más hondo de mí.

La tomé en brazos y la apreté contra mi pecho, sintiendo su pequeño corazón latiendo a toda velocidad contra mi piel.

Todo mi cuerpo se deshizo en lágrimas, en sollozos que nacían de un lugar tan profundo que sentí que provenían de mi propia alma.

—Mi amor... mi amor... —murmuraba entre besos frenéticos, repartiendo mi desesperación y mi devoción por todo su rostro.

Inhalé el olor dulce a leche y talco, un perfume a la vez extraño y familiar que, en ese instante, se convirtió en el aroma más maravilloso de mi mundo.

Clara dejó de llorar y se acomodó en mis brazos, su pequeño cuerpo acurrucándose contra el mío.

Mi pecho se expandió con un amor tan inmenso, tan arrollador, que apenas podía mantenerme en pie.

Cuando mis piernas flaquearon, Santo me sostuvo por los brazos, sus manos firmes y cálidas rodearon mi cintura y apoyó la barbilla en mi hombro.

—Nunca más, nunca más dejaré que nos separen... —susurré, como una promesa, como una oración.

Cerré los ojos y me permití sentir aquel momento.

Me permití absorber cada latido del corazón de Clara, cada pequeña respiración sobre mi piel.

Me permití existir solo en ese instante, donde todo estaba bien, donde todo estaba en su lugar.

Mi hija estaba en mis brazos.

El hombre que amaba estaba a mi lado.

Mi mejor amiga me sostenía la mano.

Estaba completa.

Me resultó irónico que aquella sensación de satisfacción, paz y amor llegara precisamente en el lugar que durante años había sido mi infierno personal.

—Si esa gerente de mierda vuelve a molestarme, ¡le rapo la cabeza al cero! —gruñí.

Santo me masajeó los hombros, intentando calmarme.

—No te preocupes, nadie volverá a perturbar tu paz. Nunca más —prometió.

Y por primera vez en mi vida, supe con cada fibra de mi ser que, además de estar en el lugar correcto, en el momento justo, estaba exactamente donde debía estar.

Donde estaba mi hogar.

Capítulo 66
Santo Zampieri

Un mes después.

El vídeo era exactamente así: el mar embravecido azotaba el casco del barco.

En el largo mástil de madera, un hombre había sido crucificado: clavos en sus muñecas y en sus piernas.

Su rostro era como una máscara de horror sin rasgos: donde antes había ojos, ahora solo había agujeros sangrantes. La nariz, las orejas, todo había sido arrancado.

El cardenal Ambrosi mantenía la boca abierta, en un grito eterno y silencioso, pues ya no tenía lengua para articular palabra alguna. En la punta de sus brazos, faltaban las manos y los dedos. Las piernas terminaban sin pies. Su cuerpo desnudo estaba expuesto a la noche oscura, fría y violenta en medio del mar.

Cuando la cámara descendió para mostrar la cubierta del barco, rodeando el mástil, había un pentagrama hecho de cuerpos: los hombres de Ivan Zagovor, los traidores.

El fuego y el humo consumieron aquella embarcación mientras el cardenal gritaba con todas sus fuerzas.

Los dieciocho cardenales de la Alta Curia Romana, siendo el papa el decimonoveno, vieron aquello estupefactos.

Se miraron entre sí con incomodidad, se ajustaron los crucifijos en el pecho y las túnicas escarlatas que vestían. El papa, en el centro, parecía pálido, como si hubiese envejecido varios años tras ver aquel vídeo.

El horror en sus ojos era tan evidente que casi podía olerse el miedo impregnado en el aire.

El antiguo obispo Montanari, ahora cardenal, me dirigió una leve sonrisa antes de mirar a sus colegas, que no parecían tener el valor suficiente para dirigirme la palabra.

—¿Cómo ha tenido el valor de hacerle esto a un miembro de la Alta Curia?

Mantuve la postura firme, sin mostrar emoción alguna.

—No fui yo quien lo hizo, cardenal Montanari. Fue Bianca Zagovora. La nueva jefa de la *Bratva* en Estados Unidos.

Un murmullo recorrió el salón.

La sorpresa se mezcló con más dosis de miedo.

Las mujeres siempre han intimidado a la Iglesia. No en vano su odio hacia las brujas, después de todo, una mujer que no puede ser controlada siempre es una amenaza.

—Y... ella ha grabado un mensaje para ustedes.

Puse el siguiente vídeo y allí estaba Bianca, sentada detrás de un escritorio de madera noble, a sus espaldas fotografías de cada uno de los miembros de la Alta Curia con dianas marcadas sobre sus rostros.

Estaba preciosa, con un vestido negro, un crucifijo al cuello y un cuchillo de carnicero en la mano.

—Si mi hombre no regresa entero, haré lo mismo con ustedes —dijo en un tono tan dulce, tan sereno, tan amable que resultaba aterrador—. No será rápido, lo prometo. Le arranqué el primer ojo al cardenal Ambrosi un lunes. Y cada día después de ese, le corté una parte más, para que entendiera con quién se estaba metiendo.

Bianca apuntó el cuchillo hacia la cámara.

Algunos cardenales incluso contuvieron el aliento.

—Me llamo Bianca Durova Zagovora. Soy la jefa de la *Bratva* Americana. Y si se atreven a interferir en mis negocios una vez más, cortaré en pedacitos a la Alta Curia Romana hasta que se parezcan a esas estatuas renacentistas que tanto les gustan: sin manos, sin cabeza y sin polla.

Clavó el cuchillo en la mesa y se levantó, apoyando las manos sobre el mueble y mirando directamente a la cámara.

—Difundiré este vídeo por todo el mundo. Sembraré un miedo satánico y comunista y destruiré la imagen del Vaticano. Y les daré sus pedazos a mis perros para que se los coman.

Cuando el vídeo terminó, miré directamente a algunos cardenales, en especial a aquellos que sabía que tenían algo que ocultar.

—Sé que quieren excomulgarme después de todo esto —suspiré—, pero por desgracia perderían a uno de los mayores financiadores de esta institución, porque mi abuela está muerta y soy yo quien autoriza el dinero de la familia para la Alta Curia.

Todos se miraron entre ellos.

Su postura de jueces cambió rápidamente a la de oyentes atentos.

—Si actúan en mi contra, le contaré al mundo que descubrí que el cardenal Ambrosi estaba implicado en un culto satanista dentro de estos muros —continué—. Y que formaba parte de una red que vinculaba al Vaticano con el antiguo jefe de la *Bratva* en Estados Unidos, Ivan Zagovor. Un comunista.

El Papa abrió los ojos como platos, girando bruscamente hacia los cardenales a su alrededor. Alguien carraspeó, intentando mantener la compostura, pero acabó atragantándose.

Qué dulce y perfumado era el aroma de su desesperación.

—Y tengo una lista de otros cardenales implicados con Ambrosi —seguí—. Sé quiénes son. Sé lo que hicieron. Sé lo que ocultan. Tengo todas las transferencias bancarias que él realizó a sus cuentas. Y estoy listo para exponerlo todo ante el mundo.

—¡Eso arruinaría la Iglesia! —gritó uno.

El Papa pidió silencio.

Los cardenales empezaron a susurrar entre ellos, a discutir sus opciones y a argumentar. El miedo se transformó rápidamente

en negociación.

Antes, todos estaban listos para excomulgarme.

Ahora, sus expresiones cambiaron, sus miradas dejaban claro que, al ver el barco hundirse, buscaban una vía para salvarse.

Entonces llegó la propuesta.

—Vuelva al Vaticano —el cardenal Montanari fue el portavoz de todos—. Como Cardenal. Será bienvenido de nuevo.

Arqueé una ceja, dejando que la sugerencia flotara en el aire antes de responder:

—Prefiero volver a Estados Unidos. Como Obispo. Me gusta más el color violeta, me queda mejor.

Todos asintieron rápidamente, aliviados.

—Pero haré visitas frecuentes al Vaticano. Necesito vigilar de cerca a todos los que estuvieron implicados con Ambrosi. Y, claro, en el momento oportuno, aceptaré ser Cardenal.

Mis ojos se fijaron en los cardenales que sabían que hablaba de ellos.

—Antes de que ustedes mueran, yo seré Papa.

Reinó el silencio.

—Y si eso no ocurre... tendrán el mismo destino que el cardenal Ambrosi.

En ese momento, las puertas del salón se abrieron de golpe.

Kamikaze entró cargando un cuerpo enclenque, raquítico, prácticamente cadavérico... pero aún con vida.

Arrojó al cardenal Ambrosi, o lo que quedaba de él, a los pies del Papa.

El cardenal no podía caminar. Su cuerpo era una cáscara vacía de lo que alguna vez fue un hombre. Los ojos vacíos, sin expresión, la boca abierta sin lengua. Un muerto en vida. Un espectro de su propia ruina.

Al caer al suelo, todos se pusieron de pie y se ocultaron detrás de sus sillas, como si estuvieran viendo a un demonio.

—He cumplido mi juramento, señores —dije, con la voz resonando en la inmensidad del recinto—. No puedo matar cardenales. Como pueden ver, el cardenal Ambrosi está vivo y muy bien. Ahora espero que ustedes cumplan el suyo, o permitiré que la jefa de la *Bratva* Americana les haga lo mismo.

Rostros pálidos, ojos desorbitados.

El miedo era absoluto.

—Hemos creado al diablo —murmuró uno de ellos.

—¡El anticristo!

Me giré hacia la salida.

Kamikaze me acompañó.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a recoger mis nuevas vestiduras y ornamentos violetas. Y volver a Miami. ¿Quieres quedarte y sustituirme como padre jefe de seguridad?

Kamikaze se rascó la nuca y me miró de lado.

—Creo que es mejor que también vuelva. Para proteger tu retaguardia. Ya sabes, no necesitamos un ejército de rusos si estamos nosotros dos.

—No me mientas, chico. Sabemos perfectamente por qué quieres volver.

—¿Qué quieres que diga? Me encanta ser un «juguetito».

Lo agarré por el cuello, cerré el puño y empecé a restregarle los nudillos en la parte superior de la cabeza, despeinándole.

—¿Deberíamos hacernos pastores evangélicos? —preguntó—. Para aligerar la conciencia...

—No. Lo mejor de la Iglesia siguen siendo los santos... y los pecados.

Capítulo 67
Bianca Durova Zagovora

Cuando meses atrás Wilhermina me dijo que yo sería la cabeza de la *Bratva* Americana, me reí y pensé que eso nunca sería posible.

Con el tiempo, se convirtió en lo más natural para mí.

Con la unificación de las dos familias bajo mi mando, transformé la mansión Zagovor en el centro de operaciones, donde todo se discutía y se celebraban las reuniones.

El lugar se volvió símbolo del poder de la *Bratva*.

Y mi tío, Ivan Zagovor, era parte fundamental de ese símbolo.

Estaba allí, expuesto en el jardín delantero, colgado en vida como un trozo de carne en una carnicería. Sus manos y piernas estaban atadas con cables de acero que lo estiraban, proyectando una sombra imponente para quien pasaba por debajo.

El otrora poderoso jefe, que manejaba vidas como piezas de ajedrez, ahora servía de advertencia a todos los que cruzaban los portones de la *Bratva*.

Santo quería encerrarlo en una Dama de Hierro, pero yo creí que exponer a un hombre cortado más de cien veces y cosido con precisión serviría como ejemplo para cualquiera que pensara conspirar contra mí o mi hija.

Todos los que entraban en la mansión tenían que pasar por debajo de él, obligándolos a contemplar la imagen de un hombre que un día creyó que las mujeres debían someterse.

Yo quería que todos recordaran que ese tiempo había terminado.

Atravesé el vestíbulo de entrada y fui directamente al salón principal; antes era el comedor, ahora era la sala de reuniones.

Muchas mujeres habían respondido a mi llamada y estaban allí. Wilhermina leía su libro en silencio, otra rusa tejía y enseñaba a las más jóvenes. Lilly, la niña mayor que Santo rescató de la calle, corrió hacia mí emocionada.

—Señora Bianca?

—Hola, preciosa. —Me agaché para estar a su altura.

—Ayudé a la mudita a bañarse y vestirse, ¿ella participará en la reunión?

—Se llama Rebecca. —Masajeé sus manecitas—. La vamos a llamar siempre por su nombre, ¿de acuerdo?

—Pero ella no habla. ¿Cómo sabe su nombre?

—Fui yo quien se lo dio, le queda bonito. ¿Ella aún no ha dicho nada?

—No... pero le gusta jugar con los otros niños.

Acaricié su cabello, complacida.

—Perfecto. Nadie debe quedar excluido. Y, con el tiempo, si ella se siente cómoda, podrá hablar con nosotras.

Lilly se unió a los otros niños en el jardín trasero mientras las adultas se reunían alrededor de la mesa.

—Buenas tardes, señoras. Disculpen mi retraso, estuve eligiendo las nuevas lámparas para mi casa. —Me senté en mi sitio.

Excepto Rebecca, era la única mujer de la familia Zagovor que quedaba en ese lugar. La esposa de mi tío prefirió irse del país y le dimos dinero y apoyo para que comenzara de nuevo lejos del terror.

Del resto, estaba rodeada de mujeres Durov, que durante demasiado tiempo habían sido percibidas como segundonas en este juego brutal.

Algunas eran esposas de hombres de la *Bratva*, otras, hijas, hermanas, madres. Pero todas, de algún modo, habían sangrado por

la organización.

Era hora de asegurarnos de que, esta vez, también recogieran el poder.

Inspiré hondo y levanté la barbilla.

—Durante décadas, se nos enseñó que nuestro lugar estaba en las sombras —comencé, reuniendo el valor y la empatía necesarias para mirar a cada una de ellas—. Que debíamos esperar, acatar, observar. Mientras los hombres gobernaban y destruían, mientras jugaban con la vida y la muerte, nosotras recogíamos los escombros. Pero eso cambia hoy. Hoy declaramos que la *Bratva* vuelve a las manos de quienes siempre supieron cómo mantenerla en pie. Las mujeres.

Hubo un murmullo de aprobación.

Algunas intercambiaron miradas, inseguras de si aquello era algún tipo de truco o trampa. Otras simplemente asintieron.

Lo deseaban. Lo necesitaban.

—Los hombres harán sus negocios fuera del hogar. Si desean matar, vengarse o destruirse entre ellos, que lo hagan fuera. No aquí. No en nuestras casas. El hogar es nuestro. La familia es nuestra. El futuro es nuestro. Y nos corresponde a nosotras preparar a nuestros hijos, a la próxima generación, para sanar las heridas que dejó esta conspiración.

Me puse de pie y empecé a caminar alrededor de la mesa, tocando y apretando el hombro de cada una.

—Durante demasiado tiempo, fuimos nosotras quienes enterramos los cuerpos.

—¡Sí! —asintió Svetlana, seguida por las demás.

—Fuimos nosotras las que pasamos noches en vela, esperando que volvieran. Nosotras criamos a los hijos solas para luego verlos convertirse en soldados de la mafia, transformados por un mundo cruel. Fuimos nosotras quienes sellamos alianzas entre líneas, quienes nos aseguramos de que el dinero siguiera entrando

mientras ellos iban a la guerra. A partir de hoy, señoras, les doy mi palabra de que no seremos más la base de la *Bratva*. Seremos la cima.

El murmullo se convirtió en voces alzadas. Asintiendo. Deseando. Aplaudiendo.

—Nuestros hijos no volverán a ser obligados a ser soldados ni a vender droga. Tendrán la oportunidad de dedicarse al arte, si así lo desean. A la ciencia, si es lo que anhelan. O a empuñar armas y unirse a las filas de la Bratva como soldados, pero disciplinados, para proteger y servir a esta familia.

Todas asintieron y golpearon la mesa con el puño cerrado.

—Vamos a corregir los errores del pasado, proteger a cada miembro de esta familia y de nuestro pueblo ruso, y expandir nuestro poder hasta dominarlo todo.

Un aplauso atronador resonó en el salón mientras se miraban entre ellas, llenas de coraje, de voluntad y de fe.

—Quien gobierna un hogar, sabe gobernar un imperio —concluí, deteniéndome detrás de mi silla vacía—. Así que venid conmigo, juntas, a construir el mundo que dejaremos a nuestros hijos.

Se levantaron, una a una, y comenzaron a aplaudir.

Wilhermina asintió con aprobación y yo le devolví la sonrisa.

Aquello era solo el comienzo de la mejor historia de nuestras vidas.

Porque el verdadero poder, por fin, estaría donde siempre debió estar.

En las manos correctas.

Capítulo 68
Santo Zampieri

Tres meses después.

El mundo, por fin, estaba en silencio.

Después de una guerra entre familias, tanta sangre, dolor y las imposiciones del Vaticano que habían sido cordialmente retiradas, todo estaba en paz.

Compré la mansión que había sido un campo de batalla y la reformé para que fuese aún más grande, más hermosa y más protegida que antes.

En lugar del olor a pólvora y destrucción, solo quedaba el aroma a lavanda de las flores que había plantado y la luz cálida de las lámparas suavemente encendidas por los pasillos.

El hogar que nunca imaginé tener se había hecho realidad.

Bianca dormía en nuestra habitación, su respiración era tranquila, su rostro sereno después de todo lo que habíamos vivido. Aún me parecía irreal pensar que ella estaba aquí, a salvo, conmigo.

Que todas las amenazas habían sido eliminadas.

Que ahora podíamos simplemente… vivir.

Aun así, no lograba conciliar el sueño.

Algo dentro de mí me empujaba hacia otro lugar.

Seguí el suave sonido de las risitas de Clara en la cuna.

Mi hija estaba allí, con sus manitas abiertas y estiradas apuntando al móvil, observando con atención a los ositos de peluche.

Cuando aparecí frente a su rostro, agitó los brazos y soltó un chillido animado. Me permití observarla durante un largo minuto

para apreciar cuánto estaba creciendo.

Seguía siendo tan pequeña, tan frágil, y aun así, la cosa más fuerte que jamás había sostenido en mis manos.

La tomé en brazos con el cuidado de quien carga el mundo.

—¿No puedes dormir?

Soltó otro gritito exaltado y yo respondí con un «Shhhh» prolongado.

—Mamá está durmiendo, no querrás despertarla, ¿verdad?

Se removió levemente y frunció los labios, dejando al descubierto sus hoyuelos al esbozar una sonrisa tranquila. Luego se acomodó contra mi pecho mientras la acunaba.

—Ya has comido, ya has echado los gases, ya te he cambiado el pañal... ¿Qué falta, eh, Clara?

Y entonces, sin pensarlo demasiado, incliné el rostro y empecé a cantar en voz baja:

Tú eres así
Un sueño para mí
Y cuando no te veo
Pienso en ti
Desde el amanecer
Hasta cuando me acuesto

La pequeña bostezó de inmediato y sus diminutos deditos se aferraron a mi camisa, como si no quisiera soltarme. Mi corazón se encogió.

Ahora lo tenía todo.

Bianca. Clara. Un futuro. Un hogar.

Nunca supe cómo era tener paz.

Desde niño, me enseñaron que la paz no existía, que era una ilusión, un momento entre dos guerras. Pasé toda mi vida

sobreviviendo, preparándome para el próximo ataque, esperando la siguiente vez que me arrebatarían todo.

Pero allí, sosteniendo a mi hija, cantándole bajito para que supiera que estaba a salvo, entendí que la paz siempre fue posible.

Solo necesitaba tener algo por lo que luchar.

Algo enteramente mío, no de los demás.

Y ahora, lo tenía.

Mi voz continuó, suave, llenando el espacio de la habitación. Bianca se removió en la cama y terminó sentándose, observándonos. Parecía cansada, después de todo, estaba arreglando veinte años de problemas de la *Bratva*, y aun así, su mirada era tierna y llena de algo que solo ella podía darme.

Amor.

—¿Sigue costando que se duerma?

—Ninguna molestia, es nuestro momento. Me espera todas las noches, solo se duerme después de que canto.

—Igual que cuando estaba en mi barriga. —Sonrió.

Le devolví la sonrisa, sintiendo un calor en el pecho al que ya me estaba acostumbrando.

Algo que jamás creí que tendría permiso de volver a sentir.

Felicidad.

Me senté a su lado, aún acunando a Clara, mientras mi otra mano se deslizaba por los suaves mechones del cabello de Bianca. Cerró los ojos al contacto, suspirando, entregándose a aquel instante de paz.

—Estaba aquí pensando...

—Hum.

—Tú me diste todo lo que nunca supe que necesitaba —murmuré.

Ella sostuvo mi rostro entre las manos, sus pulgares trazando una caricia lenta sobre mi piel.

—Es parecido a lo que siento, Santo: tú me diste todo lo que nunca supe que podía tener.

Su mirada descendió hasta mi boca, y supe que sentía la misma urgencia silenciosa que a mí me consumía.

Mi corazón se aceleró, no por miedo ni por anticipar una batalla, sino porque sabía que tenía delante algo precioso. Algo que, durante toda mi vida, creí imposible para mí.

Mis labios rozaron los suyos con la suavidad de quien saborea el momento, de quien no tiene prisa porque ahora sabe que tenemos todo el tiempo del mundo.

Bianca suspiró contra mi boca, su aliento se mezclaba con el mío, cálido y dulce. Mi mano se deslizó por su nuca, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, mientras la otra seguía sosteniendo a Clara, nuestro vínculo vivo, divino, el testimonio silencioso del amor que nos transformó.

Cuando la punta de la lengua de Bianca acarició apenas la mía, una oleada de calor recorrió mi cuerpo.

Fue un beso que decía más que cualquier palabra.

Ya no había dolor. Ya no había lucha. Solo estábamos nosotros, sellando un destino que, contra todas las probabilidades, habíamos elegido compartir.

Ella profundizó el beso, presionándose contra mí, sus labios moviéndose en un ritmo lento y envolvente, como si quisiera marcarme con cada roce, como si quisiera perderse y encontrarse en mí al mismo tiempo.

Cuando nos separamos, el aire entre nosotros aún vibraba.

Bianca apoyó su frente contra la mía, los ojos entrecerrados, una sonrisa suave danzando en sus labios aún húmedos.

Clara gruñó bajito entre nosotros, como si nos advirtiera: ¡basta ya, ahora quiero dormir!

Aquello nos devolvió a la realidad y acabamos riéndonos juntos.

Allí, en aquella noche tranquila, con mi hija en brazos y mi esposa a mi lado, comprendí que, finalmente, pertenecía a algún lugar.

Un lugar hecho para mí, donde quería estar.

Ya no había batallas que ganar.

Ningún enemigo al acecho. Ninguna deuda que saldar.

Solo estábamos nosotros.

Capítulo 69
Bianca Durova Zagovora

Meses después.

La catedral había sido preparada para aquel momento.

Las voces suaves del coro llenaban el lugar con una melodía serena, el aroma del incienso flotaba en el aire, otorgando un aura mágica a aquel día tan especial.

Santo sostenía a Clara en sus brazos fuertes, y nuestra bebé parecía aún más delicada envuelta en la tela blanca del vestido bautismal.

Sentí que el corazón se me calentaba al verlos. En ese instante, recordé cuánto habíamos luchado para alcanzar aquella felicidad y paz que, hasta hacía pocos meses, parecían imposibles.

El cardenal Montanari, que iba a bautizar a nuestra niña, dio señales de que estaba listo para comenzar la ceremonia. Antes de asentir, Santo me miró, como si esperara mi aprobación.

Entonces, por instinto, mis ojos recorrieron las filas de bancos de la catedral, observando los rostros conocidos de amigos y aliados que ahora formaban la nueva *Bratva* bajo mi mando.

Había orgullo, respeto y una paz que jamás pensé que pudiera experimentar después de tanto dolor y guerra.

Sin embargo, mi mirada se congeló repentinamente al fondo de la iglesia.

Dos rostros desconocidos, pero al mismo tiempo aterradoramente familiares, me observaban con atención. Mi corazón se aceleró en el pecho, un calor extraño recorrió todo mi cuerpo y sentí que las piernas me flaqueaban.

No podía ser.

Eran ellos.

Mis padres.

Era imposible no reconocer aquellos rasgos que solo había visto en fotografías. Era como verme a mí misma, a través del tiempo.

Incluso desde lejos, pude distinguir los ojos grandes y almendrados de la mujer, exactamente iguales a los míos, intensos y expresivos, llenos de lágrimas. A su lado, el hombre alto tenía un semblante rígido, un lunar en el rostro igual al mío, y detrás de aquella armadura, como un viejo soldado que regresaba de la guerra, percibí un leve destello de vulnerabilidad.

Jamás había visto a mis padres en persona.

Jamás había sentido el calor de sus abrazos, jamás había oído sus voces, jamás había recibido ni siquiera una explicación de por qué me habían dejado atrás.

Veinte años de preguntas, sufrimiento y resentimiento acumulado estallaron dentro de mí en una fracción de segundo.

—Santo… —murmuré, apretando su brazo con fuerza, con la voz entrecortada—. Creo que esas personas son...

—Lo son —asintió.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Has traído de vuelta a mis padres?

—Eres la Princesa Rusa... la *Reina Rusa* —corrigió—. Y debes tener todo lo que desees, todo lo que necesites.

Acomodó a Clara en su brazo derecho y con la mano izquierda acarició mi rostro, limpiando las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas.

—No sé si tengo fuerzas, Santo...

—Eres la mujer más fuerte que conozco —besó mi frente con suavidad—. Ve hacia ellos. Di lo que tengas en el corazón. Nosotros estaremos aquí, esperándote.

Clara agitó sus manitas y sonrió, mostrando sus hoyuelos, como si aprobara todo aquello.

Tragué saliva, reuní todo el coraje que tenía y comencé a caminar lentamente hacia el fondo de la iglesia. Mantuve los ojos fijos en los suyos, hasta que finalmente me detuve frente a las dos personas por las que siempre me había preguntado si estaban vivas, y por qué me habían dejado a la deriva durante tantos años.

Por un instante, nadie dijo nada.

El silencio habló por nosotros durante un largo minuto.

Finalmente, mi madre dio un paso vacilante hacia delante, extendiendo tímidamente la mano hacia mí.

—Bianca… hija mía… —susurró con la voz quebrada, un temblor evidente en sus labios.

Escuchar mi nombre en su voz fue devastadoramente hermoso. Las lágrimas se escaparon sin control y, sin pensar, la abracé con fuerza y desesperación, intentando recuperar todo el tiempo perdido en un solo gesto.

—¿Por qué? —mi voz se rompía entre sollozos—. ¿Por qué me dejasteis?

Mi padre tocó mi espalda con suavidad, atrayendo mi atención. Parecía profundamente afectado, y las palabras salieron con dificultad.

—Créeme, hija mía, no hubo un solo día en que no pensáramos en ti. No tuvimos elección, intentamos protegerte de la única forma que supimos.

—Me abandonasteis… —murmuré, con el dolor reverberando dentro de mí—. Me entregasteis a un destino incierto… ¿Os imagináis cuánto sufrí?

Mi madre apretó mis manos entre las suyas, su rostro cubierto de lágrimas, cargado con un dolor tan profundo como el mío.

—Tu tío nos cazó como si fuéramos animales. Para que pudiera tener el control de la *Bratva*, necesitaba asegurarse de que estuviésemos muertos. Iván nunca descansó, usó todo el dinero, la fuerza y la tecnología posible para intentar encontrarnos… —explicó mi padre.

—No podíamos darte esa vida, hija. Tú eras fruto de nuestro amor, y no queríamos que crecieras en medio de la guerra, paranoica, sin raíces. Te dejamos en el lugar más improbable, para que en el momento adecuado, fueras encontrada.

Contuve un sollozo y miré hacia atrás.

Al ver a Santo sosteniendo a Clara, recordé el día en el avión, cuando la dejé en brazos de Gabriela y decidí marcharme para salvarlo.

Clara podría haber tenido una historia parecida a la mía, si no hubiéramos vencido.

—Lo sentimos mucho, hija mía —ella me abrazó de nuevo—. No hay palabras que puedan borrar lo que hicimos. No hay excusas suficientes para justificar nuestro error. Solo queríamos protegerte.

—Pero estamos aquí ahora… Si puedes perdonarnos… Solo queremos formar parte de tu vida, conocer a nuestra nieta, intentar reparar un poco lo que rompimos —mi padre también me abrazó.

Cada palabra golpeaba con fuerza mi corazón.

Mi alma estaba dividida entre el dolor del pasado y el deseo desesperado de tener, por fin, a mi familia completa.

Santo y Clara, a lo lejos, me observaban con cariño y comprensión, y supe que debía permitirme sanar aquellas heridas. Que necesitaba cerrar ese ciclo de abandono y resentimiento.

Volví a abrazar a mis padres, esta vez con menos desesperación y más esperanza, permitiéndome sentir el amor que siempre había anhelado.

—Éramos jóvenes. El mundo estaba en contra nuestra… —ella intentó justificarse.

Pero ya no era necesario.

Mi tío había sido cruel con todos nosotros y pagamos el precio por su sed de poder, pero ahora la *Bratva* estaba en mis manos. Y yo me encargaría de que ningún otro niño creciera sin padre, madre o amor.

—No sé si puedo olvidar lo que pasó —confesé en voz baja, aún entre sus brazos—. Pero os perdono. Porque… creo que haría lo mismo… dar un futuro a mi hija y tratar de salvar al hombre que amo.

Mi padre sonrió aliviado, sus manos acariciando mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle de mí.

—Es todo lo que podemos pedir, Bianca. Es todo lo que deseábamos.

Volví la mirada hacia mi madre, notando que el arrepentimiento y el dolor en su expresión eran genuinos. No podía recuperar los veinte años perdidos, pero quizás pudiera construir algo nuevo. Algo nuestro, verdadero y lleno de amor.

—Quiero que conozcáis a Clara —dije con firmeza, después de secarme las lágrimas—. Quiero que forméis parte de su vida.

Asintieron conmovidos y caminamos juntos, lentamente, hacia Santo y mi hija, que nos esperaban pacientemente.

El pasado jamás podría ser borrado, pero quizá podría ser redimido a través del amor. Por primera vez en mi vida, sentí una esperanza real y luminosa, lo bastante fuerte como para curar las sombras del abandono que habían atormentado mi corazón durante tanto tiempo.

—Nadie volverá a separarnos jamás —Santo colocó a Clara en mis brazos, para que pudiera presentársela a sus abuelos.

Él besó mi frente y me abrazó por detrás, haciéndome sentir protegida.

Y supe, en ese instante, que aquello era solo el comienzo de una nueva historia para todos nosotros.

Epílogo
Santo Zampieri

Diez años después.

Eran casi las cinco de la tarde cuando Bianca cruzó la puerta de casa con una mirada preocupada. Se acercó a mí, pasó el brazo por encima de mi hombro y acarició mi brazo.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes hablar con tus hijos, por favor?

—¿Mis hijos? —Solté una risa seca—. ¿Qué han hecho ahora?

—Descúbrelo y resuélvelo. Tengo asuntos de la Bratva que atender.

Antes de que se alejara, la sujeté del brazo y la atraje hacia mí para que sus labios se encontraran con los míos. Bianca me abrazó por el cuello y yo rodeé su cintura, pidiéndole un poco más de espacio en su boca.

—¡Puaj! —Clara fue la siguiente en entrar—. ¡Qué asco!

—De asco nada, así fue como te hicimos —gruñí.

Llevaba el pelo largo trenzado y el uniforme del colegio privado. Se acercó a mí y, con una mano, abrazó a su madre, y con la otra me abrazó a mí.

—Mamá dice que tú ni siquiera la besabas...

—Ese no es tema para una niña. ¿Dónde están tus hermanos?

—Ya vienen.

Bianca se llevó a Clara a la zona exterior mientras discutían algo importante y yo me quedé allí, moviendo el pie contra el suelo, esperando a los trillizos.

Ruslan, Theron y Dominik eran idénticos físicamente, pero desde pequeños habían mostrado personalidades muy distintas. Ruslan, el mayor por segundos, siempre había tenido perfil de líder y protector con sus hermanos. Theron, el del medio, era un chico problemático, con cierta obsesión por el fuego y las cosas que explotaban. Y Dominik...

Era mi niño de oro. Estudioso, imaginativo, un friki, ya llevaba gafas porque leía demasiado.

—¡Hola, papá! —Ruslan llegó sacando pecho—. Hoy metí tres goles, todos me levantaron y me lanzaron al aire.

—¡Muy bien! Mi chico —lo felicité, despeinándole el pelo y señalando para que esperara.

Theron iba a pasar de largo, pero al notar que lo miraba, volvió y me dio un abrazo.

—¿Algo bueno en el cole, hijo?

—Estoy cavando un túnel para escapar de esa prisión, si el portero no me deja salir, ya encontraré la forma.

—Qué... método tan interesante. ¿Y por qué querrías salir del colegio?

—Nada en particular.

—¿Nada en particular?

—Curiosidad puramente científica, quiero saber qué pasa con un muro cuando se cava por debajo.

—Ya veo.

Entonces, por fin, mi mirada se posó sobre el último de los tres, Dominik. Era ligeramente más bajo que sus hermanos y más tímido, mi niño de ojos siempre atentos y gafas enormes.

—El profe me dio un punto extra porque resolví el problema más difícil del examen que nadie más acertó —Dom se apresuró al hablar.

—Vuelve aquí, genio de las mates —lo llamé con la mano.

Sus gafas estaban rotas, una de las patillas colgaba precariamente de su cara, los cristales llenos de lo que parecía polvo o piedra. Me agaché y le sujeté la cara con delicadeza.

—¿Qué ha pasado aquí, hijo?

Antes de que Dominik pudiera responder, Ruslan y Theron empezaron a reír, intercambiando miradas cómplices. Fruncí el ceño y los miré a los dos.

—¿Alguno de ustedes quiere explicarme por qué esto tiene gracia? —Mi voz salió firme, pero sin elevar el tono.

Los dos se quedaron en silencio, pero aún tenían sonrisas en los labios.

Suspiré y volví a mirar a Dominik.

—Dime qué ha pasado —pedí con amabilidad.

El pequeño suspiró, mordiéndose el labio inferior antes de responder.

—Un niño en el colegio siempre se mete conmigo... como están reformando el comedor, cogió un poco de cemento y me lo lanzó a la cara... cayó sobre mis gafas —dijo en voz baja, sin atreverse a mirarme.

Mi mandíbula se tensó.

Respiré hondo, intentando controlar la furia que me ardía por dentro.

—¿Y por qué hizo eso?

—No sé. Dice que no soy guay como mis hermanos, que soy un friki raro y que debería dejar de ir por ahí con estas gafas feas —la voz de Dominik salió quebrada.

Mis ojos fueron directamente hacia Ruslan y Theron.

—¿Y vosotros dos? ¿Qué hicisteis cuando visteis eso?

Dejaron de reírse al instante. Theron apartó la mirada, incómodo, mientras Ruslan carraspeó.

—Nosotros... lo vimos, pero... —empezó el mayor, aunque se detuvo al notar mi mirada seria clavada en él.

—Es que Mike nos trata súper bien, solo que a Dominik...

—Escuchad bien —le interrumpí con voz firme—. Nunca, bajo ningún concepto, permitáis que alguien le haga daño a vuestro hermano. Si alguien no quiere a vuestro hermano, tampoco os quiere a vosotros. Y jamás os burléis de su dolor. La familia está para proteger, no para hacer chistes. ¿Entendido?

Asintieron de inmediato.

—¿Qué tendríamos que haber hecho? —Ruslan se rascó la nuca.

—Tú le sujetabas del brazo derecho —señalé al mayor—, tú del brazo izquierdo —apunté al del medio—, y tú le llenabas la cara de puñetazos a ese mocoso.

—¡Santo! —gritó Bianca desde la cocina.

—¡Estoy educando a los niños, amor!

—La violencia está mal —analizó Theron con calma—. Eso fue lo que dijiste cuando intenté meterle el crucifijo en el ojo a Thimothy porque miraba demasiado a Dani y tú sabes que me gusta Dani.

—La violencia está mal, pero depende. Si se meten con vuestro hermano, la violencia está mal... pero tiene perdón.

Asintieron.

—Dom, ¿estás herido? —le pregunté mientras acariciaba su cabeza.

Negó con la cabeza.

—Dame eso, voy a arreglarte las gafas. Está bien que te guste leer, pero la próxima vez, dale con un libro de mil páginas en la cabeza al niñato ese.

Observé las gafas rotas en mi mano y mandé a los chicos a su cuarto.

—Ahora subid. Sin tele, sin móvil ni nada divertido durante unas cuantas semanas.

—¿Y qué vamos a hacer para divertirnos? —explotó Theron.

—Gimnasio. Clases de defensa personal. Apuntarse a un club de tiro. No sé, cualquier cosa que os ayude a defender a vuestro hermano la próxima vez —señalé con el dedo para que subieran.

Fui a la cocina y me encontré con Bianca y Clara pegadas a la pared, escuchándolo todo. Al notar mi presencia, una cogió un paquete de harina y la otra corrió a una olla, haciendo movimientos aleatorios.

—¿Y bien? ¿Hablaste con ellos?

—El asunto está resuelto, amor. No te preocupes —dejé las gafas sobre la encimera—. ¿Y tú, Clara? ¿Dónde estabas que no le diste una paliza al mocoso ese?

—Estudiando.

—Buena chica. Haces bien. Tus hermanos tienen que aprender a defenderse solos. Venga ya, si eran tres. ¿Qué más ventaja quieren?

—Aprenderán —Bianca puso una mano sobre mi hombro—. Solo no hagas ninguna tontería, ¿vale? La última vez ataste al padre de un alumno por las muñecas en pleno patio del colegio y lo usaste como saco de boxeo.



A la mañana siguiente, después de un desayuno tranquilo, llevé a los niños al colegio. Por el camino, Dominik estaba más callado de lo habitual. Cuando salimos del coche, tomé su mano y la apreté con suavidad para que supiera que todo estaba bien.

Al llegar frente a la puerta del colegio, me agaché para ponerme a la altura de los trillizos y de Clara.

—Quiero que tengáis un buen día y, recordad: siempre cuidaos los unos a los otros —dije, mirando especialmente a Ruslan y Theron.

—¡Sí, papá!

—Puedo perdonaros si ese tal Mike pierde un pie o aparece con ortigas dentro de los calzoncillos, pero no os perdonaré si vuestro hermano sufre. ¿Entendido?

—Sí, papá.

Clara me dio un beso rápido en la mejilla antes de salir corriendo hacia el edificio. Ruslan y Theron fueron detrás. Dominik dudó un poco, pero antes de irse, me miró.

—Gracias, papá —dijo en voz baja.

Le acaricié el pelo.

—Siempre estaré aquí para ti, hijo.

En cuanto entraron al colegio, no me fui.

En lugar de eso, esperé a que empezaran a llegar los demás padres. Sabía exactamente a quién quería encontrar.

No tardó en aparecer un hombre corpulento, de rasgos duros, que bajó de un coche negro. Su hijo, un chaval rubio de mirada arrogante, salió arrastrando su mochila con ruedas.

El padre se quedó apoyado en el coche, mirando el móvil.

Caminé hacia él.

—Buenos días, Alfred.

—Buenos días, obispo Zampieri, la paz de Dios.

—Que Dios te bendiga, ahora vete a tomar por culo. —Lo agarré por el cuello de la camisa—. Permíteme preguntarte, Alfred, ¿alguna vez te han dado un santazo en la cara?

—¿Un sentazo?

—Un santazo. Que alguien te dé con una estatua de yeso bien pesada en toda la cara hasta que se te acomoden las ideas.

Levantó la vista hacia mí y frunció el ceño.

—No. Yo no… nunca…

Lo empujé contra el coche.

—Tu hijo lanzó cemento a la cara de mi hijo ayer —hablé en voz baja, para que no se perdiera ni una palabra—. No sé qué trauma convirtió a tu hijo en eso, pero si no lo resuelves, se va a quedar huérfano y entonces sí tendrá motivos para convertirse en un delincuente.

El hombre me miró, visiblemente incómodo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, intentando sonar seguro.

Incliné la cabeza hacia él.

—Te estoy diciendo que adiestres a tu hijo. Porque si tú no lo haces, lo haré yo contigo. —Clavé mis ojos en los suyos, sin pestañear.

El hombre tragó saliva.

—Yo… hablaré con él —dijo con rapidez.

—Espero que la charla sea provechosa. Llevo una estatua de San Jorge en el maletero, y no quieres saber lo que se siente cuando te parte el cráneo en dos.

—Ni lo dudo. Lo prometo. Me ocuparé de ello.

—Sé que lo harás. —Le di unas palmaditas en el hombro.

Asentí, satisfecho, y le lancé una última mirada antes de alejarme.

Llamé a Bianca, que contestó enseguida.

—¿Y bien? ¿Lo resolviste?

—Obviamente. He nacido para ser padre.

—El mejor padre, amor.

Epílogo 2
Santo Zampieri

Cinco años después.

El salón de baile estaba decorado con elegancia, en penumbra, y las lámparas de cristal daban un aire de opulencia al lugar, bañándolo en un brillo dorado y suave. Toda la familia —Zampieri, Zagovor y Dúrov— estaba reunida, junto con nuestros amigos y aliados, para celebrar la fiesta de debutante de nuestra primogénita.

Bianca me apretó la mano con sutileza y apoyó la cabeza en mi hombro unos minutos antes de que nuestra hija fuera presentada. La élite de Miami y de otros estados, grandes empresarios, políticos y herederos, estaban reunidos para conocer a la princesa de la mafia rusa.

Bianca ya no era una princesa. Era una reina.

Mi reina.

—¿Cómo pueden crecer tan rápido? —susurró en mi oído—. ¿No podrían quedarse pequeños para siempre?

—Siempre existe la posibilidad de hacer más hijos.

Crucé las piernas y bajé la cabeza para reírme.

—¡Santo! ¡Los trillizos dan trabajo como si fueran veinte!

—Sí. Pero están creciendo y pronto no querrán saber de nada más que coches, viajes, carreras y mujeres...

Ella sonrió, esa sonrisa que aún conseguía desarmarme después de todos estos años.

—¿Fuimos buenos con ellos? —Su voz salió entrecortada.

—¿Todavía tienes dudas? —Tuve que reírme—. Mira mi infancia y la tuya. Esos niños jugaron en modo fácil.

—Lo peor es que estoy de acuerdo.

Pasó los dedos por mi rostro, siguiendo la cicatriz que antes me avergonzaba, pero que nunca tuve que esconder de ella.

—Esta paz... a veces me asusta, ¿sabes?

—Puedo empezar una guerra en un segundo, solo tienen que intentar quitarte de mi lado.

Bianca rió y me mordió el cuello con suavidad.

—Todavía no me creo que resolvimos los problemas de la familia y todo volvió a encarrilarse. En aquella época parecía que la pesadilla no iba a terminar nunca, que en cualquier momento estallaría otra conspiración.

—Ahora somos nosotros quienes creamos las conspiraciones, *Regina russa*[17].

Bianca rió. Siempre lo hacía cuando hablaba en mi lengua materna.

—*Guardare il tuo sorriso mi ricorda ogni giorno il motivo per cui mi innamoro sempre di più di te. Sei la luce della mia vita*[18]. —Le tomé la mano y deposité un beso en el dorso.

—Ay, Santo, no hables así que me dan ganas de quitarme la ropa. —Me guiñó un ojo.

—¿En el baño? ¿Después del vals de la debutante?

Bianca cogió su bolso de mano y me dio un golpe seco en el pecho.

—Respétame, ¿te parezco una mujer que se desnuda en el baño de un salón de baile de lujo? —gruñó en voz baja—. Baila rápido, buscaré el lugar más estrecho y no llevaré bragas.

—¿Confesando tus pecados?

—Los tengo en una lista ordenada por fecha, mi amor. —Tiró de mi corbata hasta que nuestros labios se rozaron.

—*Sei il mio destino, la mia casa, il mio sogno più bello*[19].

—Lo sé. —Sonrió—. Pero compórtate, ahora es el momento de nuestra niña.

Miré a la multitud del salón, a los amigos, a los aliados y, por encima de todo, a nuestra familia.

Todo por lo que luchamos estaba justo allí, delante de nosotros.

Entonces, la voz del maestro de ceremonias resonó por el micrófono, y el mundo pareció detenerse.

—Señoras y señores, es un gran honor presentarles a la debutante de esta noche... Clara Zampieri Zagovora. Y su primer baile como debutante.

Las puertas doradas del salón se abrieron, y allí estaba mi niña, ya no tan pequeña, caminando con la confianza heredada de su madre y la mirada que era un espejo de la mía.

Un vestido azul celeste envolvía su silueta, y por un instante, vi a la niña que sostuve en brazos al nacer, a la que perseguía por los pasillos de casa, la que aprendió a caminar agarrada a mi mano.

Sus ojos me encontraron al otro lado del salón, y sentí algo dentro de mí expandirse, un orgullo tan absoluto que apenas podía respirar.

Bianca me apretó la mano.

—Viene hacia aquí.

Tragué saliva y reí por lo bajo.

—Tiene un millón de pretendientes y chicos rendidos a sus pies... ¿qué hace viniendo hacia nosotros? —murmuré.

Clara solo se detuvo cuando estuvo frente a nosotros. El cabello recogido en un peinado delicado, una tiara de diamantes brillando bajo las luces. Sin embargo, lo que más me tocó fue el brillo en sus ojos. Era mi niña, ahora una joven mujer.

—¿Baila conmigo, papá? —Extendió su mano hacia mí.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero mantuve una sonrisa amplia.

Me acerqué a ella y tomé su mano con firmeza.

—Pensé que nunca me lo ibas a pedir —bromeé.

Las primeras notas de la música comenzaron a sonar, y empezamos a girar por el salón. Todas las miradas estaban sobre nosotros, pero en ese momento, nada importaba más que mi hija y yo.

—Siempre vas a ser mi niña —le susurré.

Ella rió, apoyando la cabeza en mi hombro por un instante.

—No querría nada distinto en esta vida.

Suspiré de forma dramática.

—¿Algún chico en este baile en quien deba fijarme?

Ella se sonrojó y desvió la mirada.

—Papá… —murmuró.

—¿Qué pasa? Sé que todos están interesados en mi princesa, pero lo que quiero saber es si crees que alguno está a tu altura.

—Tal vez… —admitió, mordiéndose el labio y dibujando una sonrisa leve.

Y esas adorables fosas en sus mejillas se hicieron bien visibles.

—Si ese «tal vez» existe, tiene que ser valiente, buen chico y saber comportarse. —Mi voz sonó más seria—. Si no lo es, puedo hacer que desaparezca.

Soltó una carcajada alta.

—¡Papá! ¡No puedes decir esas cosas en medio de mi fiesta!

—Solo estoy dejando las cosas claras —bromeé, girándola al ritmo de la música—. Tiene que saber que mi amor por ti no se negocia. Y que haría cualquier cosa por proteger tu felicidad.

Se detuvo por un segundo y me miró, con los ojos brillantes.

—Lo sé, papá. Y te quiero por eso.

—Yo también te quiero, princesa.

Sentí un nudo en la garganta, pero contuve la emoción. En el fondo, sabía que el tiempo no iba a retroceder, que mi niña crecería y seguiría su propio camino.

—Todos parecen tan ilusionados y me ha encantado cada detalle —susurró—. Gracias por dedicarte tanto a este momento, papá. Siempre que estás cerca, todos son felices. ¿Sabes que tú eres el alma de la fiesta, verdad?

Mi corazón se detuvo por un instante.

El mundo pareció girar de forma diferente, como si tuviera un flashback de toda mi vida, desde ese instante hasta el día en que bailé con mi madre y le dije esas mismas palabras.

El alma de la fiesta.

Nunca me vi de ese modo.

Claro que había aprendido de mi madre que la felicidad se encontraba en los pequeños momentos, en la luz de quienes amamos y en hacer de cada segundo algo especial, para que ellos siempre guardaran lo mejor de nosotros en su memoria.

Me golpeó como un rayo.

Tragué saliva, sintiendo la emoción crecer dentro de mí.

Clara notó mi reacción y frunció el ceño.

—¿Papá? —Su voz sonaba preocupada—. ¿He dicho algo mal?

Respiré hondo, sonriéndole.

—No, mi amor. —Le apreté la mano—. Solo me di cuenta de que hice algo importante todos estos años.

Pensé en mi madre. Pensé en cómo, incluso en las mayores tormentas, en los momentos más difíciles y angustiantes, ella siempre estuvo a mi lado. Siempre me dio fuerzas. Siempre mantuvo una sonrisa en el rostro para recordarme que un mal momento no tenía derecho a robarme la alegría.

—¿Y qué fue lo que te diste cuenta, papá?

Ella sonrió, sin entender del todo lo que quise decir, pero aceptando la respuesta. Me abrazó fuerte y, cuando se separó, le di un beso en la frente.

Cerré los ojos y grabé esa sensación en mi memoria.

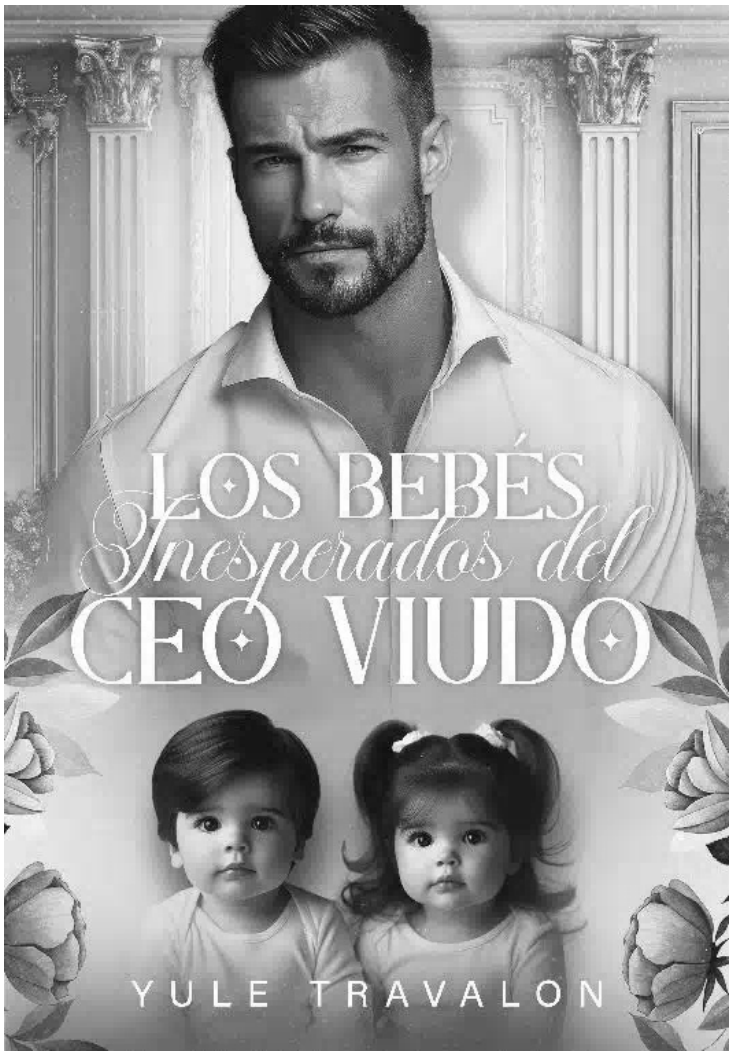
Mi niña, mi pequeña, mi alegría.

—Me di cuenta de que hice lo correcto.

En unos años, sería Clara quien se convertiría en el Alma de la Fiesta.

Y así, el amor de nuestra familia cruzaría generaciones.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

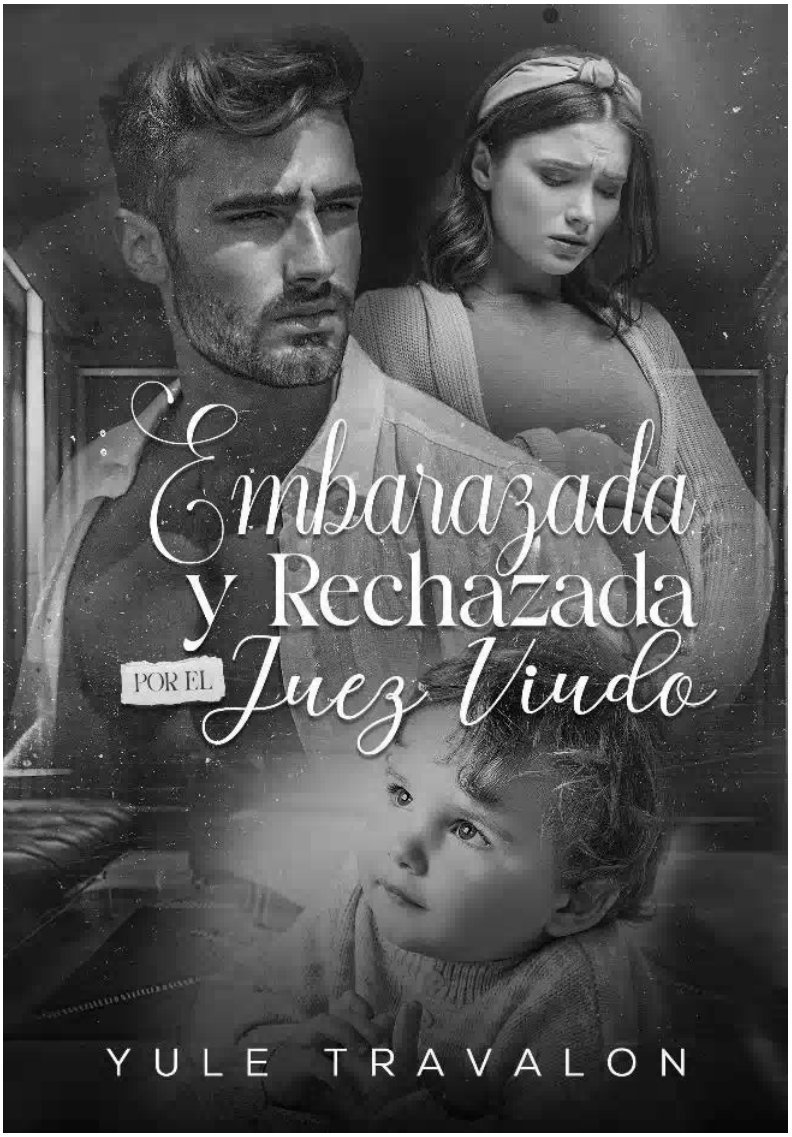
Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F35JTX14

AGE GAP + JEFE / EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + GRUMPY vs SUNSHINE + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo.

Daniel va a pagar.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] «Eres una mujer hermosa.», en italiano.
[2] «Parece una obra de arte pintada por un artista renacentista en el punto álgido de su delirio de placer», en italiano.
[3] «Quiero decir cosas así cuando vuelva a follarte» en italiano.
[4] «Buenas noches, princesa rusa» en italiano.
[5] «Me gustaría besar tus lágrimas para aliviar tu dolor, pero sé que eso no sería suficiente… así que te prometo que mataré a toda tu familia si llegan a hacerte daño.»
[6] «La próxima vez que te folle, voy a chuparte con tanta fuerza que vas a entender mi lengua.»
[7] «Tan bella como el cielo después de una tormenta.»
[8] El asesor de la mafia rusa.
[9] Bollos horneados al horno rellenos de carne o verduras.
[10] «Si esa es la última mirada que me das, la llevaré conmigo para siempre. Pero regresaré, porque mi lugar está contigo.»
[11] «Eres lo más valioso que ha llegado a mi vida y me devolviste la paz, la luz y una razón para vivir. Cualquier castigo es justo por amarte.»
[12] En portugués suena a « palo duro » .
[13] Letra extraída de la canción *«Velha Infância»*, compuesta por Arnaldo Antunes, Carlinhos Brown y Marisa Monte, interpretada por Tribalistas. Uso con fines

narrativos.

[14] La abuela de Santo encontró « su final » en el libro « Los bebés inesperados del CEO viudo » .

[15] Cebolinha, Mónica y el Loco son personajes del cómic infantil brasileño «Mónica y sus amigos» (originalmente *Turma da Mônica*), creado por Mauricio de Sousa y muy popular en Brasil.

[16] « Mierda » .

[17] « Reina rusa » en italiano.

[18] « Ver tu sonrisa me recuerda cada día por qué me enamoro cada vez más de ti. Eres la luz de mi vida. »

[19] « Eres mi destino, mi hogar, mi sueño más hermoso »